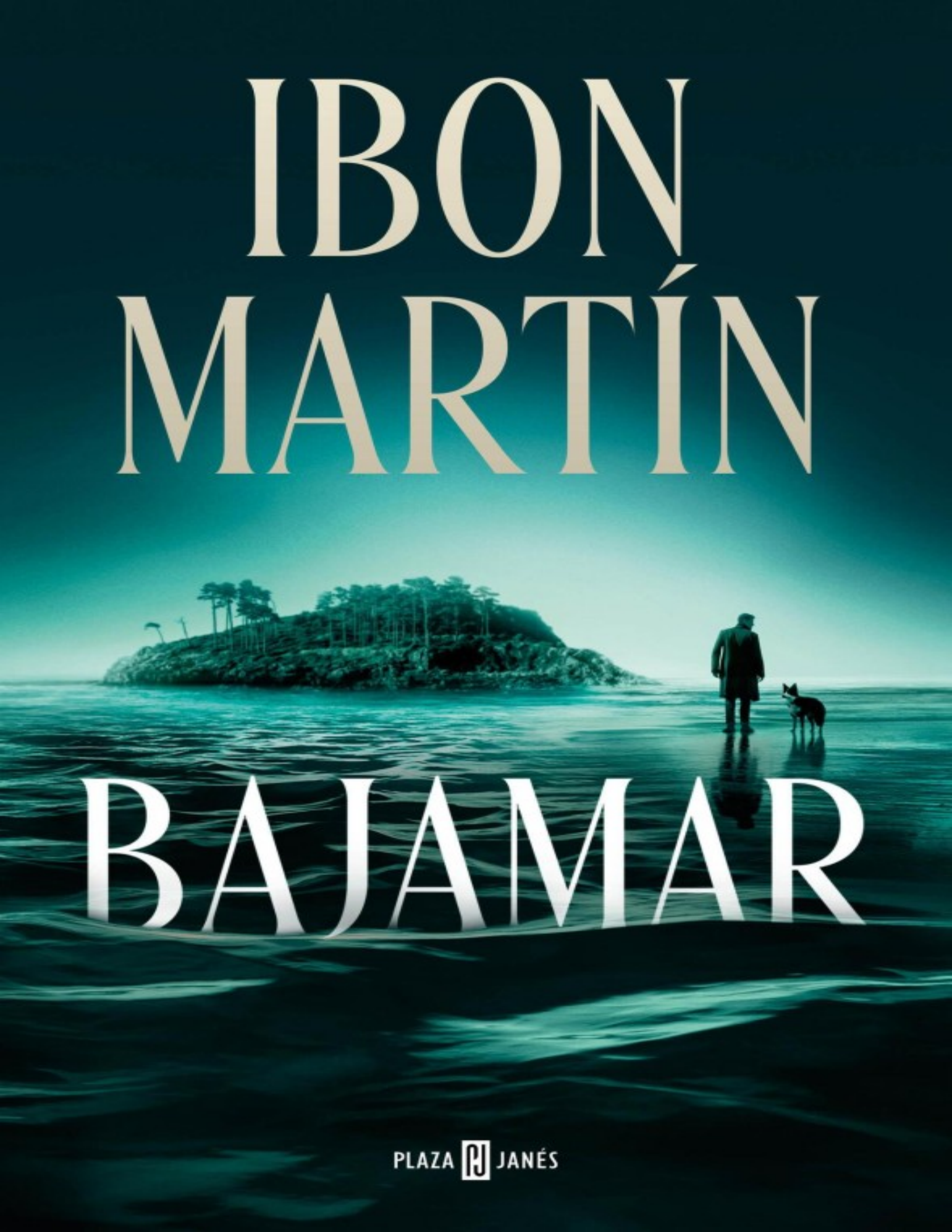
IBON MARTÍN



BAJAMAR

PLAZA JANÉS

IBON MARTÍN

BAJAMAR

PLAZA JANÉS

A las libreras y libreros
que han hecho suyas estas diez mareas


MAR CANTÁBRICO
Faro de Santa Catalina
Monte Otoio
Isla de Garraitz
Puerto
Playa de Isuntza
Playa de Karraspio
LEKEITIO
Monte Lumentza
Astillero
Molino de marea
Palacio Zubieta
MENDEXA
Antiguo Hospital
Río Lea
Río Lea
GIZABURUAGA
Cueva Okamika
Ferrería Bengolea
Casa Torre Bengolea
AMOROTO

1

Aquella mañana no llovía. Solo hacía frío. Un frío gélido que calaba hasta los huesos. Se asomaba por cada resquicio de mi ropa técnica para recordarme que no corría por la Costa del Sol ni las playas de Tenerife. Porque de todos los lugares posibles había escogido el norte. No se me había ocurrido otro rincón donde volver a comenzar que un pueblo vasco varado a la orilla de una ría donde el cielo llora un día sí y otro también.

Pero aquella mañana no llovía y era la bruma que flotaba sobre las marismas la que se colaba en mis pulmones con cada zancada. Partículas de agua que envolvían mi carrera y me contagiaban la paz que había llegado buscando.

Era mi momento, mi ritual, mi manera de arrancar cada jornada.

El ser humano aprendió a correr para cazar.

Y para huir.

Yo también huía. Lo hacía aquella mañana de febrero y todavía lo hago. Si algo me han enseñado los meses que llevo en Lekeitio es que, por muy lejos que escapes, por mucho que te esfuerces por que tus pasos sean cada día más rápidos, el pasado es una sombra decidida a no dejarte marchar. A veces te permite llevar ventaja, pero nunca dejará de perseguirte.

Los diques del viejo molino de marea quedaron atrás y con ellos se esfumaron las últimas notas de salitre que empalagaban el ambiente. El abrazo de las aguas dulces y saladas todavía se alargaría unos metros, entre carrizos y árboles más propios de la franja costera que de los bosques del interior de Bizkaia.

Aquella senda era mi gran descubrimiento. Cuando de niño veraneaba en Lekeitio mis paseos se limitaban a ir del apartamento hasta la playa y de esta a las tabernas del puerto. Unas rabas, un

mosto, y vuelta a casa. El río era un mero paso obligado para llegar de un lugar a otro.

Nada más.

Ahora, en cambio, el Lea, ese cauce del que un año antes apenas recordaba el nombre, se había convertido en mi válvula de escape.

Sentí un cosquilleo en el estómago. Estaba llegando a la zona donde la marisma se estrechaba antes de hacerse río definitivamente en el barrio del antiguo hospital. Pronto saldrían a mi encuentro, tendidas entre la senda y el agua, las barcas que duermen todo el año a la espera de la fiesta de San Antolín. Pero el motivo de que mi corazón se acelerara no eran ellas. Tampoco de las zancadas que inconscientemente había comenzado a alargar. Mi cuerpo buscaba anticipar el momento luminoso que daba sentido a mis mañanas e imprimía un ritmo feliz a mi trote.

Sabía que tras algún recodo del camino la vería.

Ella tampoco fallaba a su cita.

Cada día, antes de la salida del sol, en esa hora fría vestida del gris pálido del amanecer, nuestras carreras se cruzaban.

Lea era más madrugadora. Cuando yo todavía iba, ella ya regresaba.

Sé que llegaba hasta el salto de agua de la ferrería de Bengolea, porque cuando mis pasos me llevaban a dar la vuelta frente a la cascada su aroma todavía flotaba en el ambiente. Notas cítricas, frescas como el ambiente invernal que nos envolvía, y reconfortantes como primavera adelantada al mismo tiempo.

—Habrá salido más tarde —me dije a mí mismo al ver que no aparecía.

Algunos días eran así. Nuestro encuentro no se producía antes de las barcas dormidas, sino más allá.

Mis nervios brincaban al compás de mis pisadas, más veloces cada vez. Corría con el firme propósito de que el encuentro de hoy no fuese uno más. Si todo iba bien, nuestra conversación no se quedaría en un mero saludo, ese «aupa» que se emplea por aquí cuando te cruzas con alguien con quien no tienes más palabras que compartir.

Me había costado horas de insomnio, días de lucha contra mis inseguridades, pero estaba decidido a hacerlo. Las miradas cruzadas durante los últimos días me decían que ella también sentía curiosidad por mí.

Al menos curiosidad.

Quería invitarla a un café…

Llevaba semanas escogiendo las palabras para acercarme a ella, el momento adecuado para hacerlo. Me horrorizaba la posibilidad de incomodarla. Solos en medio de una marisma. Al alba. Lo que yo encontraba romántico es probable que a ella le pareciera amenazador.

Quería mostrarme amable y cercano, pero respetando su espacio. En caso de duda, lo dejaría estar. Un día más.

Pero pasaban los minutos y seguía sin haber rastro de ella.

Empezaba a temer que esa mañana en la que por fin había decidido dar el paso fuera uno de los escasos días en los que no salía a correr.

—Lea —la llamé en voz baja.

Sonaba tan bien, tan bonito…

La chica con nombre de río y ojos de miel.

Algunas ventanas iluminadas en el palacio de Zubieta me hicieron suspirar.

Mi timidez no deseaba público para nuestro encuentro.

Pero ni siquiera eso iba a frenarme.

Me lo estaba repitiendo a mí mismo cuando el corazón se me aceleró.

Sí, ahí estaba. Era Lea. Fiel a nuestra cita al alba.

Las palabras que traía ensayadas y que temía no ser capaz de pronunciar sin trabarme, se me atragantaron.

Porque se trataba de ella, sin ninguna duda.

Conocía bien ese chubasquero rojo que se dibujaba entre los carrizales.

Estaba agachada. No era la primera vez que la veía atándose los cordones. Esa asignatura de la infancia no la había aprobado con nota.

Tragué saliva a duras penas.

Era mi oportunidad.

—Hola, Lea —dije mientras me obligaba a detenerme en lugar de seguir adelante y dejarlo para otro día, como tantas otras mañanas.

Algo en su postura me hizo fruncir el ceño.

—¿Lea?

La expresión de su rostro me confirmó que algo no iba bien.

Esos ojos que tantas veces había visto en sus vídeos.

Esos labios entreabiertos en un grito mudo…

—¡Lea! —llamé dejándome caer de rodillas—. No, Lea… No. ¡Tú no!

Sentí que todo se hacía añicos. Había vuelto a suceder.

2

—Será solo un momento. Podrás marcharte enseguida, una vez te hayan tomado declaración.

Agachada a mi lado, la inspectora de la policía local trataba de reconfortarme. Itziar Mendibe todavía no vestía su uniforme. Mi llamada la había sacado de la cama una hora antes de arrancar su turno. La ambulancia llegó con ella, pero era demasiado tarde.

Asentí con un gesto, incapaz aún de apartar la mirada de ese cuerpo que yacía a la orilla del río.

Me sentía roto, profundamente desubicado. No entendía quién podría ser capaz de algo así. La habían abordado en un lugar cobarde, entre las nieblas del alba y el silencio del bosque.

Un agente de la Ertzaintza, la policía autonómica, se dirigió a mí y me pidió que me identificara.

—Juan Aguirre —leyó cuando le mostré en el móvil una foto de mi carnet de identidad. No salgo a correr con la cartera. El teléfono acostumbro a llevarlo encima para escuchar música.

—Jon, por favor —le corregí. Me gusta mi nombre en euskera. La primera en llamarme así fue una paciente. Lo hizo cuando me mudé a Lekeitio hace ahora seis meses. Desde entonces nadie ha vuelto a llamarme Juan.

—¿Reside usted en Lekeitio?

—Sí. Trabajo en el centro de salud. Soy médico de familia.

—Y es de Madrid —dijo el policía devolviéndome el móvil.

—Así es.

—¿Conocía a la víctima?

—Sí… Bueno…, no. —No sabía cómo salir del lío verbal en el que me había metido. ¿Qué podría decirle? ¿Que sabía perfectamente que se llamaba Lea Alzaga, tenía treinta y cuatro años, un canal de YouTube sobre naturaleza en la costa cantábrica, algunos miles de

seguidores y hasta un historial médico envidiable de no ser por una apendicectomía y una fractura de húmero? ¿Que corría cada día al alba y desayunaba en uno de los pocos bares del puerto que abrían temprano? ¿O quizá que, a pesar de saber todo eso sobre ella, jamás había cruzado con Lea más que un saludo de cuatro letras?

—¿La conocía o no?

—Solo de vista —me apresuré a aclarar. Mejor obviar todo lo demás si no quería que me tomaran por un peligroso acosador—. Me cruzo a menudo con ella cuando salgo a correr.

Mientras el agente hablaba conmigo, su compañero de patrulla inspeccionaba la zona y tomaba algunas fotografías del sendero y sus alrededores.

—Solo de vista —repitió el ertzaina con una mirada inquisitiva. Comprendí que no era una afirmación, sino una pregunta.

—Así es. Un gesto, un saludo y poco más.

—Claro, poco más —el agente repitió mis palabras por segunda vez como un eco molesto. Su tono comenzaba a incomodarme y a ponerme nervioso—. ¿Viene mucho por esta zona?

—A diario —respondí sin entrar en detalle sobre el motivo que me sacaba de la cama y conducía mis pasos hasta ese lugar.

—¿A diario? ¿Y siempre realiza el mismo recorrido?

—A veces llego hasta la ferrería, otras doy la vuelta un poco antes… Pero sí, vaya, la misma ruta.

La inspectora Mendibe, que asistía a la toma de declaración desde una prudente distancia, intervino para señalar que me refería a la ferrería de Bengolea, situada a unos cuantos kilómetros de Lekeitio.

—¿Podría decirme a qué hora ha salido de casa? —continuó el ertzaina después de tomar algunas notas en un simple folio doblado en cuatro.

Respondí que alrededor de las siete y cuarto de la mañana.

—¿Y ha encontrado a la víctima a las…?

—Debían de ser las ocho menos veinte… Un momento… —Consulté las llamadas en mi teléfono móvil. Había marcado el número de la inspectora a las siete y cuarenta y seis minutos—. Sí, la habré hallado entre menos veinte y menos cuarto.

El agente se mesó la barba antes de girarse hacia el cadáver de Lea, oculto ya bajo una manta térmica de color dorado.

—¿Es consciente de que al manipular el cuerpo ha comprometido nuestro trabajo?

Parpadeé incrédulo.

—Soy médico. Es mi obligación. ¿O acaso tendría que haberla dejado ahí tirada sin más? —pregunté sin ocultar mi irritación—. He intentado reanimarla, pero…

—Intentó reanimarla. Entiendo —apuntó secamente el policía. Sus dedos seguían peinando una barba poblada, de tonos rojizos, que contrastaba con una calva generosa.

Observé que su compañero no se apartaba más de un par de metros del cuerpo sin vida de Lea. Nada de adentrarse entre los arbustos que rodeaban la escena ni de perderse entre los carrizos. Nada de carreras apresuradas.

—¿No piensan buscar al asesino?

—¿Perdón? —Por primera vez el ertzaina no replicó mis palabras y me lanzó una mirada desafiante.

—Si en lugar de perder el tiempo conmigo, lo estuvieran buscando, es probable que lo hubieran encontrado. ¿Y si está todavía oculto por la zona?

—¿Por qué iba a buscar a un asesino? —continuó el policía—. ¿Qué es lo que no me ha contado?

No había visto ni oído nada extraño. Le indiqué, sin embargo, que el golpe que había provocado la muerte de Lea no ofrecía lugar a dudas. Alguien la había abordado por detrás y le había descargado un golpe en la nuca con algún objeto contundente.

—Vaya, no me había dicho que fuera usted forense…

—Y no lo soy. Soy médico de familia.

—¿Qué le parece, entonces, si esperamos a que un profesional dictamine lo que ha sucedido aquí?

Resoplé. Aquel tipo me estaba sacando de quicio. Lea había muerto a manos de algún desalmado y a él solo le preocupaba dejar claro quién ostentaba el poder en aquella situación.

—Un momento… —dije reparando en algo—. ¿Y Sua? ¿Alguno lo ha visto por aquí? A Lea siempre la acompaña un border collie negro

con el pecho blanco. Muy activo. Se adelantaba a ella para saludarme, me seguía unos metros y después volvía junto a su dueña. Quizá él sí esté persiguiendo al asesino…

—Fantástico. Ahora también un perro policía… —masculló el ertzaina—. ¿Y usted por qué sabe el nombre del perro de una mujer a la que apenas conocía de vista?

—De sus vídeos. Lea aparece siempre con él.

El policía me observó con gesto de incredulidad.

—Lea Alzaga es algo así como una influencer local —le aclaró la inspectora Mendibe, acercándose a nosotros.

Un nuevo parpadeo del policía, una mirada suspicaz. Unas notas en el papel.

—Parece que para no conocerla tenía mucho interés en esta chica. La seguía en sus redes, corría por el mismo lugar que ella…

Yo apenas lo escuchaba. Seguía pensando en Sua.

—Oiga, no sé mucho de perros, pero tengo entendido que en una situación como esta no se hubiera separado de su dueña salvo que… —Señalé con inquietud los arbustos y carrizos que nos rodeaban—. Deberían echar un vistazo.

Aquel tipo me observó con gesto airado.

—Basta, doctor sabelotodo. Ya está bien de decirnos a los demás lo que tenemos que buscar. No soy uno de sus pacientes y el que está al mando aquí soy yo, ¿entendido?

La policía local se acercó y me apoyó las manos en los hombros.

—Jon, déjalos trabajar. Saben lo que hacen —me dijo bajando la voz.

Asentí lentamente, reconfortado en parte por el tacto cálido de las manos de Itziar.

—¿Más tranquilo? —preguntó el ertzaina guardándose las notas en el bolsillo—. Pues es todo. Puede retirarse, Juan —enfatizó cuanto pudo la jota de mi nombre en castellano—. Anóteme aquí su teléfono. Y no se marche muy lejos.

3

—Una presión aquí, en el pecho. Sobre todo por la noche. Me falta el aire, y si intento respirar hondo es cuando me sobreviene el pinchazo.

Mujer, cuarenta y ocho años. Era la undécima paciente de una larga lista.

El electrocardiograma no mostraba ningún tipo de anomalía. Tampoco la auscultación.

La mujer continuó detallando los síntomas de lo que parecía un evidente cuadro de ansiedad. El segundo que atendía esa jornada, y mis propias estadísticas decían que todavía llegarían más, una verdadera epidemia en los últimos tiempos.

—¿Trabajas? —pregunté comenzando a rellenar un formulario en el ordenador.

—Soy profesora de Educación Primaria en un centro público de Markina.

Odio los partes de baja, pero me enfrento a ellos varias veces al día. Casillas y casillas que rellenar sobre temas puramente administrativos y sin interés médico alguno. Me roban horas de consulta, de contacto con los pacientes y de poderles dedicar tanto tiempo como merecen. Sin embargo, son una herramienta indispensable para un médico de familia.

—¿Podrás darme la baja? —preguntó la mujer con una mirada tan suplicante como huidiza. No la conocía, era la primera vez que acudía a mi consulta, pero su historial hablaba de una larga sucesión de episodios de ansiedad.

—La estoy preparando. Te veré de nuevo en dos semanas y valoraremos. Voy a recetarte un ansiolítico suave, pero tómalo únicamente en caso de necesidad. Prefiero que te enfrentes a ello con ejercicios de meditación y algo de deporte. No te encierres en

casa. Sal a la calle, camina mucho, corre, anda en bici… Tu cuerpo puede convertirse en el mejor aliado para ayudar a tu cerebro.

—Lo haré —aseguró la paciente poniéndose en pie—. Gracias.

Terminé el parte de incapacidad temporal antes de salir al pasillo.

—¿Jesús Mari Goienetxe? —llamé buscando al anciano con la mirada.

Es uno de los habituales.

Acude semanalmente a que le ajuste la dosis de anticoagulante. Un tipo parco en palabras, al que es habitual encontrar junto a su caña de pescar en el paseo de la Tala esperando a que alguna lubina se anime a alegrarle la tarde. Ni siquiera allí consigo arañarle más conversación que cuando acude a consulta. Y si deja escapar alguna palabra de más, es para lamentarse de que ya no quedan peces, que las horas se van sin que ninguno pique el anzuelo… Eso sí, el cubo de las capturas siempre a buen recaudo, no sea que alguna mirada indiscreta descubra que su fortuna es mejor de lo que él admite.

—¿Jesús Mari? —insistí asomándome a los bancos del otro lado del pasillo.

Nada.

El único tipo que aguardaba su turno negó con la cabeza y señaló la puerta de la sala de curas.

No era paciente mío.

Me dirigí al mostrador de recepción.

—Tienes cara de necesitar un café. —Era Nerea, la administrativa del ambulatorio. Estaba de pie junto a la cafetera, esperando a que su taza se llenara.

—Con uno no creo que sea suficiente.

Mi compañera me dedicó una mirada cargada de preocupación.

—No deberías haber venido. ¿Qué menos que permitirte a ti mismo el día libre después del susto que te has llevado? Estás tocado, se te ve a la legua.

Apreté los labios. No necesitaba cerrar los ojos para ver con claridad a Lea. Su chubasquero rojo entre el ocre apagado de los carrizos, su boca entreabierta, el tacto, todavía cálido, de su piel cuando le busqué el pulso desesperadamente… Pero si había algo que se me había grabado a fuego era esa mirada, carente ya de

vida, clavada en mí mientras le realizaba un masaje cardiaco desesperado.

Igual que la de Mónica en aquella maldita carretera que me la arrebató para siempre. Todavía no había pasado un año de la muerte de mi novia, de las maniobras de reanimación que tampoco sirvieron de nada. Y ahora la muerte volvía a sacudir mi vida.

—¿Pero estás seguro de que la han matado? —me preguntó Nerea entregándome la taza—. ¿No se habrá caído? Es muy fuerte, eh. Aquí no pasan esas cosas.

—La he examinado, Nerea. Sé diferenciar un golpe accidental de una agresión. Nadie se rompe el cráneo por un tropezón.

—Madre mía… Oye, ¿no será que tú, al venir de Madrid, ves cosas que no son?

—¿Qué piensas que es Madrid? En todos mis años de médico mi primer homicidio lo he visto aquí.

—¿Qué tramáis? —se oyó una voz a nuestra espalda.

Era Mikel, uno de los enfermeros del ambulatorio. O quizá deba decir «el» enfermero. El único hombre en un oficio que, al menos por allí, seguía teniendo nombre de mujer.

—Jon, que dice que lo de Lea Alzaga ha sido un asesinato.

Mikel negó con la cabeza mientras introducía una cápsula en la cafetera.

—No sabes lo que has hecho, insensato. Darle gasolina a Nerea… Ahora tendremos teorías de la conspiración para un mes.

—¡Será víbora el tío! —se rio la aludida propinándole un empujón.

—Oye… Un respeto a la ancianidad —protestó él.

Mikel siempre bromeaba a cuenta de su edad. Solo tenía cincuenta y cinco años, pero le gustaba explotar el hecho de ser el más veterano del ambulatorio. Una condición que había convertido en escudo y en personaje. Y eso a pesar de que no lucía una sola cana, ni la más mínima muestra de alopecia. De no ser por esas gafas de presbicia que se dejaba caer hasta la punta de la nariz antes de mirarte, nadie le hubiera concedido su título de anciano oficial.

Nerea, en cambio, trataba de restarse años a fuerza de maquillaje y ropa juvenil. Pero sus cuarenta y ocho estaban ahí. En las marcas

de expresión, en las raíces que a veces asomaban en su cabello y en ese cansancio que algunas mañanas se le instalaba bajo los ojos.

El enfermero se llevó el café a los labios y me observó con gravedad.

—Esperemos que te equivoques, Jon. En Lekeitio no necesitamos asesinos sueltos.

—¿Cuál es tu teoría? —me planteó Nerea—. Yo apostaría por un violador oportunista. Una mujer sola, en un entorno apartado…

El enfermero exageró teatralmente un suspiro.

—¿Ves? Lo que te decía. No se le pueden contar estas cosas, que es muy peliculera.

Nuestra compañera no tuvo tiempo de responder antes de que la puerta del ambulatorio se abriera.

—Disculpen… ¿Para entregar una muestra de orina?

—No. Lo siento. El laboratorio ya se las ha llevado —indicó Nerea.

—No puede ser. Nadie me dijo nada de horarios…

Era una de mis pacientes. No recordaba su nombre, pero estaba seguro de habérselo recalcado. Antes de las nueve. Después ya no se recoge muestra alguna… También la recordaba más pendiente de su móvil que de mis palabras.

Suspiré y aparté la mirada. No ganaba nada señalándoselo.

—¿Y ahora qué hago con esto? —continuó la mujer.

Vi encogerse de hombros a Nerea.

—¿Tú cómo estás? —me preguntó Mikel en voz baja.

—No soy yo a quien han matado de un garrotazo…

—Ya, ya… Pero ahora me preocupo de los vivos. ¿Estás bien? No es agradable salir a hacer deporte y darse de bruces con una situación así. ¿La conocías?

—Solo de vista —expliqué, sin añadir que me hubiera gustado conocerla mucho más.

—¿Y crees realmente que la han matado? ¿De qué trabajaba esa chica? ¿No es la de los vídeos?

—Sí. También se dedicaba a guiar excursionistas por la zona. Observación de fauna silvestre y eso. Lo de los vídeos no creo que le diera dinero —apunté.

—Eso de ser influencer tiene sus peligros —intervino Nerea regresando a la conversación. No sé cómo terminó la discusión a cuenta de la muestra de orina, pero la paciente acababa de marcharse abandonando su frasco sobre el mostrador—. Una profesión de alto riesgo. Os lo digo yo. ¿No habéis visto que cada dos por tres asesinan a alguna reina de las redes? La semana pasada, en México…

—Nerea, que Lea era influencer, no activista. Publicaba vídeos sobre la naturaleza en nuestra comarca. Pájaros alimentando a sus polluelos y jabalíes rebuscando en la basura… —la interrumpí.

—Que no te engañe. Eso es lo que quería mostrar. Una máscara para conseguir likes y seguidores. Lo que nos enseñan en las redes es mentira. A ver cuánto le importaban esos polluelos cuando se apagaba la cámara. —Nerea sacudió la cabeza para reforzar su mensaje—. Yo ya no me creo nada. Son vidas de cartón piedra.

—Sigue sin ser un motivo para que alguien quiera hacerle daño —apuntó Mikel.

—Pues alguien se la ha cargado —zanjó Nerea mientras se soltaba la coleta y se la recogía de nuevo en lo alto de la cabeza.

La puerta volvió a abrirse.

Se trataba de mi paciente, el del tratamiento anticoagulante. Llegaba diez minutos tarde. Ahora se me solaparía con el siguiente y me haría atender a los demás con retraso durante el resto de la mañana.

—Al menos te ha regalado un descanso para conspirar con Nerea —me animó Mikel—. Yo os dejo tranquilos. Tengo que salir a hacer algunas curas a domicilio.

Apuré el café y eché un vistazo al reloj. Todavía quedaban varias horas por delante. La mañana amenazaba con hacerse tan larga como un año entero sin vacaciones.

4

El puerto pesquero se veía animado. El sol que los meteorólogos anunciaban no había logrado derrotar a las nubes bajas, aferradas como tantos días a una franja costera que aman con locura. Sin embargo, que no lloviera ya era motivo de celebración y más que suficiente para que aquellos muelles que fundían las calles del casco antiguo con el mar estuvieran más concurridos que bajo el pesado sirimiri de otras jornadas.

Los barcos habían regresado ya de sus pesquerías y coloreaban la dársena con sus cascos azules, rojos y verdes. Algunos marineros permanecían a bordo, limpiando las cubiertas y remendando las redes que volverían a emplear solo unas horas más tarde.

Llené los pulmones del aire cargado de salitre y me dirigí al puesto.

Como cada mediodía.

Tardaba veinte minutos del ambulatorio a casa. Veinte minutos que incluían la parada para saludar a Lourdes y llevarme conmigo el pescado del día. Y todo eso a pie.

¡A pie!

En Madrid, en esa otra vida que ahora me parecía tan lejana, la manecilla larga del reloj daba casi una vuelta completa antes de que llegara de mi barrio de la Estrella al hospital Ramón y Cajal, donde trabajaba.

¡Una hora!

—¡Jon! Ya pensaba que hoy no vendrías.

Era Lourdes, claro. Ella es así. Pescadera de las de toda la vida, de las que lo mismo te cantan la bajada de precio del rape que la entrada de sardina fresca. A sus sesenta y muchos años sigue abriendo cada día su pescadería, o quizá no deba llamarla así…

Porque ¿cómo se le llama a una mesa varada en los propios muelles y repleta de género recién salido de las bodegas de los pesqueros?

En Lekeitio todo el mundo la llama simplemente «el puesto de Lourdes». Y no es el único. Están también el de Mila y el de Maite, pero esta última ya solo abre cuando el barco de su hijo descarga anchoa.

Miré el reloj.

—Es la hora de siempre —objeté.

—¿Ah, sí? Pues se me estará haciendo larga la mañana… Toma. Te he preparado un par de verdeles —me dijo entregándome una bolsa de plástico—. Tú los conocerás como caballa. Los puedes hacer al horno. Con una buena fritada de ajos y vinagre te chupas los dedos. Y añádele también una cayena, que al pescado hay que darle alegría.

Saqué la cartera para pagar, aunque sabía que era en vano.

—Ni se te ocurra. Le prometí a tu madre que iba a cuidarte y cada día te veo más flaco. ¿Ya comes algo?

Me hubiera reído de no haber tenido la cabeza en lo sucedido en las marismas del Lea.

—Siempre estás igual, Lourdes —protesté—. La báscula marca lo mismo que cuando llegué.

No mentía. No había perdido ni un solo kilo desde que me mudé al norte. Medía algo más de metro setenta y tenía una complexión delgada. Eso era todo. Quizá correr no fuera el ejercicio que más me convenía, pero mi cabeza lo necesitaba para seguir adelante. Había intentado ganar algo de músculo con el gimnasio, pero me resultaba claustrofóbico y aburrido.

Si a eso se sumaba el pelo casi siempre revuelto, más por dejadez que por intención, era fácil entender que Lourdes me viera peor de lo que estaba.

—Pues pesará mal esa báscula. Te digo yo que estás más delgado. ¡Salta a la vista!

Sacudí la cabeza con un suspiro.

Mis primeros recuerdos de Lekeitio están vinculados a esa maravillosa mujer y a su tarta de fresas con nata, con la que nos daba la bienvenida cada año.

Mis padres le alquilaban dos habitaciones para todo el verano. Llegábamos en cuanto el colegio nos daba las vacaciones y nos quedábamos hasta septiembre. Las fiestas de San Antolín, con sus gansos y todo lo demás, nos decían que había llegado la hora de regresar a Madrid.

La pescadera vivía —y todavía lo hace— en pleno puerto. Un piso sencillo. Tres dormitorios, salón, cocina y dos baños. Nada más. Sin lujos ni estridencias.

Madre soltera en un mundo que todavía no entendía de esas libertades, la recuerdo siempre pegada a su puesto. Madrugando para ir a la lonja en busca del pescado del día.

Guardo buenos recuerdos de aquellos años. La playa estaba a un paso del piso de Lourdes. Y también los bares donde tomábamos el aperitivo antes de subir a la habitación. Lo único que no me gustaba era que el puesto del pescado dormía cada noche en el portal. Odiaba su olor. Pero incluso eso es pasado. Hoy la pescadería ambulante se guarda en la cofradía de pescadores, y el bajo de su casa lo ocupa la tasca sin pretensiones de Alberto, el único hijo de quien fuera nuestra anfitriona tantos veranos.

Aquella rutina estival cambió el año que soplé diez velas.

Fue entonces cuando estrenamos la casa del camino del faro.

Todo un acontecimiento.

De pronto teníamos dos viviendas: la de Madrid y la de la costa. El orgullo con el que mi madre lo contaba a la salida del colegio me hizo comprender que se trataba de algo importante. Habíamos pasado a engrosar el exiguo club de familias que disponían de una segunda residencia.

A Lourdes aquello le partió el corazón.

Nuestras visitas anuales nos habían convertido en familia, en unos de esos primos lejanos emigrados a la ciudad que regresan al pueblo por vacaciones. Temía no volver a vernos. Nosotros también la echábamos de menos. Quizá por ello, y no porque realmente fuera necesario, mi madre le encargó que se pasara semanalmente a ventilarnos la nueva casa.

Fuimos muy felices aquellos veranos, pero con el paso del tiempo mi hermana y yo dejamos de acompañar a nuestros padres. Las

vacaciones de los cuatro pasaron a ser las de una pareja ya veterana que continuó refugiándose en Lekeitio de los calores de Madrid hasta que una neumonía se llevó a mi padre.

Y ahora ese pueblo marinero tan acostumbrado a nuestras ausencias se había convertido en mi hogar, ya no estival, sino de todo el año.

—Creo que me he dejado las llaves de casa —lamenté después de buscar hasta en el último bolsillo.

—Ay, esa cabeza tuya… Pídeselas a san Pedro —bromeó la pescadera señalando la hornacina desde donde la imagen del santo preside la vida portuaria.

—No creo que baje a abrirme la puerta… ¿No tendrás tu copia por ahí?

—Si me las devolviste la última vez que te las presté, aquí estarán. —Lourdes no me miraba. Se había girado hacia un operario municipal que se afanaba en limpiar los adoquines cercanos a los puestos de pescado. Agua a presión que los blanqueaba ligeramente antes de precipitarse muelle abajo, formando una cascada efímera —. ¿Eso es lejía?

El limpiador, un chico joven al que el uniforme, de un estridente color amarillo, quedaba varias tallas grande, titubeó unos instantes antes de responder.

—Es agua.

—Agua con lejía. ¿Crees que no sé reconocer el olor? —espetó la pescadera—. Venga, fuera de aquí con esa manguera. ¿No ves que cae al mar y estás contaminando el puerto? Dile a tu jefe que de limpiar todo esto nos ocupamos nosotras cada día, que no hace falta que aparezcáis por aquí.

El muchacho torció el gesto.

—A mí me han mandado que…

—¡No me repliques! Vas donde el concejal y le cuentas que Lourdes Gorrotxategi ha dicho que la lejía se la aplique en su casa, que de la nuestra ya nos ocupamos nosotras. ¿Verdad, Mila?

La vecina levantó la mirada del pescado que estaba despachando y asintió levemente.

El joven todavía tardó unos instantes en tirar la toalla, pero finalmente recogió sus trastos.

—Me tienen frita con el congreso ese que han montado —suspiró Lourdes cuando lo vio alejarse—. Mira qué delantales y qué gorros más monos nos han traído esta mañana. —Se volvió hacia el puesto vecino y llamó la atención de la pescadera—. ¡Mila! ¿Tú piensas ponerte este uniforme que nos han enviado los del ayuntamiento?

La otra se encogió de hombros y rezongó por lo bajo sin dejar de limpiar salmonetes. Tampoco parecía hacerle ninguna gracia, pero lo suyo era más callar que armar bulla.

—Lourdes… Mis llaves —recordé. Estaba deseando llegar a casa y que terminara aquel día horrible.

—Tienes razón. Perdona. Es que ya me dirás… —La pescadera abrió un cajón y comenzó a rebuscar en el interior—. ¿Ya te has enterado de que la hija de María Jesús se ha matado?

María Jesús… La hija de… La hermana del que se casó con la mayor de los del estanco… El chico de los que compraron la casa de la carnicera…

Esa era mi nueva realidad. Había dejado una ciudad donde más allá de nuestro portal todos éramos completos desconocidos para mudarme a un lugar donde todo estaba conectado. En Lekeitio existía una línea de unión, fina, finísima a menudo, que ligaba a unos con otros. Incluso cuando parecía imposible trazarla, Lourdes conseguía hacerlo.

—Lea —apunté cuando vi que la pescadera dirigía la mirada hacia la ferretería marinera que la madre de la víctima atendía un par de esquinas más allá. Su persiana estaba bajada.

—Pobrecilla —lamentó ella—. Se ve que se ha caído y se ha abierto la crisma. Era de las tuyas… También salía a correr bien temprano. Vaya manías tenéis… ¿No sería mejor que hicierais deporte cuando el sol está bien alto? Mira ella, la pobre. Se ha tropezado por andar haciendo el cabra a oscuras.

Tragué saliva. ¿Qué tenía que hacer ahora? Aclararle que en realidad se había tratado de un asesinato significaba abrir una verdadera caja de Pandora. Los vientos cargados con la noticia barrerían cada rincón de Lekeitio en cuestión de minutos.

No, era mejor esperar a que el forense hiciera su trabajo y fueran los diarios quienes comunicaran a todos la horrible noticia.

Porque si de algo estaba seguro era de que la autopsia no dejaría lugar a la más mínima duda. Lea Alzaga había sido asesinada. Y pronto todos en Lekeitio sabrían que entre nosotros se escondía alguien capaz de dar rienda suelta a los peores instintos del ser humano.

5

Miedo.

Me gustaría describirlo de otra manera, recurrir al eufemismo de que al mar le tengo respeto, pero sería una pobre estratagema para negar la realidad.

Al mar le tengo miedo. Pánico.

He vivido sin saberlo hasta que me mudé a Lekeitio a los treinta y ocho años de edad. Porque bañarme en la playa o nadar unas cuantas brazadas mar adentro nunca me generó desasosiego. Y sigue sin hacerlo.

Es la distancia a tierra firme la que activa en mi mente un clic, una alerta de peligro inminente que me bloquea por completo.

La primera vez que lo experimenté fue en la trainera.

Solo llevaba unas semanas en mi nueva casa cuando Cristina me animó a apuntarme al club de remo. Ella es una de mis compañeras en el ambulatorio. Se ocupa de la limpieza en el turno de mañana y me contó que les faltaban integrantes en el equipo de veteranos.

Su propuesta me sonó a música celestial. ¿Qué mejor manera de sentirme parte de un pueblo marinero que salir a remar en una embarcación similar a las que se lanzaban a la caza de las ballenas hace ya muchos siglos?

La San Nicolás es una trainera mixta. Trece remeros y un patrón. Diez hombres y cuatro mujeres.

Somos una minoría. En el Cantábrico se estilan más los equipos de un solo sexo, pero en los últimos años comienzan a admitirse las tripulaciones mixtas en la categoría de veteranos.

No lo dudé ni un segundo. Remar era cumplir un sueño que había dormido demasiados años en un cajón de Madrid.

Porque de niño, cuando el verano me llevaba a Lekeitio en los que eran los meses más felices del año, nunca quería perderme las

regatas. Mi padre, tampoco.

Salíamos los dos de casa con nuestras camisetas blancas y buscábamos un otero elevado cercano al faro de Santa Catalina.

Me fascinaba tanto jolgorio alrededor de una prueba náutica. La música, las bocinas, los cohetes… Pero si algo se me quedaba grabado en la memoria durante el resto del año era el colorido. Aficiones llegadas de todo el Cantábrico, cada una defendiendo el color de su equipo, colonizaban los muelles y hacían del puerto una fiesta que todavía no había acabado cuando llegaba la hora de volver a casa.

—¿Podré remar con ellos de mayor? —solía preguntar mientras regresábamos—. Yo soy muy fuerte. Seguro que conmigo consiguen ganar.

La respuesta de mi padre acostumbraba a ceñirse a un «claro que sí», que hoy creo que significa que apenas me escuchaba. Bastante tendría con su propio dilema. Y es que no sería sencillo explicarle a mi madre que, un año más, se había dejado llevar por el optimismo de nuestros vecinos y había perdido cinco mil pesetas apostando por una trainera local más tacaña en resultados que en promesas de éxito.

Y ahora, treinta años después, yo formaba parte de aquello.

Quizá hubiera llegado tarde para remar en la primera división, pero defendía igualmente el color blanco de Lekeitio.

Sin embargo, el romanticismo en el que había envuelto la idea se fue a pique en cuanto puse los pies en esa embarcación estrecha y tan inestable que parecía dispuesta a volcarse al menor traspiés. Sus doce metros de eslora, o de largo que diríamos los de tierra adentro, contrastan con el escuálido metro y pico que tiene de ancho.

—¿Siempre se mueve tanto? —Me arrepentí en el acto de aquellas palabras.

Fueron las primeras que pronuncié a bordo de la San Nicolás.

Cristina se rio. Suerte que fingió tomárselo a broma.

Las olas del Cantábrico no ayudan. Y tampoco lo hace la seguridad con la que veo a mis compañeros enfrentarse a ellas. Preferiría que también ellos estuvieran asustados y optaran por regresar a puerto cuando el mar se dedica a embestirnos. Ellos, en cambio, siguen

adelante. Siempre adelante. Ver que la costa va alejándose y que no tienen intención de regresar por intenso que sea el oleaje me genera una incertidumbre que a duras penas logro disimular.

Estoy seguro de que Cristina, que comparte banco conmigo, verá mis sudores fríos y mi mirada perdida en un mundo de miedos que trato en vano de desterrar a golpe de remo.

Lo paso mal. Sí. Fatal. Pero no quiero dejarlo por nada del mundo. Se lo debo a mi yo de niño, se lo debo a mi padre, que sería feliz si pudiera verme remar desde el cementerio de la Almudena. Y que a buen seguro apostaría por nosotros a escondidas de mi madre.

Aquella tarde de febrero prometía ser de las amables, si es que se puede llamar así a esas en las que el mar está sereno y apenas hay olas a las que enfrentarse. Porque si algo he aprendido desde que estoy aquí es que, incluso en días así, el Cantábrico te pone a prueba.

La isla de Garraitz, que en mi infancia siempre conocí como la de San Nicolás, quedó atrás muy pronto. A partir de allí cada una de nuestras paladas nos apartaba más y más del abrazo de la tierra firme. Y de la seguridad que ella me brindaba.

—*Bat, bi. Bat, bi…* —De pie en la popa, Patxi marcaba el ritmo. Era nuestro patrón. Pescador jubilado, en sus años mozos fue el remero más popular de Lekeitio. La anchura de sus hombros todavía daba buena cuenta de ello y era clave para manejar con fuerza el timón al llegar a la ciaboga.

Nuestros brazos seguían su ritmo con una docilidad que convertía la trainera en un inmenso ciempiés marino. Trece patas de madera moviéndose con precisión.

Mi mente, en cambio, volaba una y otra vez de vuelta a las marismas del Lea.

El tacto cálido de la piel sin vida…

La mirada hermosa congelada para siempre…

El beso amargo de mis maniobras de reanimación…

La muerte era cruel.

Muy cruel.

El mundo entero seguía girando al mismo ritmo mientras una vida había sido segada.

—¿Qué haces luego? —La voz de Cristina me devolvió a la trainera —. Te invito a cenar. He comprado una degustación de quesos no quesos. Me vendrá bien un médico cerca por si me sientan mal.

La risa de mi compañera apenas logró hacerme esbozar una sonrisa de compromiso.

—Es broma, Jon. Están muy ricos. Tienes que probarlos. Los hacen con soja fermentada y no tienen nada que envidiar a los fabricados con leche de animales maltratados.

En otras condiciones podría haber aceptado. El menú de casa de Cristina, con su tofu, seitán y muchas hojas verdes en el plato, no conectaba demasiado con mi naturaleza omnívora, aunque el mejor ingrediente sin duda era ella: ácida, picante y siempre divertida.

Pero esa noche no me apetecía. Tenía ganas de estar solo.

Además, las cenas en su casa eran peligrosas. Acababan a menudo al filo de una línea que no quería traspasar. Morena, con unos ojos muy negros y el pelo oscuro, recogido habitualmente en una cola de caballo, era realmente muy atractiva. Su cuerpo, menudo y atlético, delataba sus muchas tardes de remo. Destilaba seguridad en sí misma y la firmeza propia de una mujer de cuarenta años con las cosas claras.

Aceptar su invitación podía lanzarle un mensaje equivocado.

—Gracias, Cristina, pero estoy cansado. Creo que me voy a ir a casa.

La limpiadora no insistió. Guardó silencio unas cuantas paladas antes de volver a hablar, esta vez en voz baja.

—Os he oído esta mañana… —Comprendí de inmediato a qué se refería—. ¿Crees de verdad que lo de Lea no ha sido un accidente?

Una ola alzó violentamente la proa, obligándome a contener la respiración. Creo que lo que más desasosiego me causa es nuestra orientación en la trainera. Remamos siempre de espaldas al sentido de la marcha. El patrón es el único que ve lo que está por llegar. Los remeros solo atisbamos lo que va quedando atrás. Es como navegar con una venda cubriéndote los ojos.

—No. No ha sido un accidente —confirmé esforzándome por parecer sereno a pesar del pánico que atenazaba mi garganta. ¿Era

una sola ola o venían más detrás? ¿Y si estaba levantándose una galerna de esas que arrasan la costa y hunden embarcaciones?

—Es muy fuerte lo que estás diciendo… ¿Quién puede haber hecho algo así?

No respondí. Llevaba todo el día haciéndome la misma pregunta.

—Jokin salió con ella —susurró la limpiadora señalando con la mirada al hombre que remaba dos filas más allá—. ¿Lo sabías? No me extrañaría que hasta hubiera por ahí alguna denuncia.

—¿Maltrato? —pregunté bajando la voz. Cristina había conseguido despertar mi interés.

—Bien no la trataba, desde luego.

El patrón alzó una mano para llamar nuestra atención.

—Vamos, vosotros dos… Basta de cháchara. Aquí se viene a remar. Ya hablaréis más tarde tanto como os dé la gana. ¿No veis que perdéis el ritmo?

Jokin Mendibe…

Conocía a aquel tipo de vista. Poco más.

Era cuatro o cinco años menor que yo. No llegaría a los treinta y cinco, aunque cualquiera le habría echado más de cuarenta. Saltaba a la vista que no se cuidaba. El tono enrojecido de su piel, las arañas vasculares que poblaban su nariz, la tos seca que se le escapaba cada pocas paladas… Un hombre de bar y noches largas. De vaso en una mano y cigarrillo en la otra.

Itziar, la inspectora de la policía local, era su hermana, aunque se frecuentaban poco. Cada uno tenía su mundo y estos eran bien diferentes.

Y ahí estaba Jokin, remando como uno más. Quizá su mente se encontrara también lejos de la San Nicolás, pero a simple vista no parecía afectado por lo sucedido a su ex hacía solo unas horas.

Una nueva ola me devolvió a la realidad inmediata.

La proa se elevó en el aire antes de impactar con fuerza contra el mar.

Mi mirada buscó la seguridad de una tierra firme que se encontraba más lejos de lo que hubiera deseado. Quería gritar, pedirles a todos que dieran media vuelta y que me llevaran al muelle. No me veía capaz de seguir adelante.

—¿Estás bien, Jon? Te veo muy blanco. ¿No te marearás?

La pregunta de Cristina no me ayudó. Sentir mis miedos al descubierto solo logró amplificarlos.

Quise responder de inmediato, pero apenas brotó de mí un suspiro sordo.

Me concentré en la respiración. Sabía que aplacarla era clave para recobrar la calma.

¿Cuántas veces les explicaba a mis pacientes que se trataba de la mejor terapia de choque para detener los ataques de pánico?

Conté hasta cuatro mientras inhalaba, de nuevo cuatro manteniendo el aire dentro, exhalé contando cuatro…

Y entonces la pala del compañero de delante chocó contra la mía.

—¡Qué haces, hombre! ¿Dónde tienes la cabeza? —exclamó indignado.

Estaba tan concentrado en lo que me sucedía que había descuidado por completo el ritmo del remo.

—¡Perdón! Lo siento —mascullé mientras trataba de recuperar el compás.

El patrón me dirigió una mirada severa.

—Aquí se rema todos a una. No vale estar pensando en la lista de la compra… ¿Acaso no ves que el fallo de uno se convierte en un problema para todos?

Asentí avergonzado.

El teléfono de Patxi acudió a mi rescate. Una potente bocina náutica que indicaba que había recibido un mensaje.

—Seguid —indicó mientras lo sacaba del bolsillo.

Lo vi fruncir el ceño y parpadear con aire de incredulidad.

Levantó la mirada hacia nosotros y dio orden de girar de inmediato.

Regresábamos a puerto.

6

Cuando arribamos a los muelles había un hombre esperándonos.

—¿Cómo están los hijos de Poseidón? —saludó tendiéndonos la mano para ayudarnos a saltar a tierra firme.

Se trataba de José Ignacio Aresti, el empresario de la construcción que patrocinaba nuestra trainera. Llevábamos su nombre grabado en la proa y también en nuestras camisetas. Nunca antes lo había visto y, sin embargo, iba a convertirse en el protagonista de unos días que azotaron Lekeitio con fuerza.

El patrón se fundió en un abrazo con él.

—¡Aresti! ¿Cómo así por aquí arriba?

—Mi mujer, ya sabes. O le dejo la casa para ella sola un par de veces al año o me echaría a patadas. Mejor seguir encontrando excusas para salir de Marbella de vez en cuando —bromeó con un fingido tono victimista—. Pero si llego a saber que me iba a encontrar este clima infame, me quedo en el sur. A mis setenta ya no estoy para aguantar esta lluvia que me amargó la infancia.

Levanté la mirada hacia el cielo. Estaba oscuro, y no tanto por lo avanzado de la tarde como por las nubes plomizas que amenazaban con un buen chaparrón de un momento a otro.

—¿Vienes al congreso? —le preguntó Patxi.

—Lo he montado yo —se jactó el empresario.

El congreso… En los últimos días todo el mundo hablaba de él.

Primer Congreso del Turismo Sostenible lo habían bautizado y nadie tenía muy claro de qué se trataba.

No existía un programa oficial, ni tampoco una sede donde estuvieran previstas conferencias o mesas redondas. Lo único que sabíamos, o al menos se rumoreaba, era que venían unos influencers norteamericanos con millones de seguidores en redes sociales.

Observé que la visita de nuestro patrocinador no despertaba un especial entusiasmo entre mis compañeros de tripulación. La mayoría se limitó a saludarlo y continuó recogiendo sus trastos para irse a la ducha.

—Esperad, no os marchéis todavía. Quiero invitaros a una ronda. Es lo mínimo que puedo hacer para celebrar la magnífica temporada que hicisteis el año pasado. Qué menos que una caña y unas rabas para agradeceros que defendáis mi nombre por todos los puertos del Cantábrico.

—Algo querrá. Este no nos invita porque sí —comentó en voz alta uno de los más veteranos.

Si el constructor lo oyó, hizo ver que no se había enterado.

Se limitó a señalar el bar más cercano.

—Vamos, en el Muga mismo, no nos compliquemos. Seguro que os esperan en casa. Un aperitivo y os dejo en paz.

Algunos hicieron amago de marcharse, pero el patrón salió al rescate de Aresti.

—Venga… Todos estamos muy liados, pero un brindis no nos va a cambiar la vida. Que José Ignacio no viene de Marbella todos los días.

Me sorprendió la elección del lugar. Si algo no falta en el puerto de Lekeitio son las tabernas, y el Muga no es un bar cualquiera. Se trata de la sede no oficial de la también no oficial asociación contra la invasión turística. Alberto ha protagonizado algunos vídeos virales por expulsar de su establecimiento a familias de visitantes armadas únicamente con flotadores y neveras de playa.

Un cartel que reserva el derecho de admisión en todos los idiomas imaginables ocupa buena parte de su puerta.

Y ese era precisamente el bar al que Aresti se disponía a entrar.

Me sorprendió que nadie le avisara de que no era la mejor idea. Tantos años en su exilio marbellí debían de haberlo desconectado de la realidad local, porque ser dueño de un hotel y de un buen número de pisos turísticos no parecía la mejor carta de presentación en un lugar así.

Me lo confirmaron los rostros de la media docena de clientes que se giraron hacia la puerta en cuanto la empujó.

Busqué a Alberto con la mirada. Secaba un vaso de sidra con un trapo blanquirrojo y la media sonrisa se le congeló en cuanto reconoció al constructor.

—*Arratsalde on*. Ponme un par de raciones de rabas y gildas para todos. —Aresti se giró hacia nosotros—. ¿Qué queréis beber? ¿Sacamos unas sidras o preferís cerveza? ¿Unos crianzas?

Antes de que tuviéramos tiempo de responder, Alberto dejó su vaso y se apoyó en la barra con las dos manos.

—Fuera de aquí —escupió remarcando cada palabra.

—¿Cómo dices?

—Que salgas ahora mismo de mi bar. —El tabernero nos señaló a los remeros—. A ellos podrás comprarlos. A mí, no.

Aresti lo observó desafiante.

—¿Vas a impedir que estos héroes locales, los tripulantes de la trainera de tu pueblo, puedan celebrar que la temporada que les espera será brillante?

Me sentí rehén de la situación y, por el gesto incómodo de mis compañeros, comprendí que no era el único. Aresti no había improvisado todo aquello. La elección del Muga no había sido casual. Nos utilizaba como escudos humanos para poder acceder a territorio enemigo.

—No son ellos quienes sobran y lo saben perfectamente. Y tú también sabes que los que estranguláis el pueblo no sois bienvenidos. —El hijo de Lourdes salió de la barra y cogió al empresario por el brazo—. Vamos, largo de aquí.

—No me toques —siseó José Ignacio Aresti sacudiéndoselo de encima. Después miró a los clientes y les mostró una sonrisa que resultó forzada—. Quiero que seáis conscientes de que con el congreso de estos días nos jugamos mucho. No vengo a convenceros de nada, pero sí a pediros que entendáis que Lekeitio se juega su futuro. Estamos ante una oportunidad histórica para posicionarnos como un destino sostenible y verde.

—¿Sostenible? —le interrumpió una mujer—. ¿Te parece sostenible expulsarnos de nuestras casas?

Aresti alzó la mano para detenerla, pero varias voces más se sumaron para reforzar el mensaje de la clienta.

—Escuchadme bien —clamó el empresario, dejando caer su máscara de amabilidad. Los señaló uno a uno con un dedo acusador —. Sí, vosotros. Los que os oponéis a todo por sistema. Que a nadie se le ocurra hacer ninguna tontería estos días. Cuando acabe mi congreso montad la pantomima que os venga en gana, pero mientras tengamos aquí a los visitantes nada de pancartas ni mierdas de esas vuestras. Nada de amenazas…

—Aquí el único que amenaza eres tú —se le encaró otro cliente.

—No es una amenaza, es una advertencia —le corrigió el constructor sin dar un solo paso atrás—. ¿Qué pretendéis? La pesca se acaba. De algo tendrá que vivir esta costa. ¿Sabéis cuánta gente trabaja gracias al turismo? Deberíais estar agradecidos, pero no, la cosa es renegar de cualquier progreso. Si fuera por vosotros todavía estaríamos en la Edad Media.

—¿Agradecidos? —protestó otro—. ¿Sabes cuánto subió mi alquiler el año pasado? ¿Sabes cuántos amigos nacidos aquí han tenido que mudarse a Amoroto o incluso a Markina porque cada vez más pisos se dedican al alquiler turístico? ¿Quieres que te demos las gracias?

El tono iba in crescendo. La tensión, también. Alberto volvió a tomar del brazo al constructor y le señaló la puerta imitando su falso tono amistoso.

—Sal de mi bar, por favor. No me hagas llamar a la policía.

Aresti decidió que había tenido suficiente.

—Os lo he advertido. Que conste —sentenció alzando el dedo. Después abandonó el establecimiento y se giró hacia nosotros—. Ya veis lo que tengo que aguantar. Yo, que siempre he querido lo mejor para el lugar que me vio nacer. —Hizo una pausa para pasarle el brazo por los hombros a Patxi, el patrón—. Está bien, os lo contaré aquí fuera. Hubiera preferido hacerlo en otras condiciones, pero voy a daros una buena noticia. He organizado una regata este sábado.

Mi estómago se encogió.

¿Una regata?

¿El sábado?

¡Eso era dentro de solo cinco días!

No me sentía preparado para algo así. Y mucho menos después de lo que acababa de vivir a bordo de la trainera.

Me giré hacia Cristina, que comprendió la pregunta que iba implícita en mi mirada.

—No, claro que esto no es habitual —me aclaró en voz baja—. El calendario de la temporada viene fijado por la federación. Esto es algo que se acaba de sacar de la manga.

—Participaréis la trainera de Ondarroa y vosotros —continuó el empresario—. Estoy intentando animar también a los de Urdaibai. Para mañana sabremos si se apuntan. Y atención al premio: los ganadores están invitados a pasar un fin de semana en Marbella. Con todo pagado.

—¿Vuelos incluidos? —preguntó el patrón.

—No te pases, Patxi… Tres pisos enteros para vosotros solos en Puerto Banús. Es un pedazo de premio. Y lo tenéis ganado. Sois los mejores. Esto es solo una manera de haceros un regalo.

—No sé si estamos preparados. Hace solo unas semanas que hemos vuelto a remar. Además, tenemos a los dos mejores de baja —le advirtió Patxi.

—Solo una milla —concedió Aresti, antes de corregirse a sí mismo —. No, menos aún. Pondremos la ciaboga un poco más allá de la isla. Nada más. Hasta los infantiles podrían con ello. Solo quiero que mis invitados puedan hacerse a la idea de lo que es un día de regatas. Es algo que no puede faltar si queremos mostrar al mundo las maravillas que tenemos aquí.

Mientras el empresario continuaba tratando de convencernos, una silueta llamó mi atención hacia las sombras del puerto.

Parecía el border collie de Lea.

Nos observaba desde la distancia con el rabo entre las patas.

Me aparté del grupo para llamarlo.

—Ven, Sua. Toma… —susurré estirando la mano.

El perro alzó las orejas al oír mi voz. Dio varios pasos vacilantes y soltó algún bufido, pero cuando creía que estaba decidido a venir se alejó a la carrera hacia las calles del casco antiguo.

Conforme su silueta se perdía entre las casas de pescadores, me dio la impresión de que cojeaba.

—¿Qué pasa? —me preguntó Cristina acercándose.

—Me ha parecido ver a Sua.

—¿A quién?

—El perro de Lea.

Me apoyó la mano en la espalda.

—Te ha dado un buen palo lo de esa chica.

—Era él —aseguré.

—Es probable, pero si ha salido corriendo no lo alcanzaremos a pie. Estará bien, no te preocupes.

Regresé con ella junto al resto del grupo, donde Aresti seguía a vueltas con su regata.

—Yo paso. No somos monos de circo —le interrumpió Jokin antes de dar la espalda al patrocinador para perderse en el interior del Muga.

—¡Espera! —gritó Aresti—. Ándate con ojo. ¿Me oyes? Que aquí nos conocemos todos y las malas decisiones pasan factura.

Jokin se giró hacia el empresario.

—¿Qué insinúas? —preguntó con cara de asco. Después escupió al suelo, muy cerca de los pies de Aresti.

—Esto lo vas a pagar. ¿Me oyes? ¡Lo vas a pagar!

Al ver que otros también comenzaban a retirarse, Patxi salió una vez más al rescate del constructor.

—Venga, no seamos tan estrechos de mente. José Ignacio lleva doce años patrocinando esta trainera. Sin él hoy no estaríamos aquí. A ver quién pone dinero por un equipo de veteranos. Solo nos está pidiendo que salgamos a remar el sábado. ¿Y acaso no es lo que hacemos cada semana? Tomadlo como un entrenamiento diferente. Además, será divertido. Y después podemos quedarnos al campeonato de marmitako.

—¡Pero si eso es en julio! —señaló Cristina.

Yo todavía no había coincidido con el certamen. Cuando veraneaba en Lekeitio con mis padres todavía no se celebraba, pero sabía a qué se referían. Lourdes lucía orgullosa en su puesto la placa que la identificaba como finalista de la última edición.

—Algunos de los participantes en el campeonato del pasado verano van a competir este sábado en una edición extraordinaria.

¿No lo sabíais? —señaló el patrón.

—Mi hermano está apuntado —corroboró Marta, una de las remeras.

Aresti sonrió a modo de respuesta.

—Van a alucinar los yanquis. Les encantan los lugares auténticos y nosotros vamos a demostrarles que Lekeitio no es un destino sin alma, como tantos otros, sino un pueblo que respira al ritmo de la tradición y la cultura marinera. Este verano vamos a ser el destino de moda en internet. Ya lo veréis.

Si esperaba una ovación, no la consiguió. Quienes tenían algún negocio hostelero tendrían algo que celebrar.

Pero no los demás.

7

La mañana siguiente regresé.

Pasé por el puerto cuando el cielo apenas comenzaba a clarear y los muelles no se habían despertado aún. Los barcos sí. Ellos ya no estaban. Ni ellos ni los pescadores. Zarpan cuando todavía es noche cerrada para abrazar el amanecer en sus caladeros. Algunas noches, cuando las pesadillas me vencen y me asomo a la ventana para cerciorarme de que sigo en Lekeitio, lejos de los recuerdos que me torturan, los veo hacerse a la mar en silencio.

Me arrulla observar sus luces de posición alejándose de tierra firme, ladrones de malos sueños arrastrándolos mar adentro, lejos de mí y de mi nueva vida.

Dejé atrás los muelles y las afueras durmientes del pueblo y corrí a lo largo de la playa. Una figura solitaria atrapó mi atención durante unos instantes. Vagaba como alma en pena muy cerca de una orilla donde las olas rompían con desgana. Desde lejos podía parecer un ciego palpando el camino con su bastón, pero era solo un engaño de la vista. Lo sabía porque lo veía cada mañana. Unas veces más cerca del mar, y otras casi al borde del paseo. El cayado que empuñaba no era tal, sino un detector de metales con el que peinaba los arenales sin descanso en busca de monedas, relojes o quién sabe qué objetos perdidos por los bañistas de sol o de ola. Un cazador de tesoros moderno. Un pirata sin barco ni parche en el ojo.

Detuve mi carrera al llegar al puente que salva la desembocadura del Lea. Ante mí se abría un mundo conocido, un lugar que hasta hacía pocas horas había representado la libertad más absoluta y en el que ahora me producía angustia adentrarme.

Sin embargo, debía hacerlo. No estaba dispuesto a permitir que el miedo gobernara mi vida.

Precisaba seguir adelante. Por mí. Por Lea. Mi carrera al alba sería a partir de ahora también la de ella.

Además, necesitaba respuestas.

¿Quién la había matado de una manera tan cobarde?

¿Quién? ¿Por qué? ¿Era una víctima escogida o simple fruto del azar?

Planteármelo me hizo sentir vulnerable.

¿Y si Lea solo fuera alguien que pasaba por allí? ¿Y si el primero en pasar esa mañana por aquel fatídico lugar hubiera sido yo?

Los jirones de niebla que danzaban un vals lento sobre la lámina de agua no quisieron responderme. Ni ellos ni las gaviotas que dormían en el alero del tejado del viejo astillero de ribera. Una bombilla desnuda colgaba de sus vigas y bañaba con sus tonos cálidos al anciano que trabajaba en él. Un penetrante olor a alquitrán brotaba de aquella construcción sencilla, apenas un tejado a dos aguas sostenido sobre altas vigas de madera desprovistas de paredes.

Nunca había hablado con él, ni siquiera había llegado a detenerme a observarlo, como aquella mañana.

Pero siempre estaba allí, formaba parte de mi paisaje diario.

A falta de certezas, mi mente había construido su historia: un pescador jubilado que no se resignaba a su nueva realidad en tierra firme. Restaurar el barco en el que fue feliz lo ayudaba a mantener el vínculo con la profesión que tanto amó. No abandonar los exigentes horarios de su vida anterior lo mantenía vivo.

Respiré hondo y seguí adelante.

No había madrugado para espiar los metódicos movimientos de aquel hombre al que la cama expulsaba cuando el mundo aún dormía.

Me adentré, como cada mañana desde que llegué a mi nueva vida, en la senda que remonta el cauce.

El molino de marea, los eucaliptos, la bruma, el crepitar de la gravilla bajo mis pies…

Mi carrera no tardó en llevarme hasta el paraje donde había encontrado el cadáver de Lea.

Mis pasos se hicieron más lentos hasta que, por fin, se detuvieron.

Era allí. Exactamente allí.

Los carrizos aplastados delataban el espacio que ocupó el cuerpo. Un vacío que hacía unas horas estaba vestido de rojo. Rojo del chubasquero que Lea jamás volvería a ponerse, rojo del uniforme de los ertzainas que acudieron a dar cuenta de su muerte.

Mi mirada recaló en el palacio de Zubieta. Me observaba desde su privilegiado otero en la orilla opuesta de la marisma.

No se veía luz tras las ventanas del viejo caserón, flanqueado por dos torreones orgullosos.

El edificio dormía. Los huéspedes del hotel en el que José Ignacio Aresti lo había convertido, también.

De pronto me pareció oír algo.

Era un gemido bajo, lastimero. Venía de entre la maleza.

Las plantas se agitaron. Durante unos segundos no pasó nada más. Después asomó una cabeza entre ellas. Orejas erguidas, pelaje negro sucio de barro y restos vegetales.

—¿Sua? —Me agaché para ponerme a su altura—. Ven aquí, muchacho.

El animal dio un paso vacilante, después otro. Cojeaba claramente. Se acercó con movimientos cautelosos, deteniéndose cada poco tiempo para decidirse entre continuar o salir corriendo.

—Vamos. No tengas miedo —lo animé extendiendo la mano—. Tranquilo… Muy bien… Así. Solo un poco más.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, me fijé en la venda que llevaba en una de las patas delanteras. Estaba herido.

—¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha puesto eso?

Como respuesta, el border collie recorrió los últimos pasos que nos separaban y comenzó a oler mi mano. Con un movimiento rápido la lamió. Un lametazo húmedo y cálido de reconocimiento que me encogió el corazón. Era su forma de decirme que me recordaba de nuestros fugaces encuentros matinales. Después se apartó, introdujo el hocico entre la maleza y gruñó.

—¿Qué pasa? ¿Qué has encontrado?

Antes de que pudiera acercarme, me ladró y se escabulló sin mirar atrás.

—¡Sua! ¡Vuelve aquí! ¡Sua!

Por más que lo llamé no regresó.

Estuve tentado de olvidar el resto de mi carrera matinal y regresar a Lekeitio. Debía avisar a la inspectora de que el perro de Lea deambulaba por ahí. Solo y asustado. No parecía un peligro para nadie, pero quizá lo fuera para sí mismo. Después de vivir entre algodones con su dueña, le faltaba calle para sobrevivir en esas circunstancias.

Sin embargo, me dije que unos minutos más o menos no iban a cambiar gran cosa. Necesitaba completar el recorrido habitual. Solo así lograría pacificar, al menos en parte, mi mente atormentada.

Antes de continuar, me agaché en el lugar donde Sua había estado husmeando.

Aparté las malas hierbas y sentí en la epidermis la reacción urticante del contacto con alguna ortiga. Todo para comprobar que solo se trataba de un caramelo de goma.

No era extraño. Aquella ruta tan solitaria a esa hora cercana al alba se convertía durante el día en un paseo concurrido, popular entre abuelos y nietos que disfrutaban de un espacio natural próximo a las calles de Lekeitio.

La visión del dulce me desgarró el alma, un canto a la vida en un paraje donde la muerte había dejado su huella para siempre.

—¿Qué sucedió aquí? —me pregunté en voz alta mientras giraba sobre mí mismo.

No había nada que rompiera la quietud de un espacio que jamás volvería a ser el mismo.

Nada.

Solo el canto matinal de los mirlos y los graznidos quejosos de los ánades azulones.

El resto era silencio.

Mi carrera siguió adelante. Dejé atrás las barcas durmientes del día de gansos y las ruinas del antiguo hospital. También algunos caseríos dispersos y un par de molinos.

No miraba el reloj. No había ganas de hacerlo mejor ni de correr más rápido que el día anterior. Solo necesitaba estar allí.

La presa de Bengolea me recibió con su altivez habitual.

Era allí, en aquel muro acuático levantado siglos atrás para mover los engranajes de la ferrería vecina, donde acostumbraba a dar la vuelta para volver a casa.

Pero aquella mañana no tenía fuerzas para emprender el regreso. No todavía.

Introduje la mano bajo la cortina de agua y cerré los ojos. Sentí la caricia líquida y el tacto suave del muro cubierto de musgo.

El rugido de la cascada lo envolvió todo.

De pronto no había nada más. Ni el bosque que me rodeaba ni la niebla que danzaba sobre el agua.

Tampoco había testigos que vieran el llanto desgarrado que brotó de lo más profundo de mi alma herida.

Lloraba por la mujer con nombre de río, pero lo hacía también por mi novia, Mónica.

Y, sobre todo, lloraba por Sofía. Ella era la que volvía cada noche cuando cerraba los ojos. La que me despertaba de madrugada, envuelta en sangre, para gritarme que la había matado.

Era horrible. Había llegado a Lekeitio huyendo de la muerte y sus frías garras me habían dado caza de nuevo.

No sé cuánto tiempo estuve allí, de pie ante ese salto de agua que otras mañanas no era más que un lugar donde emprender el regreso.

Y si abrí de nuevo los ojos fue porque un sonido me sacó del trance.

Se trataba de una melodía, liviana como el aire y triste como un atardecer de otoño.

Una suave voz femenina flotaba sobre las notas graves de la cascada y se enredaba en ellas hasta acabar perdiéndose en un cielo pesado como el plomo.

Me pareció atisbar una sombra en la otra orilla. Una silueta que avanzaba lentamente entre los árboles. La niebla desdibujaba sus formas, las dotaba de una etérea irrealidad, pero había alguien allí. No había duda.

—¿Hola? —llamé alzando la voz para hacerme oír por encima del rugido del agua.

El canto cesó tan pronto como el saludo brotó de mi garganta.

La sombra también se escabulló río arriba. Pude oír sus pasos apresurados en la hojarasca. Ya no cantaba, solo se alejaba de mí.

—¡Espera! ¡Por favor! —exclamé antes de echar a correr tras ella. ¿Y si conocía a Lea? ¿Y si sabía qué le había ocurrido?

Dejé atrás esa barrera imaginaria que constituía para mí la presa y remonté el cauce con la esperanza de encontrar algún puente que me permitiera cruzar a la otra orilla. Necesitaba hablar con esa mujer.

Lejos de disiparse, la niebla se hizo más densa a medida que avanzaba contra la corriente.

La silueta todavía se dibujó un par de veces entre los árboles, pero enseguida acabó por desaparecer por completo.

—¡Espera! ¡Quiero hablar contigo! —grité con fuerza.

Un edificio tomó forma en la orilla opuesta. Sobrio, contundente, altivo incluso. Un farol encendido sobre su puerta desterraba la impresión de encontrarse abandonado.

Agucé el oído.

Nada. Ni pasos ni sombras esquivas.

Solo un silencio sepulcral.

Incluso el propio río había enmudecido. Dormía, domado por la presa, en un falso espejismo de serenidad.

Suspiré desanimado.

La había perdido.

8

—¿Conoces la casa que hay aguas arriba de la ferrería de Bengolea? —le pregunté a Nerea mientras esperaba a que la cafetera terminara de llenar mi taza.

—¿La casa-torre? —planteó la administrativa sin dejar de ordenar los volantes de las analíticas de primera hora de la mañana—. ¿Una de piedra que tiene más años que Matusalén?

—Esa misma. ¿Quién vive allí?

—El ricacho del pueblo. No lo conoces. Hace tiempo que se mudó a Marbella. Solo viene por fiestas y a cerrar algún negocio.

—¿Aresti?

Nerea se giró hacia mí con gesto de incredulidad.

—¿En serio…? Sabes más de Lekeitio de lo que yo creía.

—Es el patrocinador de mi trainera. Ayer pasó a saludar…

Esta vez Nerea asintió con una mueca divertida.

—Tienes razón. No me acordaba de que a los de aquí os pone pasta ese tío. Todos los viajes pagados y equipación nueva cada año… Menudos señoritos estáis hechos. Los que remamos en Ondarroa somos más humildes. La pescadería Esparza nos paga unas simples camisetas y una cena en una cervecera al final de la temporada. Pollo asado, lechuga y tarta de queso. El resto sale de aquí —indicó dándose unas palmadas en el bolsillo—. Y si me das a elegir, prefiero que sea así. Paso de que un tipo como Aresti blanquee su imagen a cuenta de ensuciar con su marca el casco de mi trainera.

—¿Ya estáis con vuestros piques? —se burló Mikel acercándose al mostrador para cambiarse de bata. La que llevaba puesta estaba manchada de sangre.

—Al menos nosotros no llegamos a las manos… Tú parece que vienes de matar a alguien —señaló Nerea.

El enfermero dibujó un gesto hastiado.

—El chico de prácticas… Menos mal que la paciente no era de las que se impresionan al ver la sangre, porque el chaval no atinaba con la vena. Vaya carnicería… ¡Y ahora está mareado! Creo que será mejor que lo pongamos a hacer electros o acabará costándonos una denuncia.

—Ya aprenderá, hombre —intercedí—. Todos hemos pasado por ahí.

El suspiro de Mikel mientras se abotonaba la bata limpia fue suficiente respuesta.

—¿Vive con alguien? —pregunté.

—¿Quién? ¿El nuevo? —El enfermero alzó hacia mí una mirada cargada de extrañeza.

Nerea se rio.

—No. Aresti —aclaró—. Cosas nuestras.

Mikel pareció recordar algo.

—Ay, Aresti… ¿Os habéis enterado de la que se ha montado esta noche?

Deduje que se refería al suceso en el Muga. Las noticias vuelan en Lekeitio.

—Estaba allí cuando Alberto lo echó de su tasca —dije.

El enfermero negó con la cabeza. No hablaba de eso.

—Han saboteado sus pisos turísticos. Cuando he pasado por los que tiene en la plaza, apestaban. Los portales estaban llenos de pescado podrido… Y por lo visto han puesto silicona en sus cerraduras. Justo hoy que llegan los del congreso ese… Ya veréis la que se va a liar. Me he cruzado con dos furgonetas de la policía que iban para allá.

—Qué manía con traernos más turistas —suspiró Nerea—. Como si no tuviera yo bastante papeleo ahora. ¿Tú sabes las horas que pierdo en verano dando de alta en el sistema a pacientes llegados de fuera?

Mikel fue más allá.

—Pues prepárate. Lo han llamado Congreso del Turismo Sostenible para maquillarlo un poco, pero no es más que la visita de unos americanos que vienen a pegarse la vidorra a cuenta de

nuestros impuestos. Parece que así hablarán bien del pueblo en sus redes sociales y como premio vendrán más turistas. Nunca les parece suficiente.

—¿Te cuento yo por qué? —intervino Nerea—. Porque Aresti necesita rentabilizar sus inversiones. ¿No ves que es dueño de medio pueblo? No le bastó con convertir en hotel el palacio de Zubieta. No. Él quería más y ahora tiene pisos turísticos por todo el casco antiguo.

—Antes de que existieran esas viviendas con licencia, Aresti ya se estaba preparando para su llegada —me explicó el enfermero—. Durante años fue comprando inmuebles que su propia constructora iba reformando. Sin prisa. En silencio y sin hacer ruido. Y ahora tiene tanto el hotel como los pisos que le hacen la competencia. No se puede negar que es una jugada maestra.

—Yo lo llamaría de otra manera —objetó Nerea—. Es un carroñero.

Mikel asintió levemente. No le quitaba la razón.

—Un carroñero, sí, y de los que no se conforman con nada. No le basta hacer negocio en temporada alta y le duele tener vacíos tanto el hotel como los apartamentos gran parte del año. Los visitantes nos identifican con la playa y no vienen más que en verano. Por eso ha enredado al ayuntamiento para montar este sarao. Y le saldrá bien. Habréis visto las noticias… Ese vuelo directo desde Bilbao a Nueva York es una gran oportunidad. —El enfermero frotó sus dedos para remarcar que hablaba de dinero—. Dólares calentitos con los que llenar sus habitaciones los trescientos sesenta y cinco días del año.

—¿Y tú cómo estás tan enterado de todo eso? —le pregunté.

Mikel se enganchó la insignia con su nombre en la bata limpia.

—Uno que tiene sus fuentes —se burló antes de volver a perderse en la sala de extracciones.

—Su hermana trabaja en el ayuntamiento —me contó Nerea, que bajó la voz antes de continuar—. Por cierto, ha venido la tía de Lea. Tenía analítica. He tratado de sonsacarle, pero me da a mí que no tienen ninguna sospecha. No, esa mujer daba por hecho que su

sobrina se había matado de una mala caída. Dice que la autopsia lo ha determinado así.

Me quedé de piedra.

¿La autopsia?

Había visto a Lea, había tratado de devolverle la vida mientras su cuerpo comenzaba a enfriarse… No necesitaba ser forense para saber que la habían asesinado. ¿Qué tipo de facultativo podría haber determinado una causa accidental en su muerte?

—A Lea la mataron —aseguré sin ocultar mi rabia.

—No sé… Mira, ahí tienes *El Correo* de hoy. —Nerea empujó hacia mí un periódico doblado por la mitad—. ¿Tú ves algo de un asesinato? Nada. Y lo he leído de cabo a rabo… Ni siquiera en las páginas que dedican a nuestra comarca viene nada. ¿No crees que si hubiera la menor sospecha de que lo de Lea fue un crimen vendría alguna noticia así de grande? Quizá en Madrid estéis acostumbrados, pero aquí…

—¡Y dale con Madrid!

—Bueno, qué sé yo… Es que me sorprende que sigas empecinado mientras el forense y hasta la propia familia de Lea dan por hecho que murió por un desgraciado accidente.

—¿Tú crees que si se tratara de una mala caída su perro habría huido asustado? —planteé antes de detallarle mi encuentro con Sua. Al regresar de la ferrería había vuelto a toparme con él muy cerca del lugar donde Lea fue asesinada y noté que me seguía a distancia hasta casa.

—¿Desde las marismas hasta el camino del faro?

—Desde allí. Pero no me ha permitido acercarme. A la mínima se asustaba y salía corriendo… Supongo que, como no lee los periódicos, sigue buscándola.

Nerea sacudió la cabeza.

—Pobre animal. —De repente reparó en el reloj de pared—. ¿Has visto la hora? Tienes la primera consulta dentro de cinco minutos.

Una notificación me hizo sacar el móvil del bolsillo.

—Tu madre —apostó Nerea.

Y acertó, claro. Yo también lo hubiera hecho.

No fallaba. Cada día antes de que arrancara mi jornada laboral recibía algún collage pretendidamente inspirador.

—¿Cómo es el de hoy? —preguntó mi compañera asomándose a la pantalla—. Ay, un sol sonriente con un buenos días de colorines… Es monísima.

—Será mejor que me prepare otro café —mascullé guardando el teléfono.

—Espera. —Nerea retiró el tapón a una botella de vidrio—. Prueba esto. Lo ha traído Cristina.

Se trataba de un líquido transparente.

—¿Qué es? No me des orujo a estas horas, eh. A ver con qué cara entro a la consulta.

Nerea sacudió la cabeza mientras me vertía un chorrito en la taza.

—Prueba. No le hagas ese feo, que lo ha traído para nosotros con todo su amor.

Me lo llevé a los labios y lo escupí de inmediato.

—Puaj. ¿Qué es esto? ¿Agua con sal?

Nerea estalló en una carcajada.

—Agua de mar. Ha ido a buscarla a la playa. Ahora le ha dado por ahí. Dice que equilibra los electrolitos y que nos ve muy descompensados. Un vasito cada día y como nuevos.

—Está fatal —me reí poniendo en marcha la cafetera—. Oye, todavía no me has dicho con quién vive.

—¿Quién? ¿Cristina?

—No. Aresti.

—Y yo qué sé —respondió mi compañera—. Supongo que con su mujer, pero no tengo ni idea. Hace al menos diez años que se marcharon a Marbella. A ella no la he vuelto a ver. No suele venir por aquí. Eso de vivir en una antigua casa-torre en medio de la nada no le hará ninguna gracia. Cuando Aresti la compró todos dimos por hecho que querría montar otro hotel, pero no, el tío quería sentirse como un señor feudal vigilando sus propiedades desde las alturas.

—¿Tiene hijas o nietas?

Nerea se rio.

—¿Buscas dar un braguetazo? —En ese momento apareció Cristina. Llegaba de limpiar el despropósito sangriento de la sala de

extracciones. Al reparar en ella, la administrativa chasqueó los dedos. Acababa de recordar algo—. Oye, tú trabajaste una temporada en la torre de Aresti, ¿verdad?

—Sigo haciéndolo. Lo que pasa es que cada vez menos. Me suele avisar unos días antes de su llegada para que le prepare la casa.

—¿Sabes si ha venido con alguien? —pregunté.

—Yo diría que no. Me pidió que solo arreglara un dormitorio, así que no espera compañía. A Carlota hace tiempo que no la veo. No quiere saber nada de Lekeitio.

—¿Te extraña? Aquí todos sabemos quién es, y en Marbella se las dará de marquesa, que es lo que le ha gustado siempre. Esa ya no vuelve por aquí ni para su propio entierro. —Nerea se giró hacia mí —. Menuda es la señora de Aresti… Trabajaba en la conservera, sobando anchoas, y mírala ahora.

Cristina apoyó el cubo en el suelo y se quitó los guantes para prepararse un té.

—¿Ya habéis tomado el agua? —preguntó señalando la botella.

—Sí. Gracias. Muy buena —me apresuré a responder.

Me miró desconfiada. Saltaba a la vista que no me había creído.

—Tómala cada día. Te vendrá muy bien. Ya verás… ¿Y a qué viene ese interés por las compañías de Aresti?

Por un momento estuve tentado de no decir nada, pero acabé explicándoles lo que había visto hacía poco más de una hora junto a la presa de Bengolea. La suave voz repitiendo un estribillo que no había logrado entender, la sombra abriéndose paso entre la niebla…

—¿Y dices que se ha esfumado? ¿Así, sin más? —preguntó Nerea entre risas—. Le habrá dado un ataque de vergüenza. A mí también me pasaría si fuera cantando por el bosque y de pronto me diera cuenta de que no estoy sola…

La limpiadora fue más elocuente.

—¿En Bengolea, dices? —me preguntó con expresión sorprendida.

—Sí. Entre los árboles de la orilla del Lea.

—¿Estás seguro?

—Completamente. ¿Por qué?

No entendía a qué venía su reacción.

—Es extraño. Hace tiempo que nadie las ve —observó en voz baja —. Pero, claro, allí están la ermita de Oibar y su cueva…

—¿Quieres hablar claro de una vez? ¿A quién te refieres? — espeté. Estaba consiguiendo ponerme nervioso.

—Lamias… —aclaró Nerea, saliendo a mi rescate—. A un paso de Bengolea hay una cueva con tres bocas. Te sonará muy raro todo esto, pero dicen que allí viven las lamias. —Esbozó una mueca cómplice—. A Cristina le encantan esas leyendas.

—No son leyendas —se defendió nuestra compañera—. Pregunta por aquí y verás. Las lamias parecen mujeres, pero de cintura para abajo tienen patas de cabra —comenzó a explicarme adoptando un tono entusiasta—. Y son muy presumidas. Se pasan el día a orillas del río, arreglándose el cabello con sus peines de oro.

—El próximo día que pases por la ermita de Oibar, coge el desvío y podrás ver sus huellas en la entrada de la cueva —añadió Nerea guiñándome el ojo. Menos mal que no era el único que mantenía la cordura—. Dicen que están ahí marcadas.

No podía dar crédito a lo que estaba oyendo. ¿Mujeres con patas de cabra…? ¿Peines de oro? ¿Pero qué locura era aquella?

—Yo no andaría asomándome a su morada. Es mejor tener cuidado con ellas —me advirtió Cristina, muy seria—. Pueden ser muy vengativas si se las molesta. Y nunca, por nada del mundo, se te ocurra robarles su peine. Nunca.

—A ver… —Respiré hondo mientras mis manos se abrían para detener la espiral en la que había entrado mi compañera—. ¡Era solo una mujer cantando! Y cuando se ha dado cuenta de que no estaba sola se ha escabullido.

—Pues eso es exactamente lo que haría una lamia. No les gustan los humanos. ¿Te has fijado en si estaba peinándose?

Recordé la silueta que avanzaba entre los árboles. La niebla me había impedido ver más que una leve sombra de mujer. Lo supuse por el timbre de su voz más que por sus formas. De hecho, no podía asegurar que tuviera piernas humanas.

Me regañé a mí mismo por estar validando su fantasía.

—Era solo una mujer de carne y hueso y quizá tenga algo que ver con la muerte de Lea.

—¿Qué te hace pensar algo así? —intervino Nerea recobrando la seriedad.

—Porque me he desgañitado pidiéndole que se detuviera y solo ha apretado el paso hasta volatilizarse en la niebla.

Mis compañeras me observaron con gesto escéptico.

—Exactamente lo mismo que hubiera hecho yo si un tío empieza a llamarme a gritos en medio del bosque —señaló Nerea.

—Y yo —corroboró Cristina—. Cualquier mujer hubiera actuado igual. ¿De verdad no te lo habías planteado, Jon? Lamia o chica de carne y hueso, la has asustado.

Reconocí que no les faltaba razón, pero algo me decía que la mujer que cantaba junto al río no escapaba de mí por miedo.

No, por supuesto que no.

Si esa sombra huía era por proteger secretos que solo ella conocía.

9

Itziar Mendibe me esperaba en la terraza del Muga. Su taza de café todavía humeaba.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó en cuanto me senté a su lado.

Los ojos verdes de la inspectora, que nació el mismo día y el mismo mes que yo, aunque un año más tarde, destilaban preocupación.

—¿Te has enterado de que no van a investigar lo de Lea como homicidio? Tienes que hacer algo —dije sin rodeos.

Itziar me observó con expresión incrédula.

—¿Yo? ¿Y qué pretendes que haga? Son un juez y un forense quienes lo han determinado. ¿Crees que van a hacer caso a una policía local que les diga que están equivocados?

—Pero lo están.

—¿Por qué insistes? Lea tuvo muy mala suerte. Se cayó y se dio un mal golpe.

—Itziar, tú estuviste allí. La viste tan bien como yo. Sabes que a Lea la mataron.

La inspectora me hizo un gesto para que bajara la voz. No estábamos solos.

Sentado a dos mesas de distancia, con su detector de metales y su pala plegable apoyados en la mesa, el cazatesoros al que veía rastrear la playa cada mañana estaba absorto en un libro.

El moño blanco y la barba de varios días lo hacían inconfundible. También su desinterés por nosotros. Las únicas personas con las que se relacionaba parecían ser las que habitaban en esas novelas que devoraba cuando la pleamar le impedía seguir buscando objetos perdidos.

—¿Y cuál es tu teoría? —preguntó Itziar en un susurro—. Porque si estás tan convencido de que alguien mató a Lea, tendrás alguna

idea sobre lo sucedido. ¿O no?

—No. No tengo nada. Pero estuve allí. Intenté reanimarla. Lea no se cayó. La golpearon con una estaca o con una maza. Algo duro como…

—¿Como una piedra del camino? —me interrumpió—. ¿Una piedra como las muchas que hay en esa zona donde corría casi a oscuras?

Apreté los labios.

—No, Itziar. Una piedra del camino no te hace eso. Cuando alguien va corriendo y se cae, no se golpea en la base del cráneo. Te puedes dar aquí —señalé dándome una palmada en la frente—, o quizá en el parietal o en el temporal. Una lesión frontal o lateral, vaya. Lo de Lea no fue así. La fractura que le causó la muerte fue en el occipital. La atacaron por detrás.

Esta vez mi mano viajó a la nuca de la inspectora para indicarle el lugar.

Ella se apartó, incómoda.

—La vio un forense, Jon… No quiero hacerte de menos, porque sé que eres un gran profesional, pero eres médico de familia. Tu trabajo no es determinar la causa de la muerte de una persona. Y alguien que se dedica a eso ha escrito un informe diciendo que fue un lamentable accidente.

Cerré los ojos y vi de nuevo el cuerpo sin vida de Lea entre los carrizos.

—La mataron y hay un asesino suelto —sentencié decidido.

—Estás viendo lo que no es.

—Voy a investigar esto, Itziar. Descubriré lo que ha pasado. Entiendo que no me creas o no quieras acompañarme, pero lo voy a hacer.

—Tú sabrás, pero conmigo no cuentes. No voy a ayudarte a alimentar una obsesión que no va a traerte nada bueno. —La inspectora me dedicó una mirada cargada de lástima—. Te recuerdo que yo también estuve allí, contigo y con los ertzainas que acudieron a mi llamada. Vi lo mismo que tú, inspeccioné la zona, y no había nada que llevara a pensar en un acto criminal. Ni arma homicida ni rastros de huida. Nada.

—Tengo algo más —anuncié antes de narrarle mi encuentro en la marisma con el perro de Lea—. El pobre animal debía de estar con ella cuando la atacaron y…

—Jon…

—Espera. Déjame acabar. Ya sé que vas a decirme que los perros no hablan, pero un border collie es un perro pastor, no un guardián. Si hubiera sido una caída, se habría quedado a su lado, protegiéndola. Pero… ¿y si se asustó?, ¿y si fue en busca de quien la atacó?

—Jon…

Alcé la mano para detenerla. No quería que rebatiera mi argumentación antes de terminarla.

—La atacaron y el pobre perro salió tras el asesino —continué convencido—. Ahora deambula perdido y desorientado. Además, está herido. Tiene una pata mal. Seguro que intentó defenderla y puede que tenga algún rastro incriminatorio…

Itziar dio un manotazo en la mesa. El cazador de tesoros dirigió hacia nosotros una mirada molesta antes de volver a zambullirse en su lectura.

—¿Me quieres escuchar de una vez? Ese perro está suelto porque ayer acompañé a la madre de Lea a casa de su hija y en cuanto abrimos la puerta se escapó. Por más que lo llamamos no hubo manera de que regresara. Mis compañeros y yo estamos en ello. No creo que tardemos en encontrarlo. —La inspectora apretó los labios y negó con un gesto—. No hubo ataque, Jon. Lea se cayó, y punto. Ni siquiera existe un móvil para tu supuesto crimen. Su teléfono y sus auriculares estaban allí. Las llaves de su casa también. No le habían robado, no había el más mínimo indicio de agresión sexual… ¡Nada! Joder, Jon, asúmelo. Fue un accidente.

Si pensaba que sus palabras iban a hacerme tirar la toalla iba desencaminada.

—Creo que quien la mató la buscaba precisamente a ella. No para violarla o robarle. Una venganza quizá, un ajuste de cuentas.

Ahora era incredulidad lo que mostraba la expresión de Itziar.

—Hablamos de una mujer que se dedicaba a grabar vídeos de pajaritos, por favor, no de una intrépida cazadora de

narcotraficantes.

En eso estaba de acuerdo con ella, pero tenía que haber algo más.

—Ayúdame al menos a conocerla mejor. Necesito saberlo todo sobre Lea para comprender quién podría querer matarla. Amigos, intereses, problemas, enfrentamientos…

Una sombra de preocupación veló por un momento la mirada de Itziar, pero no tardó en desterrarla.

—¿Cómo quieres que sepa yo todo eso?

La respuesta era sencilla: porque fue pareja de tu hermano.

—Lea tenía treinta y cuatro años. Solo tres menos que tú —señalé en lugar de mencionar su vínculo personal—. Lekeitio no es muy grande. ¿Cuántos habitantes somos? ¿Ocho mil?

—Siete mil y pocos.

—Más a mi favor. Seguro que algo podrás contarme sobre ella. Incluso habréis estudiado en el mismo instituto…

Itziar negó con la cabeza.

—Jon, has visto muchas películas. Déjalo ya, de verdad. Lea se cayó. No hay nada más. —Lo que dijo a continuación dolió—. No quieras purgar tu mala conciencia viendo fantasmas donde no los hay.

Si aquello me escoció fue porque Itziar conocía la historia detrás de mi llegada a Lekeitio y me la había arrojado a la cara sin delicadeza alguna.

Yo mismo se la había confesado a las pocas semanas de mi mudanza. Fue en lo más alto de la isla de Garraitz, una noche de viento sur y bajamar que dejó al descubierto mis propios cimientos. Un puñado de latas de cerveza tuvieron la culpa. Ellas y la necesidad de compartirlo por fin con alguien, como si así pudiera mitigar mi dolor. Y mi culpa.

Aquella cita fue la primera y la última. Una deuda pendiente del amor adolescente que habíamos compartido durante un verano que se perdía en las nieblas del olvido, cuando yo era el forastero exótico y ella una de las chicas más bonitas de Lekeitio.

Tardes de puestas de sol y de besos furtivos, de complicidad y promesas de fidelidad que nunca se cumplieron. Porque con la

llegada de septiembre regresé a Madrid y las llamadas fueron espaciándose hasta que ambos dejamos morir aquello que durante unas semanas nos había parecido indestructible.

—Tu hermano salió con ella —disparé, ahora sí, sin compasión. No hubiera jugado esa carta de no haber visto cómo ella utilizaba mi dolor para imponerse en la discusión.

La incomodidad de Itziar fue evidente.

—¿Y qué? ¿Lo convierte eso en un asesino?

—¡Yo no he dicho tal cosa! Pero estoy seguro de que sabes más de Lea de lo que admites. Fue tu cuñada durante al menos cinco años.

La inspectora me fulminó con la mirada. No le gustaba el giro que había dado la conversación. Lejos, sin embargo, de decidirse a hablar, arrugó los labios y clavó un dedo en la mesa.

—Si consigues que reabran el caso lo único que vas a hacer es poner una lupa sobre ti. Estabais solos, Jon. Lea y tú. En un lugar apartado y a una hora intempestiva, lejos de la vista del resto de los vecinos de un pueblo que no quiere problemas. Serías el principal sospechoso en cualquier investigación. —Itziar hizo una pausa para permitirme asimilar el mensaje—. ¿De verdad quieres hacerte eso? El médico que llega a Lekeitio en busca de una vida nueva y que encuentra en su lugar una sombra de duda que lo perseguirá para siempre… ¿Es eso lo que quieres para ti? Piénsalo bien antes de complicarte la vida.

Tragué saliva. No había terminado…

—Parece que lo de Lea con tu hermano no acabó muy bien.

Itziar resopló.

—Te estás obsesionando. Y en parte te comprendo. Tiene que ser muy impactante encontrar una mujer muerta en medio de la nada. Una mujer que se parece tanto, además, a la novia que perdiste hace unos meses.

Su insinuación me dejó sin palabras.

—¿Qué…?

—¿Crees que no me he dado cuenta? En tus redes sociales tienes mil fotos con Mónica. Y Lea es… —Hizo una pausa en busca de la

palabra—. Joder, Jon… Es un calco. ¿Por eso te fijaste en ella? ¿Por eso te cuesta tanto admitir lo sucedido?

—Esto no tiene ningún sentido —acerté a decir a duras penas. De pronto me sentía desnudo, enfrentado a una realidad incómoda que ni yo mismo había sido capaz de ver.

Itziar apuró el café de un trago.

—Tengo que dejarte. Ya están aquí. —Señaló un minibús negro que se había detenido un poco más adelante—. El Congreso del Turismo Sostenible va a ocupar todo mi tiempo en los próximos días. Los jefes quieren que nuestros invitados hablen maravillas de Lekeitio y eso implica que se sientan seguros. —Me observó con un repentino gesto conciliador—. Pasa página, por favor. No es momento de alimentar conspiraciones en las que todos salimos perdiendo.

—¿Es eso? ¿Como viene un grupo de influencers al pueblo preferís meter bajo la alfombra los problemas? A Lea la mataron, Itziar. Tenlo claro. No actuar nos convierte en cómplices de su asesino.

Ella negó con la cabeza una última vez.

—Déjalo estar, Jon. Y no hurgues en heridas que no comprendes y que cicatrizaron hace años. No vas a salvar a nadie: ni a ti, ni a Lea, ni a su familia. Y tampoco a tus fantasmas.

10

Cuando la mañana siguiente salí de casa, el faro de Santa Catalina me saludó en la distancia. La lluvia había cesado y ahora era una niebla cargada de salitre quien trepaba desde los acantilados para envolver un alba que todavía se haría de rogar.

Hacía frío, un frío húmedo que calaba hasta los huesos. Un frío que solo se hizo más llevadero cuando dejé atrás la soledad de la carretera del faro y alcancé el puerto pesquero. Allí, entre casas durmientes y con el mar remansado por los diques, la bruma se disipó y la temperatura se tornó ligeramente más amable.

Pero mis pasos no se detuvieron en los muelles.

Me dirigí, como cada mañana, al puente sobre el Lea. Esta vez no iba armado con mi ropa técnica ni mis zapatillas de correr. Tampoco tomé el sendero habitual por la orilla derecha del río, sino que descendí a la margen izquierda en busca del viejo astillero de ribera.

Lo encontré allí, fiel a su costumbre.

La bombilla desnuda que colgaba de la cubierta a dos aguas brindaba un tono cálido a su rostro, surcado por profundas arrugas. Un bigote blanco, de esos que solo los pescadores con la mochila cargada de años saben llevar con gracia, habitaba bajo su nariz.

—*Egun on.* ¿Molesto?

El anciano levantó hacia mí una mirada que regresó de inmediato a la madera que lijaba con delicadeza.

—Depende. Usted dirá qué se le ofrece. ¿Hoy no corre?

Era un buen comienzo. El mejor.

Su pregunta significaba que la trainera que estaba restaurando no le impedía estar al tanto de lo que ocurría a su alrededor. Quizá hubiera visto algo.

—Hoy no toca correr. Sabrá que hace dos días apareció muerta una mujer en la ría.

—Claro. La chica esa, la que madrugaba cinco minutos más que usted. Una buena persona.

—¿La conocía?

—Yo los conozco a todos. Uno ya tiene sus años.

La mano izquierda del anciano acariciaba la madera en busca de restos de pintura e imperfecciones mientras la derecha las lijaba sin compasión.

—Ha dicho que Lea era una buena persona.

—Así es. No todo el mundo pierde el tiempo en saludar a un viejo. Somos invisibles. Lo comprenderá si llega a mi edad. Ella, en cambio, siempre me dedicaba alguna palabra amable al pasar por el puente.

No me pareció entrever ningún reproche en sus palabras, pero fue imposible no sentirme culpable. Hacía meses que lo veía ahí, trabajando en su embarcación, y jamás, hasta esa mañana, lo había saludado. Lo veía tan ensimismado, que daba erróneamente por hecho que ni siquiera me veía.

—Disculpe, no me he presentado. Me llamo Jon Aguirre —dije tendiéndole la mano.

—Ya sé cómo se llama. Y que viene de Madrid. Es el médico nuevo. Esto es Lekeitio. Las noticias vuelan. Yo soy Benito Goikoetxea, Goiko para todos desde que era un crío.

La mano que estrechó la mía era recia, rugosa, de esas que hablan de largos años de trabajo y de un retiro más que merecido.

—Era pescador, ¿verdad?

Goiko me observó largamente con una sonrisa socarrona.

—¿Por qué los de fuera piensan que aquí todos nos dedicamos a la pesca? En Lekeitio no solo está el mar. No. Trabajé en las maderas. Hoy ya no quedan más que ruinas, pero cerca del faro de Santa Catalina hubo una planta maderera que dio trabajo a medio pueblo. Estuve allí desde los quince hasta que me jubilé el día que cumplí los sesenta y cinco.

La película sobre la vida de ese anciano que había ido construyendo mañana tras mañana acababa de irse a pique.

—Al menos dígame que fue remero.

—Patrón —me corrigió Goiko—. Esta era mi trainera. Iba ahí, de pie, dirigiendo a mis trece apóstoles. Solo dos de ellos aguantaron los veintidós años que estuve yo. Eran otros tiempos. Ahora hay profesionales del remo. Por aquel entonces entrenábamos al salir del trabajo. Nadie nos daba un duro. Al contrario, teníamos que pagarnos hasta la camiseta.

—La está dejando muy bonita —comenté pasando la mano por el casco. El tacto de la madera desnuda de pintura resultaba reconfortante.

—Es mi manera de seguir aquí. ¿Sabe cuántos años tengo? —Goiko hizo una leve pausa, aunque no suficiente para permitirme responder—. Ochenta y dos. Y no me pienso morir mientras esta trainera no haya recuperado el esplendor que tuvo entonces. Es importante tener una ilusión que te ate a la vida. De lo contrario, te vas. Es lo que les ha pasado a muchos que ocuparon estos bancos. Algunos, con menos años que yo. No importa ser joven o viejo, el día que tus ilusiones se agotan, ya no pintas nada en este mundo. ¿Acaso no es lo que hace usted cada mañana? ¿Por qué sale a correr cuando podría estar durmiendo? ¿Se lo digo yo? Lo hace porque su trabajo no le llena, porque su día a día no le ilusiona. En cambio, esos minutos que dedica al deporte a orillas de la ría son los que lo hacen seguir adelante.

Observé con interés a aquel hombre. Estar con él me hacía sentir que cualquier cosa que pudiera aportar yo carecía de importancia. Se trataba de una de esas personas que te cruzas en la vida con las que lo mejor es callar y aprender.

—Tuvo que ser un buen patrón —señalé.

—El mejor. Por eso duré tantos años. Y supe apartarme a tiempo. Llegaron las traineras de fibra de vidrio. Más ligeras, más veloces. Pero menos nobles. También los remeros profesionales, la televisión, los patrocinadores… Otro mundo. No diré que peor, solo que no era el mío. —Sin perder la naturalidad con la que hablaba de su propia vida, Goiko clavó en mí la mirada—. Pero usted no está aquí para que le hable de mí. Ha venido porque piensa que la mataron y quiere respuestas.

Me dejó sin palabras. Eso sí que no lo esperaba.

—En la radio dijeron que fue un accidente —apuntó el anciano—. ¿Qué lo lleva a pensar que…?

—Fui yo quien encontró el cuerpo —lo interrumpí. No quería entrar en más detalles.

Goiko asintió con un mohín. Su mano regresó al trabajo mientras suspiraba. No quise romper el largo silencio en el que se sumió hasta que volvió a hablar.

—Vería algo que no debió ver —apuntó finalmente.

La opción que planteaba se me había pasado por la cabeza, aunque no había tardado en descartarla.

—Es solo un sendero junto a un río. ¿Qué iba a ver? ¿Garcetas rebuscando en el limo? ¿Un viejo patrón restaurando su trainera?

—No todo es de color de rosa. Ni aquí ni en ningún lugar —sentenció sin dejar de lijar.

—¿Se refiere a que pudo ser testigo de algo ilegal?

Goiko alzó levemente la lija para rechazar mi pregunta.

—Yo no quiero problemas. A mis años uno aspira a vivir tranquilo.

—Pero una chica ha sido asesinada. Su tranquilidad no puede estar por encima de la vida de otras personas. ¿No cree?

—Venga una noche y observe usted mismo.

No entendía nada. ¿A qué se refería?

¿Drogas? ¿Tráfico de personas?

Aquello no encajaba en un lugar así.

—No conozco nada más pacífico que esta ría —comenté girándome hacia la lámina de agua, teñida de los tonos cálidos del amanecer.

—Porque no madruga tanto como cree. —Su observación me sorprendió. Todavía estaba saliendo el sol y llevábamos ya un buen rato hablando—. Mire, otro de los habituales. Ya estamos todos.

Me giré hacia donde señalaba Goiko. Una figura, envuelta en las sombras de aquella hora incierta, llegaba por el sendero del Lea. El largo brazo del detector de metales me ayudó a reconocerlo.

—Claudio —especificó el anciano—. ¿Ha hablado alguna vez con él?

—Nunca —reconocí.

—Yo lo he intentado. Un tipo parco en palabras. Italiano. A saber qué lo trajo aquí. Porque nadie deja su tierra sin una buena razón, ¿verdad? —Me disparó una mirada que parecía capaz de leer hasta el último de mis secretos—. Y menos para dedicarse a buscar miserias en la playa. Ya me dirá qué puede sacar de ahí. Y ahora, en invierno. Aunque tampoco necesitará mucho para malvivir en ese cuchitril.

—¿Dónde vive?

—En una caravana. La habrá visto usted. Un trasto viejo, como esos de las películas americanas. La plantó hará cuatro o cinco años allí arriba. —El viejo patrón señaló hacia más allá de las marismas—. Y desde entonces no falla. Baja a la playa cada mañana. Siempre antes del alba, no vaya a ser que alguien se le adelante y le robe un par de céntimos.

—¿A qué hora viene usted?

El viejo patrón se encogió de hombros.

—Cuando la cama no quiere aguantarme más. Normalmente antes de las cinco. Y no crea que el mundo está dormido cuando salgo de casa. Lekeitio no duerme. Están los trabajadores de la basura, los que limpian las calles, los pescadores y también quienes hacen cosas que no pueden hacerse a la luz del día.

—¿Contrabandistas?

No respondió.

Los siguientes minutos discurrieron en un silencio tenso. Las manos del anciano se entretuvieron acariciando con la lija el casco de la trainera. De vez en cuando sus labios se apretaban y se curvaban hacia abajo antes de dejar escapar algún suspiro.

Hasta que finalmente tiró la toalla.

—No piensa marcharse, ¿verdad? —preguntó antes de bajar la voz —. Le estoy hablando de furtivos.

Volví a observar la marisma, un mundo sereno que todavía se estaba desperezando.

—¿Y qué cazan aquí? ¿Patos? ¿Gaviotas? —quise saber, cada vez más confuso.

El anciano me dedicó una mirada de lástima. No disfrutaba echando mi ingenuidad por tierra.

—Ay, doctor… No me diga que no ha oído hablar de las angulas.

Claro que había oído hablar de ellas. El Gobierno Vasco acababa de prohibir terminantemente su pesca por encontrarse en vías de extinción. El debate estaba presente desde hacía semanas en los medios y las redes. Y hasta en la sala de espera del ambulatorio.

—¿Hay pescadores furtivos? —pregunté observando el Lea—. ¿Aquí?

—Se mueve mucho dinero en ese mundo. Antes no tanto, porque eso de la pesca furtiva no es algo nuevo, no crea. Pero hace años se las vendían a restaurantes de la zona. Ahora, en cambio, las envían a China. Y, con la prohibición, se pueden ganar muchos miles de euros con un solo kilo.

No era descabellado pensar que Lea pudo cruzarse con algún furtivo dispuesto a asegurarse de que no fuera a denunciarlo. El arma homicida, una simple estaca o algún tipo de maza, invitaba a pensar en un crimen no premeditado.

—¿Cree que la mataron para evitar que se fuera de la lengua?

El anciano cogió de nuevo su lija y evitó mi mirada. El tema lo incomodaba.

—Yo no he dicho tal cosa, pero en las últimas semanas los he visto por aquí. De lejos, pero uno ya tiene unos años. Sé reconocer sus movimientos a la legua… Quizá esa chica llegara muy pronto esa mañana o grabara algo que no debía. O tal vez no sea nada de eso. ¡Qué sé yo! Que hablar de asesinatos así, tan a la ligera…

—¿Quiénes son esos furtivos? ¿Son de por aquí?

—Se cuidan mucho de dejarse ver. Sé que están ahí por la luz. Encienden focos para atraer a las angulas hacia el cedazo y eso los delata. Pero cambian a menudo de lugar. —El anciano señaló el bosquete de eucaliptos que se extendía cerca del lugar donde encontré el cadáver de Lea—. Hoy los ves allí; mañana, en la otra orilla.

—Y anteayer, cuando asesinaron a Lea, ¿también los vio?

Goiko se encogió de hombros. No lo recordaba. Después me observó con gesto serio.

—¿Está seguro de que alguien mató a esa chica? A ver si va a estar usted haciendo un castillo de un grano de arena… Cuando vi

los coches de policía y me enteré de que había muerto, no crea que me extrañó demasiado. Siempre que la veía pasar pensaba que esa manía suya de correr cuando todo está todavía tan oscuro acabaría mal. Ese camino está lleno de piedras… Una mala pisada tenía que llegar en algún momento. —El anciano pasó la mano por la quilla—. Es verdad que yo contaba con que algún día se hiciera un esguince, o alguna torcedura, no que se matara, la pobre… Y usted ándese con cuidado. ¿Tanto le cuesta esperar a que se haga de día para hacer deporte?

Estuve tentado de explicarle mis argumentos, pero no ganaba nada convenciéndolo de que Lea no había muerto por una caída fortuita. Solo necesitaba una respuesta.

—¿No va a decirme si vio a los furtivos esa mañana?

—Ese día no los vi, pero eso no quiere decir que no estuvieran por la ría. Uno no viene aquí a mirar las musarañas.

El anciano me dio la espalda antes de ponerse a lijar de nuevo.

Comprendí que el tiempo que había decidido dedicarme había terminado.

11

Si algo había aprendido desde que me mudé a Lekeitio era que si quieres enterarte de las últimas novedades nada mejor que acudir al puerto. Del mismo modo que el pescado se descarga en sus muelles, también las noticias pasan de unos a otros sobre sus adoquines.

Y de todos los lugares donde informarse en aquel mentidero abierto al mar, ninguno como el puesto de Lourdes.

Supongo que ese trono se gana con la edad. Tantos años limpiando jureles y anchoas, tantas mañanas de lluvia y de sol vendiendo pescado la habían convertido en la mejor proveedora de noticias frescas no oficiales.

—Qué madrugador —comentó al verme aparecer.

Estaba sola, convirtiendo en anillas unos calamares de tamaño generoso.

—He pasado a visitar a una paciente que no puede salir de casa —me justifiqué.

Iba a preguntarle si sabía algo de los furtivos cuando alguien me dio un suave apretón en el hombro a modo de saludo.

—Lourdes, cariño… —Era Itziar, vestida de uniforme y con su arma reglamentaria colgada del cinturón—. ¿Me prepararás una palometa a filetes? Pasaré a las dos, antes de que recojas.

—Hoy no he traído palometa. No me ha gustado el tamaño. Llévate merluza. Está bien rica y no tiene rastro de anisakis. La tengo muy bien de precio. Es de hoy, eh. Mira qué agallas más rojas. Recién llegada de la lonja.

La inspectora se giró hacia mí.

—Qué buena vendedora es tu madre adoptiva —señaló con una mueca divertida. ¿Estaba izando una bandera blanca después de nuestro desencuentro de la víspera?

—Amiga —aclaró la pescadera—. Que su madre vive y me llama cada noche para que la tenga informada. Se queja de que Jon no le cuenta nada. Sufre mucho pensando que su niño no se cuida lo suficiente.

Me reí. Lourdes exageraba, pero tampoco demasiado. Mi madre puede llegar a ser muy pesada. Si fuera por ella me pondría una cámara de vídeo en la mesa para comprobar que rebaño hasta la última miga del plato.

—Alguien debería explicarle que ya no soy un crío. ¡Tengo casi cuarenta años! —exclamé.

La pescadera no respondió. En su lugar se quedó observándome el mentón.

—Te queda bien esa barba que te has dejado… Quién iba a decir que el crío enclenque que veraneaba en mi casa iba a convertirse en un chico tan guapo… —comentó desarmándome. Después se giró hacia la inspectora, como si acabara de reparar en su presencia—. Caray, y los dos estáis solteros… Vaya desperdicio de juventud. Aprovechad ahora, que luego te cuelga todo y ya no hay nada que hacer.

Itziar me dedicó una mirada cómplice.

—¿Cenamos hoy? —me propuso entre risas—. Lourdes ha decidido que tengo filetes de merluza. ¿Te va bien a las ocho en mi casa?

Mi respuesta fue una carcajada forzada. No tenía claro si la propuesta iba o no en serio, pero hacía menos de veinticuatro horas que habíamos estado a punto de saltarnos a la yugular.

No insistió. Y yo tampoco hice nada por rescatar la invitación.

—¿Cómo es que no estás en el ambulatorio? ¿Ya no trabajas de mañana?

—He salido a hacer unos domicilios y me he parado a saludar —respondí quitándole importancia con un gesto.

—Tú venías a preguntar algo, que te conozco —se burló Lourdes señalándome con el cuchillo—. Sigues dándole vueltas a lo de esa chica. ¿A que sí? ¿Ya le has dicho a Itziar que crees que alguien la mató?

No me sorprendió la mueca contrariada de la inspectora, pero decidí lanzar la pregunta que me había llevado hasta allí. Tal vez ella pudiera ofrecerme mejores respuestas que la propia Lourdes.

—Parece ser que hay pescadores furtivos en la ría. Angulas…

La pescadera miró de reojo a Itziar. Me dio la impresión de que no se sentía cómoda hablando de ese tema delante de una policía.

—A saber quiénes andan en eso —dijo centrando su atención en los calamares. Había terminado de cortarlos y colocaba las anillas en una bandeja con hielo.

Itziar negó ostensiblemente con la cabeza.

—Está todo muy controlado. Aquí no hay furtivos, Jon. Deja de romperte la cabeza con ese tema. Lea resbaló y tuvo la mala fortuna de darse contra una piedra. Eso es todo. Ni furtivos ni otro tipo de conspiraciones.

—Hay quien me ha dicho que los ha visto. Parece que existir existen —insistí.

La pescadera se encogió de hombros, pero no abrió la boca.

—La gente habla demasiado. No hagas caso de todo lo que dicen —me sugirió Itziar mientras consultaba su teléfono. Acababa de recibir un mensaje—. Vaya… Parece que se retrasa un rato mi paseo… A Aresti y los de la oficina de turismo no se les ha ocurrido nada mejor que preparar a los congresistas un aperitivo en la cima del monte Lumentza. ¿Y a que no adiviináis quién tiene que asegurarse de que nadie suba a boicotearlo?

Lourdes clavó la mirada en lo alto de aquel monte que domina todo el pueblo, un balcón natural sobre el puerto y la desembocadura del río Lea. Las tres cruces blancas del calvario que lo coronan lo hacen inconfundible.

—Me lo ha contado una clienta. Es increíble… Si voy yo allí arriba a colocar una mesa de pícnic, a ver cuánto tardáis tus compañeros y tú en subir a ponerme una multa.

Itziar suspiró.

—Razón no te falta, cariño. Pero como se supone que este congreso traerá riqueza al pueblo, les permiten todo.

—¿Riqueza? ¿Te cuento yo cuánto se gastan los turistas en mi puesto? ¿Eh, Mila? —Lourdes se volvió hacia su vecina—. ¿Cuánto

pescado te compran los guiris?

La pescadera de al lado sacudió la cabeza, dando a entender que nada.

—Pues eso. Ni una sardina —tradujo Lourdes—. Ahora, molestar sí, que todos se paran aquí a hacerse la foto. Para ellos no somos más que un decorado. Ay, si cobráramos un euro por cada uno que posa con nosotras…

Una vibración del reloj de pulsera me recordó que faltaban solo cinco minutos para la cita con mi siguiente paciente. O iba al ambulatorio de inmediato o lo haría esperar. El entusiasmo con el que pescadera e inspectora habían abrazado el tema de los turistas descartaba que pudiera devolver su atención a esos furtivos de los que saltaba a la vista que no querían hablar.

Cuando me alejé de allí había tomado una decisión.

Esa noche iría a las marismas del Lea en busca de las respuestas que nadie estaba dispuesto a facilitarme.

12

Era una nutria. Elegante y esquiva, nadaba en las aguas que la presa de Bengolea aplacaba en su camino hacia un mar que todavía no se sentía cercano. Ajeno a la cámara que capturaba sus movimientos, el animal se sumergía una y otra vez. Segundos después regresaba a la superficie muchos metros más allá.

Una voz suave, acorde a la paz que transmitía el vídeo, envolvía sus zambullidas. Una moderna Rodríguez de la Fuente que hablaba de la importancia de mantener limpios los cauces para que volvieran a convertirse en hábitat de especies a las que los humanos habíamos desterrado.

Las palabras de la narradora brotaban con un entusiasmo que también impregnaba los gestos de su locución desde un pequeño recuadro superpuesto a la imagen principal.

Una sencilla coleta recogía su cabello castaño y dejaba a la vista sus rasgos angulosos. Quizá Lea Alzaga no fuera la mujer más hermosa del mundo, pero había algo en ella que desprendía magnetismo. Su mirada del color de la miel de brezo tenía buena parte de culpa, pero era sobre todo una frescura lindante con la ingenuidad lo que la hacía tan atractiva.

Pausé el vídeo cuando su imagen se adueñó de toda la pantalla.

—Mónica —susurré con un nudo en la garganta.

Itziar había hundido el dedo en una herida abierta. Sus palabras solo habían puesto voz a algo que, de algún modo, yo también sabía que estaba ahí, en el fondo de todo. Si Lea me había atraído desde el primer día era porque algo en ella me devolvía a Mónica. No tenía sentido seguir fingiendo que no lo veía.

La pérdida de mi novia había sido un golpe atroz. Una muerte repentina para la que ninguno de los dos estaba preparado.

Esa misma mañana, mientras desayunábamos, habíamos estado buscando vuelos para un viaje a Bali con el que soñábamos desde hacía tiempo. Queríamos regalarnos unas buenas vacaciones para celebrar los diez años que llevábamos juntos.

Y, de repente, la nada.

El dolor. La incomprensión. La sensación de que el mundo seguía adelante cuando el mío se había detenido en seco.

Volví a mirar la pantalla. Lea sonreía en ella. Viva todavía. Ajena a su final.

Me sentía extraño asomándome a la vida de una mujer muerta mientras me cuestionaba el efecto que tendría sobre mí. ¿El recuerdo de Mónica se vería desplazado por el suyo? ¿Serían sus imágenes, sus encuadres perfectamente estudiados, los que reproducirían mis sueños? ¿La verdadera Lea se parecería a la fantasía que estaba inventando a partir de esos retazos de ella: su respiración al correr, el aroma cítrico que desprendía, el tacto leve de su piel enfriándose…?

Me mordí el labio.

No podía permitir que aquello me impidiera seguir con mi investigación. Alguien la había matado, y no iba a detenerme hasta dar con el culpable.

Consulté el reloj. Pasaban unos minutos de la una de la madrugada. Todavía faltaban unas horas para la bajamar, y no pensaba salir a la caza de furtivos hasta entonces.

Bostecé antes de pasar al siguiente vídeo. Me iba a costar mantenerme despierto, pero quería verlos todos. Quizá diera en ellos con algo que explicara lo sucedido.

La pantalla mostró entonces un primer plano de un cepo oculto entre juncos. Lea estaba furiosa. Explicaba que se trataba de una trampa para cazar jabalíes que algún desaprensivo había colocado junto a la marisma. Cuando el plano se abrió identifiqué el sendero que me veía correr cada mañana. El vídeo se centraba después en un perro que reconocí de inmediato: Sua. El animal miraba a cámara con unos ojos cargados de tristeza mientras se lamía una herida en la pata. Era profunda. Si ella no lo hubiera liberado de inmediato, el daño producido por el cepo hubiera sido aún mayor.

Busqué la fecha.

Treinta de enero. Dos días antes del crimen.

—Por eso no te acompañaba Sua esa mañana —comprendí en voz alta. Eso explicaba también el vendaje de la extremidad.

La mala fortuna de haber caído en la trampa quiso que su perro no se encontrara con ella el día que la mataron. De lo contrario, el agresor lo hubiera tenido más difícil para acabar con su vida.

¿Mala fortuna?

Mi mente científica señalaba que correlación no implica causalidad, pero me costaba creer en coincidencias como esta.

Ese cepo tenía que ser obra de su asesino.

Quien mató a Lea debió de instalarlo junto a la senda que bordea el río para dejar fuera de juego al animal. Quería asegurarse de que su fiel amigo no pudiera defenderla.

Un crimen premeditado y preparado con días de antelación.

Pensaba en lo que eso suponía cuando un ruido me hizo girarme hacia la puerta.

¿Qué había sido eso?

Aquel suave golpeteo se repitió.

Había alguien ahí.

Me puse en pie y caminé decidido hacia la entrada.

Sin embargo, cuando estaba a punto de girar la manilla, una lucecita de alarma se encendió en mi mente. Nadie va de visita de madrugada sin avisar. Ni siquiera a casa del médico.

Maldije por lo bajo. Aquella puerta no tenía mirilla. No había manera de ver qué me esperaba al otro lado.

—¿Hola? —pregunté en voz alta—. ¿Hay alguien ahí?

La única respuesta fue el silencio.

—Mierda —siseé soltando el pomo para dirigirme a la ventana más próxima.

Aparté la cortina y contuve la respiración mientras pegaba la cara al cristal.

La oscuridad era casi absoluta ahí fuera. La profanaban únicamente los destellos del faro de Santa Catalina, del que me separaban poco más de doscientos metros. Y también las exiguas farolas que jalonaban la carretera que conducía hasta él y que

apenas lograban abrir paso a su luz a través de una lluvia que caía con fuerza.

Una ráfaga de viento estrelló un aluvión de gotas contra mi ventana.

—Era solo la lluvia —dije tras reparar en el tamborileo que despertaban al impactar en el cristal.

Me quedé allí unos minutos, con la mirada perdida en la soledad que me rodeaba.

Nunca entendí por qué mis padres eligieron esa vieja casa apartada de todo. Un caserón con años a sus espaldas y achaques que fueron parcheando poco a poco. La planta baja habría bastado para nosotros, pero aún quedaban otras dos: una con cuatro dormitorios y otra ocupada por un desván abuhardillado.

La playa, que desde el piso de Lourdes quedaba a unos escasos cinco minutos a pie, pasó a ser tras la mudanza un lugar al que nos daba pereza ir sin coger el coche. Incluso algo tan cotidiano como bajar a comprar el pan o el periódico requería de una caminata que mi hermana y yo nunca hacíamos de buen grado.

Pero si algo eché de menos cuando nos mudamos al camino del faro fue el poder bajar a jugar en cualquier momento. Antes solo unas escaleras me separaban de unos muelles donde siempre había otros niños con quienes pasar el rato. En la nueva casa, en cambio, no había más que acantilado y silencio.

Y sin embargo ahí estaba yo tantos años después. Esa casa solitaria que de niño llegué a aborrecer era justo lo que necesitaba ahora. Quizá mis padres también la escogieran por precisar un contrapunto sereno al bullicio de Madrid.

Cuando regresé a mi ordenador el cepo seguía ocupando la pantalla en un primer plano que resultaba turbador. Visioné una vez más aquel vídeo, que ahora comprendía que representaba la antesala del crimen. El primer paso de un asesinato por etapas.

Después pasé al siguiente.

Lea regresaba en él a su tono habitual para mostrar un sencillo petirrojo —*txantxangorri* decía ella empleando el término en euskera — que cantaba sobre una rama cubierta de escarcha. El pájaro ponía

una pincelada de color en el paisaje gris de un invierno que estaba resultando especialmente duro.

Arrastré el cursor en busca de la siguiente publicación, pero no había más.

Aquella era la última.

Después del petirrojo invernal ya no había nada. Las redes sociales de Lea se silenciaban para siempre ese 1 de febrero, solo unas horas antes de que la siguiente grabación que protagonizó la tomaran unos ertzainas.

Dejé escapar un suspiro mientras volvía atrás para continuar revisando vídeos.

Vi cazar a un águila pescadora y aprendí sobre las dotes de buceo de los cormoranes, pero lo que realmente atrajo mi atención fueron dos publicaciones sobre las angulas. Lea hablaba con entusiasmo de su migración hasta el mar de los Sargazos y de los misterios que todavía hoy la rodeaban. Había en sus palabras una dura crítica a la pesca de una especie que se encontraba en un peligro extremo de desaparecer para siempre. Sin embargo, no mencionaba los furtivos.

Me recosté en la silla, suspirando. Cuanto más hurgaba en las redes de Lea, mi incapacidad para entender lo sucedido iba en aumento.

Sus publicaciones en internet no eran ofensivas. Tampoco conflictivas.

Supuse que aquellos vídeos eran los que le permitían darse a conocer para lograr clientes.

Porque Lea, además de divulgar en internet las bondades del entorno natural de Lekeitio, se ofrecía como guía para sumergirse en sus rincones más desconocidos.

Un turismo diferente, una inmersión plena en la naturaleza. Un viaje sin playas ni asadores, sino de prismáticos y cuadernos de campo.

A juzgar por las escasas fotos junto a clientes que compartía en Instagram no parecía el negocio más lucrativo del mundo. Es más, se diría que no era fácil que alguien pudiera ganarse la vida así.

Pero Lea tenía treinta y cuatro años y no parecía contar con otra ocupación.

Algo se me escapaba. Estaba seguro de ello.

¿Quién era esa mujer de ojos de miel cuando se apagaba la cámara?

Dejé vagar la mirada por las paredes de mi salón. Solo un reloj rompía la monotonía blanca de ese espacio desnudo de artificios en que lo había convertido. Porque lo primero que hice cuando me mudé a Lekeitio fue meter en cajas la decoración marinera que mis padres habían ido atesorando año tras año. Boyas, redes, réplicas de faros, estrellas de mar… No había un solo centímetro de pared libre de adornos que les recordaran que su casa de veraneo se encontraba a orillas del Cantábrico. Como si asomarse a la ventana y ver las olas batiendo contra los acantilados no fuera suficiente para ellos.

Me sorprendió que las agujas del reloj marcaran las dos de la madrugada.

El tiempo había volado con esa facilidad que solo las redes sociales tienen para robárnoslo.

Estaba a punto de apagar el ordenador cuando un nuevo clic del ratón me mostró un vídeo que tiró con fuerza de mi atención.

Nada de animales ni de paisajes naturales. Al contrario, lo que mostraba la pantalla eran las calles de Lekeitio atestadas de turistas. Maletas apiladas ante portales de lo que antes eran humildes viviendas de pescadores, atascos en la carretera de entrada al pueblo, contenedores de basura desbordados… Lea denunciaba la masificación a la que estaba sometida la villa marinera durante los últimos veranos.

La publicación databa del último agosto y enseguida comprobé que no era la única en la que atacaba los excesos del turismo. Lea, erigida en azote de quienes estaban convirtiendo el pueblo en un lugar que, según sus propias palabras, había perdido el alma.

—Correlación no implica causalidad —me repetí.

Y, sin embargo, alguien la había asesinado en vísperas del Congreso del Turismo Sostenible.

Había un nombre que se repetía esos días en todas las conversaciones: José Ignacio Aresti. El empresario parecía decidido a defender sus intereses por encima de todo. Ya le había visto

amenazar de forma nada sutil a Alberto en su propio bar. Contaba con la impunidad que dan el dinero y las influencias. Un empresario acostumbrado a mandar y ser obedecido, al que no incomodaba tener a políticos y a la propia policía al servicio de sus negocios.

Sin embargo, conocía a ese tipo y no parecía tan en forma como para poder abordar en plena carrera a una mujer a la que doblaba en edad.

Un nuevo golpeteo en la puerta me puso alerta.

Había alguien ahí. No había duda.

Golpes, pasos y hasta arañazos en la madera.

Eso descartaba fenómenos naturales como el viento. Tampoco la lluvia hacía ese ruido.

Alguien intentaba entrar.

—¿Quién es? —pregunté apoyando la mano en el pomo.

No hubo respuesta.

Respiré hondo. Lo había oído. Había alguien al otro lado de esa puerta. Y esta vez iba a enfrentarme a él.

Con el corazón latiendo con fuerza en mis sienes, giré la manilla y tiré de ella.

Una sombra negra se escabulló en la noche y me ladró desde la distancia. La luz del faro dibujó fugazmente su silueta entre la cortina de lluvia.

—Sua —mascullé al reconocerlo—. Así que eras tú. Menudo susto me has dado.

El perro se limitó a ladrar cada vez más alto, en actitud defensiva.

—¿Qué haces ahí? Estás empapado —le dije con voz suave—. Ven, anda.

El animal se acercó con pasos nerviosos. Dos adelante, uno atrás.

—Vamos, chico. No tengas miedo.

Cuando llegó por fin hasta mí, repitió el olisqueo de la vez anterior y ladró un par de veces antes de retroceder.

Estaba muy asustado.

La venda con la que Lea había cubierto la herida infligida por el cepo estaba sucia de barro y sangre.

—Ven, anda. Pasa. Parece que necesitas un médico —susurré abriendo la puerta de par en par—. Déjame que te eche un vistazo a

esa herida.

Transcurrieron unos minutos en los que pude observar la lucha interna del animal, entre su miedo y sus ganas de confiar. Busqué en la nevera lo que había sobrado de los verdeles de Lourdes, debía de estar hambriento. Coloqué una hilera de trozos menudos desde la puerta hacia el interior y esperé a que se acercara. Tras varias idas y venidas, bocado a bocado, vencí al fin su resistencia y logré que entrara en casa.

13

Cuando horas después puse el pie en el estuario del Lea, volvía a ser el lugar mágico de cada mañana. El amanecer comenzaba a abrirse paso en un cielo que por primera vez en semanas estaba salpicado de estrellas. Reconocí la Osa Mayor y busqué la Polar, a medio camino entre ella y la uve doble que dibujaba Casiopea.

Me detuve un instante en el puente de la carretera. No había rastro de Goiko en el astillero de ribera. Un cormorán me observaba desde la quilla de su trainera. Nada más.

Tampoco se veía movimiento en la playa. El cazador de tesoros también había decidido no madrugar.

Observé el molino de marea y la senda que me disponía a seguir. Tenía la sensación de que aquel mundo que tanto me había dado mañana tras mañana se había vuelto un completo desconocido para mí.

Había dejado a Sua en casa. Su aparición en plena noche me había impedido ir en busca de los furtivos. Me había costado acercarme a él, pero tras muchos tiras y aflojas había conseguido limpiarle la herida. No parecía grave. Estaba cicatrizando bien y ya apenas cojeaba. Las que no iban a curar tan fácilmente eran las anímicas. Se le veía asustado. Y triste. En cuanto saliera de trabajar se lo llevaría a la madre de Lea.

Mis piernas protestaron cuando apreté el paso. Se mostraban perezosas, pero a medida que avanzaba por el sendero fueron entrando en calor para pedirme más.

El palacio de Zubieta, con sus torres irguiéndose altivas sobre las marismas, me pareció más habitado que de costumbre. Había luz tras varias de sus ventanas, e incluso se llegaba a adivinar alguna que otra silueta asomada a la mañana.

Supuse que se trataba de los invitados de Aresti.

El constructor había optado por trasladarlos a su hotel después de un nuevo ataque con pescado podrido a los pisos turísticos donde los había alojado. No era ese el Lekeitio que ansiaba vender al mundo, sino uno luminoso y festivo. Una villa marinera idílica, que atrajera turistas ávidos de buenas experiencias, no que los hiciera sentir que no eran bienvenidos.

Mis piernas apretaron el paso. El ritmo de calentamiento cedió el testigo a uno de cinco minutos por kilómetro. Era más rápido de lo habitual, pero era lo que necesitaba.

Si me encontraba en las marismas del Lea era para no olvidar mi ritual. Estaba decidido a no renunciar a las cosas que me hacían feliz. No quería perder mis ilusiones, por pequeñas que fueran. Y eso suponía no dejar de citarme con el amanecer en el rincón más mágico de esa nueva vida a la que me mudé cuando maté a Sofía.

Mi carrera me llevó al viejo hospital en ruinas. Sus muros derruidos me invitaron a aflojar el paso y mirar alrededor. Sentía curiosidad por ver la caravana del italiano y, si Goiko no iba desencaminado, tenía que estar allí.

Me sorprendió encontrarla muy cerca del sendero. Había pasado por delante cada día; formaba parte de ese paisaje tan cotidiano que llega un momento en que deja de existir para tus ojos.

Allí estaba, recostada contra lo que quedaba de edificio. A primera vista parecía un trasto olvidado. Sin embargo, la ropa tendida junto a ella delataba que había vida dentro.

Seguí adelante. Los últimos caseríos quedaron atrás, y entonces la marisma se hizo río y los carrizos cedieron el testigo a los robles.

La niebla, hasta entonces unos leves jirones danzantes, se volvió más densa. Tanto que pronto fue imposible ver dos metros más allá.

Apreté el paso. Me acercaba más a los cuatro minutos que a los cinco por kilómetro. Me faltaba el resuello, pero me sentía bien. Las endorfinas liberadas por el deporte estaban haciendo su trabajo para brindarme el optimismo y las ganas de seguir adelante que precisaba.

Un farol se dibujó en la otra orilla, apenas un halo anaranjado en la niebla.

Se trataba de la ermita de Oibar, antesala de esa cueva donde la tradición situaba la morada de las lamias.

La mitología de los vascos era sorprendente. Sirenas de tierra adentro dispuestas a vengarse de quien osara adentrarse en sus dominios. Pensé en la pasión con la que Cristina hablaba de ellas. No eran meras leyendas, se trataba de una auténtica religión.

Mi carrera quiso apartarme rápidamente de allí, pero no había dado más de diez zancadas cuando me detuve en seco.

¡Esa voz!

¿Se trataba de la misma cantinela que había oído días atrás?

—¿Hola? —pregunté.

La única respuesta fue el silencio.

Me giré en todas las direcciones, pero el manto de niebla me impedía ver más allá de mi nariz.

—Te lo has imaginado —me dije en voz baja.

Sí. Se trataba de pura sugestión. Allí no había nadie. El único sonido era el rugido de la presa de Bengolea, que me esperaba un par de curvas más allá.

Aceleré aún más. Necesitaba cansarme, expulsar con cada gota de sudor las dudas y el temor irracional que navegaban por mis venas. No podía permitir que las historias de Cristina me hicieran oír cosas que no existían.

Estaba deseando alcanzar la cascada, sentir su caricia en mis dedos y comenzar el regreso a Lekeitio.

Alcé la vista hacia el cielo. La niebla no permitía ver más allá de las ramas bajas de los árboles, pero los colores cálidos del alba eran evidentes.

Y entonces mi pierna derecha trastabilló con algo.

Caí de bruces a la orilla del río.

Me llevé las manos al tobillo. Dolía, pero no parecía un esguince.

Estaba tratando de ponerme en pie cuando unos pasos apresurados a mi espalda me hicieron temer que aquello no hubiera sido una caída fortuita.

Quise girarme, pero no estuve a tiempo. Una sacudida brutal en el hombro me devolvió al suelo. El dolor se extendió como un calambre sordo desde la clavícula hasta el brazo.

Sentí que me faltaba el aire.

Alguien estaba intentando matarme.

Oí la respiración agitada del desconocido a apenas unos palmos, la tensión contenida de quien se prepara para asestar un golpe definitivo. Traté de arrastrarme, de apartarme aunque fuese unos centímetros, pero el cuerpo dolorido no me respondía con la rapidez que necesitaba.

La imagen del cráneo roto de Lea ocupó toda mi mente.

Se disponía a hacer lo mismo conmigo.

Unos ladridos quebraron de pronto el silencio.

¡Sua!

El perro de Lea emergió de entre la niebla y se interpuso entre nosotros, mostrando los dientes y gruñendo a mi agresor.

Y entonces volví a oír pasos a mi espalda.

Mi atacante huía.

Sua acababa de salvarme la vida.

14

Alguien había intentado matarme.

Mi hombro magullado me lo recordaba a cada instante. Mi pulso acelerado, también. Habían pasado varias horas del ataque y todavía me sentía allí, derribado en el suelo a la espera de un segundo golpe que no llegó.

Nunca me había sabido tan vulnerable. Algo me decía que antes o después volvería a por mí, y entonces no estaría Sua para salvarme.

Su aparición había resultado tan decisiva como desconcertante. Solo cuando llegué a casa y comprobé que me había dejado la ventana de la cocina abierta comprendí lo sucedido. Se había escapado y me había seguido. Seguramente con la esperanza de que lo llevara junto a su dueña.

Lo había vuelto a dejar en casa, después de comprobar que puertas y ventanas quedaban cerradas a cal y canto. No podía permitir que aquel perro escapista se fugara de nuevo antes de llevarlo con la madre de Lea.

Aparté la mirada del ordenador, pero las paredes blancas y el toque aséptico de mi consulta no lograron contagiarme ni una pizca de serenidad. Tampoco las conversaciones triviales de unos y otros que se colaban a través de la puerta entornada.

El día a día seguía su curso normal en ese pasillo, ajeno por completo al ataque que había estado a punto de acabar con mi vida.

El móvil vibró sobre la mesa. Eché un vistazo y vi que se trataba de un mensaje de mi madre. Nada de imágenes ñoñas esta vez. Solo un enlace con cien recetas saludables y nutritivas.

Opté por no contestar. Su insistencia con ese tema me resultaba agotadora.

Moví el ratón para que la pantalla del ordenador se activara. Ahí estaba el informe que llevaba un buen rato tratando de terminar,

pero era incapaz de escribir una sola palabra sin volver a perderme en la orilla del Lea.

La niebla, la ermita, el rugido del agua, la voz de mujer, su extraña cantinela…

Traté de recordarla, de identificar sus palabras, pero era imposible. Se trataba de algún idioma desconocido para mí. Euskera, probablemente.

Unos toquecitos en la puerta me llevaron de vuelta a la consulta.

—¿Estás solo? —preguntó Cristina mostrándome un plumero.

—Pasa —indiqué—. Tengo quince minutos hasta el próximo paciente.

—Un cuarto de hora… Y luego os quejaréis de que vivís mal —se burló empujando el carro de la limpieza al interior de la consulta.

Me limité a esbozar una sonrisa. No hacía falta que le explicara que me reservaba algunos huecos en la agenda para poder realizar trámites burocráticos. Ella lo sabía perfectamente. Todos en el centro de salud éramos conscientes de la sobrecarga de trabajo que acarreábamos.

Cristina me dio la espalda para limpiar la camilla.

—¿Preparado para la regata de pasado mañana? —preguntó mientras extendía gel desinfectante con una toallita desechable.

Los músculos de sus brazos se marcaban con cada movimiento. Fuertes, fibrosos, aunque sin excesos. Ella sabía que realzaban su atractivo y seguramente por ello llevaba remangada la camiseta del uniforme.

—La regata —insistió ella al ver que no respondía—. Que si estás listo. El sábado es tu estreno.

—Más o menos —respondí. No estaba seguro de que mi hombro estuviera dispuesto a permitirme participar. Me lo había palpado y parecía no haber nada roto, era solo una contusión. Pero me dolía.

—Al final seremos tres. Urdaibai también viene con su trainera mixta. Será divertido. Y tenemos que ganar a Nerea. Si no a ver quién la aguanta —se rio mi compañera.

—Ya.

No tenía ganas de hablar. Y menos de una regata que era mi última preocupación en ese momento.

Regresé al informe. De él dependía que a uno de mis pacientes lo atendiera un traumatólogo. El hombre arrastraba una dolorosa cojera desde que en verano sufriera una caída en el malecón que une la isla de Garraitz con tierra firme. Las radiografías no habían sido capaces de desvelar su lesión, pero era evidente que algo no iba bien. Habría que valorar una sobrecarga mal compensada, una tendinopatía que no terminaba de resolverse o alguna lesión menor en la propia articulación de la cadera.

Cuando por fin lo tuve listo, lo imprimí y abrí un cajón y después otro. ¿Dónde los habría metido?

—¿Qué buscas? —preguntó Cristina, que había pasado de la camilla a unas estanterías.

—Nada… Solo unos clips.

La limpiadora señaló el armario que tenía a mi espalda.

—Los tienes en la segunda balda. A la izquierda.

Abrí la puerta con gesto de incredulidad, y ahí estaban.

No era la primera vez que lo hacía.

Cristina sabe mejor que cualquiera de nosotros dónde guardamos todo.

Nerea suele echarle en cara que con la excusa de limpiar se pasa el día hurgando en las cosas de todos.

—¿Sabes de qué me he enterado? —lanzó sin soltar el plumero—. Somos el segundo plato… Aresti no quería organizar una regata, sino replicar el día de San Antolín.

—¿Los gansos?

—Exacto. Parece ser que lo tenía apalabrado con varias cuadrillas, pero se echaron atrás. No quieren ruido. Bastante les han descafeinado la fiesta en los últimos años. Por eso improvisó lo nuestro a última hora.

Tenía su lógica. Si había una tradición característica de Lekeitio, era la que se celebraba durante las fiestas de San Antolín.

Mi memoria todavía guardaba imágenes de los gansos vivos, colgados de una maroma que dos grupos tensaban sobre las aguas del puerto. Una tercera cuadrilla se acercaba en su barca y uno de sus jóvenes se aferraba al animal y trataba de resistir los tirones hasta arrancarle el cuello de cuajo.

Pero eso sucedía cuando yo era niño. Después las aves vivas fueron sustituidas por animales sacrificados de antemano. Y, finalmente, por los gansos de goma que vi durante mis primeras fiestas ya como residente y no como veraneante.

—Pues vaya —dije al ver que Cristina aguardaba una respuesta. Ser primero, segundo plato o incluso cena recalentada poco me importaba esa mañana.

La limpiadora dejó el plumero y me miró fijamente.

—¿Estás bien?

Me limité a asentir con la cabeza mientras fingía estar atareado con mis papeles.

Claro que no estaba bien. Hacía solo unas horas que habían tratado de asesinarme.

Cristina no se dio por vencida. Fue hasta la puerta entornada y la cerró. Después cogió una de las sillas dispuestas ante mi mesa y se sentó a mi lado.

—A ti te pasa algo —dijo apoyándome una mano en el hombro.

Me aparté con un gesto de dolor.

—No me toques ahí.

—¿Por qué? ¿Qué te ha pasado?

—¿Recuerdas lo que hablamos de la chica de la ferrería de Bengolea?

—La lamia —confirmó ella.

Asentí gravemente.

—Ha intentado matarme —resumí antes de explicarle lo sucedido.

La limpiadora me escuchó con atención.

—¿Y cómo sabía que ibas a tropezar exactamente en ese punto?

Abrí el cajón y le mostré un cordel metálico. Era lo que me había hecho trastabillar.

—Estaba atado a dos arbustos, a unos veinte centímetros de altura. Una zancadilla tan efectiva como invisible en la niebla. Seguro que a Lea la abordó igual.

Cristina parpadeó incrédula.

—¿Y a qué esperas para avisar a la policía?

Era una buena pregunta. Había perdido la cuenta de las veces que había buscado en mi móvil el teléfono de Itziar. Sin embargo, una

tras otra había optado por no pulsar la tecla de llamada.

—¿Serviría de algo? Solo les interesa eso del congreso —respondí simplemente.

—¿Y qué piensas hacer entonces? Tú eres médico. No policía.

Asentí en silencio. Investigar desde las sombras, completamente desarmado, no parecía la decisión más inteligente, pero estaba decidido a hacerlo.

—Voy a averiguar quién está detrás de esto —aseguré llevándome la mano al hombro dolorido.

—Supongo que te habrás planteado que quizá lo de Lea… —Cristina hizo una pausa. Era evidente que pretendía que fuera yo quien terminara la frase, pero esperé a que continuara. Y lo hizo visiblemente incómoda—. Vaya… Que… Que ella probablemente no fuera la víctima que buscaban. Eso explicaría lo sucedido esta mañana.

Observé en silencio a mi compañera.

Llevaba horas pensando en todo aquello. Sin embargo, esa posibilidad no me la había planteado.

—Espero que a Lea no la mataran por mi culpa —dije con un nudo en la garganta.

—Tu culpa no. Aquí el único culpable es quien la mató. Pero tú sabrás si has dado a alguien motivos para querer verte muerto —planteó Cristina.

Pensé en Sofía. En su familia. En el dolor que había llevado a sus vidas.

—Hay otra posibilidad —planteé, sacudiéndome aquello de la cabeza—. Que alguien haya intentado quitarme de en medio para evitar que siga investigando lo de Lea.

Cristina arrugó los labios.

—Tampoco habrá tanta gente que sepa que estás investigando su muerte.

—No lo he llevado en secreto precisamente.

Había hecho preguntas aquí y allá. En el centro de salud, en la pescadería de Lourdes y hasta en el bar de su hijo.

Se me ocurrían muchos nombres. Pero de todos ellos había alguien que se escribía en mayúsculas: Itziar Mendibe, la inspectora

de la policía local. Ella lo sabía y me había pedido expresamente que dejara de hacerlo.

—¿Y dices que has oído a la lamia? —recordó Cristina.

—Justo antes del ataque. Una mujer que cantaba. O recitaba algo. No sé. Ha tenido que ser ella.

La limpiadora frunció el ceño.

—¿Y si estuviera tratando de alertarte del peligro que corrías? Una lamia nunca hubiera recurrido a un cable. Ellas pueden hacerte trastabillar con sus poderes. Pero a veces ayudan a humanos en problemas.

Respiré hondo. Cristina y yo hablábamos idiomas diferentes. Le estaba explicando que habían intentado matarme y ella se dedicaba a mencionar personajes de fantasía.

—No sé. En cualquier caso, tendré que ir con más cuidado a partir de ahora. Dejaré de correr por el río.

Me interrumpió:

—Dudo mucho que las lamias te hayan atacado, pero ya te advertí que no visitaras la cueva. A los seres mitológicos no les gusta ser molestados. Si eres feliz corriendo, hazlo, pero no perturbes su tranquilidad ni te adentres donde no has sido invitado.

—No he entrado a ninguna cueva —protesté.

—Pero tenías intención de hacerlo. —Se detuvo, pensativa—. Mira, vente a mi piso unos días. No es buena idea que estés en ese caserón solitario. Si alguien te quiere hacer daño se lo estás poniendo muy fácil. Vives apartado de todo. Podrían dar fuego a tu casa y nadie se enteraría.

—No. Podría ser peligroso para ti. No quiero que nadie corra riesgos por mi culpa.

—¡Y dale con la culpa! Tienes que dejar de tenerla tan interiorizada. Tú no eres culpable de lo que está pasando. Vente, anda. Te vendrá bien salir de tu casa —insistió apoyándome una mano cálida en la mejilla.

Su tacto me resultó agradable, y más cuando la dejó caer hacia el cuello y me acarició la nuca. Su mirada se detuvo en mis labios.

Tragué saliva. Intuía lo que vendría a continuación.

Cristina comenzó a recorrer la distancia que la separaba de mí.

Sentí cómo se me aceleraba el pulso, una súbita hiperventilación y la adrenalina inundando mi torrente sanguíneo. Una parte de mí quería dejarse llevar, aceptar su invitación y disfrutar del momento, pero la otra exigía desesperada que diera un paso atrás. La imagen de Mónica cobró vida en mi cabeza. Y también la de Lea. Blancas como la cera. Tendidas en el suelo como dos muñecas rotas.

Sentí muy cerca el aliento de Cristina. Comencé a levantar la mano para interponerla entre nosotros.

No llegué a completar el gesto, porque en ese momento se abrió la puerta.

—Jon, tienes un… —Nerea se detuvo en seco al vernos—. Ay… Perdón si interrumpo algo.

Cristina no se apartó. Fui yo quien lo hice mientras negaba con un gesto rápido.

—No. Claro que no.

La recién llegada nos observó con curiosidad. Se moría de ganas de saber qué estaba pasando allí.

—¿Estáis bien? Parecéis… preocupados.

Señalé la silla que quedaba libre.

—Siéntate si quieres oír una historia de terror.

—Han intentado matarlo —adelantó Cristina haciéndole sitio.

Nerea se quedó con la boca abierta. Después olvidó lo que la había llevado a irrumpir en mi consulta y corrió a sentarse con nosotros. El comité de crisis quedaba oficialmente convocado.

15

Esa tarde regresé al puerto.

Me sentía extraño. Nunca antes había sacado de paseo a un perro. Me había preparado a conciencia. Además de una correa, me había pertrechado de unas galletitas con forma de hueso que prometían, según rezaba su propia bolsa, satisfacer a los canes más exigentes.

Llevaba unas cuantas en el bolsillo para engatusarlo si se negaba a seguirme.

Y funcionó. Salvamos varios conatos de crisis, con sentadas en plena carretera incluidas, pero las chucherías cumplieron su función. Veinte minutos después de haber salido de casa conseguimos llegar ante la tienda de la madre de Lea.

—Ya verás qué contenta se pondrá María Jesús cuando te vea —le dije rascándole detrás de las orejas. Ese gesto le gustaba y parecía relajarlo.

El perro apoyó sus patas delanteras en mi cintura y clavó sus ojillos inteligentes en mi bolsillo.

—¿Ya estás pidiendo más? —me reí sacando una galleta—. Está bien… Toma una.

El animal la devoró de un bocado y pidió otra.

No le di más. No quería seguir dilatando la espera.

La puerta, ajada por los años y el salitre, emitió un chirrido grave cuando la empujé. Una campanilla sumó un contrapunto alegre al lamento de las bisagras.

—¡Ya voy! —anunció una voz desde la trastienda.

El suelo también protestaba bajo mis pisadas. Era de madera, desgastada por años y años recibiendo visitas, primero de pescadores y después de turistas ávidos de recuerdos con sabor a mar.

Porque allí, en la tienda de la madre de Lea, había aperos marineros por todas partes.

Los impermeables amarillos que colgaban de un perchero con ruedas me parecieron lo único con una cierta utilidad. O al menos lo único que podría llegar a comprar algún día. El resto quizá hubiera tenido una finalidad real alguna vez, pero ya no. Ya solo eran souvenirs con pretendido olor a salitre.

Al ver todo aquello comprendí de dónde habían salido los adornos con los que mis padres habían decorado cada centímetro de la casa del camino del faro. Esas boyas de cristal, esas redes… ¡esos faros con lucecitas! Estaban todos allí, vivían en esa especie de cueva de Alí Babá de la que los habían arrancado para torturar nuestras paredes.

La leve sonrisa de bienvenida que me mostró María Jesús en cuanto emergió de la trastienda se le congeló al ver a mi acompañante.

—Sí. Es el perro de Lea. He pensado que te gustaría tenerlo —le dije acariciando la cabeza del animal.

La mujer parpadeó, confusa.

—Perdona. No me he presentado. Soy Jon, vivo en la carretera del faro y el pobre andaba por allí, desorientado. Se me presentó en casa en plena noche.

—Ya sé quién eres. El médico. Tus padres venían mucho por aquí. Eran buenos clientes.

No hacía falta que lo jurara. A juzgar por las etiquetas con los precios que alcanzaba a ver se habían gastado miles de euros en ese establecimiento.

—Siento muchísimo lo de tu hija —dije mirándola a los ojos. Pocas veces había dado un pésame más sincero.

Los suyos se anegaron de lágrimas. Los apartó, incómoda, y observó al perro con una mueca triste. Era una mujer delgada, de gesto demacrado que supuse tenía que ver con lo sucedido a su hija. Me dio la impresión de que había bebido. Quizá me equivocara y fuera el efecto de algún ansiolítico.

—No sé qué voy a hacer con él, pobre. Lea era un espíritu libre y salvaje, pero yo me paso el día en la ferretería. Se va a morir de la

pena, como todos nosotros.

Su mirada me dijo que había algo más. El hecho de que no hubiera mostrado alegría o alivio al ver que no estaba perdido, ni salido del mostrador para saludarlo también era una señal. El verdadero motivo tenía que ver con el dolor. La presencia del animal se convertiría en un recuerdo constante de la ausencia de Lea y ese no era el duelo que aquella mujer precisaba.

—Está solo —argumenté bajando la mirada hacia el perro, que permanecía sentado con una docilidad asombrosa, como si supiera que debía causar una buena impresión.

María Jesús lo observó pensativa. Después sus labios se curvaron en un mohín mientras negaba con la cabeza.

—Llévaselo a Amaia. Quizá ella pueda quedárselo.

¿Amaia?

¿De quién hablaba?

—Amaia era la mejor amiga de Lea —indicó la mujer al reparar en mis dudas—. Un encanto de chica. Estaban muy unidas. Si no hubiera sido por ella, mi niña todavía seguiría enredada en esa relación tan tóxica con Jokin. La ayudó mucho a superar aquello. —María Jesús asintió, convencida—. Benditas amigas.

Un ladrido del perro me hizo girarme hacia él. Su hocico olisqueó el bolsillo donde guardaba sus tesoros.

—Toma, anda. Si sigues así no te quedará nada para más tarde —dije dándole un par de galletas antes de volver a dirigirme a María Jesús—. ¿Dónde puedo encontrarla?

—¿A Amaia? Río arriba. Vive en un caserío cerca de la ermita de Oibar. Busca una plantación de kiwis y habrás dado con él. —La mujer señaló al perro—. Allí Sua vivirá contento. Tendrá un montón de terreno para correr.

—Sí. Los perros necesitan aire libre.

—Parece que le caes bien —señaló María Jesús—. Es un perro muy listo, no llegó hasta tu casa por casualidad. Te buscó. ¿De qué conocías a Lea?

—De nada —confesé—. Solo de cruzármela cuando salía a correr por las mañanas. Ella volvía, yo iba… Un buenos días y poco más. A

veces Sua me seguía unos metros y Lea tenía que silbar para que regresara junto a ella.

El border collie me dio un par de lametazos en la mano con la que había tocado las chucherías.

—Pues a Sua le gustas. De eso no hay duda. Le recuerdas a esas carreras matinales que seguro que lo hacían feliz.

Conforme hablaba, el gesto de la mujer se iba descomponiendo. Hablar de su hija la rompía en mil pedazos a pesar de los ansiolíticos. Porque se trataba de medicación, no de alcohol. La caída de sus párpados, la lentitud de sus respuestas y una mirada un tanto vidriosa lo hacían evidente.

A mí Sua también me recordaba a esos buenos momentos. Pero, sobre todo, me recordaba a Lea.

—Se lo llevaré a Amaia.

María Jesús asintió. Estaba de acuerdo.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —planteé antes de marcharme.

—Claro.

—¿Lea tenía enemigos?

—¿Mi hija? —Parecía realmente desconcertada—. ¿A qué viene esto? ¿Qué sabes que yo no sepa?

Me mordí el labio, consciente de que debería haberlo planteado de una manera más neutra. Solo estaba consiguiendo ahondar en su herida. Pero era tarde para deshacer el entuerto.

—A veces una agresión se puede confundir con un accidente…

La mano que se llevó a la boca para ahogar un lamento me dijo que no lo estaba arreglando.

—¿Estás diciendo que a mi hija la mataron? ¡Ay, mi niña!

Levanté ambas manos para detenerla.

—No. No. No —balbuceé sin saber cómo continuar—. Es solo algo que se me ha pasado por la cabeza. Vi sus vídeos criticando el turismo masivo y pensé que quizá… No sé… Habrá gente a la que escocieron sus palabras.

María Jesús se tomó su tiempo para recomponerse. Cogió un pañuelo de papel para secarse las lágrimas y soltó un largo suspiro antes de hablar.

—Lea era una idealista. A veces me hacía sufrir que fuera tan ingenua. Pero no, que yo sepa nadie se quejó de sus vídeos. Al contrario, sé que los aplaudió mucha gente. Últimamente está de moda echar la culpa de todo a los turistas. Pero no son más que eslóganes infantiles. Porque ni todos los turistas son malos ni todos los del pueblo son buenos. —Se detuvo, pensativa—. Los únicos problemas serios que le recuerdo fueron con Jokin. Ahí sí que sufrió la pobre.

—Acabaron mal —deslicé, recordando que Cristina me lo había comentado en la trainera.

—Muy mal. No sé qué pudo ver mi hija en ese impresentable. Nunca me he querido meter en sus relaciones, pero con Jokin me vi obligada a intervenir. Lea, que siempre fue luz, se volvió oscuridad a su lado. La tenía completamente anulada. La hacía sentir una simple colilla como esas que siempre le colgaban de los labios. —El gesto de María Jesús se endureció. Aquello removía en ella recuerdos oscuros—. Las palabras no dejan cicatrices fáciles de ver, pero créeme que pueden causar más dolor que el daño físico.

—No llevaría bien que lo dejara.

—Claro que no. Llegó a venir por aquí a culparme de haber malmetido para que Lea rompiera con él. Borracho, claro. Porque sin el bastón del alcohol no se atreve a levantar la voz.

—¿Cómo era ahora la relación entre ellos?

—Inexistente. O eso quiero pensar. Cuanto más lejos de ese desgraciado, mejor. Anda que no tuvimos discusiones a cuenta de sus vicios. Lea llegó a pedirme dinero para apagar fuegos que Jokin encendía aquí y allá. Y si trataba de decirle que lo mejor que podía hacer era apartarse de él, me echaba en cara que como a mí el matrimonio me había ido mal estaba resentida contra los hombres. Porque el padre de Lea y yo nos divorciamos cuando ella era una cría. —De pronto María Jesús me observó con expresión confundida —. ¿Por qué te estoy contando todo esto? Mi niña se cayó. Eso es lo que dijo el forense.

Podría haberle dicho que no era cierto. Que yo la había visto y sabía la verdad. Que se empeñaban en darle carpetazo al caso porque ese maldito congreso era demasiado importante para

algunos. Que… Pero opté por callar. Lo último que quería era añadirle sufrimiento.

—Perdona —dije finalmente—. Es fácil dejarse llevar al oír el nombre de Jokin. Es tan…

—Tan imbécil, sí. No tengas miedo de decirlo. Seguro que se mete contigo por ser de fuera.

Solo pude responder que sí.

En un Lekeitio que hervía contra la invasión de forasteros, mi llegada no había levantado grandes ampollas. Quizá porque cuando acepté la vacante en el ambulatorio el pueblo llevaba meses sufriendo largas listas de espera y muchos, sobre todo los más mayores, me vieron como una tabla de salvación. Todavía tenía un arsenal de cajas de bombones y pastas en casa.

El mejor termómetro para testar cómo me recibían mis nuevos vecinos era el Muga. Cuando entraba por la puerta del bar eran mayoría quienes me saludaban. Solo unos pocos me giraban la cara. Pero sí. María Jesús había dado en el clavo. Jokin era uno de los pocos que conseguían hacerme sentir que no era bienvenido.

La campanilla de la puerta anunció clientes.

Era una pareja de jubilados franceses, que se dirigió con entusiasmo no contenido a la vitrina donde habitaban las maquetas de faros.

—Me parece que tengo trabajo —se excusó María Jesús señalándolos.

Le tendí la correa de Sua.

—¿Seguro que no…?

Ella esbozó un rictus de dolor y negó con la cabeza.

—No puedo —masculló antes de salir del mostrador para abrazar al animal.

La vi secarse las lágrimas tras apartarse de él.

Era evidente que el perro dolía.

Y mis preguntas también lo hacían. Era hora de marcharme de allí.

16

Las estructuras metálicas fueron lo primero que vi. Hileras de postes unidos por alambres que se extendían por la vaguada como un gigantesco telar abandonado. Solo cuando consulté el móvil comprendí que aquellas plantas trepadoras, enroscadas a los alambres como serpientes dormidas, eran los kiwis que buscaba.

La pista de hormigón zigzagueaba entre aquel entramado hasta llegar al caserío: un edificio de dos alturas tan robusto como bien cuidado. Los geranios rojos que desafiaban el frío invernal desde sus ventanas rompían con gracia la monotonía cromática de los sillares de arenisca. Una furgoneta ranchera negra dormía en el portalón que presidía la fachada, herencia de los tiempos en que los carros de bueyes necesitaban acceso directo al interior.

Aparqué junto a la casa y tiré del freno de mano.

—Vamos, muchacho —dije cogiendo a Sua por la correa.

El perro saltó del asiento trasero, olisqueando el aire con curiosidad.

Un hombre de unos sesenta años trabajaba entre las plantas de kiwi más cercanas al caserío. Vestía un mono azul descolorido y botas de goma, y manejaba las tijeras con movimientos precisos y mecánicos. Tenía el rostro curtido por el sol y el viento, con arrugas profundas que enmarcaban unos ojos pequeños y desconfiados.

—*Egun on* —saludé en euskera.

Mi habilidad con el idioma no iba mucho más allá. Expresiones aprendidas por contacto cotidiano: «kaixo», «agur», «barkatu»… Me había propuesto estudiarlo, pero cada vez que me sentaba a intentarlo acababa dejándolo para otro día. Cada palabra me parecía indescifrable, sin el asidero natural de las lenguas cercanas que permiten aventurar significados o estructuras de sentido. Por si fuera poco, cuando creía que había logrado aprender algo, me daba de

bruces con el dialecto local, que se parecía poco al euskera ordenado y paciente de los manuales.

El tipo reparó en Sua y la tijera de podar se detuvo un instante. Había reconocido al perro. No hizo falta más que ver cómo se le endurecía la mirada antes de seguir cortando ramas sin responder.

—¿A qué ha venido? —preguntó tras unos instantes.

Sus palabras sonaron más a acusación que a saludo.

No era el mejor comienzo.

A Sua tampoco pareció gustarle, porque ladró aún con más fuerza.

—Estoy buscando a Amaia.

Esta vez el hombre olvidó la poda para mirarme de arriba abajo.

—¿A mi hija? —preguntó con una mueca que no me quedó claro si expresaba desconfianza o desagrado—. ¿Y quién es usted?

Dudé un instante. Presentarme como Jon, el médico nuevo y todo eso, no parecía el camino más apropiado con aquel tipo.

—Es por Sua —indiqué. Confiaba en que el perro podría abrirme la puerta—. Era de Lea. Creo que Amaia y ella eran buenas amigas. Quizá a su hija le apetezca quedárselo.

El hombre parpadeó al tiempo que sacudía la cabeza.

—¿Lea?

—La chica que murió hace unos días.

—¿Y qué tiene que ver mi hija con eso? ¿Por qué iba a quedarse su perro?

A mi lado, Sua ladraba cada vez más furioso.

Me agaché para ponerme a su altura.

—Calma, chico. Calma… No pasa nada… —dije acariciándolo. El perro todavía ladró unos instantes, pero pareció relajarse—. ¿Le importaría que hablara un momento con Amaia? Seguro que a ella le hace ilusión verlo.

El tipo se giró hacia la casa.

—¡Paqui!

La puerta de un cobertizo se abrió y apareció una mujer menuda. Llevaba un delantal manchado de barro y sujetaba en una mano un cubo de pienso para las gallinas. Su mirada fue directa al perro, que le dio la bienvenida con un concierto de ladridos.

—Hola —dije alzando levemente la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó ella dirigiéndose a su marido.

—Este, que dice que viene a traerle ese chucho a Amaia.

El gesto de la mujer no fue más amigable que el de su marido.

—La niña no está —gruñó—. Y no queremos perros aquí.

Respiré hondo.

—¿A qué hora volverá?

El hombre dio un paso hacia mí. Con sus tijeras de podar en la mano y su cara de pocos amigos.

—Márchese. Ya le hemos dicho que no nos gustan los perros. Llévelo a una perrera o sacrifíquelo, pero no le cuelgue el muerto a otros.

Sua tiraba cada vez más fuerte de la correa. Les ladraba fuera de sí. Me costaba retenerlo.

—Está bien. No queríamos molestar —dije regresando al coche. Era consciente de que insistir solo podría empeorar las cosas.

Aquellos dos se quedaron de pie junto al camino, observándome en silencio hasta que arranqué el motor y abandoné sus terrenos.

17

Sua todavía gruñía en el asiento trasero cuando la pista nos llevó de vuelta a la ermita de Oibar.

—¿Quieres pasear un poco? —le propuse aparcando junto al templo.

A mí también me venía bien estirar un poco las piernas. El encuentro con los padres de Amaia me había dejado mal cuerpo. Por las palabras de la madre de Lea sobre la amistad de su hija y Amaia, no imaginaba que fueran a tratarme de ese modo, pero habían sido realmente desagradables. ¿Habría pasado algo entre ellas?

En cuanto bajamos del coche, Sua corrió hacia la orilla del río y regresó con un palo entre los dientes. Lo depositó a mis pies y me observó agitando el rabo. Quería que se lo lanzara.

Probé a hacerlo, pero mi lanzamiento se quedó claramente corto. Antes de que pudiera darme cuenta, el perro estaba de vuelta con el pedazo de madera.

—Esta vez irá más lejos —le avisé—. ¿Estás preparado?

Sua me contestó con un ladrido optimista y salió disparado detrás del palo. Todavía cojeaba un poco, pero estaba muy recuperado.

Pasamos así un buen rato. Era incansable. Por más lejos que lo lanzara, siempre estaba de vuelta en apenas un par de segundos.

—Ven —dije recordando que Cristina me había recomendado no acercarme a la cueva donde vivían las esquivas lamias. Era una buena ocasión para ir a echar un vistazo.

Estaba atándole la correa cuando me llegó un wasap.

Suspiré al comprobar que únicamente se trataba de un gatito dentro de una taza con la inscripción: «Te mando un abrazo».

Mi madre empezaba a moverse en la élite mundial de los mensajes cursis.

Al alzar la mirada, di un respingo.

No estábamos solos.

Una chica llegaba en bicicleta, con una mochila a la espalda y el cabello recogido en una coleta que se agitaba al ritmo de su pedaleo. Al reconocer al perro, frenó en seco. El animal también la había visto. Movía la cola con una mezcla de alegría y confusión.

—¿Amaia? —pregunté.

Era joven. Tendría unos cuantos años menos que Lea. Probablemente no llegara a los veinticinco.

Me observó con desconfianza.

—¿Quién eres? ¿Por qué tienes a Sua?

Le expliqué que se me había presentado en casa en plena noche. Y también que María Jesús, la madre de Lea, me había hablado de ella. La joven se abrazó al perro y rompió a llorar.

—¿Has estado con mis padres? —me preguntó azorada señalando el camino que llevaba a su caserío.

—Más o menos —admití con una mueca.

Amaia resopló antes de volver a dirigirse a Sua.

—Qué poca gracia les habrá hecho verte —le dijo sin dejar de achucharlo—. Con lo bueno que eres…

Tomé nota mental de aquello. Ahí había un conflicto que convendría aclarar. Pero por el momento no parecía dispuesta a hacerlo. Toda su atención estaba centrada en el reencuentro con Sua.

Dejé pasar unos segundos.

—Tengo mis sospechas de que lo de Lea no fue un accidente —dije sin rodeos. Había decidido ser claro con ella.

Se llevó las manos a la cara. Estaba horrorizada.

—¡Lo sabía! Ella conocía ese sendero como la palma de su mano. No podía ser que se cayera… ¿Y quién…?

—Eso es lo que estoy intentando averiguar. ¿Recuerdas si mencionó últimamente que se sintiera en peligro?

—¿Lea? —Amaia parecía realmente sorprendida—. ¡Nunca! Si se llevaba bien con todo el mundo.

Le mencioné los vídeos sobre el turismo.

—La verdad es que nunca comentó que le generaran problemas.

—¿Y de furtivos? ¿Te habló alguna vez de ellos? Tengo entendido que de noche hay más actividad de la que creemos —comenté señalando el río.

Asintió muy seria.

—Precisamente hablamos de ello uno o dos días antes de la… —La joven apretó los labios y sollozó. Necesitó unos instantes antes de continuar—. Perdona… Lea era tan buena… Tan bonita… No sé cómo le han podido hacer algo así. —Hizo una nueva pausa para sonarse —. Los furtivos, sí. Ella tenía su teoría sobre el cepo que estuvo a punto de arrancarle la pata a Sua. Decía que era cosa de los que trafican con angulas. Estaba segura de que eran ellos quienes habían puesto trampas para disuadir a la gente de andar por la zona donde pescan.

Tenía cierta lógica. Un motivo más para ir a echar un vistazo esa noche.

—¿Sabía Lea quiénes eran? ¿Te dio nombres alguna vez?

—No. Pero lo de Sua le dolía más que si se lo hubieran hecho a ella. Decía que iba a ir a por ellos. Que los grabaría y lo denunciaría todo en sus redes.

Asentí lentamente. Era la respuesta que temía y, al mismo tiempo, la que estaba deseando escuchar. Me gustaba esa Lea que perseguía la justicia, igual que estaba haciendo yo investigando su asesinato.

Sin embargo, esa búsqueda de la verdad podía haberle costado la vida.

—¿Y qué me dices de Jokin? —La conversación con María Jesús en su tienda marinera había devuelto a mi radar al hermano de la inspectora Mendibe.

Su gesto se ensombreció al oír ese nombre.

—¿Su ex? —preguntó con evidente desagrado—. Ese tío es asqueroso. A mí me odia. ¿Sabes que se nos presentó una noche en casa de Lea? Todavía tenía llaves. Joder, vaya susto nos dio… De repente estaba ahí, borracho, a los pies de la cama. Insultándola y acusándola de haberlo utilizado. Y a mí… —Amaia tragó saliva—. A mí me dijo que me atuviera a las consecuencias, que humillarlo así no iba a salirme gratis.

¿Estaba diciendo que la relación entre ellas era más que una amistad?

—Lea y tú…

Amaia asintió sin esperar a que terminara.

—Estábamos juntas.

De pronto me sentí ridículo. Había fantaseado durante meses con una mujer a la que era evidente que no conocía. Me había enamorado del personaje construido para cazar likes, y no de la Lea real. ¿Cuántas más cosas desconocería de ella?

Ajena a mis pensamientos, Amaia continuó hablando.

—A mí ese tío me da miedo. Desde aquella noche prefiero evitarlo. Si lo veo, cambio de acera. Pero en Lekeitio es inevitable que acabes encontrándote con quien no quieres. —La joven sacudió la cabeza, como si pretendiera borrar así su recuerdo—. Qué asco de tío… Siempre tiene alguna palabra hiriente lista para dispararme: bollera, zorra, tortillera… Con Lea ya no se atrevía. Ella ya no era la mujer a la que él anuló a conciencia. No, ella ya no se callaba y se enfrentaba con ese cretino si era necesario.

Tomé nota mental de aquello. Un tipo como Jokin no llevaría bien esa pérdida de poder.

—¿Sabes cómo conocí a Lea? —preguntó Amaia antes de señalar el río—. Yo volvía del trabajo en bici, igual que hoy. La vi sentada al lado de la ermita. Estaba llorando. Ella sola. Ahí. Sin nadie que la consolara… Le pregunté si estaba bien. Y no lo estaba, claro que no.

—¿Jokin? —supuse.

—Ese cabrón había descubierto que Lea había abierto una cuenta sin decírselo. Estaba cansada de que él se lo gastara todo y quería ahorrar para un viaje. Le hacía ilusión ir a Doñana. A ver pájaros y grabar algunos vídeos. —Amaia suspiró—. Estaba hundida. Jokin había conseguido convencerla de que ahorrar dinero sin decírselo era una traición imperdonable. La hizo sentir culpable por querer tener un mínimo de independencia económica.

—Un manipulador —comprendí.

—Un maltratador de manual —aseguró Amaia—. Jokin tiene la habilidad perversa de dar la vuelta a las situaciones, de convertir sus

propios defectos en culpas ajenas. Lea llegó a creer que estaba siendo desleal, cuando lo único que hacía era protegerse.

Sua se puso a gruñir.

—Parece que no le cae muy bien Jokin —bromeé rascándole tras las orejas.

Amaia no me escuchaba. Miraba fijamente la roca donde vio a Lea por primera vez. Su rostro estaba totalmente roto por la tristeza.

—Le he fallado. ¿Cuántas veces le habré prometido que me iría a vivir con ella? —La joven señaló con la cabeza hacia su caserío—. Y ya ves dónde estoy. Me han faltado las fuerzas para enfrentarme a mis padres.

El tipo con las tijeras de podar volvió a mi cabeza. No parecía el ser más dialogante del mundo.

—Es tu vida. Tienes derecho a decidir.

Amaia asintió levemente.

—Mi único hermano se ahogó cuando tenía tres años. Se cayó a una piscina en Benidorm. Mis padres han cargado toda la vida con la culpa de pensar que si hubieran estado más atentos habrían podido evitarlo. Nunca más fuimos de vacaciones. Estoy segura de que si han vivido tan volcados en el caserío, viendo lo de fuera casi como una amenaza, es por vergüenza. La gente habla demasiado. Podrás imaginar perfectamente lo señalados que se habrán sentido. Esos malos padres que estaban tomando cañas en el bar del hotel sin vigilar a su hijo… —Clavó en mí unos ojos anegados de lágrimas—. Si no di el paso de irme con Lea fue por no romperles el corazón de nuevo. No lo merecen.

Me costó tragar saliva. De pronto entendía mejor la complejidad de su situación familiar.

—¿No sabían nada de vuestra relación?

Ella arrugó la nariz.

—Se olían algo. De lo contrario no se hubieran empeñado tanto en tratar de apartarme de ella. Que no era bueno que pasara tanto tiempo con una mujer que me sacaba diez años, que me estaba dejando impresionar por su mundo, que me manipulaba… Todo mentira. Lo nuestro era amor. ¡Amor real!

Aquello me puso en guardia. ¿Hasta dónde podían llegar unos padres empeñados en proteger a una hija?

Amaia apenas me miraba. Estaba volcada en Sua y en los recuerdos que le despertaba.

—Mi padre nos descubrió una vez —recordó sin volverse hacia mí —. Estábamos paseando por el camino del faro, cogidas de la mano como una pareja cualquiera. Fue un momento de descuido, de normalidad que nos permitimos muy pocas veces, solo cuando no había nadie cerca. Y de repente salió de la nada, con su caña y la dorada que acababa de pescar. Para cuando quise soltar la mano de Lea, era tarde.

—¿Y qué pasó?

—Allí no dijo nada. Pero al día siguiente, durante la comida, me sacó el tema. Estaba muy serio. Me dijo que tuviera más cuidado, que si la gente me veía de la mano de una amiga se iba a pensar que era de la otra acera y que eso daría que hablar. Lo de siempre… La vergüenza. La culpa. —Hizo una pausa—. Pero aquello no fue nada comparado con lo de hace un par de meses.

—¿Qué sucedió?

Amaia respiró antes de hablar.

—Se traspasaba una casa rural en los Cotswolds, en Inglaterra. Un edificio sin pretensiones, con solo cuatro habitaciones, en plena naturaleza… Cuando lo vi supe que era una señal. Parecía hecho para Lea. Y para mí, que no habría tenido problema en cambiar mi trabajo en la residencia de ancianos por hacer camas y preparar desayunos. Se lo envié. Le proponía dejarlo todo e irnos a un lugar donde pudiéramos vivir sin escondernos.

—¿Y tus padres se enteraron?

—Mi madre curioseó en mi móvil. Cuando salí de la ducha me encontré a los dos sentados a la mesa. Querían hablar conmigo. Me enfadé. Muchísimo. Estuve dos semanas sin volver por casa. Pero aquí estoy, ya ves… No puedo culparlos por ser tan protectores. Lo de mi hermano pesará siempre en su vida. —Amaia consultó la hora en su pulsera inteligente—. Lo siento. Voy a tener que irme a casa. Se preocuparán si llego tarde.

Señalé al border collie.

—A Sua le gustaría quedarse contigo.

Amaia lo observó con gesto apenado. Le acarició la cabeza y él la premió con un lametón.

—No puedo —dijo con un hilo de voz.

El ruido de un motor tiró de mi atención hacia el camino que venía del caserío.

Se trataba de la ranchera que había visto junto a la plantación de kiwis.

Amaia se puso en pie mientras se secaba deprisa las lágrimas.

Cuando reconocí a su padre al volante supe que se avecinaban problemas.

—¿Qué hace molestando a mi hija? —preguntó abriendo la puerta. Estaba fuera de sí.

Sua se lanzó a por él, ladrando furioso. Tuve que sujetar con fuerza la correa para retenerlo.

—No me molesta, aita. Solo ha traído de visita al perro de mi amiga —aclaró Amaia apoyándole una mano en el brazo.

Aquel sencillo gesto logró aplacar a su padre, que reculó y volvió a sentarse al volante.

—Iba a la ferretería. Se me ha terminado el alambre. ¿Me acompañas?

Amaia se lo pensó unos instantes, pero acabó accediendo.

Antes de irse rascó la cabeza de Sua y me dedicó una sonrisa que no logró desterrar la expresión triste de su mirada.

—Gracias —murmuró—. Cuídalo mucho. A Lea le habría gustado que estuviera con alguien que lo quisiera.

Asentí mientras veía cómo cargaba la bicicleta en el portaequipajes.

Esperé allí, de pie, hasta que la ranchera se perdió entre los pinos y el runrún del motor se desvaneció. A mi lado, Sua se había quedado inmóvil, con la vista fija en la dirección por la que Amaia se había marchado.

—No va a volver —le dije agachándome junto a él. Iba a tener que buscarle otro hogar, pero ahora la prioridad era encontrar al asesino—. De momento te puedes quedar unos días conmigo. Espero que te parezca bien.

Sua ladeó la cabeza. Después ladró una sola vez y me plantó un lametazo en plena cara.

—Tampoco hacía falta que fueras tan expresivo —protesté mientras me limpiaba con el dorso de la mano—. Pero me lo tomaré como un sí.

18

Los muelles dormían profundamente cuando horas después pasé por ellos.

El Muga había cerrado ya y los pesqueros todavía no se habían despertado. Tampoco había rastro del camión de la basura y ni siquiera se veían gatos deambulando entre las redes apiladas.

Se trataba de esa hora extraña que ve caer la hoja del calendario sin que la nueva haya terminado aún de brotar. Un mundo de silencio y sombras al que no me sentía invitado.

Estaba nervioso. Asustado.

Las marismas que me veían despertar cada mañana se habían convertido de pronto en el último lugar en el que me apetecía adentrarme. Y era allí, sin embargo, donde debía buscar las respuestas.

Era peligroso. Si los furtivos me descubrían espiándolos, no dudarían en silenciarme del mismo modo que quizá hubieran hecho con Lea.

No había luz en el viejo astillero. Faltaban aún varias horas para que Goiko acudiera a su cita.

Era consciente de que me encontraba en la última frontera. A partir de allí la falsa sensación de seguridad que me ofrecían las calles del pueblo se desvanecía. La oscuridad tomaba el testigo.

El olor pesado de los limos que flotaba sobre las marismas envolvió mis pasos mientras me adentraba en la noche. La bajamar marcaba el pulso de la ría. El agua había alcanzado su punto más bajo y el Cantábrico no tardaría en comenzar a abrirse camino a través del cauce.

Según me habían mostrado los vídeos de la propia Lea, las angulas escogían ese momento para adentrarse en el estuario.

Impulsadas por la fuerza de la marea ascendente, remontaban los ríos en busca de las aguas claras de sus cabeceras.

Era entonces cuando los pescadores acostumbraban a interponerse en su camino desde botes de fondo plano, capaces de navegar en aguas someras. Pero eso sucedía antes de que la reciente prohibición desterrara de la costa vasca cualquier tipo de captura.

Los furtivos, claro, no entendían de prohibiciones.

Avancé tratando de no hacer ruido.

Era imposible. Cada uno de mis pasos despertaba crujidos al toparse con la gravilla del sendero.

No me sentía bienvenido.

Porque aquel era mi mundo, el que me veía correr cada amanecer, pero esa noche era otro muy diferente.

No me costó reconocer en la oscuridad el paraje donde encontré el cuerpo de Lea. Su ubicación quedó tan grabada en mi memoria que podría haber regresado con los ojos cerrados.

Los carrizos que la amortajaron habían logrado recomponerse, volvían a trepar orgullosos hacia un cielo que en solo unas horas tornaría a teñirse de los tonos pálidos que vieron a la corredora por última vez.

Continué adelante unos metros más. Quería llegar al corazón de las marismas, a algún otero que me permitiera espiar la noche sin ser visto. El ruido de mis pisadas me dijo que era suficiente.

No podía seguir delatando mi presencia.

Un tronco dormido entre los carrizos, arrastrado por alguna de las crecidas del invierno, me ofreció asiento. Las propias plantas que se ocupaban de ocultarme robaban parte de mi panorámica, pero era suficiente. Se trataba de pasar desapercibido y allí podría hacerlo.

El tiempo discurrió lento.

De vez en cuando cerraba los ojos y aguzaba el oído.

Nada.

Solo el ulular lejano de un búho y el croar de alguna rana despierta a deshoras.

La vista tampoco me ofrecía más respuestas.

El estuario del Lea parecía dormir plácidamente. Por más que miraba aquí y allá, no veía el más mínimo rastro de los furtivos de los que me había hablado Goiko.

El viejo patrón me había dado una única pista: portaban un foco para atraer las angulas a su red.

Pero allí no había más luces que las del palacio de Zubieta, cuya silueta se erguía en la orilla opuesta. La claridad tenue tras las ventanas de lo que supuse una escalera brillaba en aquel imponente caserón reconvertido en hotel de lujo.

Nada más.

El resto era oscuridad.

Pasaron los minutos, las horas…

Comenzaba a temer que esa noche no aparecieran. O quizá no lo hicieran nunca. ¿Y si aquella historia de pescadores al margen de la ley fuera fruto de la imaginación del viejo patrón? Recuerdos de un pasado que confundía con los días recientes.

Un momento…

¿Qué era eso?

Pasos…

Sí, no había duda. La gravilla del sendero protestaba bajo las botas de un caminante nocturno.

Traté de hacerme más pequeño, de hundirme bajo el carrizal y hasta de no respirar. Lo que fuera con tal de que no me descubriera en mi apostadero.

Pasó muy cerca. Tanto que alguna de las plantas tras las que me ocultaba sucumbió a sus pisadas.

Llegué a atisbar ligeramente sus piernas, y lo vi seguir adelante.

Aguardé el paso de algún acompañante que no llegó.

Quizá lo más inteligente hubiera sido quedarse allí, agazapado entre las plantas de ribera. Sin embargo, opté por seguirlo. No estaba dispuesto a perder la oportunidad de verle la cara.

No había avanzado mucho más cuando se detuvo.

Por un momento temí que me hubiera descubierto, pero solo estaba encendiéndose un cigarrillo.

Ahí tenía una pista.

Era fumador.

Lástima no haberle visto el rostro cuando acercó el mechero a sus labios.

Lo apuró en apenas cuatro caladas y pisó la colilla antes de abandonar el sendero.

La oscuridad volvió a devorarlo, pero oí cómo empujaba una barca hasta el agua.

Debí haberlo imaginado. Nada de motores que hirieran la noche y llamaran la atención de quienes dormían cerca de la ría.

Era mucho más sencillo que todo eso.

¡Empleaba uno de los botes de San Antolín!

Decenas de ellos dormían durante todo el año a orillas del Lea. Destinados a navegar únicamente el día grande de las fiestas del pueblo, se convertían en cómplices perfectos para quien quisiera embarcarse de noche y sin testigos.

Gracias a aquellas barcas el furtivo no necesitaba remontar el estuario en una embarcación cuyo motor despertaría la noche. Con solo estirar la mano podía escoger cualquiera de ellas. Las tenía allí, siempre a punto para su pesquería prohibida.

Mientras observaba esa sombra solitaria remando muy cerca de la orilla, preparé la cámara.

Mi plan pasaba por tomar una foto del pescador furtivo para mostrársela a Lourdes. Ella conocía a todos en el pueblo y podría ayudarme a identificarlo.

De pronto se hizo el silencio.

El bote se había detenido muy cerca, a no más de cinco o seis metros de mi escondrijo.

Y justo entonces una potente luz me cegó. El furtivo había encendido un frontal.

Me agaché con el corazón latiendo a toda velocidad. Temía que me hubiera descubierto.

Pero no parecía haber reparado en mí.

Lo vi manejar un cedazo, que introducía parcialmente en el agua para acariciarla con movimientos delicados. Después lo extraía y lo observaba de cerca para comprobar si la pesca se había dado bien.

Aquella malla fina regresaba una y otra vez a la ría sin haber logrado capturar una sola angula.

No parecía la actividad más lucrativa del mundo.

Hasta que, tras más de treinta minutos de un ritual repetido, el furtivo realizó un movimiento nuevo. Acercó el cedazo a un cubo y dejó caer en él varias angulas recién pescadas.

No fueron las únicas capturas de la noche.

La suerte, en cambio, parecía decidida a no ponerse de mi parte.

El frontal iluminaba los brazos del pescador, pero sumía su rostro en las sombras.

Mi expedición nocturna no iba a servirme para identificarlo.

Tras unos cuantos viajes del cedazo al cubo, apagó la luz.

Oí el crujido de un paquete de tabaco, luego el chasquido metálico de un mechero. Por un instante, su cara quedó perfectamente dibujada.

Alcé el móvil para robarle una foto, pero antes de que pudiera disparar, dio una primera calada y apartó la llama de sus labios.

Maldije para mis adentros, aunque en realidad no necesitaba ninguna instantánea. Reconocía perfectamente al hombre que fumaba frente a mí.

Pensaba en lo que eso significaba cuando un crujido me heló la sangre.

Mi instinto me llevó a cerrar los ojos, igual que haría un niño que no quiere que lo vean.

Pero mis párpados no iban a silenciar la ramita que mi rodilla acababa de partir.

Cuando volví a abrirlos, el furtivo había vuelto a encender el frontal.

Ya no fumaba.

Me buscaba.

Traté de fundirme en uno con la tierra húmeda. Contuve la respiración y permanecí tan quieto como pude.

El haz de luz recorrió la superficie de la marisma, saltando de los carrizos a las aguas quietas, pasando una y otra vez demasiado cerca de mi escondrijo.

Varios barridos después, lo escuché saltar a la orilla.

Aproveché el ruido de sus pisadas para rodar bajo una de las barcas durmientes.

Vi acercarse la luz, tambaleante, como un ojo que lo escrutaba todo. Sus pies pasaron muy cerca. Tanto que temí que pisara mis dedos, hundidos en los limos que la pleamar no tardaría en convertir en un espejo de agua.

La imagen de Lea, tendida sin vida entre las plantas de ribera, volvió a mi mente. Si ese desalmado la había matado, no le temblaría el pulso conmigo.

Pero la suerte, por fin, me sonrió.

Tras unos minutos que parecieron horas, el furtivo apagó el frontal y encendió otro cigarrillo. Después sus pasos se alejaron y, cuando me atreví a salir de mi escondrijo, solo intuí su figura perdiéndose en la noche.

19

Le calculé sesenta y cinco años y el ordenador me dijo que tenía cinco más.

Los llevaba bien.

Su voz era grave, poco femenina, más parecida al graznido de una urraca que al canto de un jilguero. Fumadora, me dije, y la pantalla lo corroboró.

—Puede sentarse —indiqué cuando vi que no tenía intención de hacerlo.

Ella se resistió unos instantes, pero finalmente ocupó una de las dos sillas situadas frente a mi mesa.

—Es solo por una receta —argumentó mientras se colocaba el bolso sobre las piernas, a modo de parapeto entre ella y yo.

Comprendí que se trataba de algo relacionado con la salud mental. Nos falta un camino importante por recorrer para lograr que quienes acuden a consulta con el alma herida lo hagan sin sentir el peso de la vergüenza.

No era paciente mía. Pertenecía al área sanitaria de Vitoria, pero se había presentado en el centro de salud por una urgencia.

Maite, porque era así como se llamaba, no tenía ganas de alargarse en explicaciones.

Su mirada esquiva también contrastaba con el aplomo que impregnaba su tono de voz. No se sentía cómoda desnudándose verbalmente ante un desconocido.

Me explicó que se había dejado los antidepresivos en casa y que estaba en Lekeitio pasando unos días.

No precisé más explicaciones.

Acceder a su historial fue suficiente para comprobar que seguía un tratamiento. Llevaba varios años con él.

En condiciones normales, le hubiera realizado algunas preguntas de seguimiento, pero no quise incomodarla más.

—Tiene lista la receta. Puede acudir a cualquier farmacia, ya sabe —indiqué devolviéndole la tarjeta sanitaria.

No pude evitar fijarme en sus manos cuando abrió la cartera para guardarla. Saltaba a la vista que el aspecto era importante para ella. La ropa, las joyas, el maquillaje… Era una mujer que cuidaba su imagen. Sin embargo, sus uñas eran un completo desastre. Se las mordía. La piel que las rodeaba sufría también los estragos de unos nervios mal gestionados.

—Muchas gracias, doctor. Ha sido muy amable —dijo manteniéndome la mirada por primera vez. Saber que contaba con el bastón de sus pastillas había obrado el milagro de transmitirle seguridad en sí misma.

La acompañé a la puerta y regresé a la mesa sin perder un segundo.

Llevaba toda la mañana pendiente del móvil.

Hacía horas que había escrito a Itziar para decirle que quería verla. Si alguien debía saber lo que había averiguado esa noche en la ría era ella. Porque ese nombre podía ser no solo el de un furtivo, sino también el del asesino de Lea.

Nada. No había recibido ningún mensaje.

Comenzaba a temer que la inspectora no respondiera. O que dijera simplemente que no. Era una posibilidad nada desdeñable después del abrupto final de nuestra cita días atrás en una terraza del puerto.

Miré el reloj. Eran solo las once de la mañana.

Todavía no podía tirar la toalla.

Salí de la consulta y me dirigí al mostrador de recepción. Necesitaba más café. Urgentemente. La noche en vela me estaba pasando factura.

—¿Qué quería? —me preguntó Nerea en cuanto me vio. Lo dijo en voz baja, con una mirada de complicidad.

—Nada grave —comenté, decidido a no añadir una sola palabra. Las ganas de la administrativa de enterarse de todo la llevaban a no

darse cuenta de que los médicos no podemos ir hablando de los asuntos de los pacientes.

—¿No sabes quién era? —preguntó dejando el bolígrafo sobre la mesa—. ¡La Iturri! Aquí la conocemos todos, pero es la primera vez que la veo por el ambulatorio.

—Me ha dicho que vive en Vitoria.

Nerea asintió.

—Claro. Es la consejera de Turismo del Gobierno Vasco. Y antes fue directora. De Turismo también. No sabrá ni ella los cargos que ha ocupado. Es de esas que se meten en política de crías y se pasan toda la vida viviendo del cuento. Empezó aquí, en el ayuntamiento. Concejala de algo. No me hagas decir de qué. —Hizo una pausa—. ¿Y qué quería? ¿Qué le pasa? No ha estado dentro de tu consulta más de dos minutos.

Otra vez con preguntas que ponían a prueba el secreto profesional.

—Solo venía a por una receta. Se había dejado un tratamiento en Vitoria —respondí a regañadientes. Era todo lo que estaba dispuesto a darle.

Nerea me miró apremiante. Su voracidad le pedía más, pero acabó por comprender que no iba a obtener más información.

—Eso le pasa por tener dos casas… Yo creo que esta se vendrá pronto para aquí. ¿Tú has visto dónde vive? —Tecleó algo en el ordenador y señaló su dirección en la pantalla—. Mira. ¿Sabes la casa grande que hay al lado de la iglesia? La que tiene unos angelotes en la fachada… Sale a la terraza y tiene la isla delante. ¡Y la playa a un minuto de casa! Que además no será un piso pequeño, como los nuestros… Yo estaría deseando jubilarme para quedarme toda la semana aquí. Ya me dirás qué pinta a su edad dando mítines y participando en plenos aburridísimos. El marido hace años que la dejó. Estaría harto de tanto politiqueo…

Me reí. Con Nerea era mejor no dejar historias a medio explicar, porque no tenía el más mínimo problema en completarlas a su antojo.

—¿Otro café? —preguntó al verme encender la cafetera—. Déjame adivinar: las coplas de Santa Águeda. ¿Pasaron muy tarde por tu

casa?

Se refería a las cuadrillas que habían recorrido el pueblo la víspera, con pañuelos al cuello y largos bastones en las manos. Una celebración sencilla y antigua que los llevaba de portal en portal, cantando y golpeando el suelo para despertarlo ante la llegada de la primavera.

No habían llegado tarde. Aparecieron mientras preparaba la cena. El eco seco de los palos contra la piedra y la cadencia repetida del canto me hicieron dejarlo todo y asomarme a la puerta. No esperaba visita. Y mucho menos aquella comitiva de voces, bastones y frío, otra tradición más abriéndose paso por las calles de Lekeitio.

Antes de que pudiera responderle, una notificación sonó en el bolsillo de mi bata.

Saqué el móvil y… Esta vez sí. Era de Itziar.

Un wasap escueto y claro.

A las seis en nuestra isla secreta.

El tono que se intuía en sus palabras me tranquilizó, pero no pude evitar sentirme culpable. El mensaje que yo le había escrito era ambiguo. No daba a entender que hubiera seguido con mis pesquisas.

Era evidente que la inspectora no había querido leer entre líneas. Probablemente esperaba una disculpa por haberme metido en su trabajo. Un encuentro sereno, de confidencias junto al mar. Como cuando las cosas eran distintas entre nosotros.

Lo que iba a encontrarse era algo muy diferente.

20

Acababa de introducir la llave en la cerradura cuando oí los pasos apresurados de Sua al otro lado de la puerta. La abrí con cuidado para no hacerle daño y él me recibió moviendo el rabo como un molinillo y saltando para colmarme de lametazos.

—¡Hola, muchacho! —le dije achuchándolo—. Yo también te he echado de menos.

No mentía.

El border collie me siguió a la cocina.

—Mira lo que te he comprado. ¡Sorpresa! —exclamé mostrándole un saco de pienso—. El veterinario me ha dicho que es el preferido de los perros de tu raza.

Sua ladeó la cabeza y observó el paquete con sus ojillos inteligentes. No pareció especialmente emocionado.

—¿Has visto? Aparece uno como tú —señalé tratando de despertar su interés.

El animal de la foto no le atrajo lo más mínimo. Tampoco las verduras y el pollo que lo acompañaban.

—Y mira qué cuenco más bonito —dije dejándolo en el suelo.

Era metálico, funcional, pero eso sí que logró su aplauso. Lo olisqueó, ladró y agitó el rabo con emoción.

—Ya va. Ya va. —Abrí el paquete de pienso y vertí una buena cantidad en el bol.

El rabo de Sua se frenó en seco al ver aquello.

Alzó hacia mí una mirada disgustada. Sus orejas, hasta entonces erguidas, cayeron lánguidas para subrayar su decepción.

—Está rico —le dije sacudiendo suavemente el recipiente. Las bolitas marrones entrechocaron con alegría.

Sua les gruñó. Nada más. No quiso ni acercarse.

Probé a ponerme a cuatro patas y fingir que comía.

—Hummm… Riquísimas. Prueba, ya verás. Son de pollo, jamón y guisantes. ¡Y manzana! —indiqué tras consultar los dibujos de la bolsa.

Nada. El perro parecía dispuesto a morirse de hambre antes que probar aquello.

Me senté en el suelo.

¿Qué podía hacer para que comiera?

Tomé un puñado de croquetas y se lo acerqué al hocico.

Conseguí que las olisqueara, pero en lugar de comerlas soltó un gruñido y se apartó.

Tuve que contener la risa. Era una situación tan desesperante como absurda.

—Pues ayer te acabaste toda la cecina… Algo tendrá que comer el señor marqués.

Sua contestó ladrando hacia el armario.

Me levanté y eché un vistazo dentro. Lo único aprovechable era una ristra de chorizo picante de La Rioja que me había regalado una paciente. No parecía el mejor alimento para un perro.

Mientras rebuscaba, él me observaba con las orejas bien tiesas. La víspera había salido de aquel mismo armario la cecina de León, así que debía de esperar que hoy también apareciera alguna otra delicia.

—Ya te he dicho que no queda ni una loncha. Te la comiste toda. Aquí no hay nada para ti —dije cerrando el armario para coger el móvil—. Espera. Miraremos aquí.

Abrí el buscador y pregunté qué podía comer un border collie.

—¿Ves? Aquí dice que lo mejor para tu salud es el pienso. No te puedes alimentar solo de cecina.

El perro me escuchaba ladeando la cabeza, con esa expresión que hacía parecer que entendía cada palabra, pero no hizo el más mínimo amago de comerse el contenido del cuenco.

—¿Te gustará el arroz con pollo? —le pregunté al ver que había en internet varios tutoriales sobre cómo prepararlo para amigos de cuatro patas.

El rabo de Sua barrió el suelo, animado.

—Me tomaré eso como un sí.

Saqué de la nevera las pechugas que pensaba hacerme a la plancha y las puse a cocer con arroz. Todo junto. Y también dos zanahorias. La chica del vídeo añadía espinacas y manzana, pero me pareció arriesgado. Después del fracaso con el pienso no tenía ganas de andarme con experimentos.

—Ven. Saldremos a dar un paseo mientras se cuece esto.

A Sua le gustó la idea. Corrió a la puerta y apoyó en ella las patas delanteras. Le puse la correa para que no saliera disparado nada más abrir.

Fue él quien escogió la dirección. Solo había dos opciones: desandar la carretera hacia Lekeitio o avanzar hacia el faro de Santa Catalina, donde moría el asfalto y el Cantábrico se hacía con todo el protagonismo. Y eligió la torre de luz.

—A mí también me gusta más —le dije, a sabiendas de que no me escuchaba. Bastante tenía con olisquear cada arbusto y detenerse a regar cada poste.

El aire olía a salitre y el rumor del mar llegaba desde los acantilados que caían a pico a nuestro lado. Una suave brisa del noroeste nos despeinaba. Mis pulmones celebraban cada respiración y me regalaban algo parecido al optimismo.

Por un momento olvidé las marismas del Lea, al furtivo y mi cita en la isla de Garraitz. Fue algo demasiado fugaz, pero volví a sentir la paz que había llegado buscando a la costa vasca.

Un rosal silvestre atrajo la atención de Sua. Estuvo brincando de aquí para allá, hundiendo el hocico entre las ramas. Gruñía, ladraba en posición de ataque…

—¿Qué has visto?

El mirlo que escapó volando me dio la respuesta.

El perro tiró de la correa con renovada energía, decidido a llevarme más allá. Era él quien me sacaba a mí de paseo y no al revés.

—No, hoy no llegaremos hasta el faro. Tendremos que volver o se nos quemará tu comida —indiqué frenando su avance.

Cuando regresamos fue directo a la cocina y se plantó delante de la cazuela, que humeaba con ganas.

—Espera un poco… ¿Cómo puedes ser tan impaciente? —me reí mientras escurría el agua sobrante de la cocción y le servía unas cucharadas en su cuenco.

Sua se lanzó a probarlo, pero en cuanto acercó el hocico dio un brinco hacia atrás.

—¿Y ahora qué le pasa al señorito?

Lo intentó de nuevo y volvió a apartarse, esta vez gimoteando.

—Claro… Quema —admití. El vídeo no decía nada sobre la temperatura a la que había que servir la comida—. Dale un segundo para que se enfríe.

Pero él no estaba por la labor. Se acercaba, se retiraba, volvía a intentarlo… y cada vez lloriqueaba un poco más. Me partía el alma verlo así; debía de estar muerto de hambre.

—Espero que quien te adopte sepa hacerlo mejor que yo —me disculpé cogiendo el cuenco—. Dame un minuto.

Vertí el contenido en un plato, y después en otro, y todavía en un tercero. Era lo que hacía mi madre cuando mi hermana o yo nos quejábamos de que la sopa estaba caliente.

Cuando serví de nuevo el arroz en el bol estaba templado.

Me alegró ver que, esta vez sí, Sua comía con ganas.

Ahora faltaba yo. No había probado bocado desde la hora de desayunar.

Me asomé a la cazuela.

Ahí estaba mi pollo. Ahí y en la barriga de Sua. Estuve tentado de servirme un plato. No tenía ganas de cocinar. Estaba cansado y, sobre todo, inquieto ante mi cita con Itziar.

Hundí la cuchara en el arroz. Estaba pastoso, no era precisamente una paella con su socarrat. Mi estómago rugió, pero en cuanto me llevé un poco a la boca deseché la idea. Estaba horrible.

Entretanto Sua se había acabado su ración y se relamía el hocico.

—Pues el pienso estaría más rico que esto —le dije tapando la cazuela.

Aliñé un tomate con una lata de atún en escabeche y le añadí un poco de quinoa hervida que me había sobrado un par de días atrás.

Pensé en mi madre, y también en Lourdes, en su insistencia para que comiera bien, y me prometí que solo sería un día. En cuanto

sacara un minuto pasaría por el Eroski y llenaría la nevera.

Sentado en el suelo junto a la mesa, Sua apoyó una pata en mi rodilla.

—Sí. También compraré pollo para ti. Y arroz, mucho arroz —le aseguré.

21

Faltaban unos minutos para las seis cuando llegué a la cima de la isla.

No había todavía rastro de Itziar en la vieja plataforma ocupada algún día por cañones y convertida ahora en improvisado mirador a caballo entre el pueblo y el mar.

Era una tarde moribunda, invernal.

Diferentes tonos de gris pintaban el cielo y hacían del Cantábrico una inmensa sombra carente de color. Un velero solitario abandonaba la seguridad del puerto. Lo hacía sin prisa, movido únicamente por la ligera brisa que inflaba sus velas blancas.

La panorámica inspiraba una serenidad que contrastaba con mi estado de ánimo.

Estaba nervioso, casi aterrorizado ante la perspectiva de desvelar a la inspectora lo que había visto en las marismas.

Ajeno a mis pensamientos, Sua trotaba a mi alrededor. Olfateaba las rocas, se asomaba al acantilado, ladraba a las gaviotas… Estaba exultante.

Tras varias carreras, se tumbó a mis pies y apoyó el hocico sobre mis botas. De pronto pareció ensombrecerse. Entendí que echaba de menos a Lea.

Le rasqué detrás de las orejas y él cerró los ojos y se dejó hacer. A mí también me reconfortaba sentir la calidez de su piel peluda.

Me iba a dar pena desprenderme de él, pero tenía que hacerlo. No me veía capaz de cuidar de un perro. Antes debía aprender a cuidarme a mí mismo. Quizá Itziar supiera de alguien dispuesto a adoptarlo.

De repente Sua se incorporó y agitó el rabo, expectante.

Entonces la vi. Subía desde el puente, con unos sencillos pantalones tejanos y una chaqueta de cuero. Un collar turquesa

casaba a la perfección con sus ojos del color del Cantábrico.

—¿Ese perro es quien yo creo que es?

Me puse en pie para recibirla con un par de besos.

Olía bien. Siempre lo hacía.

—Es Sua. El perro de Lea —confirmé.

—Me lo había parecido. ¿Y qué hace contigo?

—Es una larga historia. ¿Seguro que quieres saberla?

—Claro. He traído unas cervezas —dijo abriendo el bolso.

Forcé una sonrisa mientras aceptaba una. No me lo iba a poner fácil. Era evidente que ella esperaba otro tipo de encuentro.

Me pedí paciencia. No podía disparar a bocajarro.

Abrí la lata y di un largo trago antes de sentarme junto a ella en una roca que ofrecía una panorámica perfecta. Le expliqué la aparición de Sua de madrugada, la visita a la tienda de María Jesús y después a Amaia…

—Parece ser que Lea y ella eran buenas amigas —dejé caer para ponerla a prueba. Quería ver qué tipo de relación tenía con su hermano.

Abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor y volvió a cerrarla. Lo sabía todo, era evidente. Jokin debía de habérselo contado.

—¿Y te lo vas a quedar? —preguntó centrando la atención en Sua.

—No puedo. Estoy muy ocupado. Un perro necesita más de lo que yo puedo ofrecerle. ¿No conocerás a alguien que pueda hacerse cargo de él?

—Déjame que haga alguna llamada. Hay algún santuario de animales por la comarca. ¿Qué tal tiene la pata? Vi el vídeo que compartió Lea. El del cepo.

—Ya casi está bien.

Comprendí que era el momento de hablarle de los furtivos, pero me interrumpió.

—Debió denunciarlo. Hubiéramos investigado para dar con el descerebrado que lo instaló.

—Lo hizo público en sus redes. Lea creía en eso más que en la policía.

—Mal hecho —zanjó la inspectora.

Sua me trajo una piedra. Me levanté para lanzársela y salió disparado a por ella.

Aproveché que se perdió entre los arbustos que poblaban la isla para volver a sentarme junto a Itziar.

A nuestra espalda se extendían las playas de Lekeitio. La bajamar las convertía en arenales tan extensos como efímeros. Observé que Claudio, el cazatesoros italiano, había dado con algo y lo estaba desenterrando con ayuda de una pala. Junto a él se dibujaba el estrecho malecón que unía la isla con tierra firme y que desaparecería bajo las aguas en cuanto la marea comenzara a reclamar su terreno.

—El mar decide por nosotros… ¿No te parece mágico? —comentó Itziar cuando me descubrió observando el paso—. Es él quien nos abre o nos cierra la puerta de la isla de Garraitz.

Asentí lentamente. La bajamar dejaba al descubierto los secretos de la franja costera. Solo dos veces al día, y apenas durante un rato. Después el mar volvía a ocultarlo todo para simular un mundo perfecto.

Igual que hacía Lekeitio con las verdades que escondía bajo su calma de postal.

—Para mí esta isla siempre fue San Nicolás —reconocí regresando a la conversación.

—Y no eres el único. Durante siglos todos la llamaban así por la ermita dedicada al santo que hubo aquí arriba. Pero Garraitz es más bonito. Significa «roca de fuego» en euskera. Por las fogatas que encendían las mujeres del pueblo para orientar a los marineros, ¿sabes?

—Roca de fuego —repetí. Me gustaba.

—¿Y Sua? —Itziar señaló al perro—. ¿Sabías que el nombre de tu nuevo amigo significa «Fuego»?

—El nombre perfecto para la mascota de una chica con nombre de río —admití dando un nuevo trago de la lata.

—Qué poeta se perdió el mundo cuando te hiciste médico —bromeó Itziar.

Apenas logré esbozar una sonrisa. Los nervios me atenazaban el estómago. Me sentía culpable. Estaba a punto de echar por tierra un

momento agradable y el acercamiento sincero de Itziar.

—Mira. —La inspectora señaló el velero—. Nunca perdona… Sabrás que la Iturri está por aquí porque la ves en su barquito. Debe de pasarlo mal viviendo en Vitoria, tan lejos del mar.

—Seguro —comenté recordando la mirada esquiva de la paciente mientras aguardaba su receta.

—Era mi vecina. Una buena mujer. Mi hermano y yo nos quedábamos a veces en su casa cuando nuestros padres tenían que salir. Preparaba unos macarrones que nos parecían lo mejor del mundo. Con tomate y chorizo, no creas… —se rio Itziar—. Luego se mudó a un palacete. Ganará bien. Es consejera de Turismo. Imagínate… Pero sigue siendo la misma. Con velero, pero la misma.

Una nueva risa cerró su razonamiento.

—La he conocido hoy. Ha pasado por el centro de salud —comenté sin entrar en más detalles.

—Pues yo la conozco desde hace… —Itziar cerró los ojos para calcular—. Más de treinta años… Treinta y tres, creo. Nos mudamos cuando yo tenía cuatro, y ella ya vivía allí. —La mirada de la inspectora embarcó en aquel velero que se alejaba hacia el horizonte —. Qué rápido pasa todo… ¿Sabes cómo me doy cuenta de que estoy cumpliendo años? —Comprendí que era una de esas preguntas que no precisan respuestas, sino silencios—. Porque ya no sueño despierta. Y te aseguro que me da mucha pena. Antes, cuando venía aquí, hacía planes bonitos. Me decía que algún día lo dejaría todo, vendería mi piso y me mudaría a un barco como el suyo. Vivir aquí y allá, donde me llevara el viento. Libre, lejos de la rutina que nos mata y de este pueblo que me asfixia.

Me sorprendió que se refiriera de ese modo a Lekeitio. Lo que para mí era un sueño de libertad representaba en su caso una prisión.

—Tenía la impresión de que te gustaba vivir aquí —comenté.

Itziar no respondió inmediatamente.

En su lugar bebió un largo trago de cerveza, se mordió el labio y negó con la cabeza. Entretanto, Sua regresó con la piedra, la depositó a mis pies y ladró para reclamar mi atención.

—Las apariencias engañan. Mira Maite. —La inspectora continuaba observando el velero—. Puede que sea la imagen del éxito. Una mujer con poder e influencia… Seguro que hoy cuando la has visto te ha parecido tan elegante como segura de sí misma. Una mujer orgullosa. —Se equivocaba. La persona que había visitado mi consulta no era esa que describía Itziar. Los médicos tenemos acceso a la cara oculta de los pacientes, a la que los hace vulnerables—. Sin embargo, poca gente habrá en Lekeitio que haya sufrido tanto como ella.

—¿Por qué? —pregunté mientras lanzaba la piedra una vez más.

La inspectora observó al perro perderse entre los arbustos antes de responder.

—No he sido madre, pero como policía he tenido que comunicar el fallecimiento de un hijo más de una vez. Puedo asegurarte que no hay un dolor más grande para una mujer. Y Maite perdió a los dos. Al primero se lo llevó un golpe de mar cuando faenaba en Gran Sol. El segundo, Martín, no pudo soportar lo de su hermano. A él lo mató la heroína. —Itziar negó con un gesto sin dejar de navegar con la mirada rumbo al horizonte—. Dos años demoledores. Porque además su marido se fue con otra. Su manera de pasar página de algo tan doloroso fue poner tierra de por medio. Menudo cabrón… Ahora vive en Ondarroa.

—Qué duro… —comenté recordando la mirada herida que había visitado mi consulta hacía solo unas horas.

—Y ahí la tienes, navegando sola. Una mujer valiente y fuerte. Pero la procesión irá por dentro.

Me mordí el labio. Cada minuto que pasaba se me antojaba más difícil contarle lo que había descubierto.

Pero tenía que hacerlo.

—Tenemos que hablar, Itziar —le dije ahogando un suspiro.

Verla asentir me insufló esperanza. Pensé que quizá ella se hubiera replanteado su negativa a investigar la muerte de Lea.

Me equivocaba.

—No te preocupes —dijo volviéndose hacia mí con una sonrisa conciliadora—. Por mi parte está olvidado, pero no me gusta que te metas en mi trabajo. Perdona por haber sido tan dura contigo.

Tengo demasiada presión con ese congreso del demonio… El ayuntamiento quiere que todo salga bien. No ayuda precisamente que un tipo se dedique a ir contando que ha habido un asesinato en el pueblo.

Tragué saliva.

—No es eso… Es por tu hermano. —El rostro de la inspectora se endureció. Su sonrisa se congeló y sus maxilares se tensaron—. Lo he visto esta noche… Tú sabías que Jokin está pescando angulas, ¿verdad?

Itziar me fulminó con la mirada. Pero en lo más profundo de aquellos ojos verdes descubrí algo más.

Había miedo.

—¿Cómo te atreves…?

Le relaté mi visita a las marismas.

Tardó en responder, y cuando lo hizo fue para negarlo todo.

—Te lo estás inventando. ¿Por qué intentas hacerme daño? —Se giró para ocultar las lágrimas que asomaban a sus ojos.

—Tú lo sabías, Itziar. Por eso intentaste quitármelo de la cabeza cuando pregunté a Lourdes por la pesca furtiva de angulas.

Estaba convencido de que la pescadera también lo sabía. La incomodidad que evidenció su respuesta no se debía a hablar de algo prohibido frente a una inspectora, sino frente a la propia hermana del furtivo.

—Estás loco… No tienes pruebas…

Las palabras de Itziar fueron un jarro de agua fría. Pensé en la foto que había tratado de tomar sin éxito.

Le entregué una bolsita.

—Si analizas esto, verás que es suyo.

Itziar observó el contenido.

—¿Una colilla? —preguntó arrugando los labios—. Remas con Jokin. Lo primero que hace mi hermano en cuanto salta de la trainera al muelle es encenderse un cigarrillo. Si alguien lo tiene fácil para hacerse con la colilla eres tú. —La inspectora se la guardó en el bolsillo mientras se ponía en pie—. Esto no es prueba de nada… Es increíble. Estoy tan decepcionada… Te tenía por un amigo.

—No la he cogido del muelle —me defendí mientras trataba de cogerla del brazo para evitar que se marchara—. La recogí del camino. Acompáñame y verás más. Están allí, junto a las barcas del día de gansos, las mismas que emplea Jokin para su pesca prohibida.

Itziar ya no escuchaba. Me había dado la espalda y se alejaba furiosa hacia tierra firme.

Nuestra cita en la isla secreta había concluido.

22

Era mi primera regata.

Hacía meses que remaba, sí, pero no es lo mismo salir a entrenar sin más presión que la de vencer a tus propios miedos que enfrentarte a traineras rivales en un campo de regateo.

¡Y ante una multitud dispuesta a animarte desde los muelles!

—Pues esto no es nada. El día de la Bandera de Lekeitio, en julio, no cabe un alfiler en el pueblo —me explicó el patrón desde la proa.

—Pero vienen a ver a los profesionales, no a unos viejos chochos como nosotros, ¿eh? —comentó mi vecino de banco clavándome un codo en las costillas.

Esbocé una mínima sonrisa de compromiso mientras él celebraba sus palabras con una risotada.

Echaba de menos a Cristina. Mi compañera no tiene la necesidad de hacer un comentario jocoso tras otro… Lástima que se encontrara indispuesta y no se sintiera con fuerzas de salir de casa.

Todavía no había podido hablar con ella. Después la llamaría por si necesitaba que pasara a verla, aunque seguramente no padeciera más que una gastroenteritis de tipo vírico. Había sido la principal causa de visita a mi consulta durante la última semana. Mis compañeros estaban cayendo como moscas.

Me giré hacia el resto de las embarcaciones.

Urdaibai, con su equipación azul, aguardaba ya en la boya a que el juez diera la salida.

Igual que nosotros.

Ondarroa, de tonos blanquirrojos, se incorporaba en ese momento a la tríada de contendientes.

Le guiñé el ojo a Nerea. La casualidad había querido que ocupara el mismo banco que yo. Ambos remábamos en la cuarta fila, aunque en traineras rivales.

Ella me replicó sacándome la lengua.

Me reí para mis adentros. Si los de Lekeitio no quedábamos por delante de Ondarroa, iba a ser víctima de sus pullas cada mañana a la hora del café.

No podía permitirlo.

El juez alzó la pistola hacia el cielo.

—Recordad: remamos en casa. Lo tenemos ganado. A muerte desde la primera palada, que es la regata más corta de la historia —nos indicó Patxi, de pie en la popa.

A nuestro alrededor se hizo el silencio. Los muelles aguardaban el disparo.

Una pantalla gigante mostraba un primer plano de la mano del juez tensando el gatillo. No eran las únicas imágenes. Dos drones volaban aquí y allá, para trasladar a los muelles una visión inédita de la regata que estaba a punto de comenzar.

Aresti lo había previsto todo.

No faltaba tampoco una banda que vomitaba sin cesar canciones festivas.

—Ya están tardando en tocar *Paquito el Chocolatero*, ¿eh? A los guiris les encanta —se mofó mi vecino clavándome de nuevo el codo.

No lo soportaba, y además olía fatal. ¡Y ni siquiera habíamos comenzado a remar!

Desde la plaza del ayuntamiento se elevaba una columna de humo blanco. Las parrillas estaban encendidas. Las primeras bandejas de sardinas habían comenzado a chisporrotear sobre las brasas. Muy cerca estaban también los más madrugadores del concurso de marmitako.

Era una fiesta. Una fiesta pagana sin patrón ni efeméride que celebrar; una en honor a los nuevos dioses de nuestra era: el dinero y los likes.

Pero una fiesta al fin y al cabo.

Porque Aresti había sabido aprovechar la facilidad que tenemos en este país para salir de casa y celebrar a la menor ocasión.

Su intento de organizar una réplica del día de San Antolín, con sus gansos y sus cuadrillas, había encallado para permitirle construir en

tiempo récord una jornada multitudinaria. Porque en la costa vasca el remo es una religión y ningún pueblo dejaría solos a sus representantes. Ahí estaban, entre la música y el olor a sardina, gentes llegadas de Ondarroa y Bermeo, arropando a los suyos como si se tratara de una final.

Un día de verano en pleno invierno.

Vi a Maite Iturri, la consejera de Turismo, saludando a los invitados al congreso. Me extrañó que Aresti no se acercara a animar a su trainera después de habernos metido en este lío, pero andaría ocupado con sus otros negocios, los que en realidad le daban dinero. Estaba buscándolo con la mirada cuando sonó el disparo.

El juez acababa de dar la salida.

—¡Vamos! —exclamó Patxi vaciando sus pulmones.

Respondí clavando el remo en el mar y tirando con fuerza.

Ya no existían la música ni las parrillas. Tampoco las banderas blancas o azules ni los gritos de ánimo de las tres aficiones.

Nada.

El mundo se redujo al golpe seco de la pala sobre el agua, al leve crujido de la madera al tirar de ella, al salitre que se nos pegaba al rostro. No había nada más.

Mi hombro se ocupó de recordarme lo sucedido hacía apenas dos días.

Lo hizo palada tras palada.

El espejo también lo había hecho esa mañana. El moretón que cubría buena parte de mi escápula era impresionante. Un solo palmo me había librado de recibir el impacto en plena nuca.

Y eso hubiera significado…

Sacudí esos pensamientos de mi cabeza. Ahora se trataba de remar. De hacerlo más fuerte. Más rápido.

A mi espalda, el casco vibraba como si el alma entera de la trainera empujara con nosotros. El Cantábrico estaba picado, marejada decían quienes sabían, que no eran pocos. Al menos la mitad de los remeros que compartían conmigo el color blanco de Lekeitio habían dedicado una vida entera a ese deporte. Ellos eran los buenos, los que nos llevaban en volandas hacia la ciaboga. Los

demás, incluido mi vecino pestilente, éramos unos meros aficionados.

En cuanto abandonamos la protección que nos brindaban los diques, el viento del noroeste se hizo notar.

Los drones zumbaban a nuestro lado. No podía verlas, pero no era difícil imaginar la belleza de las imágenes que trasladaban a la pantalla gigante instalada en los muelles.

La boya que marcaba el punto de giro no tardó en aparecer ante nosotros. Llegaba la maniobra más exigente de la regata. De la limpieza con la que giráramos dependía en gran parte nuestra clasificación. Un error en la ciaboga podía hacerte perder una regata.

Respiré hondo, busqué el ritmo de la compañera de delante y me aferré a él. Los hombros me ardían. El pecho también.

—¡Ciaboga! —exclamó el patrón mientras tensaba el brazo para girar el timón.

Los de babor dimos paladas largas y potentes mientras los de estribor aflojaban el ritmo. Era el ritual del giro. La trainera viró cerrada, ajustándose a la boya limpiamente. Salimos de ella en cabeza, con Ondarroa y Urdaibai compitiendo por la segunda posición.

Pero entonces alguien perdió el compás. Quizá yo, puede que cualquier otro. Una palada en falso, un golpe de remo contra el agua que levantó una cortina de espuma y quebró la cadencia de quienes ocupábamos las posiciones de babor.

—¡Vamos! ¡Centraos, joder! —Patxi gritaba por encima de las voces que rugían desde los muelles.

Era la recta final.

A babor, Garraitz, la roca de fuego. A estribor, el faro de Santa Catalina y la ermita de la Tala. Y más allá el puerto, lleno de gente, de voces, de banderas.

Recordé cuando era niño y venía a ver las regatas con mi padre. Y ahora estaba allí. Era uno de ellos. No podía fallar.

—¡Vamos! ¡Más rápido! ¡Venga! —clamó Patxi, que nos marcaba el ritmo contando del uno al dos en euskera—: *Bat, bi. Bat, bi. Bat*…

El griterío se hizo más fuerte. Ensordecedor.

Faltaban solo unos metros.
Remé con todas mis fuerzas.
Y, a pesar de ello, entramos en última posición.
Nerea y los suyos nos habían ganado.

23

—No es justo. Es imposible demostrar tu calidad en una regata tan absurdamente corta. Todo esto ha sido un sinsentido —protestó uno de mis compañeros de trainera mientras el resto de los remeros recuperábamos el resuello.

—Lo que habéis hecho los de babor al salir de la ciaboga ha sido un desastre. Hemos perdido toda opción de ganar —intervino Patxi.

Alcé la mirada hacia los muelles.

Estaban llenos a rebosar. Quizá Aresti no hubiera conseguido congregar a tantos seguidores como la Bandera de Lekeitio, pero la inédita regata invernal había levantado suficiente expectación como para convertirse en la fiesta que él deseaba.

—A la gente mientras le montes planes le da igual que sea porque es el día del santo que porque unos niñatos americanos quieren divertirse, ¿eh? —comentó entre risas mi vecino.

—Me parece que no todo el mundo está tan contento —señalé.

Entre los arbotantes de la basílica de la Asunción alguien había desplegado una gran pancarta contra la invasión turística.

TOURISTS GO HOME

—Esto es Euskadi, madrileño. Ya habrás visto que no hay fiesta sin su protesta, ¿eh? —El codazo me hizo apretar los dientes. A ese paso acabaría por salirme un hematoma que pugnaría por la primera plaza con el de mi hombro.

—No tendríamos que haber participado en esta pantomima —lamentó el mismo que se había quejado de la escasa longitud de la regata. Su espalda doblaba en anchura a la de su vecina de banco—. Estamos poniendo una alfombra roja a quienes nos expulsan de nuestras casas. El día que nuestros hijos no puedan alquilar un piso en Lekeitio y tengan que irse a otro lugar, nos acordaremos de esto.

Un incómodo silencio siguió a sus palabras.

—Nadie te obligaba a venir. Ha habido quien se ha quedado en casa —indicó el patrón.

Supuse que se refería a Jokin. Aparte de él y de Cristina no echaba en falta a ninguno más.

Observé al grupo de influencers. La consejera de Turismo charlaba animada con alguno de ellos, pero Aresti seguía sin aparecer.

—Tanto interés en que remáramos y el tío ni se presenta… —lamentó una desde las primeras filas.

—Porque a él esto del remo se la trae al pairo —se sumó el remero de antes—. Apostaría por que se ha marchado ya a Marbella.

El patrón los reconvino.

—No seáis así. No habrá podido llegar a tiempo. Estaba muy ilusionado. Ayer a última hora buscaba todavía alguien que le bordara unas txapelas para los ganadores. Que no os extrañe si aparece ahora a la carrera, que es capaz de haberse ido a Bilbao a por ellas. Cuando a José Ignacio se le mete una cosa entre ceja y ceja…

—A ver si también va a estar en la cama con cagaleras. Todavía será verdad que los ricos también lloran, ¿eh? —se mofó mi vecino de banco.

Esta vez conseguí apartarme antes de que me golpeara con su maldito codo.

Uno de los drones sobrevoló las tres traineras a escasa altura.

Comenzó por la nuestra.

La pantalla gigante mostró un primer plano de nuestros rostros agotados antes de recrearse en la expresión triunfal de los de Ondarroa. La ovación de los aficionados llegados del pueblo vecino enmarcó sus remos alzados en señal de victoria. Nerea estaba eufórica.

La banda de música comenzó a entonar una canción que se me antojó tristona para una celebración, pero era innegable que lograba transmitir grandiosidad al momento.

Después el dron se apartó de las traineras para ofrecer una visión general del muelle, una marea blanca, azul y roja, donde la única nota discordante la ponía el verde de las chaquetas de los músicos.

La brisa del noroeste agitaba con gracia las banderas de unos y otros.

Incluso el cielo había decidido sumarse al espectáculo con un gris plomizo que lo envolvía todo en un halo de irrealidad.

Me sentía dentro de una superproducción de cine.

El dron continuó alejándose y, tras esquivar la pancarta que enviaba a casa a los turistas, ganó altura en busca de una panorámica completa del puerto.

Las casas de pescadores, la geometría perfecta de los diques, los pesqueros amarrados…

Era una imagen magnética.

La cámara voló después hacia las tres cruces del monte Lumentza.

Se trataba de uno de mis rincones preferidos en el pueblo. Algunas mañanas, cuando regresaba de mi carrera a orillas del Lea, trepaba hasta su modesta cima para ver despertar Lekeitio a vista de pájaro.

Ciento quince metros de altura no suena a gran cumbre, desde luego. Sin embargo, cuando pones el pie allí arriba sientes que estás en la cima del mundo. A tus pies se desparrama todo un pueblo, con sus vecinos y sus secretos.

No es una subida cualquiera. La del Lumentza es una ascensión serpenteante jalonada de cruces de piedra: las doce paradas de un viacrucis hacia el calvario con las mejores vistas del mundo.

El dron se recreó allí arriba. ¿Cómo no?

Bailaba lentamente alrededor de la cima para ofrecer una panorámica de trescientos sesenta grados donde se desplegaban los colores de la paleta de un genial pintor. El abrazo azul entre el río y el mar, el verde de la isla varada en su orilla, los tejados rojos del pueblo, los tonos dorados de la arena… Y todo junto a una iglesia gótica que desde las alturas hacía pensar en la mismísima Notre Dame de París.

Me giré hacia los influencers. Sus miradas, hijas de una era gobernada por la imagen, estaban clavadas en la pantalla gigante. Sus teléfonos móviles, también.

La cámara voló entonces directamente hacia el calvario.

Tres cruces. La de Jesús y la de los dos ladrones ajusticiados junto a él.

Me sorprendió ver un bulto oscuro al pie de la cruz central.

—Joder… —exclamé cubriéndome la boca.

El murmullo que se extendió a mi alrededor me dijo que no era el único que había reparado en ello.

La banda continuó subrayando el momento con su música épica.

El bulto había tomado forma a medida que el dron centraba su atención en las cruces. Quizá el operador de cámara no fuera consciente de lo que estaba mostrándonos, quizá solo se acercara más y más por mera curiosidad. Pero nos regaló a todos, locales y forasteros, un primer plano que nos costaría olvidar.

Se trataba de él. Del hombre que había convertido las tradiciones de un pueblo en un mero decorado teatral para mayor gloria de sus negocios. De rodillas y con la frente apoyada en la cruz que representaba la muerte de Cristo, ofrecía una espantosa imagen de contrición, realzada, si cabe, por el charco rojo que se extendía a sus pies.

24

El viacrucis se me hizo más largo que nunca.

Cada una de las cruces que escoltaban mi carrera era un recordatorio de lo que me esperaba al llegar a la cima. Nada de vistas panorámicas ni del silencio cómplice de las encinas cantábricas.

Nada de eso.

Se trataba de una cita con el horror.

Con la muerte.

Los pasos apresurados que oía a mi alrededor me decían que no era el único que corría hacia la escena que todos habíamos presenciado a través de la pantalla gigante.

Cuando la novena cruz apareció en un recodo del sendero, caí de bruces.

Me sentía agotado.

No estaba dispuesto a rendirme. La imagen de Aresti que nos había brindado el dron presagiaba la peor noticia, pero hasta llegar a la cumbre no sabría si el constructor seguía aferrándose a la vida. Y en ese caso un solo segundo perdido podría resultar fatal.

Me obligué a ponerme en pie para seguir adelante.

Dos estaciones más del viacrucis y estaría en el calvario.

—Diez —conté al pasar junto a la siguiente cruz.

La undécima tardó en aparecer.

Pero lo hizo. Solo unos pasos más y llegaría a la cima.

—¡Alto! —Un policía local, todavía sin resuello y con el rostro perlado de sudor, montaba guardia junto al camino.

Mientras trataba de zafarme de sus brazos, observé que otro agente había llegado junto a Aresti y comprobaba si tenía pulso.

—Es médico. Dejadlo pasar —ordenó una voz a mi espalda.

Era Itziar. Llegaba pocos pasos por detrás de mí.

Me arrodillé junto al empresario. Mis dedos solo pudieron confirmarme que su corazón no latía. La temperatura corporal era inferior a la mía. Calculé un par de grados a lo sumo. Sin ser experto en medicina forense, como bien me había señalado el agente que inspeccionó el cadáver de Lea, sabía que en condiciones normales un cuerpo sin vida pierde un grado durante cada una de las primeras horas.

—No lleva mucho tiempo muerto —dije tirando del hombro del empresario para poder ver su rostro.

—No lo toques, Jon —se apresuró a pedirme la inspectora—. Podrías contaminar la escena. Tenemos que mantenerla intacta hasta que llegue la Científica.

Demasiado tarde.

Aresti cayó de lado. Desplomado, igual que un muñeco de trapo.

Un objeto rodó desde su boca y fue a parar a unos palmos de distancia.

La sangre que había vomitado enmarcaba los labios de la víctima en una sonrisa grotesca. También su nariz.

Sus ojos, fijos en un mundo que ya no veían, estaban enrojecidos. Se observaba una evidente inflamación.

—Lo han atacado con algún tipo de espray defensivo —planteó la inspectora.

Apoyé la mano en aquella cabeza sin vida y la giré levemente.

—Mira —señalé antes de que la inspectora me apartara.

El hueso occipital estaba parcialmente hundido.

A José Ignacio Aresti no lo había matado el espray pimienta.

Lo que había segado la vida del empresario era el martillazo que le había roto el cráneo.

—Exactamente igual que a Lea —dije volviéndome hacia Itziar. Podría haber añadido que también a mí, pero preferí callar.

La vi resoplar, contrariada.

—¡Mingorri! —El primero que lo dijo fue un adolescente al que el cordón policial que todavía estaban desplegando mantenía a cierta distancia.

No fue el único.

Enseguida no había nadie en aquella cumbre que no repitiera el mismo nombre. Algunos iban más allá y mencionaban al demonio.

—¿Qué dicen? —pregunté.

La inspectora señaló el objeto que había rodado desde la boca de Aresti.

—Es uno de los caramelos que los niños pegan en la lengua del demonio por Semana Santa.

Supongo que mi expresión fue de absoluto desconcierto, porque no tardó en aclararme que se trataba de una tradición local.

Observé el dulce. De un suave tono naranja y aspecto gomoso, me resultaba vagamente familiar.

—Joder… —exclamé poniéndome en pie. Cogí a Itziar de la mano —. ¡Ven conmigo! ¡Vamos! ¡Tienes que ver algo!

25

El ruido del helicóptero de la Ertzaintza hería el habitual silencio del estuario del Lea. Ni siquiera los graznidos quejosos de los patos a los que importunaba nuestra búsqueda se dejaban oír por encima del rotor del aparato, que sobrevolaba el calvario.

—Aquí no hay nada —protestó Itziar—. ¿Quién me mandará hacerte caso? Debería haberme quedado allí arriba, con mis compañeros. ¡No puedo creer que me hayas sacado de la escena de un crimen para esto! Han llegado los ertzainas y yo estoy aquí, perdiendo el tiempo.

—Te juro que encontré un caramelo de esos —aseguré sin dejar de buscar entre los carrizos.

—¿Y dónde está? —me replicó con brusquedad—. Se te está yendo la cabeza con todo esto de Lea. ¡Estás obsesionado!

Me mordí el labio.

¿Obsesionado?

Alguien había intentado matarme del mismo modo que había hecho con Lea y Aresti. Sabía demasiado bien de lo que estaba hablando.

—Vi ese dulce, Itziar. Lo vi y lo atribuí a alguno de los muchos niños que transitan la zona cada día.

La inspectora negó con la cabeza.

—Yo me vuelvo allí arriba. En mala hora te he seguido…

—¡Las zarzas! —exclamé de pronto, recordando el lugar exacto. Me dejé caer de rodillas en el recodo donde los carrizos se fundían con un zarzal—. ¡Aquí! ¡Espera, Itziar!

Ella, que apenas se había alejado unos pasos, regresó a regañadientes.

—Lea apareció allí —señaló mientras se agachaba a mi lado—. Estás buscando a varios metros de donde la encontramos. Aresti

tenía el caramelo encajado en la boca. ¿No ves que no es lo mismo?

—¿Y si mi llegada obligó al asesino a huir antes de poder completar su plan? —planteé sin dejar de rebuscar entre las plantas, que protestaban clavándome sus espinas—. O quizá alguna gaviota se lo sacó de la boca. ¡O cualquier alimaña!

Sí, eso tenía sentido. La intervención de algún animal en busca de alimento explicaría que el dulce no hubiera aparecido junto al cadáver, sino a unos metros de distancia.

—Aquí no hay nada, Jon. ¡Nada! —exclamó Itziar poniéndose en pie.

Clavé el dedo en el punto preciso. Decenas de hormigas corrían de un lado para otro.

—Se lo han comido.

—Qué casualidad…

Observé con rabia a los insectos. Habían devorado la pista que fundía ambos casos en uno solo.

—¿Y el golpe en la cabeza? Eso no puede tratarse de una casualidad —argumenté poniéndome en pie—. Dos personas asesinadas del mismo modo en menos de una semana…

—¿Sabes qué dirá el forense? ¿Quieres que te lo diga yo? —Itziar resopló—. Que a Aresti lo atacaron con un espray de pimienta y aprovecharon su ceguera temporal para golpearlo con un objeto duro. En cambio, Lea no mostraba evidencia alguna de agresión. Se cayó. ¡Nada más!

—No se cayó. Alguien le tendió una trampa. —Me llevé una mano al hombro. Quizá hubiera llegado la hora de contarle lo de mi agresión… Lo dudé unos instantes, pero lo descarté. No sabía si podía confiar en ella—. Tienes que hablar con quienes llevan el caso de Lea. Deben solicitar una nueva autopsia. Quizá el arma homicida sea la misma en ambos casos.

Itziar negó despacio.

—No habrá nueva autopsia, Jon.

Sus palabras me irritaron.

—Si es necesario iré yo mismo a pedírselo. Hablaré con la madre de Lea…

—¡Basta! Eso sí que no. Como vuelvas a acercarte a ella para meterle pájaros en la cabeza voy a tener que denunciarte. No le haces ningún favor. Y no pongas esa cara. ¿Crees que no lo sé? Vino a verme después de tu visita. Quería saber por qué le ocultábamos que su hija había sido asesinada.

—Fue un error —admití con sinceridad—. No pretendía…

—Está hecha polvo. Va medicada hasta las cejas, pero se empeña en abrir la tienda. No le hagas eso. —El tono de Itziar se había suavizado—. No habrá nueva autopsia, Jon. No la habrá porque a Lea la incineraron.

—No… —balbuceé—. No puede ser…

Itziar asintió.

—Fue por deseo de su madre. Están esperando a que pase todo este circo del turismo sostenible para esparcir las cenizas en el río. Su prima llamó ayer a comisaría para preguntar si era legal. Y no lo es, pero tampoco voy a multarlas si lo hacen con discreción. —Me cogió del brazo—. Venga, déjalo ya. Vete a descansar y olvida todo esto.

Su tono condescendiente me sacó de quicio. Me zafé de su mano y me encaré a ella sin detenerme a pensar en las consecuencias.

—¿De qué tienes miedo, Itziar? Sabes tan bien como yo que ambas muertes están relacionadas. Deja de protegerlo. Si tu hermano ha hecho esto, tu deber es pararlo antes de que vuelva a actuar.

La expresión de la inspectora se volvió de hielo. Su mirada se inyectó de rabia. Vi temblar sus labios.

—¿Eres tú quien me lo dice? ¿Tú? —escupió en tono gélido—. Si hay alguien aquí que tiene las manos manchadas de sangre no es mi hermano, Jon.

Abrí la boca para replicar, pero era tarde. Se había dado la vuelta y me había dejado solo.

26

Las bóvedas góticas amplificaban el eco de mis pasos sobre el enlosado de la basílica.

La luz, tamizada por las vidrieras, caía en haces que coloreaban el suelo. Pero ni siquiera tanto colorido lograba contagiarme una pizca de optimismo.

Las palabras de Itziar seguían clavadas en mi ánimo, y la espantosa muerte de José Ignacio Aresti pesaba sobre todo el pueblo. Lekeitio entero estaba roto. La retransmisión casi en directo de su asesinato nos había caído encima como una losa.

La pancarta que todavía pendía de lo más alto de la iglesia parecía una broma de mal gusto. Ese *Tourists go home* había resultado premonitorio.

Los turistas se habían marchado, claro. La propia consejera, Maite Iturri, había realizado gestiones para que los trasladaran a Bilbao, donde los habían alojado en un hotel de cinco estrellas frente al Guggenheim. Lo que hiciera falta con tal de que mejorara la impresión que se estaban llevando de la costa de los vascos.

La noticia había corrido como la pólvora. Mi madre me había tenido un buen rato al teléfono. Se había enterado por la radio y quería asegurarse de que me encontraba bien. Suerte que no sabía nada de Lea y mucho menos de mi propio intento de asesinato, o se hubiera personado de inmediato en Lekeitio para sacarme de allí.

De camino a la iglesia me había cruzado con tantos ertzainas que había perdido la cuenta. Lekeitio se parecía esa tarde de sábado a un pueblo blindado para una cumbre de la OTAN. Nada quedaba del ambiente festivo de los muelles unas horas antes, ni de las aficiones llegadas de los pueblos vecinos.

Los bares, que aspiraban a hacer su agosto en pleno febrero, habían echado la persiana.

Alberto también había cerrado el Muga. Incluso él entendía que no era el momento para alegatos contra el turismo ni para criticar las inversiones de la víctima de un crimen cruel.

Me fijé en el retablo mayor, con sus santos y apóstoles resplandecientes, presididos por la Virgen de la Asunción. Ni ellos ni el pan de oro que los hacía refulgir lograron retener mi atención. No los buscaba a ellos sino una figura negra y poco agraciada.

—Ahí estás —mascullé al reconocerlo en una capilla lateral.

Era negro, con unos ojos que se salían de sus órbitas y unos cuernos tan retorcidos como los dientes que asomaban de su boca. Aunque si había algo sobresaliente en aquel monstruo era la lengua. Larga y burlona. Desafiante.

—Mingorri —dije en voz alta.

Se trataba de una representación del propio diablo. Habitaba todo el año bajo las arcadas del templo, esquinado y olvidado, pero muy presente.

No estaba solo. Se encontraba al pie de una cruz de madera de la que pendía un esqueleto con una guadaña. La muerte y el mal encarnados en un mismo paso que constituía uno de los elementos más característicos de la Semana Santa en la villa marinera.

—Ha tardado en aparecer por aquí, doctor —me sobresaltó una voz a mi espalda—. Disculpe. Lo he asustado. —Era un sacerdote. La camisa negra y el alzacuellos lo identificaban. Tendió la mano para saludarme—. Bienvenido a Lekeitio.

No me sorprendió que me conociera. Tampoco me incomodó. Ya me había acostumbrado a ese mundo donde el anonimato no existía.

—Don Jesús, supongo. —Yo también había oído hablar del párroco. Un tipo que, a pesar de provenir de la vecina Ondarroa, se había hecho con el cariño de los lekeitiarras. Me resultó más joven de lo esperado. No debía de pasar por mucho de los cincuenta años. Los estereotipos me habían llevado a imaginar a alguien más mayor. Un anciano.

—Para servirle. Esta es su casa, me gustaría que lo sintiera así. —Al ver que me limitaba a asentir, se animó a ir más allá—. ¿Es usted creyente?

No tenía respuesta para su pregunta. Tantas misas de domingo durante mi infancia habían logrado en mí el efecto contrario al que sin duda perseguían mis padres.

—Supongo que mi oficio me ha acostumbrado a buscar explicaciones en lo que puede verse, medirse o demostrarse. Pero respeto profundamente a quienes encuentran consuelo en la fe.

El sacerdote comprendió que la conversación había llegado a un callejón sin salida.

Señaló el horrible demonio que teníamos delante.

—Le interesa más el Mingorri que nuestro retablo mayor. Como a todos hoy… Han venido varios periodistas preguntando por el demonio, como imaginará. —Don Jesús se santiguó—. Estaba preparando la misa de doce cuando me han llegado los gritos desde ahí fuera. Es horrible. Pobre José Ignacio. No entiendo quién puede haber sido capaz de hacer algo así a un semejante.

—Me preguntaba cuál es el significado del caramelo —dije señalando la lengua del diablo.

—Es nuestra forma de plantarle cara al mal, de domesticarlo. Nadie recuerda ya quién fue el primer crío al que se le ocurrió pegar un dulce en la lengua del Mingorri, pero aquel gesto terminó por convertirse en un acto de catarsis colectiva. Así es como los lekeitiarras le decimos al diablo que no le tenemos miedo.

—Burlarse de lo que nos da miedo lo vuelve menos temible —admití.

—Exacto. Si aún sigue aquí en Semana Santa y se deja ver por la iglesia, encontrará esta lengua cubierta por completo de dulces de goma. Los llamamos *gomazko karameluak*, aunque la mayoría los conoce simplemente como *mingorris*, el mismo nombre con el que bautizaron a este demonio. ¿Sabe qué significa en euskera? —El sacerdote acarició la lengua con la palma de la mano—. Quiere decir «lengua roja».

Pensé en Aresti, en su hotel, sus pisos turísticos, su Congreso del Turismo Sostenible. Era indudable que para algunos vecinos el empresario encarnaba el mal.

—El asesino ha querido dejar un mensaje claro con su firma —comprendí—. Se ve a sí mismo como un defensor de la comunidad

frente a quien considera culpable de destruir Lekeitio.

Don Jesús negó con vehemencia.

—José Ignacio no era ningún demonio. Al contrario. Y desde luego amaba este lugar. Se trataba de un gran benefactor de esta parroquia. Aquella capilla la restauramos gracias a él. Y no solo eso… Siempre me pidió que lo mantuviera en secreto, pero ahora creo que es de justicia que se sepa que ayudó a familias con serios problemas económicos. Su mediación impidió desahucios y llena cada semana las neveras de algunos vecinos que no pasan por una buena racha. Créame si le digo que los más necesitados van a echarlo de menos.

Todo aquello sonaba muy bien, pero Aresti era también el gran promotor de un turismo exacerbado que provocaba efectos terribles en el pueblo. A pesar de los argumentos del cura, ese caramelo que alguien había depositado en su lengua quería señalarlo como alguien maligno. Los motivos en su caso me parecían transparentes. Con Lea, en cambio, no era capaz de hallarle una explicación.

—Dos crímenes y una misma firma en ambos casos —mascullé pensativo.

—¿Dos? —El sacerdote me pareció súbitamente incómodo—. Yo solo tengo constancia de lo sucedido a José Ignacio.

—Junto a Lea Alzaga también apareció un caramelo de goma —expliqué. No estaba dispuesto a callármelo. Cuantos más fueran quienes lo supieran, mayor sería la presión para que la policía dejara de mirar hacia otro lado. Podría mencionar mi intento de asesinato, pero había decidido mantenerlo en silencio. Al menos por ahora.

El cura me observó con gesto severo.

—Este pueblo necesita reparación, no teorías infundadas. Y menos que vengan de usted. La gente confía en los médicos. Debería tener un mínimo de contención y no hablar tan a la ligera.

Me dejó sin palabras. ¿Qué podía responder? ¿Que lo de Lea lo habían tapado por intereses económicos? ¿Que yo mismo estaba en el centro de la diana? ¿Que cuando se apagaban las luces había otro Lekeitio muy diferente al que él parecía conocer?

Observé la lengua roja del Mingorri. Larga y retorcida, no era fácil imaginarla cubierta de pegajosos dulces de goma.

—¿Quién fabrica los caramelos?

La mirada del cura, que comenzaba a vestirse de conciliadora, se endureció de nuevo. Probablemente esperaba de mí un gesto de contrición. Un arrepentimiento. No que siguiera hurgando donde no debía.

—La pastelería de la calle Abaroa los vende todo el año. Pero cualquiera en este pueblo sabría hacerlos en casa. —Consultó el reloj y recordó, de pronto, que llegaba tarde a algún lugar—. Hágase un favor. A usted y a los demás. Dedíquese a lo suyo y no a difundir teorías descabelladas de detective aficionado.

27

No habían pasado aún veinticuatro horas de la muerte de Aresti cuando entré en el Muga.

Los domingos me gusta arrancar allí el día, con mi café y el diario. Y no soy el único. No hay más bares abiertos por la zona, y su barra se convierte en una curiosa amalgama de gentes que el resto de la semana cuesta ver compartiendo espacio.

Y esa mañana, para qué negarlo, tenía un interés especial por saber cómo se habían tomado el asesinato del empresario sus parroquianos habituales.

Alberto me recibió con un café expreso encima de la barra.

Quizá el hijo de Lourdes no sea el mejor anfitrión con los forasteros, pero no se puede negar que conoce a sus clientes. En cuanto algún habitual pone el primer pie en el Muga, le sirve su más que segura comanda.

—Gracias —dije devolviéndole el sobre de azúcar. Ese detalle todavía necesitaba pulirlo—. Ayer cerraste.

—Como para no hacerlo. Y aun así a la Ertzaintza le faltó tiempo para presentarse en mi casa —respondió señalando hacia el piso de arriba—. Imagínate el disgusto que se llevó mi madre…

—¿Qué querían?

Alberto pasó una bayeta por la barra.

—Alguien les había contado que el otro día no permití entrar a Aresti. Y, claro, ya tienen un sospechoso. Como si prohibir la entrada a un tipo fuera equiparable a matarlo.

—Todos somos sospechosos —intervino desde el fondo de la barra una mujer que se había apropiado del diario. Se trataba de una de las habituales en esas tertulias interminables donde las voces discordantes brillaban por su ausencia—. Aquí, como te opongas a

que los turistas te echen de tu propia casa, eres un criminal. ¿Habéis visto la portada?

La noticia del asesinato de Aresti ocupaba buena parte de la primera plana, ilustrada con una imagen aérea del calvario. La manta térmica que cubría el cuerpo sin vida del empresario apenas se dejaba ver entre tantos efectivos de la Ertzaintza. Pero aquella no era la única foto. Ahí estaba también, en un recuadro secundario, la pancarta contra los turistas que alguien había colgado en la iglesia.

Pensé en el contraste del despliegue policial que siguió al hallazgo del cadáver de Aresti con lo sucedido con Lea solo unos días atrás.

En su caso solo fueron dos los agentes desplazados para dar cuenta de su muerte. Tres si sumábamos a Itziar, a quien yo había sacado de la cama con la noticia.

—Un expreso, por favor —pidió a mi lado alguien con acento italiano.

Me giré y alcé levemente la mano para saludar al buscador de tesoros. No lo había oído entrar. Él respondió con un tímido movimiento de cabeza antes de ponerse a contar monedas, que fue agrupando en la barra en montoncitos que sumaban diez euros.

Claudio también formaba parte del ecosistema dominical del Muga. Sus columnas de monedas me sorprendieron la primera semana. Y también la segunda. Ya no. Me había acostumbrado a ese intercambio en el que Alberto se hacía con cambios y el buscador de tesoros con billetes.

—Ya están ahí otra vez los periodistas —señaló alguien que acababa de entrar. No necesité girarme hacia la puerta para saber que se trataba de Jokin Mendibe. Su voz, labrada a fuego por el tabaco y la ginebra, resultaba inconfundible—. Es un equipo de la tele. Han querido preguntarme y los he mandado a la mierda. A mí que no me líen, que luego apareces en el informativo y te buscas problemas.

Alberto y otros le dieron la razón.

—Ahora es mejor no levantar la voz. Necesitan cargarle a alguien el asesinato y a los políticos les interesa desacreditarnos —indicó una mujer entrada en años que se había teñido el cabello de un

desenfadado tono morado. La había visto alguna vez por el centro de salud, pero no formaba parte de mi cupo de pacientes.

Jokin se apoyó en la barra y pidió una cerveza. Nunca había sido el tipo más efusivo conmigo, pero la mirada que me clavó fue todo menos halagüeña. Después se fijó en el italiano y señaló las torres de monedas que había construido pacientemente.

—Macho, te estás haciendo de oro —señaló en tono jocoso—. ¿Tienes algún colega que vaya agujereando los bolsillos a la gente? El día que empecemos todos a pagar con tarjeta estás jodido.

El italiano lo observó con desprecio, pero no abrió la boca salvo para beberse el café de un trago. Después cogió el billete que le entregó Alberto, y se marchó del bar, dejando tras de sí una incómoda estela de silencio.

La encargada de romperla fue la mujer del diario:

—Le dedican dos páginas enteras al problema del turismo.

—Así va esto. Tienen que suceder cosas como lo de Aresti para que los periodistas nos hagan caso —lamentó Alberto.

Decidí intervenir. Si quería respuestas no podía quedarme de brazos cruzados siendo un mero espectador.

—¿Qué diría Lea de todo esto? —comenté, fingiendo poco interés —. Ella, que siempre criticaba la invasión turística…

—Ay, Lea… —suspiró Alberto desde su púlpito en forma de barra —. Pobre chavala. Hay que tener mala suerte para matarse haciendo deporte.

—Lo de Lea, que en paz descanse, era pura contradicción —comentó la del pelo morado—. Mucho vídeo criticando los excesos del turismo, pero después ella también se enriquecía a costa de los visitantes. Y conste que no me gusta hablar mal de los muertos, pero las cosas hay que decirlas.

Jokin se limitó a guardar silencio. Supuse que quería evitar hablar más de la cuenta. Mejor pasar de perfil por un tema que podía perjudicarle.

—Al menos lo suyo era un turismo diferente. Tengo entendido que llevaba grupos pequeños —comenté.

—Sí, pero ¿dónde se alojaban los guiris a los que llevaba de safari por el río? —espetó la del diario—. ¡En el piso que tiene al lado de la

lonja! Y todo en negro, seguramente. Que aquí somos todos muy listos. Pongo verdes a quienes están expulsando a los del pueblo y luego vivo sola en uno de mis pisos y alquilo el otro a quienes vienen a pasar unos días. —Un manotazo en la barra remarcó sus palabras—. Y las dos viviendas, heredadas… Que su padre le dejó la vida resuelta. ¡Así también me paso yo el día grabando vídeos de tonterías!

Observé a Jokin. Continuaba callado, pero la tensión bajo sus maxilares era evidente. Estaba sacando un cigarrillo de un paquete de Ducados con intención, seguramente, de huir de la conversación con alguna excusa.

—*Egun on* —saludó una voz femenina. Dirigí la mirada hacia la puerta y me topé con la de Maite Iturri, que la apartó incómoda al reconocerme—. Un café con leche, por favor. En vaso.

28

Un silencio incómodo se hizo entre los clientes habituales del Muga.

—¿Os ha comido la lengua el gato? —preguntó la política con un desparpajo que nada tenía que ver con la mujer que había conocido en mi consulta—. Podéis seguir hablando, que no muerdo.

Alberto le sirvió el café.

—¿Qué tal estás, Maite? Hacía tiempo que no se te veía por aquí. Azúcar moreno, ¿verdad?

—No. Sacarina, por favor. Aunque el Congreso del Turismo Sostenible se haya cancelado, me voy a quedar unos días. Lo de ayer… —La política se detuvo para sacudir la cabeza—. No entiendo que hayamos llegado a estos niveles de sinrazón.

—¿A qué te refieres? —Fue Jokin quien lanzó la pregunta en un tono que no sonaba especialmente amistoso.

—Lo sabes perfectamente, Mendibe. Ayer un hombre fue asesinado en este pueblo y, oh, casualidad, unos cuantos lleváis años alimentando un auténtico linchamiento público contra él.

—¿Tú también crees que su muerte fue cosa de quienes nos oponemos a seguir vendiendo el alma de nuestro pueblo? —intervino Alberto muy serio.

La política alzó ambas manos, dando a entender que se encontraba desarmada.

—Yo no he dicho tal cosa.

—Venga, Maite… Es lo que pensáis todos. La Ertzaintza ya vino ayer a por mí. Incluso tuve que abrirles el Muga para que echaran un vistazo por si veían el arma homicida —explicó el tabernero señalando la cortina tras la que se escondía el almacén—. Y tú también has venido a ver si te enteras de algo.

Maite negó con la cabeza mientras removía su café.

—¿Quieres que te diga yo a quién le favorece la muerte de Aresti? —planteó la del pelo morado—. A vosotros, Maite. A quienes nos estáis echando del pueblo. Así desacreditáis nuestra lucha.

—Yo no estoy echando a nadie de aquí, no te equivoques. Y José Ignacio tampoco lo hacía. Lo único que se le puede achacar a ese hombre es haber generado empleo. Mucho empleo.

—Eso es demagogia. A Aresti le habéis permitido que vaya demasiado lejos. ¿Cuántas familias han visto convertido el piso donde vivían de alquiler en una vivienda para turistas? —argumentó la del diario—. Yo no estoy a favor de ningún tipo de violencia, pero quien juega con fuego acaba quemándose.

Maite la observó con gesto de incredulidad.

—No me entra en la cabeza que todavía seáis capaces de justificar lo que ha sucedido. ¡Han matado a una persona!

—Eli ha dejado claro que rechaza la violencia —intervino Alberto —. Y te aseguro que habla por boca de todos los que estamos aquí.

La política recorrió a todos con una mirada triste. Estaba realmente afectada.

—No he venido a discutir con vosotros. Solo quiero invitaros a una asamblea abierta a todos los vecinos. Porque está claro que tenemos un problema y debemos buscar puntos de encuentro. —Señaló el exterior—. El turismo existe nos guste o no. Todos viajamos a otros lugares. Todos queremos ver otras realidades y conocer el mundo.

—Yo no —se apresuró a aclarar la del pelo morado—. La gente paga por venir aquí. No tiene sentido irse del lugar al que todo el mundo está deseando viajar.

La política se limitó a parpadear para desacreditar su argumentación.

—Tenemos que aprender a convivir con el turismo —continuó recuperando la palabra—. Necesitamos un gran pacto social, un debate sincero donde cada agente exponga su visión. Y los vecinos tenemos mucho que decir, por supuesto.

—Claro que sí. Y decimos alto y claro que no queremos más pisos de alquiler turístico. Ni uno más —espetó Jokin. Era el único con un botellín de cerveza en la mano a una hora en la que todavía hasta los más bebedores optaban por el café.

Maite sacudió la cabeza.

—El no por el no, como siempre. ¿Así pretendéis avanzar?

—¿Quién ha dicho que queramos avanzar? —preguntó Jokin después de apurar la cerveza—. Si avanzar supone que se nos expulse de nuestro propio pueblo para dejar sitio a quienes llegan de fuera, yo no quiero avanzar. Que se vayan ellos.

—Hay sitio para todos —aseguró la política con tono hastiado—. Insisto en que debemos lograr un punto de encuentro. Es hora de sentarnos y dialogar para decidir qué modelo de pueblo queremos. No podemos permitir que esto se nos siga yendo de las manos. Creo sinceramente que debemos formular un gran pacto social. Lekeitio es mi pueblo, lo llevo en el corazón, y me rompe el alma que existan estos problemas de convivencia.

Jokin se dirigió a la puerta.

—Vaya chorradas… —masculló llevándose a los labios el cigarrillo que tenía en las manos. Acababa de encenderlo cuando se asomó al interior—. ¿Y esos dos polis montando guardia al lado de la puerta? —preguntó dirigiéndose a Maite en tono burlón—. ¿Qué pasa? ¿No te atreves a venir sin escolta a proponernos tu pacto social?

La política apartó la mirada, incómoda.

—Bueno… No tengo mucho más que decir. Necesito vuestra ayuda para construir un futuro donde el turismo no sea fuente de tensión —planteó dejando unas monedas en la barra—. Quédate el cambio. Os espero pasado mañana a las siete de la tarde en la lonja. Cuantos más seamos, mejores bases podremos sentar para que la llegada de visitantes no sea incompatible con nuestra vida cotidiana.

Conforme Maite se marchó dio inicio en el Muga un intenso debate sobre si convenía ir a la asamblea o se trataba de una pérdida de tiempo. Miré el reloj. Las diez de la mañana. Era una buena hora para volver a casa.

Pero las visitas no habían terminado…

—Sí que está concurrido el Muga esta mañana —comentó una voz que me resultó conocida. Me giré y comprobé que se trataba de Nerea. La administrativa vestía unas mallas de deporte y una camiseta técnica y sonrió de oreja a oreja al verme—. Míralo… ¿Digiriendo la derrota?

Su observación me hizo reír. Lo de Aresti había hecho que olvidara por completo el resultado de la regata, pero al parecer ella lo tenía muy presente.

—Aquí estoy. Ahogando mis penas en café —confesé apoyando una mano en su espalda—. Enhorabuena por lo de ayer, pero nos cobraremos la revancha en cuanto arranque la temporada.

Nerea me sacó la lengua.

—Permíteme dudarlo… Oye, he quedado con Cristina para hacer una caminata. Parece que ya se encuentra mejor, pero tampoco haremos locuras. Pensamos subir a Otoio. ¿Te animas?

Otoio, el monte costero donde antiguamente se situaba la atalaya ballenera… Había oído hablar de esa ruta. Sonaba bien, pero quería seguir con mis pesquisas.

—Es domingo. Si de verdad quieres ser de aquí, toca ir al monte —me chinchó Alberto, que se había acercado con el café para Nerea —. Con leche fría, ¿verdad?

—Y azúcar moreno —replicó ella devolviéndole el sobre que le había puesto.

—Ya sois tiquismiquis, ya —protestó el tabernero abriendo el cajón para cambiarlo—. El azúcar es azúcar.

Me lo pensé un momento. Quizá no fuera tan mala idea una excursión montañera. Había pasado ya por la pastelería que fabricaba los dulces del Mingorri. Una visita tan fugaz como esclarecedora. No había necesitado preguntar siquiera. La dependienta les estaba contando a unos clientes que la policía se había presentado allí con el dulce y que podía asegurar que de su obrador no había salido. Era casero.

—Venga, me apunto —dije cogiendo el chubasquero que había colgado de un gancho bajo la barra. No llovía cuando salí de casa, pero si algo había aprendido era que en Euskadi conviene no confiarse—. Voy a por Sua. A él también le vendrá bien un paseo.

—Genial. Yo espero a Cristina y vamos a buscarte. El camino a Otoio pasa por delante de tu casa —indicó Nerea removiendo su café.

Me despedí de Alberto y me di la vuelta para marcharme.

Estaba a punto de salir por la puerta cuando alguien se plantó en medio.

Era Jokin.

—¿Qué pasa, madrileño? ¿Ahora juegas a los detectives? —escupió lentamente.

Me dije que era mejor no entrar al trapo.

—Me va bien con la medicina, no necesito más. ¿Qué tal si me permites salir? —le pedí mientras trataba de esquivarlo.

Jokin acercó su rostro al mío.

Olía mal. A tabaco frío, a alcohol… A rancio.

—Ándate con cuidado —siseó antes de hacerse a un lado—. A ver si tú también vas a tropezar en algún camino solitario.

Apreté los dientes para no contestar. ¿Se refería al ataque de días pasados? No podía caer en su provocación. Ese idiota no merecía una simple mala respuesta. Merecía que la investigación que había iniciado llegara a buen puerto.

29

—Ya tiene mejor la pata. Dijiste que apenas podía moverla —observó Cristina señalando a Sua, que abría la marcha a través del bosque.

—Me ha tocado hacer de veterinario. No tenía nada roto, pero la herida era profunda. Los perros son fuertes. Una persona todavía estaría convaleciente.

El border collie comprendió que hablaba de él y corrió a darme unos lametazos en la mano.

—¡Qué asco de gente! Hay que ser muy canalla para poner trampas en un camino por el que pasan tantos perros —lamentó Nerea dándole unas palmadas en el lomo.

—¡Y niños! ¿Te imaginas si llega a engancharle a un crío? —planteó Cristina.

—¿Y la madre de Lea no quiere quedárselo? —se extrañó Nerea.

Recordé la mirada herida de María Jesús, la distancia que mantuvo en todo momento con el animal. Su duelo casaba mal con tener en casa al perro de su hija.

—No —respondí sin entrar en más explicaciones.

—Pues ya tienes perro —comentó Cristina con una mueca divertida.

—Qué va. Estoy demasiado ocupado como para adoptarlo.

Nerea se mostró de acuerdo.

—Un perro da mucho trabajo. A mí también me gustaría tener uno, pero dejarlo en casa encerrado mientras vas a trabajar no es lo que necesitan.

—Mejor eso que acabar en una perrera —objetó Cristina—. Y él te ha elegido, Jon. Quiere estar contigo.

—Ojalá fuera tan sencillo. Vosotras conocéis gente. Sabréis de alguien que pueda hacerse cargo de él. Estaría bien que tuviera

jardín. Los perros de esta raza necesitan moverse.

—Sí, claro. Y piscina. ¿Sauna también? —bromeó Nerea.

—Quédatelo —insistió Cristina—. Te vendrá bien para no ser tan taciturno. Y él lo está deseando.

Sua lo corroboró con un par de ladridos.

Protesté. ¿Taciturno? ¿De verdad era esa la imagen que tenía de mí?

El bosque fue abriéndose mientras hablábamos. El mar comenzó a ganar peso en una panorámica que se volvía más amplia con cada paso.

—A mi ex le gustaba mucho este monte —comentó Cristina—. Subía a hacer sus sesiones de meditación aquí arriba.

—Pues meditaría bien sudado —observó Nerea.

—Hay una energía especial —continuó la limpiadora—. Al fundirse el mar y la tierra se genera un flujo de iones que te activa los chakras. Supongo que lo notáis. Pepe decía que era el mejor lugar de toda la zona para alinear nuestra energía con la de la tierra.

—¿De dónde sacaste a un tipo así? —le pregunté en tono divertido —. Parece creado expresamente para ti.

—Locuras de juventud… Nos conocimos en un pueblo abandonado de los Pirineos.

—Una comuna hippie —resumió Nerea—. Y luego lo sacó de allí y se lo trajo a vivir aquí.

—Algo así —reconoció Cristina—. Pero el Lekeitio que yo conocía había cambiado. Y Pepe no se sintió tan a gusto como yo esperaba.

—¿En qué sentido había cambiado?

—Su alma no era tan pura.

—¿Y no serías tú la que había cambiado después de pasar seis años en medio del bosque? —se burló Nerea.

—¡Seis años! —exclamé—. ¿De cuándo estamos hablando?

Cristina cerró ligeramente los ojos para hurgar en sus recuerdos.

—Me fui con diecisiete años. Era una cría todavía. Pero ya no estudiaba. Trabajaba en una conservera en temporada de bonito. ¡Qué asco le cogí al pescado!

—Ahora todavía hace de las suyas. No creas que ha olvidado su ramalazo —me aclaró Nerea—. Dile dónde pasas las vacaciones.

Díselo.

—Cómo te gusta meterte conmigo —se rio Cristina—. Pues te vendría bien probarlo. Es importante reconectar con una misma. Aunque sea solo unas semanas al año.

Nerea retomó la palabra.

—Se mete en una cueva la tía. ¡Todo el mes de mayo!

—¡Qué va! Cómo te gusta exagerar… Me alojo en una cueva, pero no me quedo allí metida todo el día. —Cristina se giró hacia mí—. Es en la isla de La Palma, al borde de un acantilado. Una pasada de lugar.

—¿Es un hotel?

—No. Es la finca de una amiga. Solo admite un viajero al mes. No es un negocio. De lo contrario se perdería el alma del lugar.

—Otra que salió de la comuna —indicó Nerea por lo bajo.

—Es un paraíso. Un lugar de paz. Sin móviles ni ordenadores… Nada. Solo árboles frutales, abejas y el océano. —Cristina me señaló —. Te gustaría. En serio. Y admite perros…

Los siguientes minutos los recorrimos en silencio. La cuesta se hacía notar y nos robaba las ganas de hablar.

—La atalaya —anunció Nerea de pronto.

La panorámica era sencillamente impresionante.

Lekeitio se veía diminuto desde tan arriba.

Y no solo Lekeitio. Buena parte de la costa de Bizkaia se dibujaba a nuestros pies, con sus acantilados cayendo a pico y sus escasos arenales dorados. El Cantábrico era en cualquier caso el gran protagonista. Sus límites se diluían en un horizonte que la bruma se ocupaba de borrar a conciencia.

—¿Cómo lo hacían para avisar cuando veían una ballena? ¿Encendían un fuego? —pregunté—. No bajarían hasta el pueblo, ¿no?

—Fuego nunca, o lo verían desde Ondarroa. Lo habitual era un tamboril, un instrumento capaz de oírse en Lekeitio, pero no lo suficientemente fuerte para que lo sintieran desde los pueblos vecinos —explicó Nerea—. Necesitaban ser los primeros en alcanzar la ballena. Los que clavaban en ella el primer arpón eran quienes se ganaban el derecho a continuar con su caza.

—De ahí vienen las regatas de traineras —indicó Cristina.

—Vaya, que los de Lekeitio os ibais a morir de hambre si hoy nos dedicáramos a las ballenas —se burló Nerea.

Cristina se giró hacia mí con una mueca divertida.

—¿Cómo lo hace para encontrar siempre la forma de meter el dedo en la llaga?

La administrativa se rio.

Unas campanas llamaron a misa en la distancia y mi mente voló de vuelta al Mingorri, con su larga lengua burlándose de quienes buscábamos respuestas. Él y aquel sacerdote, más empeñado en proteger los silencios del pueblo que en escuchar la verdad.

—Tan perfecto desde la distancia y tan plagado de intrigas cuando te adentras entre calles —comenté con la vista fija en el pueblo.

—Todos los lugares son iguales. El ser humano los corrompe. Envidias, odios, avaricia… No es exclusivo de nosotros —indicó Cristina—. Hasta allá, en aquel pueblo del Pirineo, pasaban cosas.

La limpiadora tenía razón, pero solo en parte. No todos los sitios escondían un asesino entre sus calles.

—Al lado de Lea también encontré un caramelo de esos: un mingorri —dije antes de entrar en detalles.

Mis compañeras me escucharon con atención.

—Alguien los compraría. —Cristina chasqueó los dedos—. Deberíamos pasar por la pastelería a preguntar.

—Es lo primero que he hecho esta mañana. El mingorri que apareció junto a Aresti no salió de allí. Y el de Lea, a saber. Las hormigas no dejaron ni un minúsculo pedacito.

—Pues ya me dirás… —lamentó Nerea.

—Mi tía los hacía —confirmó Cristina—. Siempre nos traía unos cuantos. Mi madre no me dejaba comerlos. Decía que eran para pegarlos en la lengua del Mingorri. Lo que no querría era que me pusiera hasta arriba de azúcar.

—¿Y qué os dice a vosotras como firma? —pregunté.

—¿Qué firma? —preguntó Nerea.

—La firma del asesino. Se dice así. ¿No ves series de crímenes? —se extrañó Cristina—. Ese caramelo encierra un mensaje, que los criminólogos llaman «firma». Es algo intencionado, porque incluso

un delincuente que no quiere ser descubierto no puede resistir esa mínima cuota de vanidad…

Mis compañeras plantearon varios posibles significados, pero al final todos desembocaron en uno solo: el asesino identificaba a sus víctimas con el mal y su muerte pretendía purificarlas.

—Todavía creerá que actúa en nombre de todos —suspiró Nerea antes de recordar algo—. Por cierto, Jon. ¿Qué te ha pasado en el Muga con Jokin Mendibe?

—Es idiota. —Me salió del alma.

Les expliqué mi visita nocturna a las marismas. Las angulas y todo eso.

—¿Y a qué esperas para denunciarlo? —planteó Nerea.

Yo también me había hecho a mí mismo esa pregunta.

—No tengo pruebas. Sería su palabra contra la mía.

—Jokin no participó en la regata —observó Nerea—. Y tampoco recuerdo haberlo visto por el puerto. ¿Te has planteado que quizá estuviera en el calvario, con Aresti?

Arrugué la nariz.

Lo había pensado, pero algunos detalles no encajaban en esa teoría.

—Aresti subió allí arriba por su propio pie. Nadie podría acarrear consigo un cuerpo a lo largo de todo el viacrucis. ¿Creéis que un tipo como Jokin, pendenciero y malencarado, podría haberlo convencido para que lo acompañara?

Nerea chasqueó los dedos.

—¿Dónde estaba su hermana durante la regata?

—No sé… —respondí comprendiendo adónde quería llegar mi compañera—. Supongo que estaría por el puerto. Estaba de servicio.

—Yo allí no vi ni a Jokin ni a Itziar. Puedo dar fe de ello —aseguró Nerea.

—A mí no me miréis —se disculpó Cristina—. Ya hubiera querido poder ver si los Mendibe estaban en el muelle. Bastante tenía con ir de la cama al cuarto de baño. Vaya día pasé.

—Itziar llegó al mismo tiempo que yo a la escena del crimen —recordé.

Nerea me observó con gesto muy serio.

—¿Quién te dice que era la primera vez que pisaba la cima aquella mañana?

Una gaviota se llevó mi mirada hacia el incierto horizonte.

Mi mente me había enfrentado ya a la posibilidad de que la inspectora estuviera colaborando con su hermano, pero la había desterrado. Me negaba a verla actuando de ese modo. ¿Sería capaz de traicionarse así por un tipo como Jokin?

—A Aresti lo mató alguien en quien él confiaba. De lo contrario no hubiera subido al calvario. No sé si se conocían, pero una inspectora de policía parece alguien de fiar —argumentó Cristina.

Dejé escapar un lento suspiro. Oír aquello en boca de mis compañeras le otorgaba una verosimilitud que no me gustaba.

Itziar Mendibe era lo más parecido a una amiga que había encontrado en Lekeitio, la única persona a quien había confiado el verdadero motivo de mi llegada. No podía ser una asesina. Ella no. Ni siquiera una encubridora.

Sin embargo, el planteamiento no era descabellado.

—Todo crimen tiene un motivo —objeté pensando en los cabos sueltos de esa argumentación—. El asesinato de Lea me encaja porque no hubiera dudado un segundo en denunciar a su ex por lo de las angulas. Recordemos, además, que su relación fue un infierno. ¿Pero Aresti?

—Es el turismo, Jon. No desvíes el foco con otros asuntos como las angulas —me instó Nerea—. Jokin es de los que más ruido hacen con el tema. Tengo oído que fue él quien se coló por la noche en el tejado de la basílica para poner la pancarta de la regata.

—Es verdad. ¿Te acuerdas del otro día? —dijo Cristina dirigiéndose a mí—. En la puerta del Muga… Le faltó poco para llegar a las manos con Aresti.

—Pero Lea alzaba la voz contra el turismo —discrepé una vez más.

—¡Al tiempo que se lucraba con él! Quizá a otros pudiera engañarlos con sus vídeos bonitos, pero no a quienes vivimos aquí. Lo que hacía era muy hipócrita —exclamó Cristina.

Dejé que mi mirada se subiera a lomos de una gaviota que sobrevolaba la costa en busca de alguna presa incauta.

El turismo…

Ambas víctimas tenían ese nexo de unión, pero seguía pareciéndome muy débil. Aresti era propietario de decenas de pisos turísticos y hasta de un hotel de lujo. No era comparable con lo que hacía Lea. Ni de lejos.

—No me convence —confesé con un suspiro—. Tiene que haber algo más que los vincule.

Cristina se volvió hacia mí.

—¿Y a ti, Jon? No olvides que también trató de matarte. ¿Qué tienes tú en común con Lea y con Aresti?

—A Jon quiso quitárselo de en medio porque sabe que está pisándole los talones —intervino Nerea—. Es evidente que se lo está currando más que la policía.

—¿Y cómo lo sabe? —conforme lo preguntaba, Cristina fue sacudiendo la cabeza—. Qué tontería. Esto es Lekeitio y no lo ha llevado precisamente en secreto. A estas alturas lo sabrá todo el pueblo.

Estuvimos un tiempo sin decir nada. Vi descender a plomo a la gaviota. Habría divisado algún pez. Sin embargo, en el último momento cambió de rumbo y continuó planeando. Se le había escapado.

Fue Cristina quien rompió el silencio. Se plantó delante de nosotros, robándonos las vistas, y habló muy seria:

—Yo tengo llaves de casa de Aresti. Podríamos entrar a echar un vistazo.

—Estás loca —respondió Nerea.

—Pero ¿y si hay alguien? —planteé—. ¿No habrá venido la mujer a preparar el funeral?

Nerea soltó una risita nasal.

—¿No te has enterado? La viuda ha decidido que la única misa se celebre en Marbella. No quiere saber nada de este pueblo. Está la gente que echa humo…

—Y aunque hubiera venido, Carlota no pisaría la casa-torre. La odia. Se habría alojado en el hotel —aclaró Cristina antes de interrogarme con la mirada—. ¿Qué dices? ¿Entramos?

Respiré hondo. Quizá allí dentro hallara algo que me permitiera comprender.

—No se pierde nada por echar un vistazo —admití.

—¡Claro que sí! ¡Será emocionante! —exclamó Cristina.

—Pues os acompaño. No voy a dejaros solos —se sumó Nerea.

Negué con la cabeza.

—No. A mí han intentado matarme. Yo ya estoy en el punto de mira. Vosotras no. No voy a permitir que os pongáis en peligro. Iré solo.

—¿Qué dices? Seis ojos ven más que dos. Iremos todos. Estamos contigo en esto —indicó Nerea.

Cristina también se empeñó en que quería venir, pero tras unas cuantas negativas más por mi parte, cedió. Al bajar de Otoio, pasaríamos por su piso y me prestaría las llaves.

Nerea me cogió del brazo.

—No es una buena idea, Jon. Quien ha matado a Aresti sigue libre. Tú mismo acabas de decirnos que podría ser peligroso. No vayas.

—A mí tampoco me hace ninguna gracia que entres tú solo en aquel caserón —reconoció Cristina.

—Ni siquiera sabes lo que buscas. ¿Qué vas a encontrar allí? No tiene sentido correr riesgos para nada.

Esbocé una sonrisa para agradecerles que se preocuparan tanto por mí. Tenía mucha suerte de tener unas compañeras como ellas.

—No haré ninguna tontería. Tendré cuidado.

—Mucho —insistió Cristina.

—Muchísimo —prometí.

30

La exigua luz que brindaban unas farolas dobladas por el peso de los años apenas lograba romper la oscuridad que rodeaba la casa-torre. Erguida entre los robles desnudos de hojas que la escoltaban, su silueta se alzaba con la altivez de quien se sabe construida como símbolo de poder.

Avancé lentamente, sin perder detalle de cualquier movimiento que pudiera intuirse alrededor. El crujido de mis pasos en la hojarasca se mezclaba con el sirimiri que llevaba cayendo desde primera hora de la tarde.

No eran los únicos sonidos. El murmullo constante del Lea recordaba la cercanía de la antigua ferrería que había dado vida a aquel rincón del valle. Y también del salto de agua donde mis carreras matinales acostumbraban a alcanzar su cénit.

Todavía me faltaban unos pocos pasos para llegar al viejo torreón cuando me detuve para mirar alrededor. Envueltos en el tono anaranjado de las farolas, los árboles despertaban sombras que parecían confabularse con la noche para invitarme a dar la vuelta.

Reconocí el lugar donde días atrás había perdido la pista a la misteriosa mujer que cantaba entre la niebla. No había vuelto a saber de ella. Tal vez nunca más lo hiciera.

Pero no era ella quien me había llevado esa tarde a la casa-torre, sino la búsqueda de una conexión entre Lea y Aresti. Algo que fuera más allá del evidente nexo con el turismo.

Respiré hondo observando el caserón.

Olía a humedad, a piedra vieja, a musgo devorando los sillares más bajos y hiedra adueñándose lentamente de los más altos.

La elección de aquella casa señorial como domicilio decía mucho de José Ignacio Aresti. Hablaba de un hombre con delirios de grandeza, de alguien que buscaba comprarse el pasado noble que

nunca había tenido. Los Bengolea habían sido los auténticos señores del valle, y el éxito económico de Aresti necesitaba ese barniz de historia para sentirse completo.

Cuando mis pasos me llevaron por fin hasta la puerta fruncí el ceño.

No contaba con que estuviera protegida por un precinto policial. Y menos aún que ese sello naranja estuviera roto.

Alguien se me había adelantado.

Apreté los dientes. No me daba buena espina.

Un gruñido a mi lado me dijo que a Sua tampoco.

Le pasé la mano por el lomo para calmarlo. Quizá no hubiera sido buena idea llevarlo conmigo, pero mis compañeras me habían metido miedo y me sentía más seguro con él a mi lado.

—Todo va bien. Ya verás. Es solo una casa vieja —le dije con un tono que me hubiera gustado que sonara más convincente.

A continuación, introduje la llave en la cerradura y la giré lentamente. Muy lentamente.

¿Estaba seguro de querer entrar?

Era un paso que no tendría vuelta atrás.

Desde la muerte de Lea había trazado mi propia línea de investigación. Había hablado con unos y con otros para componer un fresco real de lo sucedido e incluso me había enfrentado a la inspectora Mendibe, empeñada en defender la tesis del accidente. Pero, hasta entonces, todos mis movimientos habían sido legales.

Si cruzaba ese umbral físico, traspasaría también una línea no menos real que lo cambiaría todo.

Allanamiento de morada, desobediencia a la autoridad… Se me ocurrían varios delitos, y es probable que estuviera a punto de cometer también otros que desconocía al saltarme un precinto policial para acceder a un domicilio.

Contuve la respiración mientras empujaba el portón.

El chirrido de sus goznes me pilló desprevenido. Largo y grave, como el llanto de alguna de esas criaturas que poblaban las leyendas del valle, resonó con tal fuerza que temí que lo hubieran oído hasta en Lekeitio.

—Vamos allá —murmuré entre dientes—. Tú no te muevas de mi lado.

Sua dio un paso atrás. No quería entrar.

—Tranquilo, muchacho —le dije rascándole detrás de las orejas.

Debía comenzar por calmarme yo. Dicen que los perros sienten las emociones de quienes están junto a ellos. Seguramente le estaba contagiando mi propio miedo.

Un olor denso me golpeó al cruzar el umbral. Humedad, polvo, cortinas envejecidas… Aromas acres que no daban la bienvenida.

Alargué la mano hacia lo que parecía un interruptor, pero la retiré en el último momento.

No podía permitirme encender la luz si no quería que quienes pasaran por la carretera cercana descubrieran que alguien había entrado a la casa-torre. Pero necesitaba una fuente de luz. Más allá de la tenue claridad exterior que se colaba por el vano de la puerta todo era oscuridad.

Maldiciendo por lo bajo, rebusqué en mis bolsillos. Error de principiante. Todavía tenía mucho que aprender como investigador. No se podía entrar de noche en un domicilio ajeno sin contar con una buena linterna.

—El móvil —mascullé. Suerte que lo había cargado esa misma tarde.

Su luz blanca y nerviosa bañó el recibidor, al que se abrían dos estancias. En la primera de ellas no había más que muebles cubiertos por sábanas. Fantasmas dormidos que mi linterna despertaba en un inquietante baile de sombras que hicieron gruñir a Sua. La segunda, de menor tamaño y sin ventana alguna, era un mero trastero. Contadores, tuberías, escobas… y leña. Mucha leña.

De regreso al zaguán, esquivé una marmita metálica donde descansaban varios paraguas y me dirigí a la escalera.

Era de madera, con una balaustrada ornamental que había conocido mejores épocas. Los escalones también se veían desgastados en el centro.

Sua olisqueó el primer peldaño y retrocedió gimoteando.

—¿Qué pasa, muchacho? ¿Te da miedo la oscuridad? —le pregunté frotándole el lomo.

Me arrepentía de haberlo llevado conmigo. Lo estaba haciendo sufrir. Pero si regresábamos para dejarlo en casa, estaba seguro de que no reuniría el valor para volver yo solo.

Lejos de calmarse, sus lamentos fueron a más a pesar de mis caricias. Gruñía a la escalera, lloriqueaba, se movía inquieto. ¿Qué trataba de decirme? Estaba consiguiendo asustarme, pero no podía rendirme. No ahora. Ahí arriba podía esconderse la clave que buscaba.

—Venga, vamos. No pasa nada —le susurré.

Me agarré a la barandilla y, en cuanto el primer peldaño crujió bajo mi pie, supe que lo que estaba a punto de hacer era un error.

31

El lamento del primer escalón no fue el único. Los que siguieron también protestaron con cada pisada. Unos crujieron, otros chirriaron y solo unos pocos guardaron silencio.

Sua no se separaba de mis piernas.

—Aparta un poco, anda. Al final me harás tropezar.

Apenas reconocí mi propia voz. La reacción del perro de Lea me estaba contagiando un miedo que me paralizaba.

La escalera desembocó en un salón de pretendidos aires señoriales, con sus techos altos y sus vigas a la vista. Diferentes retratos poblaban las paredes. Reconocí en algunos de ellos a José Ignacio Aresti y supuse que la mujer que aparecía en varios sería su esposa.

La mesa de comedor, grande y larga, estaba cubierta por una sábana que apenas disimulaba la forma de las patas talladas. A su alrededor, una decena de sillas reposaban bajo otra capa de tela.

Sua se acercó a olisquearlas.

Retrocedió al instante.

El gruñido que escapó de su garganta me heló la nuca.

Me obligué a seguir adelante. No podía dejarme intimidar por una casa vacía.

Avancé unos pasos hacia el centro del salón, presidido por un sofá de respaldo recto, más pensado para aparentar distinción que para ofrecer descanso. Frente a él, un gran televisor constituía el contrapunto moderno de todo aquello.

A su derecha, sobre un mueble auxiliar, descansaba un tocadiscos. Un vinilo de Dire Straits estaba aún en el plato. La aguja, detenida a mitad de la cara B, igual que alguien había hecho con la vida de su propietario.

Continué mi recorrido y observé que el único cuadro que desentonaba entre tantos retratos colgaba sobre la chimenea.

Se trataba de un recorte de periódico cuidadosamente enmarcado.

En la fotografía que ilustraba la noticia, Aresti posaba sonriente frente a su casa-torre.

Me incliné para leer el texto.

La justicia desestima el recurso de los herederos de Bengolea.

El Juzgado de Primera Instancia número uno de Gernika ha desestimado el recurso presentado por los herederos de la familia Bengolea contra la adjudicación de su antigua casa solariega, situada en el valle del río Lea.

El inmueble fue adjudicado al constructor José Ignacio Aresti en el marco de una subasta judicial, después de que la propiedad saliera a ejecución tras años de litigios, impagos y deudas acumuladas.

Los descendientes de los antiguos propietarios sostenían que el procedimiento se produjo con irregularidades y reclamaban la nulidad de la adjudicación. El fallo, sin embargo, ratifica a Aresti como legítimo propietario del inmueble.

No era lo que buscaba. Aunque tampoco tenía claro qué esperaba encontrar.

Cerca de allí, a orillas de la chimenea, había dos grandes butacas orejeras. Estaban colocadas una frente a la otra, en actitud dialogante. Entre ellas, una mesa baja, de madera oscura, donde descansaba una botella de whisky. La linterna hizo brillar junto a ella la huella que habían dejado dos vasos.

Me asomé después a la cocina. Muy blanca. Muy antigua. Dispuesta para volver a atender algún día la gran mesa de comedor con sus seis fogones de gas.

Continué hacia el piso superior a pesar de las protestas de Sua.

Allí arriba estaban los dormitorios.

La cama de matrimonio estaba deshecha. José Ignacio Aresti había pasado en ese lugar su última noche antes de ser asesinado. Su pijama, doblado sin grandes miramientos, aún colgaba del respaldo de una silla.

En la mesilla de noche, un vaso de agua a medio beber y un libro abierto boca abajo: *El viejo y el mar*, de Hemingway.

El haz de luz de mi móvil barrió el resto de la estancia.

Un armario ropero entreabierto, una cómoda de época, un espejo que me devolvió mi propia imagen fundida con las sombras…

¿Qué pretendía? ¿Qué estaba buscando?

Una voz interior comenzaba a decirme que esa incursión en la casa-torre no tenía sentido cuando encontré algo parecido a un despacho. Se abría al distribuidor al que se asomaban otros dormitorios menores y en evidente desuso. Estanterías con libros de todo tipo cubrían las paredes de aquel espacio abuhardillado.

Pero lo que llamó mi atención fue una caja archivadora. Estaba abierta, en medio del escritorio. Parecía que alguien hubiera estado hurgando en ella. Alguien que buscaba algo, igual que yo.

Recordé que Sua y yo no éramos los primeros que habíamos accedido a la casa-torre. El precinto policial estaba roto.

—Creo que se nos han adelantado, muchacho —dije con una mueca de contrariedad.

Me asomé a aquellos papeles.

Ahí estaban la escritura de propiedad de la casa-torre y algunas más.

También había facturas, infinidad de ellas. Facturas de obras. Y recibos. Y contratos… Algunos de los documentos se encontraban agrupados en carpetas, otros en sobres y también los había sueltos.

De pronto Sua comenzó a gruñir con la mirada fija en la puerta. Sus orejas se erizaron.

—¿Qué pasa, muchacho?

Un crujido proveniente del piso inferior me dio la respuesta.

No estábamos solos.

Apagué de golpe la linterna del móvil. La oscuridad que nos envolvió era absoluta. Igual que el silencio, tan profundo como el de una sepultura.

—Estaba dentro cuando hemos llegado —mascullé al reparar en que no había oído abrirse la puerta principal, y esta no era precisamente silenciosa.

Sua permanecía inmóvil, atento a la puerta. Su respiración era rápida, nerviosa. Intenté calmarlo con palabras suaves y con caricias, pero los pasos volvieron a repetirse. Esta vez más cerca y con más fuerza. Los peldaños de la escalera protestaban.

Alguien estaba subiendo.

El perro gruñía quedamente. Lo abracé con fuerza.

—Tranquilo… No pasa nada —susurré. ¿Le hablaba al perro o me lo decía a mí mismo?

Podía sentir el temblor de sus músculos bajo el pelaje. Estaba asustado.

Yo también.

De pronto me sentía en medio del mar, en una trainera a merced del oleaje y con unos compañeros que no estaban dispuestos a regresar a tierra firme. Tenía ganas de gritar, de huir, de cerrar los ojos y aparecer en cualquier otro lugar.

Los pasos se detuvieron un instante, y luego continuaron, cada vez más arriba. Cada vez más cerca.

El haz de una linterna bailó en el descansillo.

El intruso se detuvo allí unos instantes.

Escuchaba.

Nos estaba buscando.

Contuve la respiración.

El corazón me golpeaba en la garganta.

Durante unos segundos que parecieron eternos, no se oyó nada. Ni un movimiento. Ni un roce.

Entonces, Sua no pudo más. Su gruñido contenido se transformó en un ladrido seco, potente, que rebotó en las paredes y masacró el silencio.

La linterna enfocó de lleno hacia nosotros. Un leve jadeo, seguido de pasos rápidos que se dirigían hacia el despacho.

De pronto la puerta se cerró de golpe y el torrente de luz se apagó.

Comprendí que quienquiera que estuviera allí no quería dejarnos escapar.

Me puse en pie para defenderme. Sua también ladraba fuera de sí.

Encendí mi propia linterna. Miré alrededor.

Nadie. Solo Sua y yo.
Estábamos solos.
El eco de unos pasos alejándose me lo corroboró.
Corrí a la puerta y tiré de la manilla.
No obedeció.
Estábamos atrapados.

32

La puerta estaba trabada desde el exterior.

Por más que tiré de ella no logré abrirla.

Y, la verdad, tampoco tenía muy claro que quisiera hacerlo. Al otro lado se encontraba alguien capaz de matar. Lo había hecho con Lea, con Aresti. Lo había intentado conmigo a orillas del salto de agua de Bengolea.

Porque no me cabía ninguna duda de que los pasos que oía bajando por la escalera eran del asesino.

—¿Qué hacía aquí? —me pregunté a mí mismo mientras Sua ladraba fuera de sí, con las patas apoyadas en la puerta.

Me giré hacia la mesa.

Esa caja archivadora escondía la respuesta.

Yo no era el único que buscaba algo en el palacete medieval. Quizá hubiera llegado demasiado tarde.

Los pasos resonaron en la planta inferior. Después el portón principal protestó con fuerza antes de rematar sus lamentos con un golpe sordo.

El silencio que siguió a aquello me insufló cierta tranquilidad.

Quienquiera que nos hubiera encerrado allí arriba se había marchado.

Respiré hondo y me agaché junto a Sua. Le sujeté la cabeza entre las manos y lo miré a los ojos.

—Todo va bien. No te preocupes —mentí, intentando que mi voz sonara más firme de lo que me sentía—. Vamos a revisar estos papeles y después pensaremos cómo salir de aquí.

El border collie soltó un bufido leve, aún alerta, pero sus orejas comenzaron a relajarse.

Regresé junto al archivador. ¿Qué buscaría el intruso entre todo aquello?

Sacudí la cabeza.

Esa no era la pregunta, sino qué podía encontrar yo que me permitiera comprender lo que estaba sucediendo en Lekeitio.

Apenas había echado un vistazo fugaz a los primeros documentos cuando un gimoteo inquieto reclamó mi atención.

—¿Qué pasa, chico?

El border collie olisqueaba la ranura bajo la puerta. Se giró hacia mí y ladró repetidamente con el rabo entre las patas.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decirme?

Sua volvió a acercar el hocico a la abertura y estornudó antes de ponerse a gimotear de nuevo.

Me arrodillé y acerqué la linterna a la ranura.

—Yo no veo nada.

El perro no daba tregua. Gruñía, lloriqueaba, ladraba…

Había algo ahí fuera. Algo que no le gustaba.

Y entonces lo sentí. El olor era inconfundible.

—¡Gas! —comprendí con un nudo en el estómago.

El intruso había abierto los fogones antes de huir. Pretendía matarnos.

Lo intenté una vez más con la puerta.

Tiré con todas mis fuerzas, pero no cedía. Algo la mantenía atrancada.

Me giré, desesperado. Teníamos que encontrar la manera de salir de allí cuanto antes. La casa-torre se había convertido en una trampa mortal.

—Cristina —mascullé activando el móvil. Si alguien podía liberarnos era ella.

Busqué su número en los contactos y pulsé la tecla de llamada.

El mensaje que ocupó de inmediato la pantalla fue un jarro de agua fría.

Sin cobertura de red.

Las gruesas paredes del caserón, a prueba de ataques medievales, impedían también que las ondas del siglo XXI se colaran en el interior.

—Joder…

La desesperación comenzaba a abrirse paso con fuerza, pero no podía permitir que me desbordara. Tenía que pensar algo antes de que fuera demasiado tarde.

Un barrido de la linterna me descubrió un ventanuco cerca del techo. Supuse que se trataba de una de las ventanas saeteras originales de un edificio que en un principio debió de tener fines defensivos. Era estrecha, poco más de un palmo, pero sería suficiente para poder respirar aire fresco.

Empujé la mesa hasta colocarla debajo. Sus patas bailaron cuando me subí encima, pero soportaron mi peso.

Traté de abrir la ventana, pero no tuve más éxito que con la puerta. Estaba encajada. Años y años sin que nadie ventilara aquel cuartucho habían acabado soldándola con su propio marco.

Con sus patas delanteras apoyadas en la mesa, Sua observaba la operación y ladraba para insuflarme unos ánimos que no iban a servir de mucho.

El corazón latía aún con más fuerza en mi garganta. Comenzaba a perder los nervios.

Ya no era necesario acercarse a la puerta para sentir el olor a gas.

Tampoco sus efectos. Una sensación de aturdimiento iba invadiéndome por momentos.

Salté al suelo y abrí el cajón del escritorio. Era metálico. Pesado.

Tiré de él hasta desencajarlo de sus rieles. Después regresé a la mesa y lo descargué con fuerza contra el cristal, que se hizo añicos al primer golpe.

—Ven aquí, muchacho —dije tirando de Sua para ayudarlo a subir. Lo cogí en brazos para acercarlo al ventanuco. Pesaba más de lo que esperaba, pero logré que asomara la cabeza por la abertura. Allí podríamos respirar mientras se me ocurría un modo de huir.

Sin apartarme del aire sano que se colaba por aquella ventana, recorrí el despacho con la linterna. Necesitaba derribar la puerta.

No vi nada lo suficientemente robusto. Tampoco nada que pudiera emplear para hacer palanca.

Decidí intentarlo igual que con la ventana.

Deposité a Sua en el suelo y salté de la mesa.

Cogí el cajón, tomé impulso y lo descargué con fuerza contra la puerta.

Repetí la operación una y otra vez.

Saltaron astillas, pero nada más. La madera era maciza.

A mi lado, el perro de Lea ladraba enloquecido.

Tras el quinto o sexto golpe, un sonido metálico llegó desde el otro lado de la puerta. Algo había caído al suelo.

Probé a tirar de la manilla una vez más.

Esta vez se abrió limpiamente.

Una barra de hierro yacía en el suelo. Comprendí que ese atizador de chimenea había sido el culpable de nuestro encierro.

Sua estornudaba sin parar.

El olor a gas era terrible allí fuera.

—Un momento —dije regresando al despacho.

Cogí la caja archivadora. No podía dejarla allí.

Encaraba ya las escaleras cuando reparé en un sonido que rasgaba la noche.

Al principio no le di importancia. Después comprobé que se escuchaba cada vez más cerca.

¡Una sirena!

Las luces azules no tardaron en colarse por las ventanas.

—La policía —dije volviéndome hacia Sua, que caminaba pesadamente.

No podía permitir que me encontraran allí. Teníamos que darnos prisa.

Los goznes del portón me dijeron que era demasiado tarde.

Voces.

—Atrás. Atrás… ¡Huele a gas! —se oyó en el piso de abajo.

Miré la caja que llevaba bajo el brazo. Si había respuestas en ella, las perdería en cuanto descendiera esas escaleras y me diera de bruces con los agentes.

No lo pensé dos veces.

Corrí de vuelta al despacho, trepé una vez más a la mesa y arrojé el archivador por la ventana.

Después regresé junto a Sua, que se había desplomado en las escaleras.

—Vamos, tenemos que salir de aquí —lo apremié tirando de su collar.

Se incorporó con torpeza y, jadeando, me siguió hacia abajo.

Yo también sentía la cabeza embotada.

Las voces de los policías me llegaban desde el exterior fundidas en una nebulosa de irrealidad.

La luz de sus linternas me cegó al cruzar el umbral.

Oí un grito, luego pasos apresurados, el chasquido metálico de las armas desenfundadas.

—¡Alto! ¡Ni un paso más!

No ofrecí resistencia. Ni siquiera tuve fuerzas para hablar.

Me sentía aturdido, pero fui plenamente consciente del frío de las esposas cerrándose sobre mis muñecas.

33

Entrelacé los dedos sobre la mesa desnuda.

Había perdido la cuenta de las veces que los había enlazado y soltado. Y también de los cambios de postura de unas piernas que protestaban inquietas.

Llevaba media hora sentado allí, en una sala de interrogatorios de la comisaría de Gernika a la que me habían trasladado directamente desde la habitación de hospital donde había pasado la noche.

Me puse en pie. La cabeza protestó. Todavía me dolía, aunque el oxígeno que me habían administrado había desterrado todo rastro de aturdimiento.

Caminé lentamente. Apenas cuatro pasos de una pared a otra. Me sentía ridículo repitiendo el mismo paseo absurdo una y otra vez, pero necesitaba moverme.

Me fijé en la cámara que asomaba del techo.

Supuse que habría alguien al otro lado, observándome, igual que a un ratón de laboratorio encerrado en su jaula.

Jugaban a hacerme perder la paciencia. A que me desmoronara. Tal vez así confesara a voz en grito que había matado a Aresti, a Lea y al propio sursuncorda.

Cuando la puerta se abrió por fin, comprobé desanimado que conocía al ertzaina que accedió a la sala de interrogatorios. Se trataba del mismo que días atrás me había tomado declaración en pleno escenario del crimen de Lea.

—Bienvenido, señor Aguirre. Juan… —saludó mesándose su barba rojiza.

—Jon, por favor —respondí mientras trataba de calcularle la edad. No debía de haber cumplido los cincuenta, aunque esa calva tan brillante dificultaba todo cálculo. Me guie más por las marcas de

expresión que por una alopecia que probablemente le hubiera acompañado desde antes de cumplir los treinta años.

El ertzaina se dejó caer en la silla.

—Como habrá podido comprobar, hacemos nuestro trabajo —disparó con un deje burlón—. Siéntese, por favor.

Aquel inicio no prometía nada bueno. Él también me recordaba y, lo peor de todo, tenía grabados en su mente los reproches que le lancé aquella mañana.

—¿Dónde está Sua? —pregunté. No lo había visto desde mi detención a la puerta de la casa-torre.

—¿El perro? Se encuentra bien. No se preocupe. Está con alguien que se hará cargo de él.

Lejos de aliviarme, sus palabras despertaron en mí un sentimiento de nostalgia. Ya no tendría que preocuparme por sus paseos ni por su comida. Y tampoco podría rascarle detrás de las orejas cuando se pusiera nervioso.

Iba a echarlo de menos.

El ertzaina abrió una carpeta.

—Supongo que no hace falta que le diga que está metido en un buen lío. Está usted relacionado con dos muertes violentas en un marco de menos de una semana.

¿Dos?

—¿Significa eso que por fin van a investigar como crimen lo de Lea?

El policía me sostuvo la mirada, desafiante.

—Aquí las preguntas las hago yo. ¿Está claro?

Asentí a regañadientes.

—¿A quién me dirijo? —pregunté—. Es usted el agente…

—Oficial —matizó sin ahorrarse un ápice de arrogancia—. Oficial Castaños.

—De acuerdo, oficial. Comprendo que entrar a un domicilio sin invitación no es correcto, pero yo no tengo nada que ver con el asesinato de Aresti. —Llevaba toda la noche pensando en ello. Tenía una coartada impecable—. Participé en la regata que él mismo organizó. Hay infinidad de vídeos donde podrá comprobar que formé parte de la tripulación de Lekeitio.

—No se descarte a sí mismo tan fácilmente. —El oficial pasó varias páginas y clavó el dedo en una de ellas—. Tengo aquí el examen forense de José Ignacio Aresti. Su muerte se produjo dos horas antes del hallazgo del cuerpo. Tuvo usted tiempo de acabar con su vida antes de incorporarse a la regata. —Castaños se encogió de hombros—. Lo siento, pero su pretendida coartada no va a servirle.

Me recosté en la silla. No contaba con algo así.

—Si entré a la casa-torre de Bengolea fue en busca de información —confesé—. ¿Por qué ellos dos? Quien los mató no los escogió al azar. Tiene que haber algo que conecte a Lea y a Aresti.

—¿Usted, quizá? —planteó el policía remangándose para dejar a la vista unos brazos fuertes y tatuados. Una hipertrofia de manual. Ahí detrás había muchas horas de gimnasio y, seguramente, sustancias poco recomendables desde el punto de vista médico.

—¿Cómo dice?

—Que la pieza que une ambos casos es usted. Lo tenemos en el escenario de la muerte de Lea y ahora también en el domicilio de la segunda víctima. —Castaños negó con un gesto exagerado—. ¿Sabe qué es lo primero que aprendí en este trabajo? —Una pausa. Una mueca—. A desconfiar de las casualidades. Y espere. No he acabado… Manipuló usted los dos cadáveres bajo el pretexto de intentar socorrer a las víctimas. ¿Quiere que le diga por qué lo hizo? Porque así se aseguraba de tener una excusa en caso de que sus huellas o su ADN aparecieran durante la autopsia.

Me llevé las manos a la frente mientras resoplaba. Eso sí que no me lo esperaba.

—Es una locura. No tiene ningún sentido.

Castaños revisó otro papel, pensativo.

—Hay algo que me gustaría que me aclarara: ¿qué mueve a un madrileño con una vida aparentemente normal a abandonarlo todo para mudarse a un pueblo perdido en la costa cantábrica?

Me encogí de hombros.

—Ganas de tener una vida a escala más humana. Más tranquila.

El oficial esbozó una sonrisa torcida.

—Pues tranquilidad precisamente no ha encontrado. Y le aseguro que Lekeitio era un lugar muy sereno hasta que llegó usted. —Hizo

una nueva pausa para estudiarme largamente—. Sé que hay algo que nos esconde, doctor. Y le aseguro que voy a encontrarlo.

—Se equivoca conmigo… Yo no he matado a nadie —dije con menos convicción de la que me hubiese gustado mostrar—. Además, la de anoche no fue la primera vez que intentan quitarme de en medio.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde puso la denuncia? —El gesto del oficial me dijo que no me creía.

Me encogí de hombros.

¿Qué podía responder a eso? Podría haberle explicado lo sucedido días atrás cerca del salto de agua de Bengolea, hablado de Jokin, de las angulas y de su hermana. Podría haberle dicho que su propia negativa a investigar lo de Lea como asesinato me había hecho desconfiar de la policía. Podría…

Sin embargo, opté por callar. Por Itziar. Por respeto a la amistad que había compartido con ella. Por mí mismo.

—¿Qué me dice de esto? —Castaños me mostró una foto. Reconocí la mesa baja que aparecía en ella. La había visto en el salón de Aresti, entre dos butacas.

Un detalle me hizo fruncir el ceño.

—Esos dos vasos no estaban ayer —señalé.

—Claro que no. Los retiramos durante la primera inspección, porque aunque usted no lo crea, hacemos nuestro trabajo. El sábado, solo cuatro horas después del asesinato de José Ignacio Aresti, accedimos a su domicilio. Y si no lo hicimos antes fue por estar pendientes de la orden judicial. Esos vasos constituyen una prueba. La víctima recibió una visita la víspera de su muerte. Ambos compartieron un whisky y, probablemente, se citaron al día siguiente en el calvario. —Castaños cerró la carpeta y me miró fijamente—. Por eso regresó ayer a la torre, ¿verdad? Sabía que uno de esos vasos contiene restos biológicos que pueden delatarlo y quería hacerlo desaparecer.

Sacudí la cabeza.

—Menuda locura.

—¿Le importaría que le tomara una muestra de ADN?

—Por supuesto que no. Adelante. Pero no hace falta que pierda el tiempo. No encontrará ningún rastro mío ahí. Nunca antes había pisado esa casa-torre.

—Eso nos lo dirá el laboratorio —indicó Castaños poniéndose un guante de látex—. Abra la boca.

Me pasó un hisopo por la parte interior de la mejilla y lo introdujo en un tubo de muestras.

Aproveché su silencio para explicarle lo sucedido la víspera.

—El precinto estaba roto. Había alguien dentro cuando llegué. Alguien que me encerró y trató de asesinarme abriendo el gas —resumí, consciente de que no tardaría en interrumpirme—. Es a ese intruso a quien deberían buscar.

Castaños alzó la mano para pedirme silencio. Repasó rápidamente el informe y alzó la mirada hacia mí.

—Vaya… Mis compañeros deben de haberse equivocado de expediente —planteó con un fingido gesto contrariado—. En este hablan de un tipo que intentaba huir de una casa que quería volar por los aires. —El oficial no tardó en recuperar la seriedad—. ¿Qué pretendía, Jon? ¿Eliminar pruebas?

—Si hubieran llegado un minuto antes, me habrían encontrado prisionero en el despacho de Aresti. No tienen más que echar un vistazo para ver las marcas que dejé en la puerta intentando derribarla. Nos encerró. A mí y a Sua.

La mención al border collie hizo arrugar el gesto al policía.

—Reconocerá que resulta, cuando menos, extraño que sea usted quien tenga al perro de una mujer a la que dice conocer solo de vista. Una mujer cuyo cadáver fue el primero en encontrar… y, oh, vaya, también en manipular.

Iba a protestar, a decirle que era Sua quien se había presentado en mi casa, cuando un zumbido acompañó la apertura de la puerta.

—A ver… —se interesó Castaños—. ¿Qué será esto que nos trae el agente Urbizu?

El ertzaina que acababa de entrar dejó algo sobre la mesa.

—Mejore su puntería —me reprochó antes de tomar asiento junto a su superior—. Un poco más y me cae encima.

Ver allí la caja archivadora que había arrojado por la ventana fue un golpe bajo. No contaba con ello. Tenía la esperanza de poder recuperarla cuando acabara el mal trago de mi paso por comisaría.

—Ahórreme trabajo. ¿Qué hay aquí? —preguntó Castaños, abriendo la caja maltrecha por la caída y husmeando en el interior.

—No tengo ni idea.

El oficial esbozó una mueca.

—Claro… Por eso quería evitar que llegara a nuestras manos.

Traté de explicarle que solo pretendía dar con algo que me permitiera seguir adelante con mis pesquisas. Y que ni siquiera sabía lo que buscaba cuando entré —maldita la hora— a la casa-torre.

—Me sorprendió ver ese archivador abierto en el despacho. Supuse que alguien había estado rebuscando entre sus papeles y…

Castaños se puso en pie para interrumpirme una vez más. Los músculos de sus brazos se dibujaron rotundos al apoyarse en la mesa.

—¿Sabe qué? No le creo. Tiene suerte de que todavía me falten datos. Pero no se preocupe, los encontraré yo mismo —dijo dando unas palmadas sobre la pila de documentos que había sacado de la caja—. Vamos, Urbizu. Tenemos que echar un vistazo a todo esto.

—¿Y yo? —pregunté al verlos abrir la puerta—. ¿Puedo marcharme?

El oficial me observó con una mezcla de incredulidad y mofa.

—Ni mucho menos, doctor. Usted pasa a disposición judicial. Enseguida lo escoltarán unos compañeros al juzgado de guardia. Y no tenga ninguna duda: volveremos a vernos.

34

No hacía mucho que el sol se había perdido tras el horizonte, dispuesto a luchar con sus propios demonios antes de retornar victorioso con el nuevo día. Los tonos rojizos del crepúsculo todavía trataban de aferrarse a un cielo que se iba apagando a medida que las estrellas se encendían. Por el momento no había rastro de la luna.

Una noche bonita.

En realidad, aunque lloviera a mares me hubiera parecido la más hermosa que recordaba.

Tras casi veinticuatro horas arrancado de mi vida, era por fin libre.

Con cargos, pero libre.

Me senté en las escaleras que bajaban hacia el faro de Santa Catalina.

Su luz blanca saludaba al Cantábrico con la precisión de un reloj. Un destello, una pausa breve, tres latidos luminosos más, y por último un largo silencio de veinte segundos antes de volver a empezar.

Me mordí el labio al recordar mi primera noche en Lekeitio.

También aquella tarde elegí el faro para ver morir el día. Era una de tantas jornadas lluviosas del verano vasco, pero no me importó mojarme. Ver las gotas de sirimiri bailando en los haces de luz me pareció un sueño. Sentía que aquel era el refugio seguro que mi vida precisaba. Los paisajes de una infancia en la que todo era plácido iban a ayudarme a comenzar de nuevo.

Tenía ganas de hacerlo bien, de ser feliz, de construir una nueva vida sin hacer daño a nadie.

Y ahora, cuando solo habían pasado seis meses de aquello, todo se había derrumbado como un castillo de naipes.

Otra vez.

No iba a ser fácil seguir adelante.

Lo supe en cuanto entré en internet y vi mi nombre en las noticias.

Al oficial Castaños le había faltado tiempo para anunciar una detención relacionada con los crímenes de Lekeitio. Y ahí estaba mi nombre. Algunos medios de comunicación incluían en la noticia alguna foto mía, obtenida de mis propias redes sociales.

Mi móvil echaba humo. Tenía decenas de mensajes sin responder. Lo haría más tarde, cuando hubiera tenido un rato para mí. Ahora necesitaba respirar y hacer las paces con una vida que me estaba dando la espalda.

Unos ladridos me sacaron del trance.

Me giré, desconcertado.

Conocía ese tono.

—¡Sua! —exclamé, poniéndome en pie de un salto.

El border collie corrió hacia mí y me cubrió de lametazos.

Estaba eufórico: gimoteaba, ladraba y agitaba el rabo con una energía desbordante.

—¿De dónde sales? —le pregunté mirando alrededor. No había nadie cerca—. ¿Cómo me has encontrado?

Las lágrimas que acudieron a mis ojos desdibujaron el mundo. Lo abracé con fuerza. Hundí la cara en su piel peluda y sentí una ola reconfortante inundándome por dentro.

—Te echaba de menos, ¿sabes?

El teléfono se ocupó de romper el momento. Vibró insistente en mi bolsillo y me obligó a comprobar de quién se trataba.

Era Cristina. Había perdido la cuenta de las llamadas perdidas que tenía de ella. De ella y de Nerea. Iba siendo hora de responder.

—Hola, Cris —saludé llevándome el aparato a la oreja.

—¡Jon! Por fin… ¿Cómo estás? Menudo susto.

—Estoy libre, que no es poco. Me veía otra noche en el calabozo.

—¿Qué pasó? ¿Cómo te descubrieron?

Le resumí lo sucedido. Mi llegada a la casa-torre, la puerta abierta, el encierro, el gas…

—¿Le has contado a la policía que te presté yo las llaves?

—No. No te preocupes.

La oí tragar saliva.

—Gracias. No me gustaría meterme en líos. Podría perder otros trabajos… Oye, tienes que traerme una foto tuya.

—¿Una foto?

—Una cualquiera. Como si es en blanco y negro. Lo que sea. Tú hazme caso y tráemela mañana mismo al trabajo.

No entendía nada.

—¿Para qué la quieres?

—Ay… Todo hay que explicártelo… Tendrías que confiar más en mí. Ya sabes que puse un pequeño altar en el salón. Con el buda de cuarzo blanco que traje de Tailandia. Tengo ahí un cuenco donde guardo fotos de todos mis amigos. Así pido por ellos.

—¿Cómo que pides por ellos?

—Cada mañana. En cuanto termino mis ejercicios de yoga, enciendo una vela y despliego las imágenes. Y te aseguro que funciona. Tú trae la foto y verás cómo te cambio ese karma tan malo que tienes últimamente.

Solo cuando prometí que lo haría dejó de insistir.

—Y llama a Nerea. Ella también está muy preocupada por ti —me pidió antes de despedirse.

El silencio de las olas tomó el relevo a sus palabras.

Me sentía realmente afortunado de contar con mis dos compañeras. El ambulatorio se había convertido en lo más parecido a una familia que tenía en Lekeitio, y ellas dos eran la razón principal de que así fuera.

Mi madre también me había llamado, claro. Y mi hermana. Estaban tremendamente preocupadas. La noticia de mi detención había llegado a Madrid y la digestión no estaba siendo nada fácil. No entendían cómo podía haberme metido en semejante lío. Menos mal que oír por mi boca que nada tenía que ver con el crimen de Aresti había conseguido calmarlas.

Guardé el teléfono. Llamaría a Nerea más tarde.

La silueta de Sua se recortaba contra la luz intermitente del faro. Varios destellos seguidos de un largo fundido a negro, y vuelta a empezar.

Todo parecía perfecto, pero era lo contrario. Pensé en Lea y la gran mentira de las redes sociales. Qué fácil era colgar una instantánea que contara que todo iba bien y ocultar la verdad bajo la alfombra. Qué sencillo vestir una vida que se iba a pique como la más envidiable de las existencias.

De pronto, Sua se puso en guardia.

Miraba hacia las sombras que se extendían a mi espalda. Sus ladridos se sumaron a unas pisadas que se acercaban.

35

Me giré con los dientes apretados. No esperaba a nadie. Menos aún allí, de noche, en un lugar apartado y sin nadie a la vista.

—Sabía que lo encontraría aquí —dijo una voz.

Era Itziar. Sin rastro del uniforme de inspectora. Solo unos tejanos rasgados y una sudadera.

—¿Lo buscabas? —pregunté, dando por hecho que se refería a Sua.

—Estaba tomando una caña en el Muga y ha entrado María Jesús preguntando si lo habíamos visto. Se le ha escapado de la tienda. La Ertzaintza se lo había entregado esta mañana.

El perro le contestó con un gruñido. Después apoyó las patas en mis rodillas. Me pedía ayuda.

—¿Cómo se te ocurre escaparte? —lo regañé dándole unas palmadas en el lomo.

Su respuesta fue colmarme de lametazos. No se apartaba de mí.

—Te tiene cariño —observó Itziar—. Pobre animal. Debe de echar de menos a Lea.

Al oír el nombre de su dueña, las orejas del perro se irguieron. Miró a su alrededor, como si esperara verla aparecer. Luego frotó la cabeza contra mi mano, en busca de mimos.

—¿Te lo vas a quedar? La madre de Lea dice que no puede ocuparse de él.

—¿Yo? No puedo. Me encantaría, pero los horarios de un médico…

—Hay gente con peores horarios que tú, anda. A mí no me vengas con esa excusa.

Sua nos observaba con atención. Era consciente de que hablábamos de él.

—Es increíble —reconocí—. A pesar de que hace una semana casi no nos conocíamos, tengo la sensación de haberlo tenido a mi lado

toda la vida.

Itziar se sentó junto a mí. Dejó escapar un suspiro y me dio un apretón en el hombro.

—La que has liado —comentó después de un largo silencio.

Comprendí que se refería a lo de la casa-torre.

Me costó responder. ¿Qué podía decir?

—Tenía que hacerlo.

—Eres un inconsciente. Habrás visto las noticias… ¿Quieres que te diga lo que pasará mañana? —preguntó entregándome un diario que traía bajo el brazo—. Irás al Muga, al centro de salud, al puesto de Lourdes… Tratarás de seguir con tu vida. Y tienes todo el derecho a hacerlo. Pero nada será igual. Oirás cuchicheos a tu espalda. Notarás miradas incómodas. Habrá quien se aparte a tu paso…

—Yo no los maté, Itziar. Si el juez hubiera visto algo, me habría enviado a la cárcel.

Me observó con una mueca triste.

—Eso les da igual. Para muchos ya eres culpable. Y lo seguirás siendo aunque detengan al verdadero asesino.

—Entré a su casa porque necesitaba respuestas. Tiene que haber algo que vincule a Lea y Aresti. Algo que haya movido a alguien a acabar con ellos. No puede ser solo el turismo.

—Ya sabes lo que pienso de la muerte de Lea, pero el oficial Castaños ha decidido abrirse a la hipótesis del crimen y hasta se lo ha contado a los periodistas. Tu irrupción en la casa-torre le ha brindado una conexión. —Itziar suspiró con la mirada fija en ese faro que iluminaba rítmicamente sus facciones—. Querías que lo de tu amiga se investigara como homicidio y lo has conseguido. Contigo en el centro de todas las pesquisas, pero lo has logrado.

—No era mi amiga.

—Lo sé. Ya te hubiera gustado que lo fuera. O algo más. —Su insinuación me hizo ruborizar. Afortunadamente, Itziar cambió de tema—. ¿Le has hablado a Castaños de mi hermano?

—No.

—¿Nada? ¿De verdad?

—Ni una palabra.

Ella miró hacia el cielo, aliviada.

—Gracias. Cuando supe de tu detención creí que irían a por Jokin. Pensaba que les contarías lo de… Ya sabes… He hablado con él. Va a dejar lo de las angulas. Me lo ha prometido. Pero él no mató a Lea. Tampoco a Aresti.

Deseé con todas mis fuerzas tenerlo tan claro como ella, pero no era así.

—Quiero pedirte perdón… —continuó tras unos instantes—. El otro día no fui justa contigo. No debí decirte que tienes las manos manchadas de sangre. No es así, Jon, y quiero que sepas que me avergüenza haber reaccionado así. No lo mereces.

—Las tengo manchadas. No dijiste ninguna mentira.

—Eso no es verdad. —Su mano fue a buscar la mía. La calidez de nuestros dedos entrelazándose me llegó al corazón—. Tu reacción aquel día fue la que hubiera tenido cualquiera.

Se refería al accidente que sacudió mi vida hasta el punto de obligarme a abandonarlo todo y comenzar de nuevo.

—Soy médico. Mi reacción no tenía que ser la de cualquiera. Fallé a mi profesión.

—Pero no a tu humanidad. No puedes seguir culpándote toda la vida por lo que hiciste.

La mañana que arrasó mi mundo regresó a mi memoria con la misma intensidad que se me aparecía una y otra vez desde aquel día.

Me sentí de vuelta a un maldito domingo de mayo. El sol mandaba en un cielo azul donde apenas flotaban algunas nubes de algodón, tan blancas, tan hermosas, que parecían obra de algún pintor. Un día perfecto para estrenar la Vespa clásica que llevaba años restaurando.

La sierra de Guadarrama fue el lugar elegido. Sus bosques todavía estaban vistiéndose de verde tras el letargo invernal. La naturaleza se hallaba en plena ebullición. Había dejado atrás el pantano de Pinilla y las últimas casas de Lozoya y trepaba, sin prisa, disfrutando de cada curva, hacia el alto de Navafría. El ganado se encontraba ya en los pastos de verano y el canto de los pájaros se colaba en mis oídos cuando el motor de la Vespa se lo permitía.

No tardaría en alcanzarlas. Se habían adelantado mientras yo apuraba mi café al pie del puerto.

Lola y Sofía. Mi sobrina y su mejor amiga.

El ciclismo era su droga, su vitamina. Su vida. A sus dieciséis años ambas competían en la categoría de cadete y los fines de semana que no había carrera los aprovechaban para salir a entrenar.

Aquella mañana Mónica iba con ellas. Hacía ya siete años que mi novia había colgado la bicicleta, pero salía con las dos de vez en cuando. La adoraban. Una voz veterana que les explicaba historias de ese mundo y les mostraba los mejores puertos.

Todo se truncó de repente. Primero fue el ruido de una frenada, después un coche que me adelantó en plena curva. Negro, deportivo.

Levanté la mano para recriminarle su actitud temeraria.

El chirrido de sus neumáticos contra el asfalto se repitió apenas unos segundos después. Contuve la respiración. Aquello no me gustaba nada.

Pero la pesadilla no había comenzado aún. Se desató unas curvas más arriba.

Una bicicleta rota en mitad de la carretera…

Sangre…

Mónica estaba tendida boca arriba. Su casco, partido por la mitad, permitía ver la fractura en el cráneo. Había perdido masa encefálica. Su traumatismo era a todas luces incompatible con la vida, y a pesar de ello me dejé caer a su lado, de rodillas, y comencé a realizarle un masaje cardiaco. Una, dos, tres… Treinta compresiones sobre el esternón seguidas de dos insuflaciones.

Mis propias lágrimas nublaban lo que sucedía alrededor. El mundo entero se redujo a una estrecha franja donde todo se estaba yendo a pique.

El rostro de Lola, mi sobrina, que me llamaba angustiada en medio de una nebulosa de irrealidad. Estaba sentada en el asfalto, con la clavícula rota y la cara ensangrentada. A pesar de sus heridas, no pedía que me ocupara de ella. Me rogaba que ayudara a su amiga.

—«Tío. ¡A Sofía! ¡A Sofía!» —repetí—. No paraba de llamarme. Y yo no la escuchaba, Itziar. Estaba obcecado en devolver la vida a Mónica, completamente roto mientras le practicaba unas maniobras de reanimación que saltaba a la vista que no servirían para traerla de vuelta. ¡No fui capaz de ver que cinco metros más allá había una cría desangrándose!

—Sabes que esa muchacha hubiera muerto igualmente. No podías salvarla.

No la escuchaba. Mi mente estaba en las curvas de Navafría.

—Tenía que haber analizado la situación completa antes de detenerme a atenderlas. Sofía murió por mi culpa. El tiempo que tardé en tratar de reanimar a Mónica la mató. —Lloré abiertamente —. Estaba tendida boca abajo, en el arcén. No se movía. Cuando llegué junto a ella se había desangrado. Tenía la femoral seccionada y…

Itziar me apretó la mano para impedirme continuar.

—Solo hay un culpable, y no eres tú, Jon. Es ese monstruo del coche negro. Las atropelló y en lugar de detenerse aceleró y las dejó allí, agonizantes. Él es el único responsable de su muerte.

Sus palabras no lograron reconfortarme.

—Soy médico… Nos enseñan a escuchar a la cabeza y no al corazón. Me cegó ver allí a mi pareja. No fui capaz de mirar más allá. Quien precisaba asistencia inmediata era Sofía. —Un sollozo se coló entre mis palabras—. Fallé a los principios de mi profesión.

—Y yo soy policía. ¿Y qué hago una y otra vez? —planteó Itziar cogiéndome la cara para obligarme a mirarla a los ojos—. Proteger a mi hermano. Saltarme la ley para cuidar de él. ¡Somos humanos, Jon! A veces no podemos evitar que los sentimientos se pongan por delante de nuestra profesión. Estoy jodida, ¿sabes? Llevo toda mi vida preocupándome por Jokin. No puedo más. Es un buen chaval, tiene muy buen fondo, pero se mete constantemente en líos. Y lo peor de todo es que no puedo culparlo. Su infancia no fue fácil. La mía tampoco, pero tuve suerte de no caer en las malas amistades, como él. —Su mano derecha viajó a sus ojos para secarse las lágrimas. Era la primera vez que la veía llorar—. Me siento

responsable de lo que le pasa. Estaba tan pendiente de mí misma que olvidé que mi deber era cuidar de él.

—¿Y tus padres?

La inspectora dejó volar un suspiro que se abrazó a las olas.

—El hijo de Maite Iturri no fue el único que perdió la vida en el naufragio del Ortzadarra. Mi padre también desapareció en aquel accidente. Ni siquiera encontraron su cadáver. Su cuerpo quedó para siempre en el infierno de Gran Sol. —No quise profanar su pausa. Era su momento—. Mi madre no soportó aquello. Era una mujer vulnerable. La incertidumbre de la búsqueda la superaba, pero lo que acabó con ella fue la decisión de suspenderla tras varias semanas. El día que mi padre recibió oficialmente la etiqueta de fallecido, se vino abajo. Salió de casa y cuando horas después llamaron al timbre eran unos policías. Se había quitado la vida. —Itziar se detuvo para secarse las lágrimas—. Yo tenía dieciocho años, pero Jokin aún era un crío. Todavía arrastra todo aquello.

—Lo siento —balbuceé. De pronto fui consciente de lo poco que conocía a Itziar. Ella lo sabía todo de mí. Yo, en cambio, estaba oyendo su propia historia por primera vez—. ¿Por qué nunca me lo habías contado?

—La vida me ha enseñado a no decir más de la cuenta. Si desnudas tu alma ante los demás te arriesgas a que te hagan daño.

—Y también a que te ayuden.

—No necesito ayuda.

—Todos la necesitamos, Itziar.

Se mantuvo en silencio, con la vista clavada en aquellas olas que el faro dibujaba de vez en cuando. Después se volvió hacia mí y sus manos viajaron hacia mi cara. Me pasó los dedos por las mejillas, exhaló un leve jadeo y me atrajo hacia sus labios. Igual que cuando éramos dos adolescentes que nos escapábamos a nuestra isla.

—No puedo —susurré apartándome con suavidad—. Lo siento.

Cerró los ojos, avergonzada.

—No lo sientas. Qué tonta… No me hagas caso. A veces tengo la impresión de que seguimos siendo aquellos críos. Perdona. No quería incomodarte.

Le pasé las manos por la espalda y la atraje hacia mí en un abrazo sincero.

No había nada que perdonar.

36

No podía dormir.

Por más vueltas que daba en la cama no había manera de conciliar el sueño.

¿Cómo iba a hacerlo si solo unas horas antes estaba sentado delante del juez de guardia, tratando de explicarle que el oficial Castaños se equivocaba? ¿Cómo, si alguien había tratado de matarme de nuevo?

Dos intentos ya.

Si el refranero estaba en lo cierto, a la tercera lo conseguiría.

No. Eso sí que no. Estaba decidido a no permitírselo.

El ataque sufrido en la casa-torre me confirmaba que mis pesquisas iban en la dirección correcta. El turismo no era la clave que unía ambas muertes. Si lo fuera, nadie se habría tomado la molestia de entrar en el domicilio de Aresti para borrar las mismas pruebas que yo buscaba. Porque estaba seguro de que eso era lo que trataba de hacer quien había intentado asesinarme abriendo la llave del gas.

Sin embargo, tenía la impresión de que mi investigación había llegado a una vía muerta. Los papeles en los que confiaba para avanzar estaban ahora en manos de la policía. El lado bueno de aquello era que quizá el oficial Castaños fuera capaz de encontrar alguna clave en ellos.

Algo me decía, por desgracia, que no sería así.

Ese tipo estaba obcecado conmigo y cada minuto que perdiera buscando la manera de demostrar mi relación con los asesinatos era un minuto regalado a quien hubiera matado a Lea y a Aresti.

Y también a quien me quería ver muerto.

Me arrebujé en la manta. Debía olvidar todo aquello, aunque solo fuera por unas horas. Necesitaba descansar.

Pero era imposible. Mi mente era un torbellino. Esto, lo otro, aquello y lo de más allá… Pero una y otra vez llegaba a esa vía sin salida.

Por primera vez en mucho tiempo, mis pesadillas habían cambiado de escenario y mi mente no se quedaba en aquella curva de Navafría.

Los postigos también se agitaban, inquietos. El temporal, que se había desatado poco después de la medianoche, estaba arreciando.

El viento y la lluvia golpeaban la costa con furia. Y no eran los únicos. El mar se aliaba con ellos y arremetía implacable contra los acantilados, despertando un rugido que lejos de arrullar la noche la hería de muerte.

De muerte…

Mi cabeza me llevaba una y otra vez al mismo punto: alguien quería matarme.

Alguien quería evitar que siguiera hurgando en busca de la verdad. Había sido un inconsciente cantando a los cuatro vientos que sospechaba que lo de Lea se trataba de un asesinato.

Ajeno a mis pensamientos, Sua dormía hecho un ovillo en el suelo, a los pies de la cama. Su respiración acompasada me ofrecía un salvavidas al que aferrarme, pero mi mente me traicionaba. Me devolvía a la casa-torre, a la zancadilla de alambre en medio de la niebla…

Un silbido llegó desde el comedor. Le contestaron otros, algunos más graves y otros no tanto, desde distintos rincones de la casa. Los postigos se sumaron con un tamborileo nervioso.

Sua se incorporó y gruñó.

—Tranquilo. Es solo el viento —le dije, invitándolo a subir a la cama.

Durante mis primeros temporales, allá por el mes de septiembre, también a mí me habían inquietado esos ruidos. Era lo que tenía vivir en una casa, vieja y aislada, a orillas del Cantábrico. El silencio, protagonista la gran mayoría de las noches, se tomaba la revancha los días de tempestad con un auténtico recital de silbidos, crujidos y golpeteos.

Mis palabras lograron calmarlo, pero apenas habían pasado un par de minutos cuando los postigos volvieron a la carga.

Suspiré y eché un vistazo al reloj.

Eran poco más de las tres de la madrugada. Aún no había pegado ojo, y un perro gruñendo en mi cama no auguraba que fuera a conseguirlo. Era evidente que tenía que buscarle un hogar de forma urgente. Vivir conmigo no le sentaba bien.

—Calma, hombre… Que no pasa nada —musité rascándole la nuca.

No había terminado de decirlo cuando un golpe sordo llegó desde el comedor.

Le siguió el ruido de papeles volando. También el de la lluvia colándose en casa.

Sua saltó de la cama ladrando. Estaba fuera de sí.

Yo también me incorporé con el corazón bombeando sangre a toda velocidad.

Era la puerta de la calle. Algo —o alguien— la había abierto.

—Shhh, habrá sido el viento —susurré, abrazado al border collie.

Me costaba creerme mis propias palabras.

Palpé junto a la mesilla y pulsé el interruptor, pero el torrente de luz que esperaba que inundara el dormitorio no llegó.

Volví a pulsarlo.

Nada.

La escasa templanza que me quedaba se hizo añicos.

No había electricidad.

Regresé a la mesilla, cogí el móvil y encendí su linterna.

La luz blanca se movió nerviosa de un lado para otro, descubriéndome mi propio dormitorio desde una perspectiva nueva: la del miedo.

De pronto me sentía de vuelta a la casa-torre de Aresti. Sua, también. No dejaba de ladrar de un modo que no le había visto antes. Estaba aterrado.

—Calma, muchacho. Estamos en casa. Nadie va a hacerte daño.

No sé de dónde saqué el valor, pero me obligué a salir al comedor. El perro me siguió, pegado a las piernas, siempre a punto de hacerme tropezar.

Un rápido barrido con la linterna me mostró que la puerta estaba abierta de par en par, pero allí no había ningún intruso.

Al menos a simple vista.

Mientras Sua se encaraba con las cortinas, que las corrientes de aire convertían en espectros dispuestos a atacarnos, avancé hacia la puerta a grandes zancadas. La luz del faro de Santa Catalina dibujó brevemente un mundo exterior barrido sin piedad por el aguacero. El mar estaba erizado.

Tuve que forcejear contra el viento para poder cerrarla, pero lo conseguí.

—Ya está —dije, con la espalda apoyada en ella.

El alivio que sentía contrastaba con el aspecto desastroso que se había adueñado de mi salón. Un charco a mis pies, el diario con la noticia de mi detención disperso por las esquinas…

Me agaché junto a Sua, que tenía el rabo entre las patas, y lo abracé.

—No pasa nada… Nadie va a hacerte daño.

Una nueva ráfaga de viento batió los postigos y zarandeó la poca seguridad que lograba imprimir a mi voz.

Tampoco ayudó el pitido grave que emitió el móvil. La batería se estaba agotando.

Y entonces los oí…

Pasos.

No tuve ninguna duda.

Esta vez no se trataba del viento.

37

Había alguien en el piso de arriba.

Sua ladraba furioso al techo. Él también lo había oído.

Me dirigí a la cocina y cogí el cuchillo más grande que encontré. No estaba dispuesto a brindarle la más mínima ventaja al visitante nocturno.

—Ven —le susurré al border collie—. Echaremos un vistazo.

Sua gimoteó, pero prefirió venir conmigo a quedarse solo.

Los pasos nos llegaban claramente. Alguien buscaba algo allí arriba.

No habíamos llegado todavía a mitad de escalera cuando el móvil se apagó.

Maldije para mis adentros por no estar más preparado. Me prometí a mí mismo que lo primero que haría por la mañana sería ir a comprar linternas. Muchas. Una para cada habitación. Una para cada peldaño de esa maldita escalera.

Pero no iba a echarme atrás. A pesar de los lamentos de Sua, que no se separaba de mí, continué subiendo. Llegué al distribuidor al que se abrían varios dormitorios, pero el oído me hizo seguir un piso más. Los pasos venían del desván que apenas había pisado un par de veces desde que me había mudado a Lekeitio.

Su puerta estaba entreabierta.

El faro de Santa Catalina se convirtió en mi mejor aliado. Su resplandor se colaba por la única ventana de aquella buhardilla y me permitía atisbar algo entre las sombras. Aunque solo fuera de manera fugaz.

Un destello, una pausa corta y tres destellos más antes de sumir el mundo en la oscuridad absoluta por veinte eternos segundos. Los había contado mil veces en largas noches intentando conciliar el sueño.

La mano que no sostenía el cuchillo buscó a Sua. Le froté el lomo para calmarlo. Me reconfortaba sentirlo cerca. Pero los pasos seguían ahí. Deambulaban por aquel desván donde mis padres habían ido acumulando montones de retazos de una vida.

¿Qué podría estar buscando allí?

Me detuve junto a la puerta y aguardé a que el faro me diera paso.

Sin linterna, solo podía valerme de sus destellos para irrumpir en la buhardilla y ver a quién me enfrentaba.

—¿Preparado? —le susurré a Sua.

Oí unos pasos alejándose de la puerta.

El primer destello me dio la señal. Tras él venían tres más. Era el momento.

Empujé la puerta con una mano. La otra sostenía firmemente el cuchillo, sin ocultarlo. Quería que quien estuviera allí dentro comprendiera que esta vez no iba a ponérselo tan fácil como en la casa-torre.

Tres destellos.

Tres miradas fugaces.

Cajas apiladas, estanterías, bolsas…

El desván parecía el de siempre.

Los veinte segundos de oscuridad que siguieron se me hicieron eternos, y más cuando oí venir hacia mí al intruso. Los gruñidos de Sua parecieron disuadirlo de seguir avanzando, pero no reculó.

Apreté con fuerza la empuñadura del cuchillo y me arrepentí de haber entrado allí. Tendría que haber invertido la poca batería del móvil en llamar a la policía para alertarlos de que alguien había irrumpido en mi casa. Era un inconsciente.

Y entonces llegó una nueva serie de destellos y las vi.

Una, dos, tres… Hasta cinco boyas de vidrio rodaban por el suelo a merced de las ráfagas de aire que se colaban por la ventana. El temporal la había abierto y el viento jugaba a su capricho en aquel espacio donde habitaban los recuerdos.

Eran ellas quienes imitaban el sonido de unos pasos.

Si no hubiera estado tan asustado, me habría reído de mí mismo. Conocía demasiado bien aquellas bolas de colores. Formaban parte

de la decoración que había arrancado de las paredes a los pocos días de mudarme. Igual que esos pequeños faros que se amontonaban junto a unas cajas de cartón repletas de enciclopedias antiguas.

Apoyé la espalda en la pared y me dejé caer hasta el suelo. Todavía era capaz de sentir los latidos desbocados de mi corazón, pero mi mente había logrado salir de la espiral del miedo.

Pulsé el botón del faro que tenía más cerca y se encendió una pequeña bombilla en lo alto de la torre de luz. No era mucho, pero al menos desterró la oscuridad.

Sua la olisqueó y se recostó a mi lado. Sentado en el suelo, a la luz de un faro de mentira y rodeado por unas boyas que rodaban aquí y allá al ritmo caprichoso que les marcaba el viento, no pude evitar sentirme ridículo.

—Vaya par nos hemos juntado, muchacho —me reí abrazándolo—. No sé cuál de los dos es más valiente.

El border collie me colmó de lametazos. Ya no gimoteaba. Él también parecía más tranquilo.

Cuando conseguí sacudírmelo de encima, me acerqué a la ventana abierta. El faro de Santa Catalina dibujó fugazmente los contornos del paisaje antes de volver a sumirlo todo en la oscuridad. Aguardé el regreso de sus destellos y observé aquel mundo. Un territorio áspero, labrado a golpes de ola y vientos del noroeste. También de una lluvia que no daba tregua. Pero el rugido del mar era el gran protagonista. Sus olas batían furiosas contra la costa y hacían saltar una espuma blanca que parecía nieve a la luz del faro.

Olía a humedad y a salitre. A soledad y a nostalgia.

Del otro lado las luces de Lekeitio brindaban una leve calidez a la panorámica. Mi casa, en cambio, seguía envuelta en las sombras, igual que toda la carretera que llegaba hasta ella, donde no quedaba una sola farola encendida.

Supuse que el temporal estaría detrás del apagón.

El hocico de Sua se hundió en mi mano en busca de unos mimos que también yo precisaba.

Cerré la ventana y apoyé la frente en ella. Estaba agotado.

—Vamos a necesitar fuerzas —murmuré.

Y sabía que no lo decía en vano.

38

No esperaba volver a ver a Maite Iturri en mi consulta.

En el listado que Nerea me había dejado sobre la mesa no figuraba la consejera de Turismo. Pero a media mañana la administrativa asomó la cabeza por la puerta y me pidió que le hiciera un hueco.

No era difícil encontrarlo, porque algunos pacientes habían cancelado su cita. Tal como pronosticara Itziar, mi paso por el calabozo iba a pasarme factura.

La política me dio las gracias en cuanto entró. Comprendí enseguida que aquella visita no tenía nada que ver con su medicación. Bastó el aplomo con que me sostuvo la mirada al sentarse frente a mí.

—Vi lo de tu detención —dijo sin rodeos.

—Sí —respondí a regañadientes—. Me parece que no hay nadie en Lekeitio que no lo viera.

Me arrepentí en el acto de mi tono cortante.

—Perdona… No pretendía molestarte —se disculpó con una sinceridad que no parecía fingida—. Solo quería ofrecerte mi ayuda. No te lo dije el otro día porque no era consciente, pero yo conocí a tu padre. No solo era un gran tipo, también el mejor abogado que ha pisado Lekeitio. Puedes estar muy orgulloso de él. Era una suerte tener aquí a alguien así, aunque fuera únicamente durante el verano. Con mi divorcio hizo un gran trabajo. Le estaré siempre agradecida.

Aquello no lo esperaba. Maite, la todopoderosa Iturri, estaba frente a mí, tendiéndome la mano en un momento en el que muchos me daban la espalda.

De pronto me vino a la cabeza un recuerdo de la infancia.

—Una vez salimos a navegar con unos amigos de mi padre —dije, sintiendo una punzada de nostalgia. Apenas conservaba imágenes nítidas de aquel día, pero de algo estaba seguro: disfruté del mar, no le tuve miedo—. ¿Fue contigo? ¿Era tu velero?

Maite esbozó una sonrisa triste.

—No. Lo mío con el mar es más reciente… Él me robó a mi hijo mayor hace dieciocho años. Nunca recuperaron su cuerpo. —Sus palabras estaban marcadas por el dolor. Un dolor sereno, maduro, sin lágrimas pero arraigado en el fondo del corazón—. Lo odié profundamente, lo temí… Estuve años sin poder acercarme a él. Creo que por eso me marché a Vitoria, tan lejos del Cantábrico como pude. —Maite asintió, pensativa—. Hasta que comprendí que sus olas fueron las que dieron a Ibai su último abrazo. Y lo siguen haciendo. Ellas guardan el último aliento de mi niño, ellas lo traen hasta mí cada vez que rompen en la orilla. Por eso navego. Y te puedo asegurar que hoy el mar es el único lugar donde soy feliz.

Tardé tiempo en poder pronunciar palabra.

—Tuvo que ser muy duro.

—Tú has perdido a un padre y sabes lo que duele la ausencia, pero perder a un hijo es… —Maite buscó la palabra, pero acabó sacudiendo la cabeza. No había ninguna capaz de describir lo que sentía—. Jon, me gustaría que vinieras conmigo a navegar. Tu padre amaba el mar y ya nunca podré invitarlo a mi velero, pero a ti sí. Puede ser hoy mismo. Esta tarde. Te ayudará a despejar la cabeza de todo lo sucedido en los últimos días.

Respiré hondo, pero no fui capaz de desterrar el pánico que despertó en mí su propuesta. No necesitaba cerrar los ojos para visualizarme paralizado por el miedo en un velero a merced de las olas.

—No puedo… Me da miedo el mar. No me siento seguro lejos de la costa.

Me sorprendió oírme confesar aquello. Era la primera vez que lo compartía con alguien. Maite acababa de lograr que me abriera en canal. Y no sentí vergüenza. Al contrario: me sentí mucho mejor. Comprendí que admitirlo en voz alta no me hacía más vulnerable,

sino que sentaba la base para comenzar a enfrentar una realidad que me atormentaba.

Ella me observó sin juzgarme.

—¿Y no crees que deberías ponerle remedio? Tienes una mente científica, Jon. Sabes que no es racional y que puedes enfrentarte a ello. Vamos a ganarle la partida a ese miedo. Navegaremos hasta donde tú quieras. No hace falta que vayamos muy lejos hoy, lo justo para que disfrutes y quieras volver a intentarlo. ¿Has visto alguna vez nuestra costa desde ahí fuera? Te aseguro que merece la pena.

—¿Te importa si lo dejamos para otro día? —propuse con los nervios aferrándose con saña a mi estómago—. Hoy estoy agotado y creo que someter mi mente a más tensiones es lo último que necesito.

—Claro. Saldremos el día que estés preparado. Pero cuenta conmigo, de verdad. A los miedos hay que plantarles cara. Solo serás libre el día que los mires a los ojos y les digas que ya no te asustan. Y entonces te arrepentirás de todo el tiempo perdido. Porque hoy es el mar, pero mañana será cualquier otra cosa. El miedo es voraz: si no lo pones a raya, cada día te pedirá un poco más, y los límites de tu mundo serán cada vez más pequeños.

La escuché con atención. No era solo el mensaje, sino la pasión con que lo defendía. Entendí por qué le había ido bien en la política.

—¿No te interesará un puesto de psicóloga? —bromeé—. Puedo hablar con la directora del ambulatorio para que te contrate.

Maite dejó escapar una risa nasal. La seguridad que mostraba se diluyó como por arte de magia.

—Me conformaría con ser capaz de aplicarme todo esto a mí misma. Paso demasiado tiempo leyendo libros de psicología. Y artículos. La teoría me la sé mejor que nadie, pero me falta fuerza para aplicarla. —La política señaló mi teclado—. Ya viste el otro día. Si no tengo cerca mis pastillas, me bloqueo. Me da por pensar que voy a tener una crisis y me vengo abajo.

—No te culpes por tomar antidepresivos. No te avergüences de ello. ¿Acaso lo harías si se tratara de unas píldoras contra la tos? La mente también duele y es algo que debemos normalizar. De todos

modos, esas pastillas que te receté el otro día no son más que un bastón. El trabajo real lo haces tú.

—Qué orgulloso estaría tu padre de ti. —Maite me observaba con verdadera admiración—. Cuando el año que viene deje el Gobierno Vasco y me vuelva a Lekeitio, no dudaré al elegir médico. A mí que me pongan con Jon Aguirre. No se te ocurra marcharte, eh.

—¿Dejas la política?

—Una tiene ya sus años. Me apetece poder pasear cada día por el puerto, ver atardecer desde las marismas del Lea, navegar… Sí, navegar cada día y sin hora de regreso. Mi partido pretende que me presente a la alcaldía de Lekeitio, pero no voy a aceptar. Me jubilo, Jon. Amo este pueblo y sé que necesita a alguien más joven y con energía. Aunque antes de dejarlo me gustaría resolver el problema de convivencia que ha despertado la turismofobia. Por el bien de todos. No solo ha llegado a Lekeitio sino también a otros lugares de nuestra costa. Y quiero que sea mi último servicio público.

—Un objetivo ambicioso —señalé. Visto lo caldeados que estaban los ánimos, quizá jamás lograra jubilarse.

—Un reto —me corrigió Maite—. ¿Qué sería la vida sin ellos?

Sus palabras me hicieron pensar. Una vez más.

—Mañana —dije.

La consejera me miró confusa. ¿A qué me refería?

—Mañana saldré contigo a navegar. —Me sorprendió ser capaz de asegurarlo sin sentir que se abría un abismo a mis pies.

La consejera cerró los ojos para visualizar su agenda.

—Tendrá que ser a primera hora de la tarde. Después tengo la asamblea.

—Hecho —dije tendiendo la mano hacia ella.

Maite me la estrechó.

—¿Y qué buscabas en casa de Aresti? —preguntó una vez que sellamos el acuerdo.

—No lo sé.

—Pero algo buscabas…

Le expliqué que estaba convencido de que tenía que haber algún vínculo entre Lea y el empresario.

Maite me escuchaba, pensativa. De vez en cuando asentía.

—Ambos eran activos importantes en la atracción de visitantes —reconoció—. A Lea la seguíamos con interés desde la Consejería de Turismo. Vendía una costa vasca diferente, alejada de los tópicos de playa y gastronomía. Tenía una manera de hablar que enamoraba. Siempre tan entusiasta… Conseguía que, aunque no te interesaran los pájaros o las nutrias, te quedaras mirando el vídeo hasta el final. Nos vendía muy bien. —Sentí un nudo en la garganta al reconocer perfectamente a Lea en su descripción—. Y José Ignacio… ¿qué podemos decir de él que no se haya dicho ya? Su hotel, el Palacio de Zubieta, es una referencia entre los viajeros que vienen buscando el lujo. Sus pisos tienen otro público, pero aquí hay espacio para los ricos y para quienes no lo son.

—Tú crees que el móvil de sus crímenes tiene que ver con eso —señalé.

Maite se encogió de hombros.

—Cuando solo contábamos con el asesinato de Aresti, estaba segura de ello. Pero ahora que parece que la muerte de Lea pudo no ser un accidente, no lo tengo tan claro. Me surge alguna duda.

—¿Cuál?

La consejera dudó unos instantes. Me dio la impresión de que sabía más de lo que quería admitir.

—No sé… Tampoco quiero hablar de más. Confiemos en la Ertzaintza.

No pude evitar resoplar al recordar al oficial Castaños. Iba a mencionarle mi escasa confianza en aquel tipo cuando Maite agitó el brazo izquierdo para consultar su reloj.

—Madre mía… Llego tarde a una reunión —dijo poniéndose en pie.

Quise seguir la conversación. Pero ella tenía ya la mano en el pomo de la puerta.

—Oye, Jon… —dijo pareciendo recordar algo—. Ven mañana a la asamblea sobre el turismo. Tu presencia ayudará a visibilizar que no es malo que llegue gente de fuera. Si no fuera por ti, este ambulatorio no podría atender también por la tarde. Hace años que no podíamos ofrecerlo por falta de facultativos.

Comprendí que no se le acababa de ocurrir. Quizá el verdadero motivo de su visita fuera hacerme llegar esa invitación.

—Me parece que lo de mi detención no ayuda mucho. Seguro que hay vecinos que hoy se han despertado con la idea de que soy un asesino. La gente necesita poner nombre a sus miedos y la prensa les ha brindado el mío en bandeja.

Maite arrugó los labios y los movió de un lado a otro, pensativa.

—Acude igualmente. Sigues siendo el médico que ha venido a reforzar la atención primaria en la comarca. Y toma la palabra en algún momento. Eres un gran orador. Te ayudará a limpiar tu imagen. Tus pacientes ya saben que eres una buena persona, pero con los demás te vendrá bien darte a conocer. Nadie que te oiga hablar sospecharía de ti. Salta a la vista que eres un buen tipo.

Me reí para mis adentros. Me caía bien Maite, pero era evidente que estaba acostumbrada a mandar y ser obedecida.

—Iré —prometí.

La política me respondió con una sonrisa satisfecha.

—Te veo mañana, entonces. Y… si te animaras a adelantar lo de salir a navegar —indicó antes de cerrar la puerta—, me encontrarás hoy en el muelle a las tres y media.

39

Cuando llegué al mostrador, encontré a Cristina y Nerea cuchicheando.

—¿Qué? —me apremió la administrativa—. ¿Qué quería la Iturri?

—Nada. Cosas de médicos… —respondí restándole importancia.

—Pues habéis estado un buen rato.

—Más de quince minutos —añadió Cristina, apoyada en una fregona.

Me reí. Puede que las adorara y que se hubieran convertido en mi tabla de salvación durante los últimos días, pero su amor por el chisme era inagotable.

—¿Acaso no sabéis que los médicos tenemos obligación de mantener la confidencialidad? —Observé que ambas seguían con los ojos clavados en mí. Tenía que darles algo o no pararían—. Está bien… Me ha invitado a salir a navegar esta tarde.

Cristina parpadeó de manera teatral.

—¿En serio? ¿En su velero? Esa quiere algo contigo.

—Qué va. Dice que conoció a mi padre y que le dio mucha pena cuando se enteró de que había fallecido.

—¿Y vas a ir? —preguntó Nerea.

—Otro día, quizá. Hoy no me animaré. No he pegado ojo y necesito una buena siesta. —Evité confesarles que lo hacía por no enfrentarme a los fantasmas que el mar despertaba en mi cabeza.

—Dale mi número, que ya voy yo —bromeó Cristina. Movía la fregona de vez en cuando para guardar las apariencias.

—Pues yo, ni regalado —bufó Nerea—. Con la Iturri no iría ni hasta esa puerta.

—A mí me parece una mujer agradable —discrepé.

Nerea resopló.

—¿Agradable? Tendrías que haberla visto hace media hora. He intentado pasarla con la doctora Bescós, que tenía un hueco libre, pero se ha negado. Que con la Bescós no quería saber nada, que tenías que verla tú. Y ahí, erre que erre. Como si tuviera derecho a elegir. En su ambulatorio de Vitoria será así, pero aquí, si viene con una urgencia, la atiende quien yo considere. Pues nada, que a ella solo la veía el doctor Aguirre. Por sus ovarios. Hasta que no he cedido, aquí la he tenido, dando voces y pidiendo ver a un superior.

—Porque quería hablar conmigo —la excusé—. Había visto lo de mi detención y quería saber qué había pasado.

—Pero esto es un ambulatorio y tenemos normas que cumplir, seas quien seas. Si quiere tomarse una caña contigo o invitarte a su velero, me parece genial, pero no puede presentarse aquí y ponerse a exigir como si todo fuera suyo.

—Siempre ha tenido fama de dura —me aclaró Cristina—. Cuando era concejala de Lekeitio la llamaban la Dama de Hierro.

—Es verdad —recordó Nerea—. La Thatcher de Lekeitio.

El teléfono sonó con insistencia y la obligó a volver a su sitio.

—Centro de Salud de Lekeitio, dígame… —saludó descolgando el auricular—. No, lo siento. Para ese trámite tiene que rellenar un impreso en el mostrador… Sí. A mí también me gustaría que se pudieran realizar estas cosas por internet, pero no soy yo quien lo decide… De acuerdo, aquí la esperamos… Estamos hasta las dos… Agur.

—¿Otra más? —se interesó Cristina.

Nerea me lanzó una mirada cargada de preocupación.

—Tenemos un problema, Jon. No paran de llamar usuarios para pedir un cambio de médico. Después de verte en las noticias como sospechoso de asesinato ha cundido el pánico.

—Díselo al oficial Castaños. No fui yo quien filtró a la prensa mi detención. ¿Y qué vas a hacer? Bescós y Azkue no dan abasto con sus pacientes.

—Lo he hablado con la directora —indicó Nerea—. No vamos a conceder ningún cambio.

—Pero están en su derecho.

—Más o menos. La ley dicta que los usuarios pueden elegir el facultativo que los atienda, pero hay letra pequeña: podrán hacerlo siempre que los cupos de pacientes de otros médicos no se encuentren completos.

Dejé escapar un suspiro.

—No me gusta que tengan que quedarse conmigo por obligación.

—Tampoco es para tanto —le quitó importancia Cristina, que estaba terminando de fregar la recepción—. En un par de semanas lo habrán olvidado todo. El mundo va muy deprisa.

—Ojalá estuviera tan seguro —deseé mientras recordaba la víspera, junto al faro—. Itziar ya me advirtió de que sucedería esto.

—¿Ella también estaba en comisaría? —preguntó Nerea, sorprendida.

—No. Ella es policía local. A mí me detuvo la Ertzaintza. Pero ayer por la tarde se acercó a verme.

—Creía que estaba enfadada contigo.

—Eso ya está arreglado. Y parece que le ha arrancado a Jokin la promesa de que dejará la pesca furtiva.

—Desconfía, Jon —me recomendó Nerea—. Lo que quería la inspectora era saber qué habías contado a la policía. ¿No ves que, según lo que dijeras, su hermano podía acabar metido en un buen lío? ¿Por qué no le preguntas dónde estaba Jokin cuando alguien intentó asfixiarte en casa de Aresti? O mejor aún: ¿dónde estaba ella?

—Sí, ¿dónde estaba la inspectora el domingo por la tarde? —remató Cristina colocando un cartel de SUELO MOJADO.

Lo peor de todo era que yo mismo había pensado en esa posibilidad. Sin embargo, tenía la impresión de que mi encuentro con Itziar a la luz del faro había sido sincero. Mucho más que cualquiera de los anteriores.

Fue entonces cuando se abrió la puerta de la calle.

Era Margarita, una de mis pacientes. Su hipertensión la traía cada jueves a consulta. Revisábamos las constantes, ajustábamos la medicación, hablábamos un poco de sus nietos…

Me sorprendió verla allí un martes por la mañana.

Iba a acercarme para preguntarle si se encontraba bien, cuando vi que se dirigía directamente hacia Nerea.

—*Egun on.* He llamado a primera hora. Vengo a… —La mujer se detuvo al verme y esbozó una sonrisa incómoda. Bajó la voz y no alcancé a oír el resto de sus palabras.

Vi que Nerea abría un cajón y le entregaba un formulario.

Mientras lo rellenaba, mi compañera dirigió la mirada hacia mí y asintió con gesto grave.

Una nueva usuaria que acudía a solicitar el cambio de médico.

40

Las tres y cuarto de la tarde.

Faltaban solo unos minutos para que Maite se hiciera a la mar. Necesitaba hablar con ella. No lograba sacudirme de la cabeza esas dudas que había mencionado sobre los asesinatos. Sabía algo. Era evidente. El precio a pagar, sin embargo, era vencer al miedo y subir a su velero.

La meteorología no me ayudaba.

Desde el mediodía, una bruma espesa se había adueñado de todo. Lekeitio parecía borrado del mapa. Nunca lo había visto así. Y si ya me imponía el mar en calma, imaginarlo oculto bajo aquella niebla me helaba la sangre.

Empujé la puerta del Muga y una bocanada de aire húmedo entró conmigo.

Me sorprendió ver a Lourdes detrás de la barra.

—Cierra, hijo. Cierra. Que todavía entrará la bruma —me apremió la pescadera.

—¿Y Alberto?

—Se ha ido al monte. A sacar fotos.

—Si no se ve ni a un palmo.

—Eso le he dicho yo, pero quiere una foto de las cimas flotando sobre la niebla. Un mar de nubes, ya sabes. Él y la fotografía… —Lourdes resopló—. Mira que en su día intenté que se apuntara a algún curso. Pero nada, lo de estudiar nunca ha ido con él. Y es una pena porque tiene mano. ¿Sabías que esas de ahí son suyas? —Señaló las cuatro imágenes que decoraban la pared del fondo: una anciana remendando una red, un pescador descargando una caja de la bodega de su barco, un pastor con su rebaño de ovejas…

—Son muy bonitas —admití. No mentía. Eran fotografías que transmitían vida. Alberto tenía una sensibilidad especial cuando

cogía la cámara.

—A mí me sacó muy guapa en mi puesto. Por sorpresa. Sin posar. La tengo arriba. Luego, si quieres, te la bajo. —Se volvió hacia la cafetera—. ¿Café?

—Uno solo.

—¿Azúcar o sacarina? —preguntó cuando lo tuvo listo.

—Nada.

Lourdes arrugó la nariz.

—Vaya modas… El café se ha tomado siempre con azúcar. Me lo bebo yo sin nada y me da un perrengue.

—Te acostumbras. Prueba un par de días y verás que al tercero no quieres ni oler el azúcar. Y le estarás haciendo un favor a tu cuerpo. No son solo las calorías. Es evitarle al organismo unos picos de glucosa y de insulina que no necesita.

—Ya se os pasará la tontería… ¿Qué te sucede con el reloj? —preguntó girándose a mirarlo—. No le has quitado ojo desde que has entrado. ¿Está mal la hora?

No pude evitar sonreír. Qué gran observadora era Lourdes. Detrás de su verborrea implacable se escondía una mirada a la que no se escapaba nada.

Iba a explicarle que Maite Iturri me había invitado a su velero, cuando una voz me sobresaltó. Venía de detrás de la máquina de tabaco.

—Todas las horas golpean al hombre. La última lo envía a la tumba.

Me aparté de la barra para ver de quién se trataba, aunque el acento me había dado una buena pista. Era Claudio, el italiano.

—¡Madre mía! Para decir según qué mejor no abrir la boca —lo regañó Lourdes.

—¿Acaso no es verdad? —se defendió el buscador de tesoros—. Lo vi escrito junto al reloj de una iglesia. En Sara. Y menuda razón tiene.

Di un trago al café.

—Creía que estábamos solos —dije en voz baja.

Lourdes asintió.

—A mí ya se me había olvidado que estaba ahí, leyendo. Llevará más de una hora con un café. —Señaló el reloj antes de recuperar su tono habitual—. Todavía no me has dicho por qué estás pendiente de esas agujas.

Le conté lo de la invitación a navegar.

—Me quedan solo cinco minutos para decidir si voy con ella o no.

La pescadera se dirigió a la única ventana del Muga. Se abría a unos muelles donde apenas lograba dibujarse la silueta espectral de un pesquero.

—¡Jesús! ¿Con este tiempo? Chico, ya podría invitarte un día de sol. Todavía os estamparéis contra las rocas. —Lourdes puso los brazos en jarras y me dedicó una mirada ladeada—. ¿Y desde cuándo te codeas tú con la alta sociedad de Lekeitio?

—Conocía a mi padre. Y parece que lo tenía en buena estima.

La pescadera asintió con una mueca nostálgica.

—Tu padre, que en paz descanse, era un buen abogado. Esto es un pueblo y no teníamos de eso. Muchos aprovechaban vuestras visitas para pedirle favores. No paraba el pobre. Solía decir que en vacaciones trabajaba más que en Madrid.

—Le gustaba mucho su trabajo.

—Hay que valer para eso. A mí dame todo el pescado que quieras para despachar, pero enterrarme en libros y papeles me mataría. —Ahora fue ella quien consultó la hora—. ¿Y qué piensas hacer?

—Me quedo contigo —respondí sin dudar. Si me sentía inseguro saliendo a navegar con un sol radiante, la niebla no iba a ayudar a contagiarme serenidad. Quizá pudiera abordarla a su regreso.

—Bien hecho, hijo. Mira, me pondré un café y así te acompaño —dijo girándose hacia la cafetera—. ¿Quieres otro? Invita Alberto.

—No, todavía me queda media taza. ¿Y esta niebla es normal?

—Bastante. En primavera es más frecuente, pero a veces nos visita también en invierno. Nos la envía el mar. Llega como una ola. Desde el paseo de la Tala la ves acercarse y parece un tsunami a punto de devorarlo todo.

—Y vaya si lo devora —ratifiqué—. No se ve más allá de tu propia nariz.

Ajeno a nuestros comentarios, Claudio recogió sus trastos y se dirigió a la puerta.

—*Ciao* —dijo al pasar a nuestro lado.

—Hasta mañana, majo —le despidió la pescadera, que se quedó mirando cómo se perdía en la niebla. Después se giró hacia mí—. Es muy raro este hombre, ¿no crees? Todo el día con su detector de tesoros y su pala plegable… Nadie viene desde el otro extremo del mundo para buscar monedas en la playa. Y no trates de arrancarle una palabra, no. A lo sumo te soltará uno de esos versos como el que ha dedicado al reloj.

Italia no era precisamente el otro extremo del mundo, pero Lourdes tenía razón: Claudio era peculiar.

—¿Irás mañana a la asamblea que ha montado la Iturri? —me preguntó, olvidando al italiano.

—Creo que sí.

—Alberto también. Yo me quedaré aquí. Alguien tendrá que atender esta barra… Pero tampoco esperéis gran cosa. Me huele a lavado de cara más que a búsqueda real de soluciones. El mal ya está hecho. ¿Qué van a proponernos? Tendrían que comenzar por anular todas esas licencias que han permitido destinar pisos al alquiler turístico. Y eso no lo van a hacer. Partiendo de ahí, todo lo que hagan serán parches.

Asentí sin saber qué añadir.

La situación a la que se enfrentaba Lekeitio no era nueva para mí. La había sufrido en Madrid, donde barrios enteros del centro habían sucumbido al turismo descontrolado, expulsando a sus vecinos hacia barrios contiguos en los que poco tiempo después volvían a aparecer las maletas cada fin de semana, los cajetines para llaves en los portales y los bares como el Muga acababan sirviendo torreznos y calamares en pan bao. Un virus extremadamente contagioso y muy difícil de combatir.

—Te ha quedado muy rico el café, Lourdes —dije dejando la taza en la barra. No tenía ganas de seguir hablando del tema del turismo.

La pescadera cogió un paquete que tenía cerca y leyó la etiqueta.

—Cafés Cestero —leyó antes de entregármelo—. Hace meses que Alberto se pasó a este. Lo tuesta una chica, en Oñati. Lo trae ella

misma. Es graciosa, toda llena de tatuajes. —Bajó la voz como quien se dispone a contar un secreto—. Parece ser que era policía, pero que lo dejó por el café… Algo le pasaría, porque la gente no deja un buen trabajo porque sí. —Lourdes devolvió el paquete a su balda y su voz recuperó el volumen normal—. Es más caro que el que teníamos antes, pero dice Alberto que la gente agradece que no le des cualquier cosa. Y yo no soy quién para decir nada, que lo mío es el pescado. —Señaló el bolsillo de mi chaqueta—. Te están llamando.

Era un tono de WhatsApp.

—Luego contesto.

—Haz el favor de mirarlo —protestó ella—. A ver si va a ser tu madre.

Me reí mientras sacaba el móvil del bolsillo, pero el nombre que leí en la pantalla me congeló la sonrisa.

No te mereces lo que cuentan las noticias.
Se demostrará que eres inocente. Estamos contigo.

Era el padre de Sofía.

Sus palabras quemaban. Hablaban de un apoyo que sabía sincero, igual que todos los mensajes que siguieron a la muerte de su hija.

Me sentía un estafador.

Levanté la mirada hacia Lourdes. Estaba ahí enfrente, diciéndome algo, pero yo no la escuchaba.

—Que si estás bien —insistió la pescadera—. ¡Jesús! Vaya cara… Se diría que se te ha aparecido un muerto.

Traté de esbozar una sonrisa al tiempo que respondía que sí, que todo iba bien.

—Tu madre está preocupada por ti. ¿Cómo se te ocurrió colarte en casa de Aresti?

Me encogí de hombros. ¿Qué podía decirle?

—Quería saber qué podía haber llevado a alguien a matarlos a Lea y a él.

Ella negó con la cabeza mientras recogía las tazas.

—Deja eso, Jon. Olvídalo. Para algo está la policía. Tú eres médico. ¡Un buen médico! Tenías a la gente muy contenta contigo.

Ese verbo en pasado no se me escapó. Sonaba fatal. Dolía más que cualquier acusación.

—¿Tenía?

Lourdes asintió con gesto serio.

—¿Qué esperabas? Has salido en las noticias como si tuvieras algo que ver con los crímenes. La gente está preocupada. Lekeitio era un lugar muy tranquilo. Aquí nunca pasaba nada y de repente nos hablan de un asesino en serie. ¿Quién mejor que alguien llegado de fuera para colgarle el sambenito? Yo sé que tú no has hecho nada, pero la gente no te conoce como yo, desde que eras así. —Lourdes dibujó con la mano la altura de un niño de unos pocos años de edad —. No debiste entrar en la casa-torre. En mala hora se te ocurrió hacerlo. Ahora solo te queda rezar para que den pronto con quien los mató y sacudirte así de encima todas estas dudas.

La pescadera hablaba con conocimiento de causa. Por su puesto pasaban las noticias más frescas, aquellas que los diarios no se atrevían a publicar. El tribunal de la opinión pública dictaba sus sentencias mientras ella destripaba salmonetes y guillotinaba merluzas recién llegadas de la lonja y sin rastro de anisakis.

—Si hablas con mi madre dile que estoy bien —le pedí cogiendo los cambios de la barra.

—No lo estás —me corrigió ella.

—Da igual. Tú dile que sí. ¿O prefieres hacerla sufrir?

—No, claro que no. Pero tienes que cuidarte.

Mi mirada recaló una vez más en el reloj. La aguja larga había dejado atrás la hora de la cita. Maite se habría hecho ya a la mar. Mi última oportunidad de acompañarla esa misma tarde acababa de evaporarse.

—Voy a cuidarme, Lourdes —dije tratando de creerme mis propias palabras.

—Y no vas a hacer más tonterías —dijo ella saliendo de la barra—. Promételo.

—Prometido. —Tan pronto como lo dije supe que no iba a ser capaz de cumplirlo.

Pero para la pescadera fue suficiente. Era lo que necesitaba oír.

Me acompañó a la puerta y me dio un largo abrazo.

Afuera, la bruma seguía tragándose el mundo en silencio.
—Cuídate, hijo. Cuídate mucho.

41

La niebla no comenzó a disiparse hasta que la noche llamó a las puertas de aquel martes de febrero. Los primeros en dibujarse fueron los diques del puerto. Poco a poco les siguió el mar, apenas unas pinceladas oscuras a través de la cortina lechosa.

Me puse en pie. La humedad se me había colado en los huesos y las piernas protestaron al recuperar el movimiento.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? Sentado en las escaleras de piedra que descendían a la dársena, sin más compañía que el frío y el reproche de no haber tenido valor para subirme al velero de Maite. Me prometí que al día siguiente lo haría. No podía permitir que el miedo siguiera imponiendo a mi mundo unos límites cada vez más estrechos.

—Sua —murmuré.

El pobre llevaría horas esperándome. Tenía que sacarlo a pasear.

Al llegar, me ladró desde el otro lado de la ventana. Seguro que se había pasado media tarde con el hocico pegado al cristal; bastaba ver las babas que empañaban el vidrio.

Abrí la puerta y se lanzó feliz a darme la bienvenida.

—Tienes razón. He tardado mucho —admití cogiendo su correa y una pequeña bolsa de plástico—. Vamos a estirar esas patas, anda.

Nos dirigimos hacia el faro. Allí, entre las ruinas de la maderera clausurada y las campas que caían hacia el Cantábrico, podía correr libre.

La lámpara de la torre de luz estaba encendida a pesar de que el cielo apenas había comenzado a apagarse. Sus destellos se percibían entre los jirones de niebla que se resistían a retirarse.

Sua no tardó en dar con un palo. Lo dejó a mis pies y lo observó impaciente, las patas inquietas, como si el suelo ardiera bajo ellas.

Tomé impulso, fijé la vista en un punto del prado y lo lancé con todas mis fuerzas.

—Maldita sea… —Me eché a reír al ver que había fallado de lleno.

Sua observó las zarzas donde había caído su juguete.

—Déjalo. Buscaremos otro. —No había terminado de decírselo cuando saltó a los arbustos. Lo perdí de vista durante algo más de un minuto, pero las plantas se agitaban a su paso y delataban su posición.

Cuando por fin emergió de aquel laberinto vegetal con el palo en la boca, estaba empapado.

Lo dejó a mis pies y…

—Ni se te ocurra, Sua. En serio, ni lo pienses —murmuré, dando un paso atrás.

No me dio tiempo a terminar la frase. Se sacudió, lanzando gotas en todas direcciones.

—¡Nooo! —protesté, secándome la cara con la manga de la cazadora—. ¿Es una venganza por mi puntería?

Sua ladró y dio un par de saltos alrededor del palo. No escuchaba nada. Solo quería otra ronda.

Era incansable.

—Vale, vale… Ya voy. No seas tan impaciente.

Esta vez lo lancé más cerca. No estaba dispuesto a que se perdiera de nuevo entre la maleza.

El perro salió disparado a por él y, antes de que pudiera darme cuenta, estaba de regreso con el bastón entre los dientes. Iba y venía sin dejarme un segundo para recuperar el aliento.

—¿Cómo lo haces para no cansarte nunca?

Me alegró ver que no cojeaba. La herida ya no le molestaba.

Cuando, después de unos cuantos lanzamientos más, levanté la vista, me di cuenta de que la bruma se había deshecho casi por completo. El mar, que hasta hacía un momento se confundía con el cielo, volvía a desplegarse en toda su inmensidad.

Pensé en Alberto. Esos jirones de niebla danzando sobre un Cantábrico en calma habrían cautivado a cualquier amante de la fotografía. El faro encendido, el horizonte teñido del rojo del

crepúsculo y algunas chipironeras faenando completaban una instantánea digna de enmarcar.

No pude resistirme: saqué el móvil del bolsillo para inmortalizar el momento.

Me sorprendió comprobar que tenía un mensaje. No había oído la notificación.

Era un arcoíris del que brotaban unas manos extrañas, abiertas en un abrazo imposible. A sus pies, el mensaje: «Todo saldrá bien».

Mi madre, claro. Le seguía una receta de perritos calientes de salmón. Cocina saludable en tres minutos, otro de sus clásicos.

Le respondí con un corazón y abrí la cámara. La pantalla exageraba los colores, los volvía casi luminosos. Mentía.

Igual que yo.

Mi mente viajó hasta Madrid. A una carretera solitaria entre Lozoya y Navafría.

Apreté los dientes para no gritar. Aquel recuerdo me seguía desgarrando por dentro. Poner kilómetros de por medio no había solucionado nada. Al contrario: la muerte de Sofía me torturaba cada día con más fuerza.

Su familia merecía saber la verdad.

Busqué el número de su padre entre mis contactos. Nos conocíamos desde hacía cuatro o cinco años, desde que Sofía y Lola habían empezado a competir en bicicleta y las carreras se habían convertido en el pan nuestro de cada domingo. Para mi hermana y mi cuñado era imposible dejar el restaurante sin atender, así que solíamos ser Mónica y yo quienes acompañábamos a Lola. Y casi siempre acabábamos tomando el vermut con los padres de Sofía.

Ahí estaba su número.

Me disponía a pulsar el botón de llamada cuando una sirena lejana me devolvió a Lekeitio.

Sua también la oyó: dejó de escarbar, alzó el hocico y sus orejas se erizaron.

—No pasa nada —le aseguré, dándole unas palmadas en el lomo cuando vino hacia mí, ladrando inquieto.

El sonido se acercaba deprisa. Era un coche patrulla. Cada segundo se percibía con más intensidad, hasta que finalmente sus

luces azules se colaron entre los árboles de la carretera de Gernika.

Todavía no había alcanzado las primeras casas de Lekeitio cuando aparecieron otros dos vehículos policiales. Seguían la estela del primero a toda velocidad.

Las sirenas herían la tarde sin compasión alguna.

Aquello no pintaba bien. Un despliegue así solo podía anunciar algo grave.

Los vi dejar atrás el puerto y avanzar hasta el puente sobre el Lea.

Fue allí, a caballo entre las marismas y la playa, donde detuvieron su marcha.

—Goiko… —murmuré en voz queda.

El patrón pasaba los días en su astillero, entre lijas, maderas y la ilusión de devolver la vida a la trainera en la que había sido feliz.

Sua también lo intuyó. Se plantó a mi lado, muy quieto, con la mirada clavada en aquellas luces azules que oscilaban sin descanso. Apoyó la cabeza en mi pierna y dejó escapar un quejido leve.

—Sí, muchacho —dije tragando saliva—. Ha vuelto a suceder.

42

Cuando llegué al puente que salvaba el Lea, la noche había caído sobre Lekeitio.

Decenas de curiosos se agolpaban tras la cinta de plástico que bloqueaba el paso, impidiendo que nadie avanzara más allá.

Susurros, móviles alzados, miradas inquietas.

Me abrí paso entre ellos, intentando atisbar algo.

Las luces intermitentes de los coches patrulla bañaban el viejo astillero de ribera con sus tonos fríos. Ahí estaba la trainera y también algunas herramientas de Goiko. Descansaban a la espera de que el viejo patrón regresara a continuar su trabajo.

Pero no se percibía movimiento alguno.

—¿Qué ha pasado? —pregunté acercándome a Lourdes, que ocupaba una de las primeras filas.

La pescadera me apoyó una mano en el hombro. Su gesto decía más que sus palabras.

—Ay, hijo… —murmuró con voz temblorosa—. La Iturri… La han encontrado en su velero.

Me llevé las manos a la cara.

—No —balbuceé dando un paso atrás.

Me giré hacia la playa.

A pesar de la oscuridad reinante, observé un barco varado muy cerca de nosotros.

Las linternas de los ertzainas se movían en torno a la embarcación, recortando su silueta con destellos nerviosos. También se veía gente en el interior de su cabina.

Tenía que tratarse de una pesadilla. Aquello no podía estar ocurriendo.

—Se están pasando. Una cosa es protestar en paz y otra esto —oí a alguien.

Otro intervino para decir que detrás de esos sucesos no había ningún movimiento vecinal, que solo podía ser cosa de algún psicópata.

Me pareció que algunas miradas recalaban en mí. Entre ellas la del oficial Castaños, al que no vi acercarse hasta que lo tuve prácticamente encima.

—¿Qué hace aquí? —preguntó sin saludos.

Me encogí de hombros. A mi alrededor había al menos medio centenar de vecinos haciendo exactamente lo mismo que yo: intentar enterarse de qué demonios había pasado.

—Lo mismo que ellos —respondí.

—Al menos hoy no lo hemos encontrado inspeccionando el cadáver, como las anteriores… —Castaños levantó la cinta de plástico con gesto brusco—. Pase. Venga conmigo. Me ha ahorrado el viaje hasta su domicilio.

Un murmullo se extendió entre los curiosos conforme acompañaba al ertzaina hasta la parte central del puente, convertido de pronto en un humilladero implacable.

Si Castaños pretendía dejar claro que sus sospechas recaían en mí —y solo en mí— lo estaba consiguiendo con creces.

—¿Dónde ha estado hoy por la tarde?

—Paseando —respondí, sin más. ¿Qué iba a decirle? ¿Que apenas había dado unos cuantos pasos tras salir del Muga y me había sentado a la orilla del muelle a dejar volar el tiempo con la esperanza de que se llevara consigo mi frustración?

—Y habrá estado solo, claro.

—Sí.

—¿No cuenta con nadie que pueda corroborarlo? Debería haber pensado una coartada mejor.

Sentí una punzada de indignación, pero me contuve. Maite Iturri, la mujer que me había invitado a navegar con ella, estaba muerta a solo unos metros de nosotros.

—He estado en el Muga hasta alrededor de las cuatro de la tarde. Lourdes podrá confirmárselo —dije señalándola.

El oficial me observó en silencio.

—Sabemos que esta mañana ha estado con la víctima. Hay testigos que la han visto con usted en el ambulatorio.

—Hoy he atendido a veintitrés pacientes. Maite ha sido uno de ellos, en efecto.

—Ya le dije que no creo en las casualidades —indicó el oficial—. Tres asesinatos, y en todos ellos aparece su sombra aquí o allá. Me va a obligar a seguirlo veinticuatro horas al día.

—Esto es Lekeitio. Si pregunta a cualquiera de ellos —argumenté señalando a los vecinos que asistían a nuestra conversación desde la distancia—, comprobará que podría vincular a todos, de uno u otro modo, con las víctimas.

—Quizá, pero usted es médico.

—¿Y qué tiene eso que ver? —No entendía adónde quería llegar Castaños.

—Eso le permite saber perfectamente dónde golpear a una persona para causarle la muerte.

Protesté. No tenía ningún sentido. Cualquiera sabía que un golpe suficientemente fuerte como para romper el cráneo de una persona acabaría con su vida.

—Un solo golpe bastó en los tres casos para matarlos. Uno nada más. Certero —explicó el oficial dándose una palmada en la cabeza —. El forense ha sido muy claro. Estamos ante un arma homicida contundente, pero también ante alguien que sabe cómo emplearla.

Castaños me dio la espalda para apoyarse en la barandilla. Una bolsa para el traslado de cadáveres había emergido de la cabina del velero. La portaban dos hombres por los extremos.

Reconocí junto a ellos al juez de guardia que me había tomado declaración durante mi detención. Otro tipo, con un maletín discreto en una mano y una libreta en la otra, se adelantó unos metros.

—¿Tenemos hora? —le preguntó el oficial cuando lo tuvo a tiro.

El forense alzó la mirada hacia el puente.

—A simple vista, y con todas las cautelas, diría que ha muerto a media tarde. Entre las cuatro y las seis. Seré más preciso cuando haya realizado la autopsia.

El ertzaina se volvió hacia mí.

—¿Y dice que ha salido del Muga a las cuatro? Después de eso no tiene coartada —planteó con una mueca—. ¿Le importa que echemos un vistazo a su domicilio? Si lo prefiere puedo solicitar una orden al juez.

Suspiré mientras negaba con la cabeza.

—Haga lo que quiera. No tengo nada que ocultar.

43

Me dejé caer en el sofá. Tenía ganas de llorar.

Castaños y sus compañeros habían estado más de una hora registrando mi casa.

Los vi comprobar si el contenido de los productos de limpieza que guardaba bajo el fregadero se correspondía con lo que indicaba su etiqueta. Deduje por sus comentarios que Maite había sido atacada con un espray de pimienta, similar al empleado para dejar fuera de juego a Aresti antes de asestarle el golpe mortal en la cabeza.

Los armarios donde guardaba la comida también fueron revisados a conciencia.

Y el horno.

Y la nevera.

Ahora, por fin, se habían marchado, pero no se habían llevado consigo la impotencia y la rabia que me quemaban por dentro.

Busqué a Sua con la mirada. Era extraño que no hubiera corrido a tumbarse a mi lado.

—¿Sua? —llamé.

Oí sus patitas viniendo de la cocina.

—Ay, pobre… —exclamé al verlo llegar con su cuenco en la boca. Con todo el trajín se me había olvidado su cena—. ¡Perdona! Ven conmigo, anda.

No hacía falta que se lo dijera. Llegó antes que yo a la cocina y se puso a ladrar a la nevera. Sabía que lo guardaba allí.

—Ya va. Ya va… —le dije sacando la cazuela de arroz con pollo. Le serví una buena ración.

El perro acercó el hocico al plato, pero en lugar de probarlo se apartó estornudando.

—No te creo… No puedes ser tan señorito. ¡A mediodía te ha encantado!

Cuando lo vi repetir el gesto, supuse que no le gustaba tan frío.

—Está bien, ya te lo templo un poco —dije suspirando.

Lo introduje en el microondas y conté hasta veinte. No quería pasarme. Tenía comprobado que caliente tampoco le gustaba.

—¿Lo aprueba ahora el señor marqués? —le pregunté cuando volví a servírselo en el cuenco.

No perdió el tiempo en responderme. Lo devoró con deleite. Al paso que íbamos, antes de terminar el mes estaría comprándole solomillo y preparándolo con crudités de verduras variadas…

Me acerqué a la ventana. Llovía. El atardecer rojizo que había tomado el testigo a la niebla no había traído consigo una noche estrellada. Pero al menos no hacía viento.

Eso reduciría las posibilidades de volver a quedarme sin electricidad.

La compañía había reparado el tendido a primera hora de la mañana. La caída de un poste había sido la causante del corte en el suministro.

Todo apuntaba a esta que sería una noche tranquila.

Sin embargo, sabía perfectamente que no iba a ser capaz de pegar ojo.

Alguien había asesinado a Maite en el velero donde yo mismo había estado a punto de embarcar.

—¿Qué hubiera pasado? —pregunté en voz alta.

Sua levantó la cabeza un instante, pero enseguida volvió a centrarse en su cena.

Quizá la presencia de un segundo tripulante habría disuadido a su atacante y Maite seguiría viva. O quizá ahora fuéramos dos los muertos. Supongo que entonces mi inocencia habría quedado demostrada al fin.

Un estremecimiento me hizo apartarme de la ventana y regresar al sofá.

Sua no tardó en apurar hasta el último grano de arroz. Después corrió a tumbarse a mi lado. Apoyó la cabeza en mis piernas y bostezó a gusto cuando le acaricié el lomo.

Era reconfortante sentirlo tan cerca.

Muy reconfortante.

Hasta que comenzó a gruñir.

—No empecemos, Sua. Por favor… Hoy no —le rogué abrazándolo —. Es la lluvia. Hace ruido al chocar contra el cristal. Nada más.

El perro volvió a descansar el hocico en mis piernas, pero apenas habían pasado unos segundos cuando saltó al suelo y se dirigió ladrando hacia la puerta.

Cerré los ojos y deseé con todas mis fuerzas que aquello no estuviera sucediendo.

—Otra vez no —mascullé con las manos en la cara.

Pero los ladridos no cesaban.

Unos nudillos golpearon la puerta.

Maldije por lo bajo al recordar que no había mirilla.

Me dirigí a la ventana más cercana a la puerta y aparté la cortina.

Estaba oscuro fuera, pero me pareció entrever un impermeable amarillo.

Sí. Había alguien ahí.

Todavía dudaba entre abrir o no hacerlo cuando el visitante dio un paso atrás y se giró hacia la ventana.

—Goiko —murmuré reconociéndolo.

—Ya le ha costado… —protestó en cuanto le abrí—. Lo tenía por más hospitalario.

El anciano se despojó de su impermeable y lo colgó del perchero.

—¿Qué hace aquí a estas horas? ¡Y lloviendo! —exclamé.

No respondió. Con el viejo patrón los tiempos los marcaba él.

—¿Ya no corre? Hace días que no se acerca por el río.

—No. Estoy cansado. Ya volveré —mentí abriendo la nevera—. Puedo ofrecerle una cerveza. O vino tinto. No tengo mucho más. No esperaba visita.

—Un vaso de agua, si acaso. —Goiko se volvió hacia Sua, que se había acercado a saludar—. Este chucho no debería vivir en una casa. Es un perro pastor. Necesita monte para correr libre. Tiene que volver usted a sus carreras matinales.

—Estoy buscándole un hogar. Yo no puedo quedármelo.

Goiko se acercó a la ventana y observó algo en silencio. La luz intermitente del faro iluminó su rostro.

—Está muerto y no lo sabe —murmuró en voz queda.

—¿Quién? —pregunté sobresaltado.

—El faro. El de Santa Catalina y todos los demás. La tecnología los ha matado. Ya nadie los necesita para saber en qué punto del mapa se encuentra. Siguen fieles a nosotros, con sus destellos y sus ocultaciones, pero no saben que ya solo los miran los románticos. —El viejo patrón sacudió la cabeza—. Todo cambia demasiado rápido en estos tiempos. Y lo pagarán los que vienen detrás… ¿Le digo yo por qué no corre? —planteó girándose hacia mí—. Tiene miedo. Y no lo culpo. Con lo que está pasando, yo también me lo pensaría dos veces antes de andar solo por ahí.

—Pues acaba de venir caminando desde el pueblo —observé.

Goiko me dedicó una mueca socarrona.

—Nadie mataría a un tipo de mi edad. ¿No ve que es una pérdida de tiempo? ¿Para qué iba alguien a esforzarse si la parca vendrá cualquier día a hacerle el trabajo?

Sus palabras me sacaron una sonrisa.

—Usted no ha venido por dar un paseo —le dije sin rodeos.

—No, claro que no. Necesitaba hablar con usted. —Goiko volvió a dejar vagar la mirada por la ventana—. Tiene unas bonitas vistas desde aquí. Tendría que haber visto estos acantilados cuando era día de regata. No cabía un alfiler. Los ánimos de quienes se apostaban aquí nos llegaban como si estuvieran a bordo de nuestra propia trainera. No diré que nos llevaban en volandas, porque había que remar, pero ayudaba. ¿Cómo no va a hacerlo saber que tienes en tu mano el honor de todo un pueblo?

Asentí en silencio. No quería interrumpirlo ni empujarlo a continuar navegando en sus recuerdos. Necesitaba saber qué era aquello que lo había traído hasta mi casa cuando hacía solo unas horas que Maite Iturri había sido asesinada.

—Ha sido usted quien la ha encontrado —comprendí de pronto. El barco estaba varado muy cerca de su astillero.

Goiko asintió levemente mientras se apartaba de la ventana.

—Estaba trabajando en mi trainera cuando me fijé en su velero. Venía a la deriva, en medio de la niebla. Tendría que haberlo visto… Un barco fantasma. Me dije que se habría soltado por accidente. A veces sucede. Un golpe de mar, un cabo mal amarrado… El viento

del norte lo arrastró hasta la desembocadura del Lea. Encalló. Si la marea llega a estar más alta se hubiera estrellado contra el puente. —El anciano se detuvo. Suspiró esbozando un mohín—. Me acerqué a echar un vistazo y…

—Y la encontró muerta.

—Pobre mujer. Estaba tirada en la cabina, como un trapo viejo. Tenía un caramelo de goma entre los labios. Vaya broma de mal gusto. La radio dijo que en el cadáver de José Ignacio Aresti también apareció uno.

—Un mingorri —maticé—. Al lado de Lea también encontré uno de esos.

—A mi nieto le encantaban —recordó Goiko con una sonrisa—. Nunca quería pegárselos al demonio. Prefería comérselos. Me hacía acompañarlo a la iglesia para cumplir el ritual, pero el muy bandido siempre acababa zampándoselos.

—¿Por qué lo hace? ¿Qué cree que quiere decirnos el asesino con ese dulce?

El anciano se encogió de hombros.

—Eso se lo dejo a la policía. O a usted. —Se dirigió a la mesa del comedor y se sentó en una silla—. Pero la forma de matarlos me ha hecho recordar algo. Siéntese. Tengo algo que contarle. Si no me equivoco, a los tres los han matado de un golpe en la cabeza.

—Así es.

Goiko entrelazó las manos sobre la mesa y las observó fijamente.

—Hace años, muchos años, conocí a una mujer. Era italiana, de Cerdeña. Sé que servía en una casa, pero nada más. Ha pasado tanto tiempo que tendrá que perdonarme que los detalles sean tan poco precisos… Además, eran días complicados para mí. No estaba en el ambulatorio por capricho. No. Mi madre, que en paz descanse, agonizaba en casa. La enfermedad la había devorado durante tres años que no se los deseo ni a mi peor enemigo. —Hizo una pausa para aclararse la voz—. Y entonces apareció ella. Morena, de pelo y de piel. Con unos ojos tan negros como jamás he visto otros. —El anciano se llevó un dedo a la cabeza—. Han pasado cuarenta años y conservo su mirada aquí grabada. Era mayor que yo, aunque tampoco sabría decirle cuánto.

Hizo una pausa para apurar su vaso de agua.

—Ahora le traigo más —dije poniéndome en pie.

Goiko me cogió la mano y me obligó a sentarme.

—Me vio allí, rogando que me recetaran algo para calmar los dolores que padecía mi madre, y se sentó a mi lado. Recuerdo su voz como si la estuviera oyendo ahora mismo. Y también sus palabras. Me habló de compasión, de ayudar a irse sin dolor, de morir dignamente.

—Eutanasia —observé. Como médico me he enfrentado en ocasiones al dilema de algunas familias.

—Me explicó que en su otra vida, antes de abandonar Cerdeña, había ayudado a irse sin sufrimiento a enfermos terminales.

—Y se ofreció a ayudar a su madre —comprendí.

Goiko asintió en silencio.

—Que Dios me juzgue si lo hice mal, pero no podía verla sufrir por más tiempo. Aquella mujer solo me puso una condición: cuando llegara, todos los espejos de la casa debían estar cubiertos. Y no solo ellos, sino también las imágenes religiosas. Insistió mucho en que lo hiciera.

El patrón apretó los labios. Le dolía recordar todo aquello.

—Yo hubiera actuado igual que usted —admití. Los últimos días de vida de mi padre tampoco habían sido fáciles. Mi hermana y yo luchamos para que muriera en paz, sin alargar su agonía. No soportábamos verlo asfixiándose lentamente. Mi madre, sin embargo, se empeñó en no dejarlo marchar hasta que fueron los propios médicos quienes dijeron basta.

—Una decisión complicada —afirmó Goiko—. Pero cuando horas después aquella mujer llamó a nuestra puerta mi madre había fallecido. Siempre he pensado que la pobre no quiso cargarme para el resto de mi vida con el peso de haberla matado.

—No lo mire así. Como médico sé que una vez que la enfermedad ha elegido llevarse a alguien, importa más el cómo que el cuándo. Especialmente si se trata de un ser querido.

El patrón no me escuchaba. Estaba navegando en las aguas de su memoria.

—Me acompañó toda la noche. Estuvo allí, sentada a mi lado, a los pies de la cama donde velé a mi madre hasta que se hizo de día. Me habló de su pueblo, de su vida y de un viejo oficio transmitido de madres a hijas desde muchos siglos atrás. Un oficio que se basaba en la piedad, en la compasión. Su única herramienta era un martillo fabricado con madera de olivo. Nada más. Un solo golpe con él obraba el milagro de acabar con el sufrimiento.

Tragué saliva. Un martillazo en la cabeza… Igual que el que había segado las vidas de Lea, de Maite y de Aresti. Y que había estado a punto de acabar con la mía.

—¿Qué más sabe de ella? ¿Dónde vivía? ¿Qué hacía aquí?

Goiko negó lentamente, pensativo.

—Nada. No quiso decirme su nombre, ni yo saberlo. Me contó que llevaba más de treinta años en esta zona y que no podía regresar a su tierra. Su vida corría peligro si lo hacía. Y también me dijo que jamás desde que vivía entre nosotros había vuelto a emplear su martillo, pero que verme tan triste la había empujado a ayudarme. —Un profundo suspiro interrumpió su historia—. En algún momento me quedé dormido y cuando abrí los ojos se había marchado. Nunca más volví a verla. Me he convencido durante años de que todo había sido una ensoñación fruto de mis largas noches en vela. Hasta que lo sucedido en las últimas semanas ha traído de vuelta mis recuerdos.

Observé a Goiko. Se conservaba bien, pero los años estaban ahí. En sus arrugas y sus ojos cansados.

—Ha dicho que era mayor que usted.

El patrón asintió con gravedad.

—Así es. Si vive, debe de tener más de noventa.

—No parece muy probable que alguien de esa edad pueda ser la asesina que buscamos —indiqué.

Goiko apretó los labios y se mantuvo pensativo. Después me miró fijamente.

—He estado en el velero de Maite y puedo asegurar que quien ha acabado con su vida ha sido esa mujer.

Su afirmación me sorprendió.

—Todos tenemos algún martillo en casa —discrepé.

—No es solo la forma de matarlos —se defendió Goiko—. En el barco no solo había una mujer muerta de un martillazo. Había algo más… Colgados de las paredes de la cabina había un espejo y una imagen de la Virgen del Carmen.

—Y… —lo apremié impaciente.

El anciano clavó en mí su mirada nublada por las cataratas. Estaba serio. Muy serio.

—Cuando he entrado a ese velero, la patrona de los marineros y el espejo estaban cubiertos con pañuelos. Sospecho que a usted también le visitan algunos fantasmas —Goiko me miró fijamente y yo no pude reprimir un escalofrío—, pero le aseguro que mi imaginación no colocó esas telas. Ha sido ella, doctor. Ha sido esa mujer.

44

Las gotas de lluvia se fundían con el aroma a eucalipto y pino de repoblación que impregnaba la noche. Era apenas un sirimiri, una leve cortina de agua que acariciaba mis mejillas y se perdía en una tierra acostumbrada a recibirla.

El silencio lo envolvía todo. Un silencio que hubiera sido total de no ser por el murmullo del Lea en su carrera hacia el mar y de las gotas que se desprendían de los árboles para caer en la hojarasca.

Me detuve en seco al verla.

La caravana de Claudio se recortaba junto a los muros en ruinas del viejo hospital.

Había luz tras sus ventanas. Una luz amarillenta que brotaba al exterior sin dotar de un ápice de calidez a aquel entorno hostil.

—Y ahora ¿qué? —me pregunté en un susurro.

Era una buena pregunta.

Había llegado hasta allí en coche, siguiendo la carretera que une Lekeitio con Markina. Semanas atrás no hubiera dudado a la hora de enfrentarme a la senda de las marismas en plena noche. Pero estaba aprendiendo a cuidar mejor de mí mismo.

O eso quería creer.

Y también de Sua. Esta vez lo había dejado en casa. No podía permitirme que volviera a pasarlo mal por mi culpa.

Me había puesto en camino pocos minutos después de marcharse Goiko. La visita del viejo patrón había despertado en mí demasiadas preguntas y no pensaba esperar al día siguiente para intentar encontrar respuestas.

¿Qué estaba haciendo realmente ese italiano en Lekeitio?

¿Quién se ocultaba tras ese disfraz de bohemio buscador de tesoros?

Todavía resonaban en mi cabeza sus palabras en el Muga. Esas horas que te golpean hasta que una última te envía a la tumba. Igual que el martillo de aquella mujer misteriosa.

No podía ser una simple casualidad. Y menos cuando Maite había muerto de un martillazo apenas una o dos horas después de que las pronunciara.

—Y ahora ¿qué? —me repetí. Porque llegar hasta donde me encontraba no era más que la primera parte. Me faltaba reunir el valor suficiente para actuar.

Decidí hacerlo con naturalidad. Llamaría a la puerta y le haría las preguntas que me habían llevado en su busca.

Eso era todo.

Sin embargo, conforme avanzaba hacia la caravana fui consciente de que estar allí era una locura. Lo sentía con cada paso que daba, con cada latido que reverberaba en mis sienes. Si el italiano era el asesino que estaba buscando, no dudaría un segundo en matarme.

Tecleé un mensaje en el móvil. La destinataria era Itziar. Le expliqué a grandes rasgos las sospechas que me habían llevado a la caravana del italiano y le pedía ayuda urgente.

No lo envié, pero lo dejé ahí, a punto para dispararlo en caso de peligro.

Esta vez no estaba dispuesto a que me pillara desprevenido.

Avancé en silencio, cuidando de que las hojas no crujieran bajo mis zapatillas. No quería alertarlo de mi presencia antes de tiempo. Hasta que no llamara a su puerta, Claudio no debía saber que tenía visita.

Cambié de plan en el último momento. En lugar de dirigirme directamente a la entrada, empezaría por echar un vistazo a través de la ventana. Quizá eso me permitiera ver a qué se dedicaba el enigmático italiano cuando no buscaba monedas o fingía leer en el Muga. Porque estaba seguro de que, tras esa máscara de aparente desinterés por todo lo que sucedía a su alrededor, había un observador metódico registrando cada movimiento y calculando su siguiente paso. Por eso el asesino nos llevaba tanta ventaja.

La oscuridad reinante jugaba a mi favor. Pero debía darme prisa. En el cielo, las nubes comenzaban a abrir paso a algunos claros,

sobre todo por la zona del mar. La luna haría su aparición en cualquier momento y entonces las sombras dejarían de ocultarme.

Me agaché para afrontar los últimos pasos y, cuando por fin llegué hasta la caravana, me incorporé despacio y me asomé por la ventana.

Parpadeé extrañado.

No se veía un alma allí dentro.

La única cama estaba vacía, igual que el espacio destinado a cocinar y también el comedor. La puerta del baño, abierta de par en par, no dejaba lugar a dudas: tampoco había nadie allí.

Observé que el detector de metales colgaba de una percha junto a la puerta y un mapa desplegado ocupaba casi por completo la única mesa. Reconocí Lekeitio en él. Una regla y un lápiz descansaban encima. Claudio había dividido la playa en una cuadrícula perfecta, repleta de signos extraños y anotaciones. Las dos playas: Isuntza y Karraspio, dos arenales que podrían considerarse uno solo de no ser por la herida que el Lea traza entre ambos para abrazarse con el mar.

Pero no fue eso lo que me hizo fruncir el ceño, sino la taza que había junto al mapa.

El humo que brotaba de ella solo podía significar que Claudio estaba cerca.

Y si allí dentro no había rastro del italiano…

El crujido de una hoja seca me dio la respuesta.

Apreté los dientes mientras me giraba. Aquello no estaba saliendo conforme a mi plan. ¿Por qué no me habría limitado a llamar a la puerta?

—¿Qué cojones haces aquí? —escupió el italiano en tono glacial. Reconocí el objeto que sostenía en actitud poco amigable. Se trataba de la pala plegable que arrastraba consigo a todas partes.

—Hola, Claudio.

—¿Hola? ¿De qué vas? ¿Qué haces espiándome?

—Aparta eso. La policía sabe que estoy aquí —mentí apoyando la mano en la pala para impedirle que la descargara sobre mí. No era verdad, pero con solo pulsar un botón la inspectora se pondría en marcha.

El italiano me observó con expresión confundida.

—¿La policía? ¿A qué viene esto?

Señalé hacia el sendero que llegaba desde Lekeitio siguiendo las marismas.

—Lea murió a un par de minutos de aquí. Quien la mató empleó una herramienta contundente. Algo como esa pala con la que me estás amenazando —indiqué sin titubeos.

Los labios del italiano se abrieron en una mueca de asombro.

—Estás loco —balbuceó.

—¿Quién eres, Claudio? ¿De qué te escondes aquí?

El italiano negó con la cabeza.

—¿Me estás acusando, medicucho? —No se me escapó que su tono comenzaba a virar de la estupefacción a la crispación.

—¿Cómo sabes mi profesión?

Claudio resopló.

—Estás fatal de la cabeza. —Bajó su pala y dio un paso atrás—. Sal de aquí ahora mismo.

—Eres de Cerdeña, ¿verdad?

El italiano me miró con los ojos muy abiertos. Mis últimas palabras lo habían descolocado.

—¿A qué viene todo esto?

—Lo sé todo, Claudio. Sé lo de la mujer que mataba a enfermos terminales con su martillo. ¿Es lo que haces tú con esa pala?

Estaba seguro de que era él quien estaba sembrando Lekeitio de muerte. Me faltaba comprender por qué había escogido a sus víctimas, pero el asesino era él. Y el arma homicida la tenía en la mano. No guardaba la más mínima duda.

—Esta tarde has sabido por mí que Maite iba a salir a navegar. He hablado más de la cuenta en el Muga, ¿verdad?

—La consejera sale al mar cada día. No es ningún secreto.

—Estás muy informado de todo lo que pasa y de quién es quién en Lekeitio —observé. Aquello corroboraba mi teoría. El italiano no era quien simulaba ser—. Sabías también que no me conformaba con la versión oficial de la policía y que buscaba respuestas. ¿Por eso trataste de matarme?

Claudio se llevó la mano libre a la frente.

—*Ma di che cazzo parli?* ¿Qué locura es esta?

—¿Quién eres, Claudio? ¿Qué estás buscando aquí?

El italiano dio un paso hacia mí sin dejar de empuñar la pala con fuerza.

—¿Quieres saber qué busco? ¿Quieres saberlo? —preguntó encarándose conmigo—. Busco vivir tranquilo. Sin meterme con nadie y sin que nadie se meta conmigo. Eso es lo único que estoy buscando en este lugar. Y ahora, largo de aquí. Quien sale en los periódicos no soy yo, precisamente. Vete o seré yo quien llame a la policía.

Me dio la espalda y se perdió en el interior de su caravana. Cerró de un manotazo la cortina y apagó la luz.

No sé cuánto tiempo me quedé allí, escuchando el susurro del Lea y observando aquella caravana donde estaba seguro de que habitaban secretos. Fue la luna menguante quien asomó entre las nubes y me dijo que era hora de marcharme.

Y entonces, cuando me disponía a regresar al coche, una luz reclamó mi atención desde el corazón de las marismas.

45

Cuando llegué al centro de salud, tuve que abrirme paso entre quienes aguardaban a que dieran comienzo las analíticas de primera hora. Eran más de veinte y formaban una fila que defendían con determinación férrea.

—A la cola… —masculló alguien entre dientes.

Otro murmullo aclaró que no me estaba colando. Era médico. El madrileño.

—El de los periódicos —añadió otra voz, aún más bajo.

Apreté el paso para no oír más. Temía que lo siguiente que llegara a mis oídos doliera.

La puerta automática estaba cerrada. Llamé con los nudillos y vi a Nerea asomar la cabeza por encima del mostrador antes de pulsar el botón que activaba la apertura.

—Ya podrían dejarnos entrar. Nos vamos a helar —protestó alguien cuando las dos hojas de vidrio volvieron a cerrarse a mi espalda.

Mi compañera se levantó para recibirme.

—Vaya susto ayer… —murmuró abrazándome—. Menos mal que al final no fuiste con ella al barco. Cuando oí la noticia… Y encima tardaste dos horas en cogerme el teléfono. ¡Ya pensaba que tú también…!

—Estaba con los ertzainas. Bastante lío tenía —me excusé.

Unos pasos rápidos resonaron en el pasillo. Era Cristina.

—Joder, Jon… —soltó en cuanto me vio. Se acercó y me rodeó con los brazos; tuve que apartarme al notar que el abrazo se prolongaba demasiado—. Ayer casi me da algo. Qué cerca has estado… De verdad, deja de jugar con fuego.

Me emocionó ver que estaban tan afectadas. Sin embargo, no pude evitar una punzada de tristeza. ¿Dónde estaba el pesar por

quien era la verdadera víctima del nuevo crimen? Maite Iturri, la mujer amable que se había ofrecido la víspera a convertirse en un bastón para ayudarme contra mis miedos, había sido brutalmente asesinada.

Nerea regresó al ordenador para imprimir mi listado de citas.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —preguntó extrañada—. Falta casi una hora para tu primera consulta. ¿Te ha expulsado la cama a patadas?

—Necesito que me eches una mano —confesé.

—¿Yo?

—Sí. Estoy buscando a una italiana. De Cerdeña. Mayor. Muy mayor —dije señalando el ordenador—. ¿Puedes buscarla?

—Como no seas un poco más preciso…

—Claro, perdona. —Acerqué una silla y me senté a su lado—. Ayer vino alguien a verme.

—¿Quién?

Su interés no me sorprendió. Era Nerea. Necesitaba poner nombre a todos.

—Alguien. No importa quién —indiqué. Goiko había confiado en mí. No podía fallarle—. El asunto es que me habló de esa mujer. Podría tener algo que ver con los crímenes.

—Te explicas fatal —se rio Cristina, sentándose en el borde de una cajonera.

—Menos mal que no soy la única que no entiende nada —celebró Nerea.

Respiré hondo. Mis compañeras tenían razón. Sería mejor comenzar de nuevo. Los nervios y la falta de sueño me estaban pasando factura.

—Año mil novecientos ochenta y seis…

—El que yo nací —me interrumpió Cristina.

—¿Quieres dejarle continuar? —la regañó Nerea—. Ahora que parecía que iba por buen camino…

—Perdón.

—Pues eso… El año en que Cristina nació agonizaba una mujer —continué.

—La italiana.

—No. La italiana lo que hizo fue ofrecer su ayuda para acabar con el sufrimiento de la enferma. ¿Y sabéis qué empleaba para hacerlo? Un martillo. Uno como el arma homicida de los tres crímenes de estos días.

Nerea mostró una mueca de desagrado.

—No sé quién es tu informante misterioso, pero ha visto muchas películas.

—De terror, además. Vaya mal rollo… —añadió Cristina.

No quise discutir con ellas. Creía a Goiko. Si alguien parecía tener la cabeza bien amueblada en Lekeitio era él.

—Esa mujer llevaba años viviendo aquí. Tenemos que averiguar de quién se trataba.

—¿Por qué no le preguntas a tu informante? —intervino Nerea.

—Porque no sabe nada. Ni la había visto antes ni volvió a verla después.

—Es muy raro. Esto no es Madrid. Aquí antes o después acabas cruzándote con todo el mundo —apuntó Cristina.

Nerea respiró hondo mientras se giraba hacia el ordenador.

—Esto está prohibido —me advirtió—. Yo no te he dado ni un solo dato de aquí.

—Ni uno —prometí.

—Coge papel y apunta. Y después lo quemas. Podría quedarme sin trabajo.

—No te preocupes, Nerea. Nadie sabrá nunca de dónde ha salido la información.

La administrativa interrogó a Cristina con la mirada.

—Yo soy una tumba.

—Más te vale.

Unos nudillos llamaron a la puerta.

—Aquí viene Mikel —señaló Cristina pulsando el botón de abrir.

—¿Esta gente no tiene casa? —resopló el enfermero quitándose el abrigo—. Tienen cita a partir de las ocho y media. ¿Qué hacen tanto rato en una cola? Ya saben que no voy a dejar a ninguno sin sacarle sangre. Es agotador. Todos los días lo mismo…

—Y la mayoría no tendrá nada que hacer durante el resto de la mañana —añadió Nerea sin apartar la vista de la pantalla. Estaba

probando todo tipo de búsquedas, pero por el momento no parecía dar con nada.

—Mikel, ¿tú recuerdas a una italiana que vivió aquí hace muchos años? —preguntó Cristina desde su cajonera.

—Si no concretas más… ¿De cuándo estamos hablando?

—Del ochenta y seis.

—A ver, guapa… Que no soy tan viejo. Yo entonces tenía quince años. ¿Cómo pretendes que recuerde algo así?

—Olvida el año concreto —intervine—. Creemos que pudo continuar viviendo por aquí. Quizá hasta siga por la zona.

—¿Cuántos años tendría hoy? —preguntó Nerea, buceando todavía en los datos informáticos.

—Más de noventa.

El enfermero arrugó la nariz.

—No sé. Turistas italianas he atendido unas cuantas en mi carrera. La última hace solo unos días. Una chica que había pisado un erizo de mar. Menudo estropicio se hizo… —Negó con la cabeza mientras se abotonaba la bata azul—. Ninguna que yo sepa se quedó a vivir. Siento no poder ser de más ayuda. El único que se me viene a la cabeza es el hombre ese de la playa. El del detector de metales.

—Claudio —maticé.

—No sabía ni que se llamara así —admitió Mikel—. ¿Y todo esto a qué viene?

—Aquí, nuestro inspector Gadget —respondió Cristina con una mueca divertida—. Que cree que ha dado con la asesina.

—¿Una anciana de casi cien años? —planteó el enfermero sin ocultar su incredulidad.

No quise perderme en explicaciones, quizá porque ni siquiera yo mismo las tenía. De momento lo más importante era identificar a la mujer del martillo de olivo. Después llegaría lo demás.

—¿Podemos saber si Claudio proviene de Cerdeña? —le pregunté a Nerea.

Ella sacudió la cabeza.

—Para eso tendría que haber pasado por aquí y ese tío no ha pisado este ambulatorio. No está dado de alta en el sistema.

—A mí no me gusta —admitió Mikel mientras se dirigía a la sala de extracciones—. Pero es solo una opinión personal.

—Nada —dijo Nerea girándose hacia mí—. Las únicas italianas a las que hemos atendido figuran como visitantes puntuales. Ninguna con residencia fija en la zona.

—Es extraño —señalé desanimado—. Una persona que habita durante años en un lugar acaba acudiendo al médico antes o después.

—No es tan raro —me corrigió la administrativa—. No hace tanto tiempo que se informatizó el registro de pacientes. En el ochenta y seis, desde luego no lo estaba. Antes, si alguien venía por aquí se le atendía y punto. Ahora lo guardamos todo, pero entonces…

Asentí con un suspiro. Tenía la esperanza de que el ordenador de Nerea pudiera ser de más ayuda, pero acababa de echarme por encima un buen jarro de agua fría.

Tendría que buscar en algún otro lugar.

Nerea me entregó el listado de mis citas de la jornada. Su gesto de circunstancias no anticipaba nada bueno.

—Hoy te vas a aburrir. Cada día te cancelan más. Vas a tener que empezar a traerte sudokus.

Observé el papel. Los huecos ganaban la partida a las filas con nombre. Dolía esa pérdida de confianza por parte de quienes habían sido mis pacientes.

Todavía iba camino de mi consulta cuando la directora me salió al paso.

—Hola, Jon. ¿Cómo estás?

Agité el listado ante ella.

—He estado mejor.

—Lo sé. No te mereces todo esto. Y se te nota. Estás cansado, afectado… No puedes seguir pasando consulta en estas condiciones.

—Puedo trabajar.

—No lo pongo en duda. Pero ahora mismo no es lo más prudente.

¿Me estaba diciendo que me fuera a casa?

—¿A qué viene esto? ¿Es por las citas que me están cancelando?

La directora sostuvo mi mirada apenas un segundo antes de apartarla.

—Los usuarios no están cómodos. Todo se aclarará, Jon. Eres un buen médico y no dudo de tu inocencia, pero ahora es mejor que descanses.

—¿Mejor para quién? Estoy bien. Me gusta mi trabajo.

—Mejor para todos, Jon. Para ti sobre todo. Asúmelo. Tu salud mental pide a gritos unos días de descanso. —Señaló hacia el otro extremo del pasillo—. Pasa por la consulta de la doctora Bescós, por favor. Tiene preparado tu parte de baja.

46

—¿Italiana? —Lourdes entrecerró los ojos, pensativa, antes de negar con un gesto—. Lo siento, Jon. No recuerdo a ninguna. Me parece que te han informado mal. Si hubiera vivido una temporada en Lekeitio, la conocería. Todo el mundo come pescado antes o después. —La pescadera se volvió hacia el puesto vecino—. Mila, ¿a ti te suena una italiana que vivía aquí en los años ochenta?

—En el ochenta y seis —maticé.

—No. Para nada —respondió aquella pesando unas sardinas.

—¿Ves? Lo que yo te decía —señaló Lourdes retomando la palabra —. ¿Y para qué la buscas?

Respiré hondo. No tenía ganas de perderme en explicaciones, y menos después del disgusto con el que había abandonado el centro de salud. Estaba deseando llegar a casa, donde mi baja médica iba a mantenerme unos cuantos días.

—Nada. Cosas mías —dije restándole importancia.

Mi mirada recaló entonces en alguien.

Era Itziar. De uniforme. Venía hacia el puesto de Lourdes con paso decidido.

Esbocé una sonrisa de compromiso. Sabía que iba a ser difícil.

Sin embargo, en cuanto su mirada se cruzó con la mía, frenó en seco, simuló consultar algo en el móvil y se perdió por una calle lateral.

—¿Qué le has hecho? Porque ha sido verte y darse la vuelta —preguntó Lourdes.

—Qué va… Qué cosas tienes —respondí fingiendo que me reía de su ocurrencia, pero yo también lo había visto con total claridad. La inspectora me había evitado. Tampoco me había respondido al mensaje que le había escrito de madrugada desde las marismas tras descubrir que Jokin no había cumplido su palabra.

—A mí no me engañas, Jon… Es un asunto de amores. ¿Me equivoco? —planteó Lourdes mirándome de reojo mientras esparcía hielo por encima del pescado—. Pues haríais buena pareja. Y es buena chica. A tu madre le gustaría.

Esta vez me reí con ganas.

—Me voy para casa. Sua me está esperando —dije lanzándole un beso.

—Eso… Escapa, cobarde —se burló la pescadera mientras me alejaba.

Apenas había dado un puñado de pasos cuando una voz me llamó a mi espalda.

Me sorprendió ver que se trataba de Goiko.

—Lo tengo —dijo tendiéndome un documento.

—¿Y esto? —pregunté tras comprobar que era una simple póliza de decesos. No entendía nada.

El viejo patrón señaló una anotación a mano. Ocupaba el extremo inferior del papel. Solo dos palabras. A bolígrafo. En negro.

Ottana. Cerdeña.

—Ese era el pueblo del que venía aquella mujer —aseguró—. Recordaba que comenzaba por O. Y también que lo situaba en el centro de la isla, en los límites de una zona montañosa cuyo nombre me hizo pensar en los bárbaros: la Barbagia. Ahí lo tiene. He pasado un buen rato buscándolo en el mapa. Quizá le sirva de algo.

—Ottana —repetí en voz baja. No era mucho, pero al menos contaba con un punto de partida.

47

No era la Cerdeña de las publicaciones de Instagram ni los catálogos turísticos. Nada de playas de arena fina y aguas cristalinas. En su lugar, Porto Torres me recibió con grúas y silos para el grano. También con chimeneas fabriles y el trajín habitual en un puerto industrial. Camiones que hacían cola para adentrarse en la barriga del ferry, un tren que corría lento con sus vagones cargados de mercancías, grandes depósitos de combustible…

De no haber sido por la parada fugaz que realicé en la primera cafetería que vi, no me hubiera sentido en Italia.

Pedí un café y un *cornetto* relleno de crema.

El leve gusto a naranja del hojaldre me devolvió a Lecce, la ciudad del tacón de la bota donde había vivido un curso entero. Cuarto de Medicina por cortesía del programa Erasmus. Aunque de eso hacía media vida.

Observé que las costumbres no habían cambiado. Gentes que iban y venían, que apuraban su café de un trago, sin ceremonias ni charlas. Una mera gasolina para continuar con la jornada. Hasta la siguiente parada para repostar cafeína. Nada que ver con esos cafés interminables, de mesa y tertulia, predominantes a nuestro lado del Mediterráneo.

Los clientes eran en su mayoría operarios del puerto, pero también reconocí otros viajeros como yo, recién apeados del ferry.

La siguiente hora la pasé al volante a través de una llanura que parecía no tener fin. El verde vibrante que caracteriza el cereal en invierno pintaba cada rincón de ese mundo insular. De vez en cuando alguna aldea, arracimada en torno a un campanario, se asomaba tímidamente a la carretera. Ellas y algunas encinas solitarias eran las únicas que profanaban la monotonía de aquel mundo gobernado por las líneas rectas.

Me recordaba a los campos de Castilla a través de los que discurren buena parte de las cinco horas que separan Madrid de Lekeitio.

Sentado en el asiento del copiloto, Sua no perdía detalle de ese paisaje tan diferente al de su casa. Al de nuestra casa.

—¿Qué te parece? —le pregunté apoyándole la mano en el lomo.

Me contestó con un bostezo.

—No hacía falta que lo dijeras tan claro —murmuré entre risas.

A mí también se me hacía un poco monótono, pero no me disgustaba. Esos horizontes tan amplios me contagiaban una serenidad de la que andaba escaso en los últimos tiempos. Al menos por unos días, Cerdeña me iba a permitir respirar lejos de la olla a presión en la que se había convertido Lekeitio.

El perro no tardó en volver a bostezar. Después se recostó en el asiento y cerró los ojos.

Había sido una suerte descubrir ese ferry que unía Barcelona y Roma, con escala en Cerdeña, porque el avión para el que había estado a punto de comprar el billete no admitía animales a bordo.

Encendí la radio en busca de una compañía que Sua no parecía dispuesto a ofrecerme.

Conforme giraba el dial pasé de un debate sobre la gestión de las basuras a la última derrota de algún equipo de fútbol local. La emisora que consiguió retenerme más tiempo fue una donde explicaban las virtudes del pan sardo y daban las claves para poder elaborarlo en casa.

Celebré que, a pesar del tiempo transcurrido desde mi Erasmus en el extremo sur de Italia, el idioma siguiera resultándome familiar. Lo iba a necesitar para averiguarlo todo sobre aquella mujer llegada a orillas del Cantábrico muchos años atrás.

Pensaba en ello cuando el reino del cereal comenzó a quedar atrás.

Al principio los árboles solitarios se convirtieron en pequeños bosquetes. Después la carretera olvidó las largas rectas y comenzó a culebrear entre colinas. Tras una de ellas apareció Nuoro, el último núcleo de población de cierta entidad antes de que la vía se estrechara para adentrarse entre las montañas de la Barbagia.

El corazón agreste de la isla se dibujó con fuerza al otro lado del parabrisas. Un territorio duro, de granito y lentisco, de silencio y despoblación.

—Esto te gusta más, ¿eh? —dije al comprobar que Sua se había despertado y observaba los rebaños de ovejas que pastaban aquí y allá. Quizá fuera una buena idea buscarle un hogar entre los pastores de los montes que rodeaban Lekeitio.

Los kilómetros se hicieron eternos entre tanta curva. Cuando el cartel que identificaba Ottana apareció finalmente a la orilla del camino, el sol había perdido ya toda su fuerza. Las garras del horizonte no tardarían en atraparlo.

Al principio fueron algunas casas dispersas. Después las calles comenzaron a tomar forma. Edificios bajos, de tonos ocres y grises, con fachadas austeras. Un pueblo agrícola donde los ritmos los seguían marcando las estaciones y su traducción en las cosechas.

Un lugar, en definitiva, poco acostumbrado a recibir forasteros y donde parecía evidente que la vida sucedía de puertas para adentro. Uno de esos que invitan a dar la vuelta y regresar por donde has llegado.

Algo me decía que no iba a resultar fácil, pero no pensaba echarme atrás. Una hija de aquel lugar había emigrado a la costa vasca, llevando consigo una vieja tradición sarda, que parecía estar detrás de los crímenes que estaba decidido a esclarecer. Y pensaba llegar hasta el final.

48

Al principio era un leve olor a quemado que atribuí al propio del invierno en los pueblos. Leña ardiendo en los hogares a los que la caída de la noche invitaba a retirarse. Pero solo unas calles más allá, las columnas de humo que flotaban entre las casas me dijeron que se trataba de algo diferente.

Un extraño repiqueteo metálico se sumaba desde algún lugar y también comencé a percibir siluetas que se movían en la lejanía.

—Espera aquí —le dije a Sua, deteniendo el coche en una esquina.

Dos pasos más allá, se desencadenó el caos.

Había fuego. Hogueras grandes y pequeñas a cuyo alrededor danzaba una oscura comitiva de sombras. Rostros extraños, de otro mundo, de otro tiempo, en un trance dionisiaco. El rugido de los cencerros lo devoraba todo.

Ruido, mucho ruido.

Parpadeé en un intento por comprender.

Las llamas acariciaban los rostros de madera, mostraban un inquietante vacío en el lugar que deberían ocupar los ojos.

Eran bueyes.

Bueyes y pastores.

Los animales avanzaban encorvados, envueltos en pieles o en telas oscuras. Bandoleras de pesados cencerros les cruzaban el cuerpo y hacían temblar el mundo con cada sacudida.

A su alrededor se movían sus dueños. Llevaban una cuerda enrollada en una mano y un palo en la otra. Bastaba un gesto, un tirón seco, un golpe en el aire para que la bestia respondiera con un amago de fuga, con una rebeldía animal.

Las máscaras de unos y otros resultaban magnéticas. Otorgaban a los bueyes un hocico, unos cuernos, una expresión fija e indescifrable. Pero eran las de los pastores las que inquietaban de

verdad. Negras, toscas, traslucían una ferocidad arcaica que me hizo estremecer.

El fuego, encendido en las plazas y en algunos cruces, dotaba a la noche de un aura tan cálida como inquietante. Las llamas proyectaban en las fachadas las sombras de aquel cortejo ancestral de humanos y bestias, un baile de claroscuros que se retorcía al ritmo metálico de los cencerros.

Sufrí un ataque de tos.

El humo subía despacio, espesaba el aire, y todo lo que quedaba más allá del círculo de luz se convertía en un borde negro, impreciso, donde cualquier cosa podía estar ocurriendo.

Cuando me giré de nuevo hacia el frente fui incapaz de contener un grito.

No esperaba ver a nadie tan cerca. Sin embargo, allí estaba una anciana tan vieja como el tiempo, estudiándome a apenas un palmo de mi cara.

Una máscara. Ella también. Negra, arrugada, con una exagerada nariz aguileña y los ojos hundidos en dos cavidades oscuras. Un pañuelo le cubría la cabeza y le caía sobre los hombros, fundiéndose con un vestido del color de las tinieblas.

Los campanos de los bueyes callaron, expectantes. O al menos lo hicieron para mí, atrapado por completo en la expresión amenazante de esa hilandera que no se apartaba de mí. Tal vez fueran solo unos segundos, pero sentí que pasaban horas mientras sus manos nudosas me mostraban la lana que estaba hilando.

Un escalofrío me sacudió de arriba abajo al comprender que ese hilo tan frágil representaba mi propia vida.

La anciana acercó a él una tijera oxidada. Su rostro gélido también se aproximó aún más, hasta que pude sentir su aliento. Y cuando la cizalla amenazó con cortar la lana, unas manos me cogieron de los hombros y me apartaron de allí.

Alcé la mirada para encontrarme con una de esas frías máscaras animales.

—¿Estás bien? —me preguntó. Era una voz joven. De mujer. Igual que la mirada que alcancé a ver a través de los ojos de la máscara.

Me obligué a asentir.

—Sí… Solo un poco mareado. El humo…

—Lo siento. Les encanta asustar a los forasteros.

—Estoy bien. No te preocupes.

Ella me observó en silencio y solo cuando estuvo segura de que decía la verdad, me dio un apretón en el brazo.

—Bienvenido a Ottana —dijo con un tono que me hizo intuir una sonrisa bajo la máscara. Después dio un paso atrás y se dejó devorar por el fuego y las sombras.

49

Me aparté de la fiesta y empujé la puerta del único bar que encontré. Dos ancianas que jugaban a las cartas en una mesa me repasaron de arriba abajo sin el menor disimulo. Algo más discretos fueron el único cliente que permanecía de pie en la barra y la tabernera, aunque también sentí cómo se me clavaban sus miradas.

—¿Qué le pongo?

Buena pregunta. En realidad no me apetecía beber nada. Tampoco comer. Me sentía mareado, confuso. Solo había entrado por apartarme de la siniestra procesión que tenía lugar de puertas para afuera.

—¿Tiene algo de comer? —Sí. Hacía horas que no comía nada. Me vendría bien llevar algo a la tripa.

—Como no quiera un *panino*…

—Claro. Es perfecto.

Mientras lo preparaba le pregunté si sabía de alguien que alquilara habitaciones. Aún no tenía dónde pasar la noche. En internet no aparecía un solo hotel en la zona.

La tabernera se giró hacia mí con una mueca escéptica.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿En Ottana? —Me miraba como si me estuviera equivocando de lugar.

—Sí o… No sé… Cerca del pueblo.

La mujer frunció los labios y negó con la cabeza.

—Aquí no hay de eso. Nuestro pueblo no interesa a nadie.

Fue una decepción. Tendría que regresar hasta Nuoro para buscar alojamiento. Eso o dormir en el coche.

Oí cuchichear a las ancianas de los naipes. Me giré hacia ellas y comprobé que no se molestaban en apartar la mirada.

—Aquí tiene —dijo la tabernera dejando el bocadillo en la barra.

—Huele bien —comenté por romper el silencio. Pocas veces en mi vida me había sentido tan incómodo.

Ella se limitó a encogerse de hombros con gesto inexpresivo.

Partí un buen pedazo y lo guardé en el bolsillo. Sua debía de estar hambriento.

Más cuchicheos a mi espalda. Seguramente estaban comentando mi extraño gesto.

Tenía ganas de salir de allí. Me sentía estudiado, juzgado hasta el tuétano.

—Yo puedo alquilarle una habitación —me ofreció el otro cliente. Era un tipo que pasaría por poco los cincuenta y que lucía una barba que hacía pensar en el abuelo de Heidi—. No espere lujos. Ni televisor ni nada de eso. Pero tiene estufa. Frío no pasará.

—Me sirve. Pero… —Recordé a Sua—. Tengo perro.

—No hay problema. Puede dormir con usted o, si lo prefiere, puede dejarlo en el garaje. Tendrá que pagar un poco más en todo caso. ¿Cuánto tiempo será? ¿Una noche?

—Tres —aclaré. No había ferry de regreso antes—. ¿Le va bien?

—Claro. Los días que necesite. Mientras pague, puede quedarse.

—Ay, Giuseppe… —le dijo una de las ancianas—. ¿Quién te iba a decir que ibas a hacer negocio con la cama libre que os ha dejado tu suegra? No hace un mes que murió la pobre y ya has encontrado reemplazo.

—Es por hacerle un favor a este hombre —se defendió mi anfitrión.

Las dos señoras se rieron con ganas.

—Siempre has sido una hermanita de la caridad —bromeó la misma que había hablado antes.

—Lo dice doña generosidad —le espetó él, antes de girarse hacia mí—. ¿Viene al carnaval?

—No… Estoy… —Miré alrededor. La tabernera y las ancianas de los naipes también aguardaban mi respuesta sin disimular su interés. Decidí no precipitarme—. Sí… Al carnaval.

—Vaya a ver los *nuraghes* —me indicó una de las jugadoras.

—¿Qué es eso? —pregunté.

La mujer me dedicó una mirada que viajaba entre el disgusto y el desdén.

—¿No ha oído hablar de ellos? Son las construcciones de los primeros habitantes de Cerdeña. Los que vivían aquí antes de la llegada de los romanos.

Su compañera, que todavía no había abierto la boca, resopló con una mueca burlona.

—Le va a sobrar tiempo. Esos pedruscos se ven en dos minutos y nuestro carnaval solo lo entendemos los de aquí. Me parece que las tres noches acabarán siendo una sola. Y gracias.

Ahora fue Giuseppe quien intervino. No tenía ganas de perder su primer cliente.

—¿Quiere que le muestre su habitación? —me preguntó señalando la puerta.

—Tengo que ir al coche a por mi equipaje.

El hombre se apoyó en la barra.

—Claro. Vaya. Yo lo espero aquí. Mi casa está aquí al lado.

50

Un crucifijo enorme sobre la cabecera de la cama y un par de angelotes apoyados en una cómoda parecían encargarse de proteger la habitación. Por si no fuera suficiente, la ventana estaba enrejada. Aquello era una auténtica celda doméstica, más propia de un convento que del dormitorio de una anciana.

No era el lugar más acogedor ni el más moderno del mundo, pero tenía sábanas limpias y eso bastaba. Solo necesitaba una cama donde dormir y una ducha, aunque fuera compartida con Giuseppe y su mujer.

—Aquí tiene toallas —indicó ella, abriendo un armario que olía a naftalina.

Se llamaba Elena y su primera reacción al ver a su marido llegar con un forastero fue de incredulidad. Superado aquel momento de tensión, se estaba mostrando una buena anfitriona.

—Coja lo que necesite. Y puede usar también el gel y el champú que hay en la bañera. Está en… —Titubeó, poco habituada a aquella fórmula—. Está en su casa.

Antes de irse, barrió el dormitorio con la mirada y se acercó a estirar una arruga de la colcha.

Cuando cerró la puerta me dejé caer en la cama.

Los cencerros y la algarabía propia de la fiesta se colaban todavía por la ventana. También algunos retazos de música y el resplandor de alguna hoguera.

Poco importaba. Estaba agotado. El largo viaje me estaba pasando factura.

Bostezando, saqué el móvil del bolsillo para consultar la hora. Me sorprendió comprobar que había recibido un mensaje de Itziar. No sabía nada de ella desde que le había hecho llegar la foto de su hermano en plena faena furtiva.

Se trataba de un enlace a una noticia del diario.

Bastó un vistazo al titular para que se me encogiera el estómago.

Detenido un vecino de Lekeitio por pesca ilegal de angulas.

La imagen que acompañaba al texto era demoledora. Jokin Mendibe, con expresión seria y las manos esposadas a la espalda junto a un coche patrulla. Pero había algo más. Un detalle que pasaría desapercibido para quien no viviera en Lekeitio, y que a esa hora correría como la pólvora por todos los mentideros de la villa marinera. Porque la policía que lo conducía al vehículo era su propia hermana.

Leí la noticia. Hablaba de reincidencia, de aperos de pesca incautados y de contactos con una red de tráfico internacional de una especie en peligro de extinción. La Ertzaintza se había hecho cargo de una investigación iniciada por la Policía Local de Lekeitio.

Itziar había añadido en su wasap una sola palabra:

Gracias.

Volví a observar la foto con un nudo en la garganta. Aquel momento debía de haber sido uno de los más duros de toda su vida. Y, aun así, lo había hecho. Un acto de valentía y de lealtad a sí misma y a los valores en los que creía.

Marqué su número.

—Hola —me saludó su voz antes incluso de que llegara a sonar el primer tono.

—¿Cómo estás?

—No lo sé. Bien y mal, supongo. He traicionado a un hermano, pero he cumplido con mi deber.

—Es muy difícil lo que has hecho —respondí—. Y te honra. De verdad.

Ella suspiró.

—Tendría que haberlo hecho antes. Me he pasado media vida encubriéndolo en sus mil y un enredos al margen de la ley. Si le hubiera parado los pies desde el primer momento, hoy no estaríamos así. Pero él no ha matado a nadie, Jon. Pondría la mano

en el fuego por Jokin y sé que no me quemaría. Mi hermano será un malandro de mucho cuidado, pero no es un asesino.

Respiré hondo.

—Ojalá tengas razón.

—La tengo —insistió ella sin atisbo de duda—. ¿Y tú, dónde estás? ¿Qué es ese ruido?

—Es una especie de carnaval. Estoy en Cerdeña. —Le expliqué lo de Goiko, lo del martillo y todo lo demás.

—Por eso regresaste a las marismas. Querías comprobar si Claudio… —comenzó a decir ella.

—Intenté hablar con él, pero se puso muy violento. Esconde algo, Itziar. Estoy seguro. Ese tipo no es trigo limpio.

—Eso lo tengo claro desde que llegó. A mí no me engaña con el detector de metales. En verano quizá dé con un puñado de euros o, con suerte, un reloj perdido. En invierno, en cambio, ya me dirás.

—Estoy de acuerdo —aseguré—. Y espero poder averiguar algo más por aquí.

—¿Me tendrás al día si lo haces?

—Claro.

Un aviso lejano se coló por el auricular. Alguien la llamaba en voz alta.

—Lo siento, Jon. Tengo que colgar. Estoy en el juzgado. Me espera el juez para ratificar el atestado.

—¿Por lo de tu hermano?

—Sí. Le va a caer una buena. Es un delito grave. Y más este año. El Gobierno Vasco ha prohibido terminantemente toda pesca de angulas. Tengas licencia o no la tengas. —Itziar resopló—. Esta vez no va a librarse. Me da que pisará la cárcel por primera vez en su vida. Mis padres estarían tremendamente decepcionados. Espero que, al menos, le sirva para aprender de esta y sea la última.

—Tus padres estarían muy orgullosos de ti, Itziar. Más que orgullosos. —El auricular me trajo el sonido de una puerta al abrirse y de varias voces que se acercaban. La imaginé entrando en una sala con su informe bajo el brazo—. Qué duro. Mucho ánimo, amiga.

—Gracias, Jon. Lo voy a necesitar. Y hazme un favor: no hagas tonterías por allí y vuelve pronto.

Después de despedirme de ella, dejé el teléfono en la cama y me quedé un buen rato con la mirada fija en la lámpara de araña.

Los querubines me contemplaban con sus mofletes sonrosados y su expresión satisfecha. Sua les había gruñido al principio, pero ya se había acostumbrado a su presencia. Él también estaba cansado. La alfombra le había parecido un buen lugar donde tumbarse y allí estaba, estirado a los pies de la cama.

Cerré los ojos y me dejé arrastrar por un duermevela azuzado por los sonidos que llegaban del exterior.

Vi a los bueyes y sus pastores, pero sobre todo vi a la vieja hilandera. Danzaba en silencio junto a las llamas, arrojando al fuego viejos secretos, empeñada en borrar para siempre las vergüenzas del pueblo. Una censora silenciosa, custodia de un pasado que no estaba dispuesta a permitir que saliera a la luz.

Mis pensamientos inconexos volaron después desde aquel lugar hasta una iglesia a orillas del Cantábrico. La figura burlona del Mingorri me recibió en ella. Tres caramelos pendían de su lengua, con sus gotas viscosas derramándose en un suelo al que llegaban convertidas en sangre. El sinuoso río rojo corría lentamente hasta el altar mayor, donde no había una sola imagen que no estuviera cubierta por grandes pañuelos negros. Y en medio de todo aquello, don Jesús, el párroco, alzaba el cáliz con la sangre de Cristo. La comunión estaba a punto de comenzar.

Un golpe sordo me hizo girarme de nuevo hacia el demonio.

Su cabeza aparecía ahora rota. Alguien la había destrozado de un martillazo.

Allí seguían los dulces, deshaciéndose con una parsimonia pegajosa.

Tres caramelos; tres víctimas.

No…

¡No eran tres!

Eran cuatro los dulces de goma pegados ya a la lengua.

Lea, Aresti, Maite y…

Me incorporé de golpe. El corazón latía con fuerza en mi pecho. Sentí que me faltaba el aire.

—Basta —me dije dirigiéndome a la puerta.

No podía seguir perdiendo el tiempo. ¿A qué esperaba? No había ido hasta Cerdeña para tumbarme en una cama. Cada minuto que pasara sin saber quién era esa mujer del mazo suponía regalar al asesino un tiempo que podría resultar fatal. Tenía que hacer preguntas. Sin ellas no iba a obtener respuestas.

Salí de mi habitación. Elena parecía amable. Quizá ella pudiera ayudarme.

La encontré en la cocina, rellenando pasta fresca.

—Cenará con nosotros, ¿verdad?

—No se moleste. Gracias. Estoy muy cansado.

—Como prefiera. Estoy preparando *culurgiones*. Seguro que nunca los ha probado.

—No —reconocí acercándome a la mesa. Parecían raviolis, aunque en forma de espiga de trigo. Desprendían un agradable olor herbal —. ¿Qué es eso que llevan dentro?

—Queso de cabra, patata y menta. Solo los encontrará en Cerdeña. Quédese a cenar. Le gustarán.

Traté de buscar una excusa, pero comprendí de inmediato que no iba a ser fácil. Viernes noche en un pueblo perdido entre montañas… No iba a servirme de nada inventarme una cita o el estreno de una función de teatro.

—¿Puedo preguntarle algo? —dije, obviando su invitación.

Elena alzó la mirada, desconfiada. Dudó un instante.

—Diga.

—¿Ha oído hablar de una mujer que acababa con el sufrimiento de las personas agonizantes?

—Una acabadora… Historias para asustar a los niños —resumió, restándole importancia—. No sé cómo hemos crecido bien con todos esos miedos que nos metían en la cabeza.

Le hablé de la mujer emigrada a Lekeitio, de su martillo de olivo y del misterio que rodeaba su identidad. Aquello no era ningún cuento para niños. Era real.

—Se marchó de aquí a mediados del siglo pasado. Algo la obligó a dejar Ottana. Y es probable que jamás regresara —añadí.

Elena negó con la cabeza sin levantar la mirada de la pasta que no había dejado de rellenar en ningún momento. Su incomodidad era

demasiado evidente.

—Lo siento… No puedo ayudarlo. Y, si me permite un consejo, no vaya por ahí preguntando por ese tema. Yo no soy quién para saber si las acabadoras existieron o son meras leyendas, pero estoy segura de algo: lo que no se nombra no existe. Y aquí nadie habla de ellas.

51

Por la mañana, tras un café rápido con Elena y Giuseppe, puse rumbo a la iglesia.

No se me ocurría un lugar más adecuado para comenzar la búsqueda. Los archivos parroquiales son a menudo mejor fuente de información que los ayuntamientos.

Me detuve frente a la escalinata del templo, una hermosa construcción románica de piedra negra y roja que destacaba con solemnidad sobre las casas del centro de Ottana.

La temperatura era agradable. El sol de primera hora caía con suavidad y todo estaba envuelto en ese silencio propio de los pueblos de interior. Mandaba el olor a campo seco con algunos leves matices de plantas aromáticas. Un tractor pasó junto a mí arrastrando un remolque vacío. Su conductor me observó con poco interés y no respondió al saludo de mi mano.

Nada que ver con el frenesí casi diabólico que había desbordado aquellas calles solo unas horas antes. El rugido de los cencerros era ya un eco tan lejano que, por un momento, llegué a pensar que lo había imaginado.

Sua exploró encantado aquella pequeña colina que marcaba el centro de Ottana. Se detenía en cada mata de romero y la olfateaba antes de seguir adelante.

No tardó en traerme una piña para que se la lanzara.

Cuando se cansó de correr de un lado para otro, pude subir por fin hasta la puerta de la iglesia y comprobar que estaba abierta.

—¿Me esperas aquí? —le pregunté, atando su correa a una cañería que bajaba del tejado.

Sua se dejó hacer sin protestar y se tumbó al sol, con su piña entre las patas.

Recorrí la nave con la mirada nada más cruzar el umbral. La piedra oscura de las paredes y la cubierta de madera a dos aguas invitaban al recogimiento. Allí dentro no había espacio para los dorados ni los excesos ornamentales. Al contrario. Era una iglesia de formas puras, una sinfonía al vacío y la sobriedad, presidida por un sencillo Cristo crucificado.

No vi a nadie, pero unas voces me llegaron desde la sacristía.

—*Buongiorno* —saludé asomándome al interior.

Había tres personas en ella: un hombre y dos mujeres.

El alzacuellos y el tono apagado de su camisa eran lo único que identificaba al párroco. Le calculé cincuenta años bien llevados.

Las otras dos eran mayores. Hermanas, sin duda. Gemelas. Y saltaba a la vista que acudían a la misma peluquería. Quizá la única del pueblo.

Una de ellas sostenía un cubo con diferentes productos de limpieza. La otra, una escoba.

El cura se giró hacia mí con una sonrisa. Tenía un rostro redondo, de rasgos amables y mirada serena.

—*Salve. Buongiorno* —dijo tendiéndome la mano—. Don Matteo.

—Jon —respondí estrechándosela.

Tras intercambiar unas frases de cortesía, el sacerdote me preguntó en qué podía ayudarme.

Tragué saliva. Era el momento de abordar el tema que me había llevado a Cerdeña.

Le expliqué que venía de un lugar al que una vecina de Ottana había emigrado mucho tiempo atrás.

—Esta isla es una tierra de emigrantes. Son muchos quienes se marcharon… —señaló el párroco. Su tono se había tornado condescendiente.

—Y quienes todavía lo hacen —lo interrumpió una de las hermanas. Se habían apartado un par de pasos, pero no disimulaban su interés por nuestra conversación—. Aquí ya solo quedamos los viejos.

La otra discrepó. El idioma que empleaban era un italiano salpimentado con palabras y expresiones sardas, y si entendía

muchas de ellas era solo gracias al contexto en el que las pronunciaban.

—Están viniendo jóvenes últimamente. Mira esa pareja que ha comprado la casa de Rosalia. Ella cumplió los treinta y dos la semana pasada. Y esperan familia. Ahora con eso de trabajar a distancia… Hay quien se ha dado cuenta de que aquí se vive mejor que en la ciudad.

Don Matteo negó ostensiblemente.

—Son una mosca blanca. —Mi gesto confundido lo animó a aclarar que se refería a la excepción que confirmaba la regla, algo así como las habas contadas del castellano—. Todavía son muchos más quienes se van. El interior de esta isla morirá con nuestra generación.

El asunto de la despoblación rural no era nuevo para mí. A dos mil kilómetros de allí, los pueblos de la península ibérica también se estaban desangrando.

En cualquier caso, aquel debate no era lo que me había llevado a embarcarme en un largo viaje a través del Mediterráneo.

—Lekeitio, la costa vasca. ¿De verdad no les dice nada? —insistí.

El sacerdote negó sin detenerse un momento a pensarlo.

—Lo siento. Como le digo, muchas personas han dejado esta región.

—No se trataba de una mujer cualquiera —dije tras carraspear para aclararme la voz. Me costaba encontrar las palabras que venían a continuación—. Era alguien… especial. Recurrían a ella quienes precisaban… —Algo me decía que no era el público ideal para lo que estaba a punto de explicar, pero no tenía alternativa—. Era una mujer que ayudaba a acabar con el sufrimiento de quienes agonizaban.

No se me escapó el efecto que causó en ellos mi última frase. Las dos hermanas se santiguaron y el sacerdote cruzó con ellas una mirada incómoda antes de negar con crudeza.

—Leyendas sin fundamento… Aquí no hay acabadoras. Ni aquí ni en ningún otro lugar de esta isla. Le han informado mal. —Ya no sonreía. Incluso su voz se había tornado más fría.

—Le estoy hablando de hace muchos años. Esa mujer debió de marcharse de aquí en torno a mil novecientos cincuenta.

—No. Ni ahora ni entonces —respondió categóricamente don Matteo—. Son solo cuentos. En Cerdeña somos buenos cristianos. Es Dios quien decide cuándo morimos, no una mujer con un mazo ni tampoco unos médicos empeñados en suplantar al Altísimo.

Su respuesta fue un jarro de agua fría.

—¿Me permitiría consultar sus archivos parroquiales? —dije señalando los anaqueles repletos de libros que tenía a su espalda—. Es importante que dé con ella.

El gesto congelado del hombre de iglesia no cambió un ápice.

—No es necesario que pierda el tiempo con ninguno de esos libros. Yo se los resumo: ni hubo, ni hay ni habrá en Ottana nadie dedicado al falso oficio al que usted se refiere. Olvídelo.

No pretendía encontrar algo tan explícito.

—Quizá pueda dar en sus páginas con información sobre las personas emigradas.

Don Matteo esbozó una sonrisa forzada mientras caminaba lentamente hacia la puerta. No era necesario dominar idiomas para comprender que me estaba invitando a abandonar su iglesia.

—Son libros delicados —zanjó en tono autosuficiente—. Lo siento, pero no puedo permitirle hurgar en ellos. Guardan la historia de esta tierra. Las vidas de sus vecinos están ahí dentro. Mi cometido es que lleguen sanos y salvos a las generaciones futuras.

—Pero…

El sacerdote alzó una mano para interrumpirme. La otra la apoyaba en mi espalda en un aparente gesto amistoso que en realidad pretendía empujarme a la salida.

—Olvide esos cuentos y regrese al mundo real. Todo lo demás será una pérdida de tiempo. Disfrute de la Barbagia. Esta región tiene mucho que ofrecerle si deja de lado esas supersticiones absurdas.

No se conformó con sacarme de la sacristía. Me acompañó hasta la puerta y se aseguró de que salía del templo.

Sua nos recibió con un gruñido poco amistoso. No le gustaba el cura, era evidente.

Me giré para objetar algo. No podía marcharme de allí sin intentarlo una vez más.

Pero antes de que fuera capaz de abrir la boca, don Matteo me había cerrado la puerta de su iglesia en las narices.

52

El paso por la iglesia había resultado un absoluto fracaso, igual que mi intento de la víspera con Elena, mi anfitriona. Quizá preguntar abiertamente por la acabadora no fuera el camino. Pero entonces, ¿cuál lo era?

Era complicado. Más de lo que esperaba. Si en Lekeitio las tradiciones marcaban todavía el paso, las montañas del corazón sardo respiraban claramente al ritmo de ellas.

—El ayuntamiento —me dije en voz alta mientras bajaba las escaleras del templo.

Quizá allí contaran con censos de mediados del siglo XX. Con suerte incluso podrían tener algún tipo de registro de quiénes se marcharon y a dónde habían emigrado.

Consulté el mapa y vi que se encontraba cerca. En realidad, todo lo estaba en aquel pueblo que pasaba por poco de los dos mil habitantes.

Sua caminaba a mi lado. Se detenía a olisquearlo todo; aquel mundo nuevo debía de estar repleto de rastros desconocidos para él.

Acabábamos de girar una esquina cuando empezó a gruñir.

—¿Qué pasa? —pregunté mirando alrededor.

Yo no veía nada. Tampoco a nadie. Solo una calle vacía. Sin embargo, sus gruñidos fueron a más. Había algo allí que no le gustaba.

Se quedó inmóvil, con el lomo erizado. Miraba hacia las casas, a las ventanas cerradas, una tras otra.

Tiré de la correa.

—Vamos, anda.

Enseñó los dientes. Un gruñido bajo, sostenido.

Seguí su mirada hacia una ventana. Creí ver un leve movimiento, pero cuando fijé los ojos ya no había nada.

No me gustaba. Tenía la sensación de que nos observaban. No sabría decir desde dónde, pero sentía esas miradas clavadas en nosotros.

—No pasa nada —dije, agachándome junto a él—. Es solo una calle más.

Le rasqué detrás de las orejas, le acaricié el lomo. Al final logré que avanzara. Nuestros pasos resonaban en el silencio de aquel lugar expectante.

Pero apenas unos metros más allá se paró en seco. Ladraba fuera de sí. Con el rabo entre las patas y sin apartarse de mí. Nunca lo había visto tan alterado.

A mí también me sobresaltó aquella silueta. Vestía de negro de la cabeza a los pies. Encorvada, con un pañuelo cubriéndole la cabeza. La aparición duró apenas unos segundos, los que necesitó para desvanecerse por una estrecha calle lateral. Antes de hacerlo, se giró hacia nosotros y nos observó en silencio.

Los rasgos del rostro, duros y angulosos, tan negros como su vestimenta, me hicieron detenerme en seco. Pero lo que realmente me hizo contener el aliento fue reconocer en su mano el huso y la lana.

La vieja hilandera.

Me obligué a respirar lentamente. Me repetí una y otra vez que solo se trataba de un carnaval. Sin embargo algo me decía que Ottana entera conspiraba para que cogiera mis maletas y me marchara de allí.

—Solo cuando tenga las respuestas —me aseguré con menor firmeza de la que me hubiera gustado.

Dos calles más allá, la bandera italiana y la sarda que ondeaban en una fachada sobria me permitieron identificar el ayuntamiento.

La puerta estaba cerrada y el horario que colgaba de ella no me regaló buenas noticias. Solo abría de lunes a viernes.

Estábamos a sábado.

Dejé escapar un lento suspiro. Tendría que esperar.

Era eso o probar otro camino.

¿Y si preguntaba en el bar?

No.

Esa tampoco parecía la mejor opción. Lo más sensato sería tratar de pasar desapercibido el resto del fin de semana y acudir al ayuntamiento el lunes. Aunque tampoco guardaba grandes esperanzas sobre lo que pudiera encontrar en sus archivos. Quizá no contaban con censos de unos años convulsos. La administración local debió de cambiar de manos en aquellos tiempos, igual que un Estado del que los fascistas de Mussolini habían sido desplazados.

Pensaba en ello cuando el teléfono vibró en mi bolsillo.

Una llamada.

No conocía el número. Se trataba de un móvil.

—¿Sí?

—¿Dónde está? —me saludó un torrente de voz.

Me aparté el teléfono para volver a mirar la pantalla. No, allí no ponía ningún nombre. Sin embargo, me había parecido reconocer a mi interlocutor.

—¿Castaños? —pregunté.

—Oficial Castaños —subrayó el policía—. ¿No está en casa?

—No.

—Pues acérquese por aquí. Le espero en la puerta.

—Me temo que no va a ser posible.

—¿Por qué? ¿Dónde está?

—En Cerdeña.

Un largo silencio siguió a mi respuesta. Imaginé a aquel ertzaina pestañeando incrédulo.

—Déjese de bromas y venga ahora mismo. Necesito hacer algunas comprobaciones.

Repliqué que no me lo estaba inventando y le aseguré que en un par de días me tendría de vuelta.

—Le ordené que no se fuera lejos y usted responde desde una isla a mil kilómetros…

—Creo saber quién está detrás de los crímenes.

—Yo también lo sé. Y me acaba de quedar aún más claro —zanjó Castaños—. Vuelva inmediatamente, Jon. Si de verdad está usted en Italia, regrese en el primer vuelo o me obligará a pedirle al juez una orden de detención.

No me dio opción a responder antes de que cortara la comunicación.

—¡Joder! —exclamé con rabia. Era frustrante que la investigación estuviera en manos de aquel tipo tan obtuso.

Acababa de guardar el teléfono cuando una sombra emergió de un callejón lateral y me hizo dar instintivamente un paso atrás. Me costó contener un grito de terror cuando su rostro, oscuro como la noche y retorcido en una mueca, se acercó al mío.

Se trataba de otra de esas extrañas criaturas que el carnaval había llevado a las calles de Ottana. Pero saber que solo era un disfraz no evitó que mi corazón se desbocara.

—¿Quién eres? —me preguntó a bocajarro. Reconocía esa voz, esa mirada a través de los agujeros. Se trataba de la joven que me había salvado la víspera de las garras de la vieja hilandera—. ¿Por qué estás haciendo preguntas sobre Grazia?

No entendía nada.

—¿Grazia…? —balbuceé antes de comprender que se refería a la acabadora.

No tuve tiempo de añadir nada más antes de que ella volviera a tomar la palabra.

—Te espero en esta dirección cuando se ponga el sol —indicó deslizando en mi mano un papel doblado—. Asegúrate de que no te sigue nadie antes de llamar a la puerta.

Apenas había terminado de decirlo cuando se esfumó de nuevo, dejándome solo en mitad de la calle.

53

Era una casa aislada, rodeada de campos de cultivo. Un sencillo farol pendía de la fachada. El edificio, de dos alturas y tono mostaza, mostraba desconchones y ramas de hiedra trepando hacia las ventanas del piso superior. Pero lejos de afearlo, le otorgaban un cierto encanto.

No se apreciaba movimiento tras las ventanas, aunque una Vespa roja permanecía aparcada junto a la puerta. Era idéntica a la mía. A la que había restaurado con tanto mimo y me había llevado al encuentro del horror en las alturas de la sierra de Guadarrama.

Tragué saliva. Los recuerdos que me despertaba dolían demasiado.

Me detuve ante la entrada y miré alrededor. No había nadie a la vista. Las luces de Ottana se dibujaban en la distancia, a casi veinte minutos de caminata por el arcén de una carretera. En coche hubiera sido más fácil, pero había optado por llegar a pie, disfrutando de una puesta de sol jaleada por la algarabía de los estorninos. Sua también necesitaba un poco de ejercicio.

Estaba a punto de pulsar el timbre cuando la puerta se abrió sin ruido y una chica apareció recortada contra la luz del interior.

—Gracias por venir —dijo, apartándose para dejarme paso.

Sus ojos me confirmaron que se trataba de la misma mujer que me había abordado esa mañana. Era mucho más hermosa de lo que la máscara permitía imaginar. De tez morena y rasgos finos, pero con unos labios carnosos que mostraron una ligera sonrisa a modo de bienvenida.

Sua olfateó su mano y se dejó acariciar. Le gustaba.

—¿Qué estás haciendo en Ottana? ¿A qué viene tu interés por Grazia? —me interrogó cerrando la puerta en cuanto entramos.

Me mordí el labio. No sabía por dónde comenzar.

Opté por omitir los crímenes, pero le hablé de la madre de Goiko y de esa mujer rodeada de misterio que le había ofrecido su ayuda en el lecho de muerte.

—¿Qué más sabes de ella? —preguntó.

—Nada más. Aquel hombre no volvió a verla.

La italiana asintió lentamente.

—¿Y a qué viene tu interés? —continuó, mirándome con desconfianza.

Me encogí de hombros. Hablar de los asesinatos me parecía precipitado.

—Pues deberías tener más cuidado. Tus preguntas podrían buscarte enemigos por aquí.

—¿Enemigos?

—No creo que quede nadie en toda la Barbagia que no esté al corriente de que ha venido un forastero a remover el pasado.

Protesté. Eso no era verdad.

—Bienvenido a la Cerdeña más profunda… Estas montañas tienen oídos. Si yo me he enterado, es que ya lo saben todos. Elena llamó ayer a mi madre para contarle que uno de fuera estaba haciendo preguntas. Y esta mañana te he visto salir de la iglesia. Dime, al menos, que no has abierto la boca con el cura.

Apreté los dientes.

—Claro que le he preguntado por ella. A él y a unas feligresas que le ayudaban a limpiar.

La joven se llevó las manos a la cara.

—Las hermanas Garau… Lo que te digo: ya lo sabe todo el mundo.

No entendía nada. ¿A qué se debía tanto interés por que la acabadora no saliera a la luz?

—Los Garau son poderosos —resumió ella con una mueca de desagrado—. Lo fueron, lo son y lo serán. Buena parte de las tierras que nos rodean les pertenecen. De ellos es el poder económico y también el político. Difícilmente darás en Ottana con alguien dispuesto a enfrentarse a esa familia. Quien lo haga no tendrá futuro aquí. Por eso todos callan y seguirán haciéndolo.

—¿Y qué tiene eso que ver con la mujer que estoy buscando?

La italiana me hizo un gesto para que no me precipitara.

—Perdona. Ni siquiera me he presentado. Me llamo Valeria.

—Jon —dije con un amago de sonrisa—. Y él es Sua.

Valeria acarició al perro antes de explicarme que vivía en la capital de la isla. Se marchó a estudiar y ya no volvió. Solo lo hacía por carnaval, Navidad y alguna otra fecha señalada del calendario familiar.

—Adoro este lugar, pero me asfixiaría si tuviera que vivir aquí. Me gusta Cagliari. Allí tu apellido no marca tu camino, allí no eres la hija de estos o de aquellos. No. En la ciudad eres tú. Todo lo demás no importa.

—Sé de lo que hablas —admití pensando en mi propia migración vital, en mi caso en dirección opuesta.

Me ofreció asiento.

—La mujer que buscas se llama Grazia Serra. Se trata, efectivamente, de una hija de este pueblo, igual que toda mi familia. Yo no he llegado a conocerla, pero nadie ha estado más presente en mi vida.

—¿Por qué? —pregunté al ver que no continuaba.

—Porque mi abuela hablaba continuamente de ella. Grazia es su hermana.

—Grazia Serra es tu tía abuela…

La italiana asintió con gravedad.

—Y fue víctima de los abusos de poder de una familia que se ha sentido siempre por encima de la ley. Fueron los Garau quienes la acusaron de asesinar a un recién nacido. No pudo luchar contra sus mentiras. Solo le quedaba huir o la hubieran silenciado para siempre.

—¿Nunca regresó?

—Jamás —sentenció Valeria—. Si hoy vive, tendrá noventa y cuatro años. Dudo que regrese ya… Mi abuela no se cansaba de repetir que su hermana era inocente, que ella jamás hubiera matado a un bebé. Porque Grazia no era una asesina. Al contrario. Ella… —Apretó los labios como si le costara pronunciar lo que venía ahora—. No oirás por aquí a nadie reconocer esto, pero ella era una acabadora. Ayudaba a irse en paz a quienes tenían la mala fortuna de permanecer atados a una vida que los hacía sufrir.

Cada vez me sentía más confuso. ¿Había matado Grazia a un bebé o no lo había hecho?

—Creo que no te estoy entendiendo.

La italiana me estudió con la mirada. Comprendí que estaba midiendo hasta qué punto podía confiar en mí.

—Ven. Te mostraré algo —dijo al fin. Me tomó de la mano y me llevó escaleras arriba.

El tacto cálido de su piel me recorrió de arriba abajo. Era agradable sentir que no estaba solo en mi búsqueda.

Valeria empujó una puerta sencilla.

Era una buhardilla, lo suficientemente alta como para estar de pie en su parte central.

Sua dio un paso atrás y soltó un lamento.

—Pobre… ¿Qué le pasa? —preguntó la italiana acariciándolo.

—Nada. Malas experiencias —suspiré agachándome para ponerme a la altura del animal—. No pasa nada, Sua. ¿Prefieres esperar aquí fuera?

No lo dudó. Ladró un par de veces y se tumbó junto a la puerta. No tenía ninguna intención de entrar en aquel lugar oscuro.

Seguí a Valeria al interior del desván.

Olía a cosas viejas, a historia familiar concentrada… Me recordaba, en cierto modo, al de mi casa de Lekeitio, aunque sin faros ni boyas de cristal.

Una bombilla desnuda colgaba de la viga central. La luz que emitía era tan cálida como escasa, aunque suficiente para disipar las sombras del lugar.

Valeria se dirigió a una mesa y apoyó la mano en una vieja caja de hojalata que algún día había contenido galletas.

—Aquí está todo —dijo tamborileando levemente en la tapa—. Mi abuela falleció hace cinco años y, en su lecho de muerte, todavía mencionó a su hermana. Me pidió que limpiara su nombre y que la buscara. Le torturaba la idea de que Grazia acabara enterrada en algún lugar desconocido. Lejos de su tierra y de los suyos. Me hizo prometerle que la encontraría y la traería de vuelta. Y hasta que ese compromiso no brotó de mis labios, no dejó de aferrarse a una vida que hacía tiempo que no le aportaba más que sufrimiento. —Retiró

la tapa y me invitó con un gesto a acercarme—. Esto es todo lo que guardaba de ella.

Me asomé al interior y observé un pedazo de cuero, acartonado por el paso del tiempo. Valeria lo cogió y se lo acercó a la cara. Sus ojos volvieron a mirarme a través de una máscara.

—Se la ponía cuando acudía a casa de quienes necesitaban marcharse. Esto y su mazo de madera de olivo, el *mazzolu*, eran sus únicas herramientas. Ellas y la compasión. Nada más.

Me fijé en que había también una vieja fotografía en la caja. La cogí con cuidado. Su tono sepia y los bordes desgastados me hacían temer que se desintegrara en mis manos.

—¿Es ella? —pregunté, señalando a una mujer vestida completamente de negro. Seria. Muy seria. La sonrisa que trataba de ofrecer a la cámara no pasaba de un esbozo forzado. La expresión de la niña que la acompañaba no era más alegre.

—No. Grazia es la pequeña. Tenía nueve años. La mujer es la tía Maria. En realidad no era su tía, pero la llamaban así. Ella era… —Valeria se mordió el labio; no le resultaba fácil explicarlo—. Maria no tenía hijos. La familia de mi abuela era muy pobre y le entregaron a Grazia para que la criara. La foto está tomada el día en que se marchó con ella. Y fue la tía quien le transmitió sus conocimientos y la hizo heredera de su oficio.

—El de acabadora —planteé.

—No exactamente. La tía era comadrona. Ayudaba a los niños a llegar al mundo.

—Pero también… —empecé.

—También —zanjó Valeria. Me dio la impresión de que a ella también le costaba nombrar un oficio que durante generaciones se había pronunciado en voz baja.

—No hay nada más —indiqué, echando un vistazo en la caja.

Valeria negó con la cabeza.

—Nada. Cuando se marchó de aquí, Grazia estuvo unos años en silencio. Mi abuela oyó que la habían matado. Que los Garau se habían deshecho de ella y sus secretos. Hasta que un día llegó una carta. Con un remite falso, que pasaba desapercibido para el resto

del pueblo, y sin pistas que permitieran localizarla, más allá de que el matasellos era de una ciudad lejana: Bilbao.

—¿La tienes?

—Ni esa ni ninguna. Mi abuela me contó que su madre le enseñó a quemarlas en cuanto llegaban. Porque Grazia envió algunas más. Quería que supieran que estaba bien. Pero también que jamás regresaría. En ellas explicaba la verdad sobre lo ocurrido con aquel recién nacido. La verdad que los Garau no querían que saliera a la luz y que condenó a mi tía abuela al exilio.

—¿Cuál era? —pregunté. Necesitaba saberlo todo de esa mujer emigrada a la costa vasca.

—A Grazia la llamaron una noche. Tenía que atender el parto de una sirvienta. Pero cuando el bebé llegó al mundo, Antonio Garau, el patriarca de la familia, le ordenó que acabara con su vida. Lo quería muerto. De nada le sirvió que la joven madre jurara una y otra vez que se marcharía muy lejos con el recién nacido, que el pequeño nunca sabría quién era su padre, que jamás le causarían problemas. Que desaparecerían para siempre de la faz de la tierra.

—Porque Antonio Garau era el padre —comprendí.

Valeria asintió.

—Y no estaba dispuesto a permitir que un hijo ilegítimo complicara las cosas. Pero Grazia se negó. Ella no era una asesina y trató de impedirlo, pero ese monstruo mató al bebé y se deshizo de él.

—Grazia era una testigo incómoda —deduje.

—Tuvo que huir. No le quedó alternativa. O se marchaba o los Garau habrían acabado con ella.

De pronto Sua ladró, inquieto.

—¿Qué pasa, chico? —pregunté girándome hacia él.

Valeria se acercó a la única ventana y se asomó al exterior.

—Es mi madre. Tienes que irte… —dijo regresando a mi lado—. Ella no quiere ni oír hablar de todo esto.

—¿Por qué?

—Dice que el pasado no debe lastrar nuestra vida. —Se apresuró a introducir todo en la caja—. Tiene miedo. Como todos. Por eso el pueblo calla. Los Garau no permitirán que nadie ensucie su nombre.

—Valeria señaló una escalera secundaria—. Ven por aquí. Tendrás que salir por detrás.

—Pero…

—Seguro que mi madre recuerda algo más. Tu aparición en Ottana ha abierto la caja de Pandora. Eso me permitirá hacerle algunas preguntas. No me busques. Seré yo quien lo haga. Vamos. Márchate. ¡Rápido! —insistió empujándome hacia la salida.

54

Las montañas de la Barbagia se recortaban sobre un cielo habitado por millones de estrellas. La luna, a la que faltaban apenas dos días para morir, todavía no asomaba tras unas cimas acostumbradas a la soledad. Tampoco el viento se atrevía a reclamar su protagonismo. La noche había traído consigo una tregua en el mistral que llevaba horas agitando el corazón de Cerdeña.

Me giré hacia la casa de Valeria. El coche recién llegado y la Vespa seguían allí, ante la puerta. Todo en orden. Su madre no parecía haberse percatado de mi visita.

Llené de aire los pulmones y me permití aflojar el ritmo.

—Muy bien, chico. No has soltado ni un ladrido —le dije a Sua frotándole el lomo. Uno solo nos hubiera delatado ante esa madre que abría una puerta mientras nosotros salíamos por otra.

Mi marcha precipitada me había dejado una sensación ambivalente. Optimismo, sí, pero solo a medias. Tenía la impresión de contar con más preguntas que respuestas, porque saber el nombre de la acabadora no era suficiente. Quizá sirviera para que Nerea pudiera localizarla en los archivos del centro de salud, pero no podía confiarlo todo a esa carta.

Sin embargo, por primera vez en muchos días, tenía la impresión de haber dado con algo verdaderamente importante.

Grazia Serra. Tenía su nombre y tenía su historia. Al menos, parte de ella. La restante estaba ahí, guardada entre los recuerdos familiares de una chica que también deseaba encontrarla.

Ya no remaba solo.

Lástima no haber podido leer esas cartas que enviaba desde su exilio vasco. Porque esas misivas que Grazia hacía llegar a su familia hablarían seguramente de su nueva vida.

¿Dónde había estado durante tantos años? ¿Con quién había tratado? ¿Quiénes formaban su entorno? Nadie puede pasar media vida en un lugar sin dejar huella ni crear lazos. Y eran esos vínculos los que debía identificar, porque si de algo estaba seguro era de que entre esos nombres se escondía el asesino.

Mi mente voló de vuelta a Lekeitio. Las ruinas del viejo hospital, una caravana, un italiano parco en palabras…

¡Claudio!

No había preguntado por él a Valeria. Había desaprovechado una buena ocasión para tratar de saber más sobre el buscador de tesoros. Tendría que hacerlo en cuanto volviera a verla.

Sua se detuvo a olisquear un poste.

—Venga… ¿Acaso tú no tienes hambre? —le pregunté tirando suavemente de la correa.

Como si pretendieran reforzar mi mensaje, las campanas de la iglesia sonaron en la distancia. Eran las ocho de la tarde. Seguro que Elena había preparado alguna especialidad sarda para cenar. Para Sua había encontrado unas latas de comida en la tienda, que lo mismo vendía pan y salchichas que productos de limpieza. Le gustaban. La etiqueta decía que se trataba de ternera con verduras, aunque parecía cualquier cosa menos eso.

Volví a tirar de la correa.

—Veeenga.

El perro no me escuchaba. Había algo en la base de esa señal que era más interesante que mis palabras. Estuvo hurgando con el hocico y las patas hasta que un ratoncillo salió disparado hacia los campos.

—Déjalo, anda. Vaya susto le habrás pegado —le dije obligándolo a seguir.

Las primeras casas de Ottana se veían ya entre los árboles, bañadas por la luz anaranjada de las farolas. El olor a invierno que brotaba de las chimeneas comenzaba a anunciar la cercanía del lugar.

Tenía ganas de llegar.

El sonido lejano de un coche me hizo volver la cabeza.

Se acercaba por nuestra espalda. Alguien que regresaba al pueblo, igual que nosotros.

Sujeté con fuerza la correa de Sua para asegurarme de que no se apartaba de mi lado.

—No salgas a la carretera —le ordené sin separarme del arcén.

Me tranquilizó sentir que el vehículo reducía la velocidad. Nos había visto. Sus faros dibujaron ante nosotros largas sombras que danzaban conforme se aproximaban.

Y de pronto todo se congeló.

El coche se había detenido solo unos metros antes de llegar a nuestra altura.

—¿Valeria? —pregunté forzando la vista para tratar de reconocer a quien se sentaba al volante. Seguro que era ella. Querría acercarnos al pueblo para que no tuviéramos que caminar de noche por la carretera.

Me disponía a desandar el camino que nos separaba del vehículo cuando la luz ganó intensidad, deslumbrándonos por completo. Había encendido las largas.

Sua gimoteó y corrió a esconderse entre mis piernas.

—¡Oye! ¿Qué haces? —protesté estirando la mano para protegerme del torrente de luz.

El silencio que obtuve como única respuesta me hizo sospechar que algo no iba bien.

Me lo confirmó el rugido del motor.

No fue una aceleración progresiva, sino un golpe seco, violento. Las ruedas chirriaron sobre el asfalto y vi cómo el coche se abalanzaba de lleno hacia nosotros.

Pretendía atropellarnos.

Sua no lo dudó. Saltó hacia las sombras que se extendían más allá del asfalto, las mismas que le habían arrebatado al roedor hacía un par de minutos.

Me dejé llevar por el tirón de la correa y rodé por el talud.

Arriba, en la carretera, el motor seguía rugiendo. El coche no frenó. Sus ruedas pasaron muy cerca, disparando sobre nosotros una lluvia de gravilla.

No dio marcha atrás. Se alejó a toda velocidad, engullido por la oscuridad y las calles del pueblo.

Me quedé allí, tendido, con el corazón desbocado y las manos clavadas en la tierra. Me dolía todo el cuerpo, tenía pinchos de zarzas clavados aquí y allá.

Tragué saliva a duras penas. Tenía ganas de gritar de pura impotencia.

También allí, en un pueblo perdido en las montañas de Cerdeña, alguien había intentado matarme.

55

El invierno sumía en un estado somnoliento a las hierbas aromáticas. Tomillo, romero, salvia… Crecían a la orilla del sendero, pero reservaban su olor solo para quien se detuviera a acariciarlas. Perdí la cuenta de las veces que aflojé mi carrera para repetir el gesto. Me gustaba sentir ese aroma áspero y limpio en las yemas de mis dedos.

Arriba, en el cielo, un halcón de Eleonora observaba el mundo con la paciencia de quien sabe que su presa acabará cometiendo un error.

Giuseppe, mi anfitrión, me había hablado de él mientras compartíamos un café en la cocina. Estaba indicándome en un mapa los restos megalíticos más interesantes cuando lo recordó. Sus congéneres emigraban en otoño hasta Madagascar, pero aquel ejemplar se había quedado a pasar el invierno en la isla. Alguna lesión en el momento de emprender el gran viaje debía de haberlo obligado a renunciar a él.

—Es un cazador metódico y paciente. Puede pasarse horas suspendido sobre los campos, sin batir las alas, dejándose llevar por las corrientes. No persigue, no se precipita. Espera en silencio. Y cuando cae sobre su presa, lo hace solo una vez. No necesita más. Porque nunca falla —aseguró clavando el dedo en el mapa.

Apreté el ritmo. Había salido a correr para intentar poner en orden mis pensamientos. Todavía me perseguía el susto de la víspera. Al menos por aquellas veredas entre los cultivos nadie podría tratar de atropellarme.

—Vamos, Sua. No te quedes atrás —lo llamé al ver que se entretenía olisqueando algo.

El terreno ondulaba sin brusquedad, pero la subida era constante. Bancales, muros de piedra seca, alcornoques solitarios… Mi

respiración era entrecortada y los latidos empezaban a retumbarme en las sienes.

Sua me alcanzó, incansable.

Correr le sentaba bien. Igual que a mí.

Goiko tenía razón. Dejar de correr no había sido una buena idea. Debía volver a hacerlo cada día. Lo necesitábamos. Sua y yo.

Pensaba en ello cuando llegué al *nuraghe*.

Se trataba de un gran cono irregular formado por piedras de un tamaño considerable, encajadas unas sobre otras con una gran precisión. No había nada alrededor que distrajera la vista: solo hierba baja y rocas sueltas. Los árboles guardaban una distancia reverencial, como si la presencia del monumento de la Edad del Bronce les infundiera respeto.

Sua se asomó tímidamente al interior, pero reculó de inmediato.

—Vamos. Ven conmigo —lo animé adelantándome. Tenía curiosidad por ver cómo era una de esas construcciones que situaban la región de Barbagia en el mapa de los arqueólogos.

No me siguió. Prefirió tumbarse a la entrada y dejarme hacer a mí.

Penetré en la galería oscura. Estaba formada por grandes piedras, sujetas sin argamasa. Desembocaba en un espacio vacío, suficientemente amplio para permanecer de pie. El aire se sentía pesado en el interior. La luz se filtraba entre las piedras y lo bañaba todo con una extraña calidez. No sabría explicar por qué, pero me sentía bien en aquel vientre de piedra. Una agradable sensación de paz me embargó y me hizo olvidar por un momento la tormenta que llevaba meses sacudiendo mi vida.

Y fue allí, envuelto en un silencio iniciático, donde decidí que no iba a seguir esperando.

Me dirigí al exterior y me encaramé a los sillares para trepar a lo alto del monumento, convertido de pronto en el mejor otero sobre los campos de labor. Un pastor con un rebaño generoso ponía una nota de vida al paisaje durmiente. Igual que un bando de estorninos que dibujaba formas ágiles en la distancia.

Mis pensamientos volaron con ellos. De las montañas del corazón de Cerdeña a las de Guadarrama. De la libertad de aquella mañana

de febrero al dolor de un domingo de primavera que hizo añicos mi vida.

Apreté los labios y saqué el móvil del bolsillo. No podía seguir huyendo. Los padres de Sofía merecían saber que no era el héroe que ellos creían.

Busqué su número en la agenda y respiré hondo mientras aguardaba a que sonaran los tonos de llamada.

La voz de Jaime se asomó de inmediato al auricular.

—¡Juan! —Qué raro se me hacía oír mi nombre en castellano tras tantos meses convertido en Jon—. ¿Cómo estás?

Su tono, tan amable como lo recordaba, deshizo en parte el nudo de mi estómago.

—Estoy bien… Creo.

Se interesó por los pormenores de mi detención y me los sacudí de encima tan rápido como pude. No le llamaba para hablar de mi vida en Lekeitio, sino de la anterior.

—Oye… Jaime… Tengo que contarte algo —confesé cerrando los ojos—. Es sobre aquel día… Sobre el accidente.

Durante los siguientes minutos solo hablé yo. Vomité toda la verdad. Me vacié. Lloré. Y, sobre todo, pedí un perdón que tenía la impresión de no merecer.

—Lo siento… —balbuceé cuando terminé—. Me hubiera gustado poder contároslo a la cara.

—¿Crees que no lo sabíamos? —me preguntó con la voz rota. Respiré hondo. Estaba preparado para escuchar sus reproches. Llevaba desde aquel domingo preparándome para ello—. ¿Por qué te torturas así? Actuaste como habría hecho cualquiera de nosotros. Quien no se preocupe por los suyos no es humano.

—Pero de un médico se espera que…

Jaime me interrumpió.

—La culpa de lo que sucedió no es tuya, Juan. Es solo de ese cabrón que las atropelló. Y te aseguro que antes o después pagará por ello.

—Pero yo podría… —Me costaba hablar. Las palabras se enredaban en mi garganta.

—No, Juan. Sofía murió de una hemorragia severa. Con los medios que tenías a tu disposición no habrías podido salvarla. —Un sollozo se coló entre sus palabras—. Nuestro mayor consuelo es saber que su vida se apagó en los brazos de alguien que la quería, arropada por Lola y por ti. ¿Sabes lo que eso significa para unos padres que lo han perdido todo?

Asentí en silencio.

Después nos alargamos en palabras de apoyo y, antes de despedirnos, me pidió que hiciera el favor de cuidarme.

Me recosté en la torre prehistórica y lloré con la mirada fija en el cielo.

De pronto sentí una piel peluda a mi lado. Era Sua. No sé cómo había conseguido trepar hasta allí arriba, pero había percibido mi llanto y no quería dejarme solo.

Y entonces reparé en una nube de polvo que se elevaba entre los campos y se dirigía a toda velocidad hacia nosotros.

—¡Mierda! —exclamé poniéndome en pie de un salto.

Tenía que buscar un lugar donde ocultarme.

¡Y tenía que hacerlo de inmediato!

56

Miré alrededor en busca de un lugar donde desaparecer.

No era fácil. El terreno estaba demasiado abierto: alcornoques dispersos, una caseta agrícola y poco más.

La moto se acercaba.

No tenía tiempo para pensar.

Corrí hacia un grupo de rocas y me deslicé tras ellas. No era un buen escondite, pero al menos me sacaba de la vista.

No necesitaba cerrar los ojos para revivir con claridad lo sucedido solo unas horas antes. Los faros abalanzándose sobre mí, las ruedas chirriando… Todavía sentía las magulladuras que me había regalado rodar por el talud.

La moto se oía cada vez más cerca. Las piedrecillas del camino saltaban a su paso, hasta que finalmente se detuvo a muy poca distancia de mi escondite.

Contuve la respiración y tiré de Sua para que se pegara a mí. Necesitaba que se mantuviera en silencio. El más mínimo gruñido nos delataría.

Saqué el móvil del bolsillo. Debía pedir ayuda a alguien.

¿Pero a quién?

Las pisadas me dijeron que acababa de bajarse de la moto.

Sus pasos se acercaron.

Un leve gruñido hizo vibrar el lomo de Sua.

Le rasqué detrás de las orejas. Tenía que conseguir que se calmara.

Y entonces se oyó una voz.

—Jon. ¿Dónde te has metido? Sé que estás aquí. Te he visto.

Aquellas palabras lograron que toda la tensión acumulada cediera de repente.

Era Valeria.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —dije saliendo de detrás de las rocas.

Me observó con incredulidad.

—Estás en Cerdeña, ¿recuerdas? Las montañas tienen oídos y también ojos… Elena le ha contado a mi madre que el forastero que hace preguntas ha salido a ver los *nuraghes*.

Me reí sin ganas. Me tenían controlado.

La italiana dio una palmada en las piedras que formaban el monumento.

—¿Qué te parece? Hay miles como este por toda la isla.

—¿Y qué eran? ¿Tumbas?

Valeria negó con un gesto apenas perceptible.

—No está muy claro. Torres para marcar territorio, para vigilar… Pero son nuestra seña de identidad. Antes de los romanos ya estábamos aquí. A mi padre le fascinaban. Me llevaba aquí y allá a visitarlos. Todavía guardo su cuaderno con las notas y dibujos que realizaba sobre cada uno de ellos. Era pastor, pero aquello de sentirse arqueólogo de fin de semana le daba la vida. Y fue él, sin pretenderlo, quien me despertó el interés por la historia y me mostró mi futuro.

Pensé en mi propio padre. En nuestra particular colección de cumbres. La montaña fue nuestro territorio compartido, el lugar que nos unía muchos domingos. La lata de sardinas que nunca faltaba en la mochila, el trago de agua de aquella cantimplora forrada de fieltro verde, las onzas de chocolate a media ascensión… Pero de todos los recuerdos que aquellas mañanas me habían legado, ninguno como el orgullo con el que me abrazó en la cima de Peñalara. Tenía diez años y acababa de coronar, de su mano, mi primer dosmil.

—¿Eres historiadora? —quise saber, dejando de lado la nostalgia.

—Algo así. Soy restauradora. Retablos medievales, sobre todo. Ahora estoy trabajando en el de Tuili, un pueblo al sur de aquí, en el camino a Cagliari. Una obra maestra. Si vieras qué colores, qué nivel de detalle en las facciones… —Se rio—. Perdona. Qué pesada… Me emociono al pensar en mi trabajo.

—Parece muy interesante.

—Lo es, la verdad. Al retirar capas de restauraciones previas encuentras a menudo grandes sorpresas. Igual que con las personas, ¿sabes? —Se agachó para acariciar a Sua—. Y tú, chico, ¿qué tal estás?

El perro le olisqueó la mano y la premió con un lametazo. Iba vestida con unas sencillas mallas deportivas y un jersey de lana cuyas mangas le quedaban largas.

—Qué bien educado está. Enhorabuena —dijo Valeria sentándose en el *nuraghe*.

—No es mérito mío. Su dueña… —Tragué saliva mientras me acomodaba a su lado. Todavía no había compartido con la italiana el verdadero motivo de mi viaje a Cerdeña. Me sentí culpable. Ella me estaba abriendo las puertas de su casa y contándome sus secretos de familia. Yo, en cambio, había maquillado mi búsqueda como una mera curiosidad—. Su dueña murió. Fue asesinada —anuncié por fin.

Tuve que detenerme en más de una ocasión para aclararme la garganta, pero le expliqué todo lo sucedido en Lekeitio durante las últimas semanas. Tres crímenes y mi propio intento de asesinato.

—La firma del asesino no es el caramelo. La firma es la propia arma homicida —indicó ella, pensativa—. Por eso estás aquí. Crees que quien está sembrando de muerte tu pueblo es Grazia.

—O alguien que aprendió de ella. Probablemente incluso emplee su propio martillo de madera de olivo.

—El *mazzolu* —aclaró Valeria—. Cuando trataron de matarte lo verías. ¿Era de madera?

Negué con un suspiro.

No había llegado a verlo. El ataque había llegado por la espalda y me había pillado tan desprevenido que no había visto nada. Bastante tenía con tratar de defenderme.

—Al menos en Ottana no corres peligro —comentó ella en tono aliviado.

—Ojalá tuvieras razón… Anoche estuvieron a punto de atropellarnos cuando regresábamos al centro del pueblo.

Valeria se llevó las manos a la cara.

—¡Lo siento! Debí acompañarte. Es culpa mía. Esa carretera es peligrosa. No hubiera sido el primer accidente…

—No, Valeria. No fue un accidente. Se trató de un ataque deliberado. El conductor corrigió la trayectoria para venir directo hacia nosotros. Por eso me he escondido al verte llegar en moto.

Ahora sí que se quedó con la boca abierta.

—¿Y no te fijaste en el modelo del vehículo? ¿El color, al menos?

—No. Solo vi unos faros lanzándose contra mí a toda velocidad.

Ella resopló. Parecía realmente preocupada.

—¿Qué te dije anoche? Los Garau no van a permitir que nadie manche su nombre. Tómate el ataque como una advertencia. Quieren que te marches. La siguiente ocasión quizá no se conformen con darte un susto.

Era consciente de ello, pero no pensaba marcharme de allí hasta dar con lo que necesitaba.

—¿Quiénes son? —pregunté. Ni siquiera les ponía cara.

—¿Los Garau? Están por todos lados, pero conoces a algunos. El cura, por ejemplo.

—¿Don Matteo?

—Es nieto de Antonio, el hombre que mató al bebé. También coincidiste con sus tías, las gemelas. Son un par de perlas de mucho cuidado. Veneno puro.

Respiré hondo.

—Ahora me dirás que el matrimonio que me acoge en su casa también es de la familia Garau.

—¿Giuseppe y Elena? No. Ellos son de origen más llano. Ella es amiga de mi madre. Fueron juntas a la escuela.

Su respuesta me tranquilizó. No me apetecía dormir en una casa donde sus propietarios quisieran verme muerto.

—Tengo que preguntarte por alguien más —recordé—. Claudio. Rondará los sesenta años. Quizá alguno menos; quizá alguno más. No soy el mejor calculando edades. Creo que podría ser de Ottana. ¿Te suena?

—¿Claudio? —repitió Valeria con la mirada perdida. Después sacudió la cabeza—. Los dos únicos que conozco son bastante más jóvenes.

Le di algunos datos más sobre el físico del buscador de tesoros.

—Claudio… —murmuró—. ¿Y cuánto tiempo dices que lleva en Lekeitio?

Arrugué los labios. No tenía una respuesta clara. Cuando llegué en agosto, él ya estaba allí. Sin embargo, había oído que llevaba años por la zona.

—¿Años? —dijo Valeria—. Supongo que te habrás planteado que podría estar empleando un nombre falso.

Me rasqué la cabeza. No se me había ocurrido.

—¿En qué estás pensando? —pregunté. Me daba la impresión de que sabía algo.

La italiana tardó unos segundos en continuar.

—Todavía no te he hablado de la mujer a la que arrebataron su recién nacido —apuntó muy seria—. Se llamaba Anna. Yo apenas tuve relación con ella. Era extraña. Esquiva. Supongo que lo del bebé la dejó trastornada. Sucedió cuando ella era una niña de solo diecisiete años que servía en la casa más importante del pueblo. Imagínate el impacto emocional… Tu jefe te deja embarazada, te obliga a mantenerlo en secreto durante nueve meses y, cuando das a luz, asesina al niño. A su propio hijo.

—Terrible —murmuré sin comprender qué tenía que ver todo aquello con Claudio.

—Muchos años después, Anna se casó y tuvo otro hijo: Luca. Luca Piareggio. —Valeria sacudió la mano—. Ese sí que era raro… Alguna vez, cuando regresaba sola del instituto, me acercaba a casa. Éramos casi vecinos y, si me veía caminando por la carretera, me recogía. Mi madre se enfadaba si se enteraba de que me había traído él. Decía que eso de montarme en coche con hombres solo podía acabar mal. Pero creo que, en realidad, era Luca quien le daba miedo.

—¿Por qué?

—Nunca hablaba. Jamás he conocido a nadie tan poco necesitado de los demás. En esa casa pesaba demasiado lo que había sucedido con el primer hijo.

—¿Tenía tu edad?

—¡Qué dices! —protestó Valeria dándome un empujón—. Luca era mucho mayor. Yo era una cría. ¿Cuántos me echas?

Me mordí la lengua. Siempre metía la pata con esas preguntas.

—Veintinueve —dije, restándole un par de años a los treinta y uno que le calculé.

—Treinta y cuatro —replicó ella guiñándome un ojo—. Y tú… ¿cuarenta?

—¡No! Muchos menos —me defendí—. Solo treinta y ocho.

Valeria se rio a gusto.

—Guau… Muchísimos menos —se burló apoyándome la mano en el hombro.

Me descubrí sonriendo. Su cercanía resultaba natural, cómoda, como si nos conociéramos de siempre.

Me gustaba estar con ella.

—Hablas de Luca en pasado —observé.

Valeria dudó un instante.

—Cuando la desgracia se ceba con una familia… —dijo al fin—. Anna falleció durante la pandemia. Y Luca desapareció. El pueblo enseguida dictó sentencia: no soportó la muerte de su madre y se tiró a algún pozo.

—¿No lo buscaron?

—Era mayor de edad. Tendría más de cincuenta años… ¿Tú sabes cuántos pozos hay por aquí? Todavía estaríamos buscando. Nada. Se habló del asunto durante unas semanas y después se dejó pasar.

Contuve la respiración. Ya entendía por dónde iba.

—¿Cómo era Luca? ¿Tienes alguna foto?

Valeria sacó el móvil y revisó la galería durante un par de minutos.

—Nada —dijo al final—. Ni una sola.

—¿Crees que Luca podría ser el Claudio de Lekeitio?

Se encogió de hombros.

—Es posible. Pero ¿qué lo habría llevado hasta el pueblo donde Grazia buscó refugio tras huir de aquí?

—¿Y cómo podría haberla encontrado? —añadí.

Aquello no acababa de encajar, pero hasta que no pudiera ver a ese tipo en alguna foto no me atrevía a descartarlo. Valeria prometió buscar en casa.

—Oye, todavía no te he contado lo que venía a decirte. Pero antes prométeme algo —dijo la italiana cogiéndome las manos. Sus ojos

negros brillaban con una intensidad especial—. Cuando des con el asesino que buscas, me ayudarás a encontrar a Grazia. Me gustaría traerla de vuelta para cumplir el deseo de mi abuela.

—Prometido.

Valeria esbozó una sonrisa y sus labios me parecieron de pronto los más hermosos del mundo. Ella también observaba los míos. Fueron apenas unos instantes. Después aparté la mirada y solté sus manos, incómodo.

—Mi madre también trató de localizar a Grazia —comenzó a explicar—. Lo hizo en silencio, sin hacer ruido. Ella también tenía la esperanza de ser capaz de reunir a mi abuela con su hermana.

—¿Y lo logró? —pregunté con un cosquilleo en el estómago.

La italiana arrugó la nariz.

—No, pero se acercó. —Desplegó un pedazo de un mapa en el que reconocí la costa vasca—. Mira. Aquí marcó el sitio donde dedujo que había encontrado refugio. ¿Es allí donde vives?

El círculo alrededor de Lekeitio no dejaba lugar a dudas.

—Ahí es. Y también donde se han producido los asesinatos.

—Lo identificó gracias a los recuerdos de mi abuela. Las cartas de Grazia fueron dando algunas pistas. Contaba lo hermoso que era el pueblo al que se había mudado. Hablaba de los barcos cargados de pescado llegando a puerto cada mañana, de una iglesia que parecía una más de esas embarcaciones, varada a la orilla del mar. Y de una isla como las de los piratas.

Recorrí el mapa con la mirada. Esas pistas, sumadas al matasellos bilbaíno, también me conducían a Lekeitio.

Pero eso ya lo sabía sin necesidad de viajar hasta Ottana.

Tenía la sensación de que el hilo estaba ahí, pero aún no lograba tirar de él.

—Mi madre me ha recordado un dato que creo que podría servirte —continuó Valeria—. Grazia vivía cerca de un río. Lo explicaba en sus cartas. Era lo primero que veía cada mañana. A mi abuela se le quedó grabado ese detalle. Le parecía una escena maravillosa. Aquí, en Ottana, lo único que vemos alrededor son tierras de cereal y las ruinas de una refinería que desmantelaron hace años. Le hacía

ilusión pensar que, al menos, su hermana había ido a caer a un lugar hermoso y donde la trataban bien.

—¿La trataban bien? ¿Cómo lo sabes?

Valeria asintió lentamente.

—Perdona. No te he hablado de ellos… A Grazia la acogió una familia. Entró a trabajar como chica de servicio y allí ha estado toda su vida. Con ellos. Siempre hablaba maravillas de esa gente. La trataban como a una más de la familia. Justo lo que una mujer joven, obligada a dejar su tierra, necesitaba. Hacía las tareas de casa, trabajaba el huerto, cuidaba de su hija, cocinaba…

—Sería importante saber quiénes eran. ¿Seguro que no conserváis ninguna carta?

Valeria apretó los labios.

—Ninguna. Mi madre ni siquiera llegó a leerlas.

Había algo que no encajaba en esa historia.

—Tu abuela tendría alguna dirección a la que escribir. ¿Cómo respondía si no a las cartas?

—No lo hacía. La comunicación fue siempre en una sola dirección. Grazia intentaba que su familia supiera que estaba bien. Nada más. No aguardaba respuesta. No quería correr riesgos.

—¿Y cuándo llegó su última carta?

—No lo sé. Pero desde que mi abuela falleció hace cinco años no hemos recibido ni una sola.

—Cinco años —repetí en voz baja.

—Sí. Yo también temo que eso signifique que Grazia ya no esté entre nosotros. Pero no pienso tirar la toalla. —Valeria me pasó una mano reconfortante por la espalda—. Vamos a encontrarla. Tú podrás descubrir al asesino y yo cumpliré la promesa que le hice a mi abuela.

—Ojalá —deseé en voz alta.

—No lo dudes.

Su determinación me fascinaba. Y el brillo de sus ojos, tan negros como el azabache, me resultaba magnético. Me costaba apartar la mirada de ellos, y también de esos labios entreabiertos.

Dejé escapar un largo suspiro mientras frenaba el impulso de recorrer la escasa distancia que me separaba de su boca.

El halcón de Eleonora seguía observándonos desde el cielo. Todavía no había encontrado el momento de actuar. Pero lo haría. Antes o después se lanzaría, implacable, sobre una nueva presa.

57

Sentado en la cama y vigilado de cerca por aquellos dos querubines sonrosados que protegían mis sueños, cogí mi libreta de notas y comencé a transcribir los datos que me había facilitado Valeria.

La isla, la iglesia a orillas del mar, el puerto pesquero…

De todos aquellos detalles, había uno que me interesaba especialmente: Grazia veía el río desde su ventana. El Lea.

Eso me permitía comenzar a acotar la búsqueda.

Estaba consultando en el móvil un mapa de Lekeitio cuando un golpe seco en la ventana me hizo saltar de la cama. Sua, que dormía hecho un ovillo, se puso en pie y ladró, alerta.

Aparté con cuidado la cortina y advertí que había movimiento en la calle.

A la luz de las farolas distinguí figuras cubiertas con ropas oscuras. Avanzaban a trompicones, se balanceaban de un lado a otro mientras los cencerros que llevaban colgados del cuerpo golpeaban el aire con violencia. Ni un rostro humano. Solo esas oscuras máscaras que representaban animales y pastores. Labradas en madera y decoradas con símbolos antiguos.

Sentí un escalofrío.

Aquello no era una simple fiesta. No tenía nada que ver con el disfraz ni con la celebración. Se trataba de un ritual ancestral, una forma de comunión con la propia tierra, con lo que estaba antes que las iglesias y las campanas. Igual que los bastones de Santa Águeda, que despertaban la primavera a muchos kilómetros de allí.

Un rostro emergió de pronto entre las sombras y se detuvo frente a la ventana, a apenas unos centímetros del cristal. Los rasgos de la máscara eran horribles: la boca torcida en una mueca grotesca, las cejas exageradas, los ojos vacíos.

Se trataba de uno de los pastores que guiaban a las bestias. Nos mostró un látigo y volvió a perderse en la comitiva.

Con las patas apoyadas en el marco de la ventana, Sua ladraba fuera de sí.

Dejé que la cortina volviera a ocultar el carnaval y lo abracé.

—Es solo gente disfrazada. Lo están pasando bien. No te preocupes —le susurré colmándolo de arrumacos.

Sus ladridos fueron espaciándose hasta que cesaron por completo.

Pensé en Valeria. Quizá ella encarnara uno de esos animales que desfilaban frente a mi ventana.

Me gustaba estar con ella. Cuando estábamos juntos tenía la impresión de que nos conocíamos desde siempre, de que podía confiar en ella. Me sentía arropado sin necesidad de palabras.

Por primera vez en mucho tiempo notaba que una llama se había encendido en mi interior. Algo que me pedía mirar hacia delante.

La conversación con Jaime en lo alto del *nuraghe* había aligerado la presión que sentía en el pecho desde el accidente. De pronto podía recordar a Mónica y a Sofía con una sonrisa en sus rostros y no con esa última imagen que me había quedado de ellas.

Era como si me animaran a no detener mi vida en aquella curva de Guadarrama.

Así lo habría querido también yo si hubiera sido al revés. Nada me habría tranquilizado más que saber que Mónica no perdía la oportunidad de ser feliz aunque me echara de menos.

Valeria…

El teléfono sonó sobre la cómoda.

Era ella. Precisamente ella.

Sentí una ola de calor recorriéndome por dentro.

—Hola —saludé con un nudo en la garganta.

—Jon, mi madre me ha contado algo que podría ayudarte. Parece ser que la familia con la que vivía Grazia perdió su casa. Un edificio que había sido suyo desde hacía varias generaciones. Imagínate el drama.

—¿La perdieron? ¿Cómo?

—Un juicio o algo así. Supongo que por alguna deuda o vete a saber qué. Dice mi madre que mi abuela estuvo angustiada hasta

que Grazia volvió a escribir casi un año después. Solo durmió tranquila al saber que en el lugar al que se había mudado la familia, había sitio para su hermana. Y que le habían asegurado que lo habría para siempre.

—¿Cuándo fue todo eso?

—Eso ya no lo sé. Mi madre recuerda la información a cuentagotas. Intentó olvidarlo todo cuando falleció mi abuela y decidió cerrar para siempre la búsqueda de Grazia.

Asentí en silencio.

—Gracias, Valeria. Me estás ayudando mucho.

—No es nada… Oye, voy hacia el pueblo. Al carnaval. Anímate y sal un rato.

—Uf, no sé yo.

—Yo te protejo de la hilandera —bromeó—. Te espero en la calle, anda. No todos los años tendrás la suerte de poder asistir a algo así.

Prometí pensármelo, aunque no tenía la más mínima intención de sumarme a esa fiesta. Porque mientras hablábamos, mi mente había ido atando cabos y de pronto no existían los cencerros ni los angelotes de la cómoda.

Me encontraba muy lejos de aquella habitación.

Había volado hasta una construcción que hundía sus cimientos en el río Lea. Una que conocía demasiado bien y cuya historia encajaba con lo que Valeria me acababa de explicar.

Mi mano garabateó una palabra en el cuaderno. Una sola. En mayúsculas y en letras bien grandes.

La tenía.

58

El salón durmiente bajo las sábanas, el recorte de periódico en un marco dorado, Aresti posando triunfal con la sentencia judicial en sus manos…

Todas las piezas encajaban. Si alguien tenía un motivo para odiar al empresario era esa familia condenada a hacer las maletas y abandonar el hogar que hasta entonces había sido suyo.

Leí el nombre que acababa de apuntar.

BENGOLEA

El lugar desde el que Grazia veía el río al despertar era la casa-torre que Aresti había logrado por medio de una subasta judicial. No tenía la más mínima duda.

Todavía estaba subrayándolo cuando el teléfono sonó de nuevo.

Supuse que sería Valeria para insistir en que saliera a la calle, pero se trataba de Nerea.

—¡Jon! ¿Estás bien? —me preguntó en cuanto contesté.

—Creo que sí.

Un suspiro de mi compañera saturó el auricular.

—¿Y cuándo piensas regresar? Si yo estuviera en tu lugar lo haría cuanto antes. Se te está poniendo todo en contra.

—¿Qué ha pasado?

—Te llamo desde el ambulatorio. Estoy aquí, de guardia. No sé para qué abrimos en domingo. Hasta ahora no hemos atendido más que resfriados y gastroenteritis que podrían haber esperado a mañana… La cosa es que acaban de irse unos periodistas.

—¿Qué querían?

—Pues saber de ti, como todos. El viernes vinieron varios. Tuve que prohibirles entrar porque molestaban a la gente. Preguntaban a

los usuarios que estaban en la sala de espera. Que si te conocían, que si te creían capaz de haber matado a esa gente…

—Sí. Me lo contaste —le recordé. Me había enviado varios audios durante el fin de semana. Estaba preocupada por mí.

—Pues hoy han regresado. Me han preguntado si sabía que te habías fugado… Algo les habrá dicho ese poli.

—¿Castaños?

—Marcharte no fue buena idea —opinó Nerea, disgustada—. Con la que está cayendo, no sé cómo se te ocurrió.

—Nerea… —la interrumpí. No me importaba la gente en ese momento. Tampoco los periodistas. Tenía la impresión de tener al asesino al alcance de la mano—. Voy a necesitar de tu memoria.

—El pueblo ya ha dictado sentencia y eres culpable.

—¡Nerea! ¿Quieres hacer el favor de escucharme? —insistí. Se hizo un silencio. Lo había conseguido—. Perdona. No sabes cuánto te agradezco que te preocupes por mí. No tardaré en regresar. Mañana hay un ferry a Barcelona. Intentaré volver en él.

—Eres médico, no policía. Deja ya esa locura de investigar y ven a defenderte.

—No. El asunto es que creo que he dado con la familia que acogió a la acabadora. Pleitearon con Aresti por su casa. Y perdieron. —El silencio que se hizo al otro lado de la línea me dijo que había logrado su atención. Y eso que todavía no había oído la mejor parte —. ¿Quiénes son los Bengolea?

—Espera un momento —pidió antes de apartarse el teléfono—. ¿Tiene aquí su tarjeta sanitaria? ¿No? Pues debería traerla. Dígame su nombre, pero no se acostumbre a venir sin ella. —Aguardé mientras ella atendía al usuario. El sonido del carnaval continuaba repicando al otro lado de la ventana—. Será gripe. Este año está dando guerra. Espere delante de la consulta del fondo. Enseguida la mandará pasar la doctora. —La voz de Nerea volvió a sonar cercana —. Perdona, que ha entrado una señora. Otra con tos. ¿Por quién preguntabas? ¿Los Bengolea?

—Sí. El día que entré a la casa-torre vi un recorte de prensa que hablaba de cómo Aresti se había hecho con ella.

—Ahhh. Tú preguntas por los Zubia Goikoetxea. A ellos fue a quienes les ganó en los juzgados el caserón medieval ese.

Nerea era una fuente inmejorable de información. Ni siquiera necesitaba encender su ordenador para tener localizado a todo Lekeitio.

—¿Los conozco? —pregunté impaciente—. ¿Forman parte de mi cupo de pacientes?

—No son tuyos, no. Pero quizá hayas visto su caserío cuando sales a correr. Está cerca de la ermita de Oibar y la presa de Bengolea. La casa en sí es una más, pero llama la atención porque se dedican a los kiwis. Tienen una gran plantación.

Sentí que me faltaba el aire.

—¡La familia de Amaia!

—La hija se llama Amaia, sí. ¿La conoces?

Me mordí la lengua, consciente de que había hablado demasiado.

—Sí… Bueno… Lo que has dicho. De mis carreras matinales —improvisé precipitadamente.

—Ya. Claro… —Su tono me dijo que no me había creído, pero tanto daba. No podía explicarle más sin correr el riesgo de que todo Lekeitio supiera de una relación que sus dos protagonistas habían querido mantener en secreto. Nerea estaba resultando de gran ayuda, pero no podía olvidar que a cotilla no la ganaba nadie.

—¿Y qué sucedió para que perdieran la casa?

—Uf, no lo sé exactamente. Lo que sí puedo decirte es que hubo una subasta y Aresti realizó la puja ganadora. En los juzgados sabía moverse como pez en el agua. Pero los de los kiwis impugnaron aquello y la cosa acabó en los tribunales.

—Pues menos mal que no lo sabías —bromeé—. Un poco más y me sacas hasta las actas notariales.

Nerea se rio.

—Tampoco exageres. Que a una le gusta estar informada, pero en este caso me faltan muchos detalles. Ha llovido mucho desde entonces y la memoria no me da para tanto. —Hizo una leve pausa antes de continuar—. ¿Y crees que fueron ellos quienes lo mataron? Pues mira, no me sorprendería. Toda la vida han sido muy raros, pero desde el juicio con Aresti se volvieron más huraños. Perder esa

casa-torre les escoció. —Intenté decirle que no corriera tanto, que solo era una hipótesis, pero no se detenía ni para respirar. Estaba desatada—. ¿Y crees que a Lea y a la Iturri también las mataron ellos? Habrá que descubrir por qué. Alguna cuita tendrían con ellas.

—Lo averiguaré —aseguré con decisión—. Una cosa más, Nerea. ¿Podrías buscar un nombre en el ordenador?

—Al final me vas a meter en líos. Dime, anda.

—Grazia Serra.

—¿Gracias?

—Grazia. Con zeta. Es el nombre de la italiana del martillo.

El sonido de las teclas se alargó más de la cuenta. Señal de que la base de datos no estaba ofreciendo resultados positivos y Nerea probaba de diferentes maneras.

—No tengo nada —anunció finalmente—. ¿Estás seguro de que esa mujer vive aquí? A mí no me cuadra. Antes o después todo el mundo pasa por el médico.

Su respuesta no me sorprendió. Si algo me había dejado claro Valeria era el temor a ser encontrada con el que vivía la acabadora. Lo más probable era que hubiera empleado algún nombre falso para evitar que los tentáculos de los Garau dieran con ella.

59

Si salí a la calle fue por Valeria.

Era consciente de que apenas la conocía. Los ratos compartidos con ella habían sido escasos. Y, aun así, sentía que entre nosotros había surgido algo. Una chispa que, en cuanto pusiera el pie en el ferry, perdería la ocasión de prender.

Tenía ganas de verla. Quizá por última vez.

Mi tiempo en Cerdeña se acababa. El viaje me había brindado respuestas que en cuanto llegara a Lekeitio trataría de transformar en pruebas de lo que para mí era ya una certeza.

Pero volver no dependía solo de arrancar el coche y conducir hacia el puerto. En aquella época del año, el barco no zarpaba a diario. Faltaban todavía veinte horas para que el Cruise Roma partiera de Porto Torres rumbo a Barcelona. Una espera que se me antojaba interminable.

Me sentía prisionero en la isla.

Y, sin embargo, en medio de tantas ganas de poner mar de por medio con Cerdeña, también había una tristeza que no esperaba.

Valeria…

Esta vez no tenía que ver con Mónica. No estaba buscándola en otra mujer. Esta vez era distinto.

Apenas había salido de casa cuando el carnaval me rodeó por completo.

Fuego, golpes metálicos, voces… Seres enmascarados moviéndose en todas direcciones.

Pero ahora sabía que había un orden dentro del caos.

Merdules y *Boes*; pastores y bueyes.

Ya era capaz de poner nombre a cada personaje. Giuseppe me había hablado de ellos durante la comida. Elena y él habían sido mejores anfitriones de lo que podía esperar: ella se había esforzado

en preparar los platos más típicos de la zona y él había puesto todo su empeño en explicarme lo que aquella celebración significaba para Ottana.

Impactaba verlos avanzar con el rostro cubierto por máscaras de madera. Las de los animales, coronadas por cuernos y dotadas de un hocico oscuro que les daba una expresión mansa y terrible al mismo tiempo. Quienes representaban a sus dueños también ocultaban el rostro, aunque en ellos la máscara mostraba una severidad que invitaba a dar un paso atrás.

Giuseppe me había advertido de que no eran ellos quienes debían preocuparme.

—Puede que nuestro carnaval gire en torno al alma ganadera de esta isla —me había aclarado—, pero *Sa Filonzana* es en realidad la figura más venerada. Y la más temida. Representa la muerte. Nos recuerda que en cualquier momento, cuando menos lo esperemos, decidirá cortar el hilo de nuestra vida. Y entonces todo habrá terminado.

Sus palabras me habían hecho pensar en la acabadora. También ella decidía cuándo llegaba la oscuridad.

Observaba todo aquello cuando una de las figuras animales se apartó del grupo y vino hacia mí. Se acercó tanto que me obligó a recular. El hocico de madera quedó a la altura de mi cara.

—Espera un minuto y sígueme —me susurró antes de incorporarse de nuevo al cortejo con naturalidad.

Cuando mi mirada volvió al frente, la vieja hilandera se había detenido ante mí.

No apareció de golpe, no esta vez. Estaba allí, plantada en medio de la calle, con el huso y la lana entre las manos. Su máscara negra no necesitaba moverse para resultar amenazante. La tijera se elevó despacio hasta quedar frente a mi rostro.

Tensó el hilo.

Y, esta vez sí, lo cortó.

El chasquido resonó en mis oídos con más fuerza que todos los cencerros.

Aparté la mirada. Al otro lado de la calle, la hoguera iluminaba los rostros de las gemelas Garau. Me pareció que asentían levemente,

aprobando la amenaza de la anciana. Y no eran las únicas. Había más ojos fijos en mí. Muchos más.

Me sentí un intruso. Un forastero en un lugar al que nadie me había invitado. Deseé con todas mis fuerzas que el ferry zarpara sin contratiempos.

Mientras la vieja se alejaba y mi corazón recuperaba poco a poco su ritmo, busqué a Valeria. La vi deslizarse con disimulo por una calleja lateral. Aguardé unos instantes, hasta que la celebración volvió a cubrirme, y solo entonces fui tras ella.

Era una calle estrecha, de ventanas oscuras y puertas cerradas. Avancé sin percibir el más mínimo rastro de la italiana.

Era extraño. Estaba convencido de que se trataba del camino que había seguido.

Mis pasos resonaban inquietos en las paredes, se sumaban al eco del desfile, cada vez más lejano. Me sentía observado, estudiado de cerca por siluetas que creía entrever tras los visillos. Suerte que había dejado a Sua en casa, a salvo del ruido y de aquellos disfraces. De haberlo llevado conmigo estaría ladrando como un loco.

—Aquí —susurró de pronto alguien desde un portal.

Valeria me cogió de la mano y me atrajo hacia las sombras. Se había retirado la máscara y volvía a ser la de siempre.

—¿Por qué esa hilandera la toma siempre conmigo? —protesté mientras ella se aseguraba de que nadie nos había seguido.

—No sé quién está detrás de esa máscara, pero puedes imaginar cuál es su apellido. No te quieren aquí.

Me pareció que sus ojos eran más negros que nunca y que, al mismo tiempo, brillaban con mayor intensidad. Estábamos tan cerca el uno del otro que podía sentir la calidez de su piel.

—¿Has encontrado alguna foto de Luca?

—Todavía no, pero algo aparecerá. —Me observó fijamente y bajó la voz hasta convertirla en apenas un susurro—. No te marches, Jon.

—Tengo que volver a casa.

Sus labios buscaron los míos.

Tragué saliva.

El dolor me acompañaría siempre. El recuerdo de Mónica también. Pero tenía que aprender a mirarlo a los ojos. A convivir con él.

Abrí los labios cuando su boca encontró la mía. Era cálida y suave. Anhelante.

Fue un beso largo, de esos en los que se dice todo sin pronunciar una sola palabra. El mundo entero calló. Ya no había cencerros ni viejas hilanderas.

Solo nosotros dos. Valeria y yo.

Nuestras manos continuaron el baile. Recorrieron primero nuestros rostros, la nuca, la espalda y siguieron rumbo al resto de nosotros.

—Abre la puerta —rogó en mi cuello.

No había escogido un portal cualquiera. Se trataba del mío. El de Giuseppe y Elena. Ellos estaban en la fiesta, como todo Ottana.

Temblaba cuando saqué la llave del bolsillo. Temblaba de deseo. De nervios. De temor. Desde aquella mañana en que perdí a Mónica, no había llegado tan lejos con nadie. Y ahora me moría por hacerlo con Valeria.

El pasillo fue testigo de nuestros besos acelerados, de nuestros jadeos. Fue ella quien me arrancó la ropa. Me mordía el cuello, me lamía detrás de la oreja, me susurraba palabras que apenas era capaz de comprender.

Sus manos ardían cuando me recorrieron el torso. Se detuvieron en mi pecho, en mi abdomen, y me arrancaron una respiración entrecortada cuando una de ellas llegó más abajo.

Valeria sonrió al sentir mi reacción. Me empujó a la cama y trepó encima de mí.

Mis manos se demoraron en sus pechos. Pequeños, firmes, perfectos bajo la presión de mis dedos. Ella cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, pero enseguida volvió a buscarme la boca, impaciente.

Dejé escapar un gemido cuando Valeria me recibió entre sus piernas y sus caderas empezaron a moverse. La sujeté por la cintura y respondí a su ritmo. Primero despacio, sintiendo cada roce, cada cambio de respiración, su piel cada vez más húmeda contra la mía. El ritmo fue creciendo, los dos cada vez más cerca del límite. Y cuando llegamos al final, lo hicimos juntos.

—Prométeme que volveré a verte —me susurró al oído.

—Claro que sí —respondí abrazándola con fuerza. No me había marchado y yo también la echaba de menos.

60

Apoyado en la cubierta del ferry, observaba cómo Cerdeña se hacía más pequeña por momentos. Las playas de arena blanca que salpicaban su costa se desdibujaban ya en una línea borrosa. La isla iba perdiendo sus detalles, fundiéndose en poco más que una simple silueta suspendida sobre el Mediterráneo. La montañosa Córcega también reclamaba su espacio en la panorámica y se mostraba al norte como una sombra dentada.

Pronto no quedaría nada a la vista. Solo el mar.

Disfruté de un momento de paz que sabía efímero.

Habían sido unos días complicados. Y los que vinieran tampoco prometían ser más sencillos. Llevaba conmigo algunas respuestas, pero también demasiadas preguntas.

Pensé en llamar a Itziar y hablarle del vínculo de la acabadora con la casa-torre de Bengolea. Sin embargo, deseché la idea tan pronto como me la planteé. Me parecía precipitado.

Necesitaba estar más seguro antes de poner una lupa policial sobre los padres de Amaia.

Me agaché a acariciar a Sua, que observaba el mar a mi lado.

—Volvemos a casa, ¿sabes?

Un faro en la costa sarda nos lanzó un guiño que interpreté como una despedida.

Y entonces recordé algo.

Guardaba en un cajón el alambre con el que me habían hecho tropezar para tratar de asesinarme. Recordaba bien su textura: trenzado, resistente, un hilo pensado para soportar fuertes tirones sin romperse. Iría a comprobar si coincidía con el que empleaban los padres de Amaia en el emparrado de sus kiwis.

Era consciente de que no podía permitirme aparecer por allí y preguntar sin más.

Tenía que apartarlos del caserío. Aunque fuera unos minutos. Así podría buscar, además, alguna prueba de que Grazia vivía o había vivido con ellos durante su largo exilio.

Un plan empezó a tomar forma en mi cabeza.

Iba a necesitar la ayuda de Nerea. Y esta vez no se trataría solo de pedirle que buscara un nombre en los archivos. Tendría que ir más allá. Mucho más.

Ojalá estuviera dispuesta a hacerlo.

Si todo salía bien, podría averiguar de una vez si aquella familia estaba detrás de lo que estaba sucediendo en Lekeitio.

El sol se ponía ya por el oeste. Una bola roja que el Mediterráneo engulló sin pausa. La bocina del Cruise Roma acompañó al último destello que asomó sobre el horizonte. El cielo no tardaría en empezar a apagarse y, poco a poco, las estrellas reclamarían su lugar.

El móvil rompió el momento con una vibración insistente.

Ojalá no se tratara otra vez de mi madre. Me había tenido más de media hora al teléfono. Había leído en algún sitio que su hijo se había dado a la fuga y no había sido sencillo convencerla de que no era así.

No era ella. Esta vez no.

Ver en la pantalla el nombre de Valeria me dibujó una sonrisa.

—Jon… ¿Qué tal? ¿Ha zarpado tu barco?

—Sí. Regreso a casa.

—Me alegro por ti. —Me dio la impresión de que su tono de voz no decía lo mismo—. Yo también he vuelto a Cagliari. ¿Y sabes una cosa? Te echaré de menos la próxima vez que vaya a Ottana.

—Yo ya te echo de menos —confesé con un nudo en la garganta.

Un silencio que podía cortarse con cuchillo flotó sobre mis palabras.

—Puedes volver el año que viene —sugirió ella—. Seguro que nuestro carnaval acabará gustándote.

La imagen de *Sa Filonzana* se dibujó entre las olas del mar. El chasquido de sus tijeras resonó con claridad sobre el Mediterráneo.

—No creo que sea bienvenido.

—Seguro que sí. El tiempo todo lo cura.

Pensé en la caja de galletas con sus heridas sin cicatrizar. En la mirada fría de las gemelas Garau. En los libros prohibidos de don Matteo. En los silencios de un pueblo empeñado en enterrar el pasado. A mí no me parecía que el paso de los años hubiera arreglado nada.

Ni en Ottana ni, probablemente, en Lekeitio.

—Oye, he conseguido una foto de Luca. Es un poco vieja, de hará unos diez años, pero al menos te servirá para hacerte una idea de cómo es. Te la acabo de pasar por WhatsApp.

Me aparté el teléfono de la oreja y abrí el mensaje. Aparecían una docena de vecinos posando ante la iglesia de Ottana.

—Es el de la camisa de cuadros.

—Joder… —mascullé antes de despedirme de ella para marcar el número de la inspectora.

Respondió tras solo dos tonos de llamada.

—¡Es él, Itziar! ¡Es Claudio! —exclamé atropelladamente.

—¿Quién? ¿De qué hablas?

Respiré hondo. Tenía que calmarme.

—Perdona… ¡No se llama Claudio! Su nombre real es Luca Piareggio. Lo de buscar monedas por la playa no es más que un señuelo. Es un asesino, Itziar. ¡Tienes que detenerlo antes de que vuelva a actuar!

61

Un cielo lloroso me recibió en Lekeitio. Lloroso y oscuro. Los días comenzaban a alargar, rumbo a una primavera que se intuía cercana, pero la noche todavía arropaba la costa vasca demasiado temprano. En Madrid, a esa hora, el día aún respiraba; las calles se llenaban de gente conforme la tarde avanzaba. En mi nuevo hogar, en cambio, la vida se apagaba con la llegada de la oscuridad. Seguía ahí, sí, pero solo de puertas para adentro.

Aparqué el coche a la altura de la cofradía de pescadores. Las olas saltaban contra los diques del puerto con un rugido sordo. La isla que de niño llamaba San Nicolás apenas se dibujaba al otro lado del brazo de mar, envuelta en las tinieblas y el silencio.

Leí una vez más el mensaje que había recibido hacía ya unas cuantas horas.

Se había esfumado.

La inspectora Mendibe no había dado con el más mínimo rastro de Claudio. Su caravana también había desaparecido. Solo las rodadas marcadas en el fango daban fe de los años que había permanecido estacionada junto al viejo hospital.

Aquella marcha repentina solo podía significar una cosa: huía. Mi visita lo habría puesto en alerta y habría arrancado el motor esa misma noche, decidido a poner tierra de por medio antes de que la investigación se cerniera sobre él.

Las preguntas que no había podido hacerle se agolpaban en mi mente.

¿Qué hacía en Lekeitio el hermano del bebé cuya muerte habían tratado de cargar a Grazia?

¿Qué motivos podían explicar el asesinato de tres personas con las que, probablemente, no había tenido trato alguno?

Llené los pulmones con el aire cargado de salitre y me alejé del coche.

No había tenido tiempo ni de pasar por casa. El oficial Castaños me había insistido en que quería verme cuanto antes. Y no le servía cualquier lugar. Tenía que ser en el puerto.

Avancé por el muelle. El sirimiri hacía brillar los adoquines bajo las farolas. Los pesqueros dormían, amarrados, con sus colores fundidos con la noche. Una tarde cualquiera en la villa marinera. Pero la garra de nervios que me estrujaba el estómago no me permitía disfrutarla.

Por más que lo pensaba, no lograba descifrar qué era eso que el oficial quería aclarar conmigo. Y, tratándose de él, temía que el encuentro acabara mal.

Lo reconocí a la altura del espacio que ocupaba cada mañana el puesto de Lourdes. De paisano, con una gabardina que me hizo pensar en los investigadores privados de las películas de antes. No estaba solo. Lo acompañaban dos agentes uniformados que se apartaron unos metros al verme llegar.

Sua le ladró, furioso. A él tampoco le gustaba el policía.

—Al final se quedó usted el perro —señaló Castaños con una mueca torcida.

—La madre de Lea no puede hacerse cargo.

El oficial se llevó a los labios un cigarrillo y tendió hacia mí la cajetilla.

—No fumo.

—Hace bien —respondió encendiéndolo. Le dio una larga calada antes de girarse hacia mí—. No esperaba que volviera.

—Le dije que lo haría.

—¿Por qué huyó, entonces?

Suspiré. Le había explicado por teléfono que no se trataba de ninguna huida.

—Ya le dije que…

Castaños alzó la mano para interrumpirme. Inhaló una nueva calada y tiró el resto del cigarrillo al suelo, humeando todavía. Sua corrió a comprobar de qué se trataba y se apartó ladrando.

—¿Qué me dice de esto? —preguntó abriendo una carpeta de gomas para entregarme un folio impreso.

La farola bajo la que nos encontrábamos lo bañó con su luz anaranjada.

—¿Un mapa? ¿El puerto? —planteé sin comprender qué pretendía que respondiera.

—El puerto de Lekeitio, efectivamente. —Señaló unas rayas sobreimpresas que delimitaban una parte importante de la imagen —. Fíjese en eso. ¿Sabe qué es?

—No. —No mentía. No tenía la más mínima idea.

—Pues son su condena. La compañía telefónica nos ha facilitado la localización de su teléfono móvil la tarde que fue asesinada Maite Iturri. Y siento decirle que no me ha sorprendido comprobar que no se movió usted del puerto. —El oficial me dedicó una mueca burlona. Celebraba que hubiera caído en su trampa—. Qué cosas… Cuando le pregunté por esa tarde, me dijo que había estado paseando.

Observé el mapa. La triangulación de los repetidores no mentía. Había pasado la tarde allí, reprochándome no haber sido capaz de vencer a mis miedos.

—A la consejera la mataron en el mar. No en el puerto —aclaré tratando de sacudirme de encima la acusación implícita que leía en sus palabras.

—Lo sé tan bien como usted. Tengo la hora exacta de su muerte. Mire. —Me entregó otra hoja. El mapa que aparecía en ella abarcaba algo más que el anterior. Una línea roja partía de la dársena y trazaba un amplio lazo alrededor de la isla de Garraitz—. Se llama Sistema de Identificación Automática. Es una baliza que mantiene geolocalizadas las embarcaciones en todo momento. No crea que la de Maite Iturri era una excepción. Lo lleva activo cualquier barco que no tenga nada que ocultar.

Observé el trazado de aquella raya, que partía del muelle y se dirigía en línea recta hacia mar abierto, para después regresar de forma caótica.

—¿Y…? —Seguía sin entender.

—La consejera se hizo a la mar a las tres y cincuenta y cuatro minutos —indicó Castaños sin necesidad de leerlo—. Empleó el motor para abandonar el puerto y continuó con él en marcha hasta

pasada la isla. Allí lo apagó e izó las velas. Fíjese. —Su dedo recorrió el trazado que había seguido la embarcación y se detuvo en el lugar donde comenzaba a dibujar unas eses amplias, las propias de un velero navegando hacia barlovento. Después de aquello la línea se enmarañaba en un tirabuzón absurdo. Castaños clavó allí el dedo—. Y aquí es donde alguien la asesinó.

No hacía falta ser un lobo de mar para entenderlo. Ese trazado caótico y sin un rumbo lógico solo podía responder a que el velero flotaba a la deriva. Nadie gobernaba el timón ni las velas.

—¿Qué le parece si le cuento lo que sucedió? —continuó el oficial recuperando los mapas—. Usted construyó una coartada con ese café en el Muga. Se aseguró de explicar allí que Maite lo había invitado a navegar con ella y que no había aceptado. En voz bien alta, para que lo oyera cualquier cliente que pudiera haber por allí. Su intención, sin embargo, era bien diferente. Se embarcó con la consejera, no sin antes asegurarse de dejar su móvil escondido en algún rincón del puerto. Todos hemos visto esas malditas series de policías y sabemos que la localización del teléfono es a menudo la clave que permite echar el guante al asesino.

Me mordí el labio. El argumento estaba bien construido. Cogido con pinzas, pero yo mismo podría creérmelo de no haber sido el protagonista.

—Espere. No he terminado —me instó al ver que pretendía rebatírselo—. Después de asesinarla, se tiró al mar y nadó hasta la isla. Estaba cerca. ¿Cuánto habrá? —Castaños señaló en el papel el lugar donde el velero de Maite perdió su rumbo para quedar a merced de las corrientes—. ¿Cincuenta metros? ¿Sesenta?

Podría haberle hablado de mi miedo al mar. A esa distancia de tierra firme y dependiendo únicamente de mis brazadas me hubiera bloqueado. Habría muerto ahogado antes de ser capaz de alcanzar la costa. Solo de pensarlo sentí que me faltaba el aire.

—Estamos en febrero —dije en su lugar—. El agua está helada.

El oficial abrió las manos dando a entender que aquella observación era absurda.

—En la isla tendría preparada ropa para cambiarse y regresar al puerto paseando como si nada hubiera pasado. Incluso pudo

ponerse un traje de neopreno.

Me llevé las manos a la cara. Hablar con Castaños era desesperante.

—¿Sabe quién estaba en el Muga? —recordé de pronto—. ¿Sabe quién oyó que Maite estaba a punto de zarpar? ¿Sabe quién se esfumó después de aquello? Luca Piareggio. No le suena, ¿verdad? ¿Y si le cuento que aquí lo conocemos por Claudio? —El gesto del oficial me dijo que el nombre falso del italiano tampoco le resultaba familiar—. El buscador de tesoros. El de la playa… ¿Nada? Pues quizá su problema es que ni siquiera conoce Lekeitio. Viene de Gernika, hace cuatro preguntas y regresa a su comisaría. ¿Cree que así va a descubrir quién es el asesino de esas tres personas?

Castaños me pareció descolocado.

—No es la primera vez que tengo que advertirle de que usted no es quien puede decirme cómo tengo que hacer mi trabajo… —exclamó recomponiéndose—. ¿Quién es ese cazatesoros y qué tiene que ver con todo esto?

Tiré de Sua, decidido a marcharme. No tenía intención de dedicarle ni un minuto más.

—Pregunte por ahí. Pregunte. Yo he ido hasta Cerdeña para averiguarlo. Vamos, Sua. Buenas noches, oficial.

Apenas había dado un paso cuando el policía me llamó.

—Doctor. —Aguardó a que me girara y me señaló con un dedo acusador—. Yo de usted no volvería a desaparecer. Más le vale estar localizable.

62

—¿Qué? —disparó Nerea en cuanto entré al Muga.

Cristina se rio sacudiendo la cabeza.

—No esperes cambiarla a estas alturas —se burló dándome un abrazo—. Ay, qué ganas tenía de verte… Se te echa de menos por el ambulatorio.

Nerea olvidó sus ansias por saber y se sumó a la bienvenida.

—Las mañanas no son lo mismo sin ti. Tienes que volver —añadió, propinándome un par de besos—. ¿Qué tal estás? Has adelgazado, ¿no?

Alberto, que estaba charlando con los parroquianos que ocupaban el extremo de la barra, se acercó a saludar.

—Míralo… ¿Dónde te habías metido? ¿Todo bien? —preguntó estrechándome la mano. Para él, aquello era ya un despliegue de afecto.

—Nada… Unos días por Italia. Necesitaba parar y respirar un poco.

El tabernero asintió, estudiándome con la mirada. Sabía que había algo más, pero no trató de sonsacármelo.

—Pues bienvenido. Supongo que no hace falta que te diga que Castaños vino a preguntar por ti. Decía que no ibas a volver. —Se giró hacia quienes ocupaban el extremo opuesto de la barra. Reconocí a los habituales en esas tertulias que acababan siempre con condenas a los excesos del turismo. La mujer del pelo morado alzó la mano para decir hola—. Esos tendrían que darte las gracias. Y yo también. Porque desde que la ha tomado contigo, nos está dejando tranquilos.

Apreté los labios.

—Está muy equivocado —comenté.

Alberto se quedó ahí, a la espera de que continuara. Quizá lo hubiera hecho en otro momento, pero estaba cansado. La mala mar

me había tenido toda la noche en vela, con mi cabeza anticipando todo tipo de situaciones terribles cada vez que el ferry se movía más de la cuenta. Y a eso había que sumar las horas de conducción desde el puerto de Barcelona. Si había quedado con mis compañeras era porque se lo debía. Era consciente de que estaban preocupadas por mí. Me lo habían hecho saber una y otra vez desde que días atrás embarcara hacia Cerdeña.

—¿Qué te pongo? —preguntó cuando asumió que no tenía ganas de seguir hablando.

—Una caña.

Me bebí de un trago la mitad mientras él regresaba junto a los del fondo.

—Por el centro de salud también vino el poli ese —apuntó Nerea bajando la voz—. Primero él. Después los periodistas. ¡Vaya días hemos pasado!

—Los pacientes hablan—añadió Cristina con gesto de circunstancias—. Están ahí, esperando a que los hagan pasar a consulta, y no paran de chismorrear. Para muchos ya eres culpable. Y ahora que la policía ha admitido que lo de Lea también parece ser obra del mismo asesino, la gente tiene miedo. Ya no mata solo a poderosos. Cualquiera podría ser el siguiente.

Acaricié la cabeza de Sua. Sus orejas suaves, la calidez de su piel peluda… Me daba paz sentirlo cerca.

—¿Y hoy qué mosca le había picado al poli ese? ¿Por qué tenía tanta prisa por verte? —insistió Nerea.

—Ha conseguido la localización de mi teléfono la tarde en que mataron a Maite.

—¿Eso se puede hacer? —se extrañó Cristina.

—Si un juez da permiso, sí.

—¿Y dónde estuviste? —intervino Nerea.

Señalé con un movimiento de cabeza los muelles que se extendían al otro lado de la puerta.

—Ahí fuera.

Estaba detallándoles las sospechas del oficial y también los argumentos que había empleado para defenderme cuando apareció Lourdes.

—El hijo pródigo… —exclamó al verme. Bajaba con una tortilla de patata, que dejó en la barra para salir a abrazarme—. ¿Dónde te habías metido? Nos tenías a todos preocupados.

—Estoy bien, Lourdes. —En cierto modo era verdad. Allí, en el Muga, no sentía esos dedos acusadores que, según mis compañeras, me señalaban por todo Lekeitio.

La pescadera regresó al interior de la barra, cogió un plato y me sirvió un buen pedazo de tortilla.

—A este invito yo, que creo que mañana tienes algo que celebrar —anunció con una sonrisa sincera.

Mis compañeras me interrogaron con la mirada.

—Mi cumpleaños —confesé.

—¿Treinta y siete? —preguntó Cristina.

—Treinta y nueve —le corrigió Lourdes—. ¿Quieres que te prepare tarta de fresas? De pequeño te encantaba.

—No te molestes, que bastante trabajo tienes ya.

La pescadera se me quedó mirando, preocupada.

—Hay que ver lo flaco que has vuelto. Tu madre se va a enfadar conmigo cuando te vea.

Alberto se encogió de hombros tras ella.

—Yo no he abierto la boca —se excusó acercándome unos cubiertos y un cesto de pan.

—¿Pero tú lo has visto? —intervino su madre cogiéndome la muñeca—. ¡Jesús! Estás en los huesos.

Mis compañeras estallaron en una carcajada.

—Di que sí, Lourdes. Que no come nada y luego da pena cuando se pone a remar en la trainera —la jaleó Cristina.

—Por eso pierden —añadió Nerea muy seria.

—Seréis… —comencé a protestar, pero solté un suspiro y me llevé un primer pedazo de tortilla a la boca.

—Pobres de vosotras si os veo ayudarle. Enterita para él —advirtió Lourdes acercándose a saludar al resto de los clientes.

—No, Sua —dije al ver que me miraba apremiante—. Contigo tampoco me dejan compartirla.

Cristina me apoyó una mano en la espalda.

—Os dejo. Me quedaría más tiempo, pero tengo algo que hacer.

—¡Ay, ay, ay! ¿A estas horas? —le lanzó Nerea.

—¿Qué pasa? ¿Una no puede tener vida? —protestó la limpiadora sin perder la sonrisa.

Nerea me guiñó el ojo.

—Aquí hay tomate. Te lo digo yo.

Cristina chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Me alegro mucho de que estés de vuelta. Todo se aclarará, ya verás. —Me dio un beso en la mejilla, propinó un empujón cariñoso a Nerea y se marchó.

—Ha quedado con alguien —murmuró la administrativa—. ¿Y sabes qué? Creo que ya sé con quién. Últimamente habla mucho con el enfermero de prácticas. Pues está potente el muchacho… No sabe nada la tía.

La risa de Nerea me contagió. Era terrible; el chisme le podía.

La realidad, sin embargo, me robó demasiado pronto las ganas de reír. Ahí fuera seguía habiendo alguien capaz de matar, y yo estaba decidido a ponerle nombre y a pararle los pies antes de que volviera a actuar.

—Voy a necesitar que me eches una mano —anuncié recuperando la seriedad.

—¿Yo? —dijo sorprendida.

—Sí. Solo tú podrías hacerlo.

63

La mañana siguiente no perdí el tiempo. Después de ver amanecer desde el faro de Santa Catalina y contestar los wasaps con las felicitaciones más madrugadoras, dejé a Sua en casa y me encaminé al valle del Lea. Necesitaba pasar lo más desapercibido posible y lo último que podía permitirme eran sus carreras a través de los campos de kiwis.

Porque era allí adonde me dirigía.

Mi reloj marcaba las nueve cuando dejé atrás la ermita de Oibar y la cueva donde según Cristina habitaban las lamias. Si todo iba según lo previsto, los padres de Amaia no tardarían en abandonar el caserío para dirigirse al centro de salud.

Era un plan arriesgado, pero me iba a permitir comprobar si eran ellos quienes habían tratado de matarme.

Nerea se había convertido en una pieza clave.

Acababa de telefonear a la madre de Amaia para citarla de urgencia. Su médico quería verla. Los resultados del cribado en el que había participado eran preocupantes.

Aquella mentira, que la administrativa justificaría como una incidencia burocrática cuando llegara al centro de salud, me iba a regalar el tiempo que precisaba. Le debía una a mi compañera. Estaba exponiéndose a una reclamación por ayudarme.

Cuando el tejado del caserío asomó entre los árboles, comprendí que no podía continuar acercándome. Me agazapé tras una roca a la orilla del camino y dejé pasar los minutos escuchando mis propios pensamientos, empeñados en trazar vínculos. Claudio —o Luca, o comoquiera que se llamara— estaba implicado, de eso ya no tenía dudas. Quizá no actuara solo, quizá ni siquiera fuera quien empuñaba el arma, pero había llegado desde Ottana en busca de algún tipo de venganza que yo todavía no alcanzaba a comprender.

Y, sin embargo, algo me decía que los padres de Amaia tenían mucho que ver con los sucesos de las últimas semanas. Ellos, más que nadie, tenían un móvil claro. Al menos para dos de los crímenes.

A Aresti lo odiaban por haberles arrebatado una casa-torre que consideraban suya; a Lea, por mantener una relación sentimental con su hija. Maite Iturri se alzaba todavía como un extraño cabo suelto. ¿Qué podía haberlos llevado a asesinarla?

Aún no había sido capaz de dar con una respuesta, pero sabía que antes o después la encontraría.

Fue el ruido de un coche lo que me arrancó de mis cavilaciones.

Me hice tan pequeño como pude y solo abandoné el escondrijo cuando el todoterreno pasó a mi lado y siguió su camino hacia Lekeitio. Reconocí al padre de Amaia al volante. Su madre ocupaba el asiento del copiloto.

El plan estaba funcionando. Tal como esperaba, él la acompañaba. Y a esa hora su hija estaría trabajando en la residencia.

No podía perder un solo minuto. Corrí hasta la estructura metálica que sostenía las plantas de kiwis. Saqué del bolsillo un pedazo de alambre y lo dispuse al lado del hilo metálico del emparrado.

No me sorprendió comprobar que el grosor era el mismo. El trenzado, también. Incluso el tono era idéntico en ambos.

El alambre con el que alguien me había tendido una trampa era un fragmento del que trazaba una inmensa cuadrícula de acero en los terrenos de los padres de Amaia.

—Fueron ellos —confirmé en voz alta.

Las voces ásperas de unos gansos me respondieron desde el corral. Las gallinas se sumaron con su gorjeo y hasta un gallo se animó a cantar. Sería mejor no volver a abrir la boca si no quería que todo el valle supiera de mi presencia.

Me acerqué en silencio a la puerta del caserío y contuve la respiración mientras intentaba girar la manilla. Estaba cerrada, tal como suponía.

Lo intenté con el pedazo de radiografía que llevaba en el bolsillo. La introduje por la ranura y busqué el resbalón. Suave. Lento. Igual que había visto hacer en un vídeo de trucos de cerrajero.

Tras varios intentos, me detuve.

¿Estaba seguro de querer entrar allí?

Hacía poco más de una semana había acabado en el calabozo por acceder sin permiso a un domicilio.

—Tienes que hacerlo —me animé entre dientes.

Algo me decía que tras esa puerta iba a encontrar pruebas de que esa familia estaba detrás de los crímenes de las últimas semanas. Allí dentro hallaría el *mazzolu* de Grazia Serra y algún indicio de que la italiana había convivido con la familia de Amaia.

O quizá la acabadora todavía estuviera allí. Valeria me había hablado de la extraordinaria longevidad de su familia y de buena parte de sus vecinos. El corazón montañoso de Cerdeña se inscribía con letras doradas en el registro de los lugares con la esperanza de vida más larga del mundo.

Probé una y otra vez, pero por más que lo intenté no hubo manera de abrir la puerta. Los nervios y las prisas no jugaban a favor de mi destreza. El estrépito que los gansos seguían montando en su cercado, tampoco.

Corrí a asomarme a las ventanas de la planta baja.

—Mierda —mascullé con una impotencia creciente. Las cortinas estaban cerradas en todas ellas. Los padres de Amaia se cuidaban mucho de que alguna mirada indiscreta se colara en su casa.

Me sentí mal por Nerea. Tanto esfuerzo para un resultado tan escaso. Había dado con la prueba del alambre, sí, pero nada más.

Miré alrededor.

Kiwis, kiwis y kiwis.

Lo único que rompía la monotonía aletargada de los cultivos era un cobertizo que se levantaba entre el caserío y las plantaciones. Una construcción rudimentaria, de tablones y cubierta de chapa; una de esas que sirven para guardar aperos del campo y poco más.

A pesar de que no parecía el lugar más interesante para mi búsqueda, su puerta estaba abierta. El candado que algún día permitió cerrarla colgaba oxidado de su marco.

Las bisagras no protestaron cuando tiré de ella. Estaban bien lubricadas.

Me sorprendió el orden que reinaba allí dentro.

Un orden impropio de un cobertizo expuesto al polvo, al barro y a la humedad del valle.

Una mesa grande ocupaba todo un lateral. La pared sobre ella mostraba un sinfín de herramientas y utensilios de labranza, cada uno pulcramente colgado en su lugar. No había óxido, ni restos de tierra seca, ni la suciedad que uno se espera en un lugar como aquel.

Todo estaba limpio. Todo estaba en su sitio.

Era el espacio de trabajo de alguien metódico, disciplinado. De alguien cuidadoso hasta el extremo.

Apreté los dientes. Los crímenes habían sido planificados con esmero. También el intento de asesinato que sufrí a orillas del Lea. Quien estaba detrás de todo aquello encajaba perfectamente con el propietario de un cobertizo así.

Pensaba en ello cuando reparé en algo más.

Enmarcada por todas aquellas herramientas había una foto. Solo una.

Mostraba a una niña vestida con su traje de primera comunión. Parecía feliz, o al menos eso sugería la mueca traviesa, feroz, que dibujaba su rostro.

—Amaia —supuse al acercarme para estudiar sus facciones.

El corazón me dio un vuelco al reconocer tras ella al Mingorri. El demonio se asomaba a la imagen con la boca abierta y la lengua extendida, en el gesto burlón que imitaba la pequeña.

Solo entonces me fijé en que la niña sostenía algo entre los dedos.

Un caramelo de goma.

Uno igual que los que habían aparecido en las escenas de los crímenes.

De pronto el ruido de un motor se coló entre las frágiles paredes.

Era un coche. La gravilla del camino crujía cada vez más cerca. Me asomé por una rendija y comprobé que se trataba del todoterreno de los padres de Amaia.

Estaban de vuelta.

64

Mascullé una maldición.

No contaba con que regresaran tan pronto. Nerea no habría podido retenerlos tanto como pretendíamos.

Estacionaron el coche muy cerca del cobertizo.

Era demasiado tarde para abandonarlo sin ser visto. Tendría que esperar a que ambos se perdieran en el interior del caserío para salir a hurtadillas. Las matas de kiwi no iban a ofrecerme su ayuda. Se encontraban completamente desnudas de hojas y no ocultarían ni a un mirlo.

Los oí salir del coche. El padre de Amaia protestaba por lo sucedido. Estaba furioso. Su mujer no decía gran cosa. El alivio de no saberse enferma debía de pesar más que la rabia por el tiempo perdido.

Presté atención al sonido de sus pasos mientras trazaba un plan. En cuanto entraran en casa, abriría la puerta y gatearía hasta el todoterreno. Esa sería mi primera parada. El siguiente paso lo estudiaría una vez allí.

Pero pronto sentí que se me helaba la sangre. En lugar de alejarse, los pasos venían hacia el cobertizo. Al menos los de uno de ellos.

—Voy a seguir reparando la motosierra —anunció la voz del hombre.

Eché un vistazo a la mesa de trabajo. Aquella cadena dentada y aquel motor despiezado no dejaban lugar a dudas. Era allí adonde se dirigía.

Miré alrededor. No podía perder un solo segundo.

La lona que ocupaba buena parte del cobertizo era el único escondrijo posible.

Todavía estaba introduciéndome debajo cuando la claridad del exterior se coló a través de la puerta abierta. Su irrupción me obligó a congelarme en una postura acuclillada. Ni un solo movimiento más si no quería que me descubriera.

Vi sus pies acercándose a la mesa de trabajo. Me daba la espalda, pero lo tenía tan cerca que con solo estirar el brazo lo hubiera podido tocar.

No podía permitirme el más mínimo ruido. Al menor error me descubriría. Me costaba hasta tragar saliva, consciente de que ese tipo que reparaba su motosierra podía ser un asesino despiadado.

Mis rodillas protestaban. La postura no era la más indicada para aguantar mucho tiempo. Me apoyé con cuidado en la estructura metálica que se guardaba bajo la lona. Se trataba de un remolque. Uno largo y estrecho, de esos que se emplean para trasladar piraguas. La embarcación también estaba ahí, dormida sobre el carro, a la espera de que alguien decidiera volver a llevarla al agua.

Las ruedas, deshinchadas, aplastadas contra el suelo, delataban que hacía mucho tiempo que nadie lo había sacado de allí. Me insufló esperanza comprender que llevaban años sin preocuparse de ella. Parecía un escondite seguro.

Si mis rodillas aguantaban, claro.

—Un error, dice. Será idiota la tía… —Los comentarios del padre de Amaia se sumaban de vez en cuando a los ruidos metálicos de sus quehaceres.

Traté de concentrarme en algo que no fueran las molestias que me infligía la postura. Castaños regresó a mi mente. Él y sus mapas con la localización de mi móvil, el trayecto seguido por el velero de Maite…

Algo me decía que daba igual dónde me hubiera situado la triangulación de mi móvil: la cima del monte Otoio, mi propia cama o incluso un bar de Malasaña. El oficial siempre habría encontrado la forma de señalarme. Porque para él no había otro asesino posible. Solo yo, que me había embarcado con la consejera para acabar con ella en el mar antes de regresar a nado a la isla.

Era un despropósito. Pero era lo que alguien debía de haber hecho.

De pronto recordé el móvil. No lo había silenciado y en cualquier momento comenzaría a sonar. Una felicitación de mis compañeros de trabajo en el Ramón y Cajal, una llamada de mi madre…

Trataba de sacarlo del bolsillo sin hacer ruido cuando un destornillador cayó al suelo y rodó hacia mi pie derecho.

—Joder —masculló el padre de Amaia antes de soltar un profundo suspiro.

Me sacudió la sensación de que todo estaba perdido. Era inevitable que me descubriera en cuanto se agachara a recogerlo.

Busqué con la mirada algo que me permitiera defenderme, y lo único que encontré fue el remo. No era gran cosa, pero al menos no tendría que rendirme sin luchar.

Sin embargo, en lugar de recuperar la herramienta, el tipo se dirigió a la puerta.

—¡Paqui! —llamó abriéndola—. ¿Preparas café?

No hubo respuesta.

—¡Paqui!

Nada.

—Joder… Siempre igual. ¿Cómo puede estar tan sorda? —protestó dirigiéndose al caserío—. ¡Paqui!

Conforme sus pasos se perdían en la distancia, me sacudí la lona de encima. No había un segundo que perder.

Tuve que apoyarme en la piragua para ayudar a mis rodillas entumecidas a ponerse en pie. Y al hacerlo, el mundo entero se detuvo.

Abrí la boca de par en par y ahogué una exclamación.

Acababa de dar con la respuesta.

65

—¿Una piragua? —Goiko había dejado de lado sus lijas y observaba el cauce del Lea, pensativo—. No. Y si algo conservo bien es la memoria. No se deje engañar por mi edad.

—Tuvo que ser una piragua o algo parecido —insistí—. No hay otra explicación para que el velero de Maite quedara a la deriva después del crimen. Si siguió sin rumbo fue porque a bordo no quedaba nadie que lo gobernara. Y no, el asesino no huyó a nado, como sostiene el oficial Castaños. Lo más lógico es que abordara el velero desde el mar. La escasa distancia hasta tierra firme apunta a una embarcación sencilla y silenciosa. Una de remo.

—No estaría yo tan seguro —me advirtió Goiko—. ¿Ha navegado alguna vez en un velero? Son rápidos. No es tan fácil alcanzarlos a fuerza de remo.

Negué con la cabeza.

—Aquella tarde no corría el viento. ¿Lo recuerda? Había niebla espesa. Si soplaba algo, sería apenas una brisa. El velero avanzaba a paso de tortuga.

El viejo patrón cerró los ojos, recreando la escena. Luego apretó los labios y asintió despacio.

—Tiene razón. No se veía a un palmo. Un tiempo perfecto para que un remero pudiera acercarse sin ser descubierto. —Se limpió las manos con un trapo y se caló la gorra de capitán—. Apostaría a que el atacante salió del propio puerto. La niebla lo protegía de miradas indiscretas. —Hizo un gesto con la cabeza—. Venga conmigo.

Lo seguí sin comprender adónde se dirigía.

Observé que cojeaba ligeramente. Los ochenta y pico, que no pesaban en su agilidad mental ni en su pericia con las manos, se cobraban su factura en las rodillas. Sin embargo, el viejo patrón

lograba caminar a buen ritmo. El orgullo y la fuerza de voluntad ganaban el pulso a los achaques.

Dejamos atrás la playa de Isuntza y también la basílica de la Asunción. El puerto se veía animado. Dos barcos habían arribado de sus pesquerías y se encontraban en plena descarga, con algunos curiosos arracimados a su vera.

Los pasos de Goiko no me llevaron tan allá. Solo hasta una de las primeras casas que jalonaban los muelles.

—Aquí es —dijo, señalando una puerta azul brillante, seguramente pintada con el sobrante del casco de alguno de los barcos que dormían en la dársena, como mandaba la costumbre en los pueblos de mar.

Estaba cerrada y por más que tiró del pomo y empujó no se movió.

—Aquí no hay nadie —dije asomándome al cristal. Había papeles en la única mesa y también una calculadora antigua.

—Muy lejos no andará. —Goiko señaló la lamparita de sobremesa. Estaba encendida—. No me diga que no la había visto. Menudo investigador está hecho. Como no le ayude yo, estamos apañados… —El anciano echó a andar de nuevo—. Venga. Sé dónde encontrarlo.

—¿A quién buscamos? —pregunté conforme lo seguía por los muelles.

—Espere, hombre. No sea tan impaciente. Ojalá nos dieran cita tan deprisa cuando queremos ir al médico —soltó con una risa socarrona.

Se detuvo al llegar al Muga.

—Mírelo. —Señalaba a un tipo que no me resultaba nuevo. Había coincidido con él en esa misma barra donde se apoyaba, aunque nunca habíamos cruzado una palabra. Su barriga cervecera hinchaba la camiseta hasta desfigurar el dibujo. No era solo gordura; había en él un aire de abandono que no parecía fruto de una mala racha puntual—. Sabía que te encontraría aquí.

—Pues acabo de llegar —se defendió el interpelado.

—¿Ya estás con el vino? —le reprochó Goiko—. ¿Tú has visto qué hora es? Antes de la una eso es veneno.

Mientras se enzarzaban en una discusión de baja intensidad, Alberto se acercó a mí sacudiendo la cabeza.

—Siempre están igual. ¿Café? —me saludó antes de girarse hacia la cafetera.

—No me pongas nada. Creo que nos vamos. Vendré después de comer.

Goiko me cogió del brazo para presentarme a su amigo.

—Iñaki, este es Jon Aguirre, el médico nuevo. Te irá bien conocerlo —le dijo—. Siempre es bueno tener un amigo en el ambulatorio. Y más cuando te das al vino desde tan temprano.

—¿Quieres parar ya? ¡En mala hora! Un vino… ¡Uno! —se indignó el otro estrechándome la mano—. Iñaki, de Kayak Lekeitio.

—Vamos fuera. ¿Has pagado? —inquirió Goiko señalando el tinto que el otro acababa de apurar de un trago.

Alberto recogió el vaso.

—Déjalo. Ya pagarás. Marchaos. No sé qué os traéis entre manos, pero que no sea por mí si llegáis tarde.

El muelle seguía animado. Las cajas verdes repletas de pescado que emergían de las barrigas de los barcos mantenían entretenidos a los curiosos. Lourdes también parecía más pendiente de la descarga que de su propio puesto.

—A este paso, en una semana van a agotar las cuotas que les impone Bruselas —señaló Goiko.

—Está entrando mucho verdel este año —añadió Iñaki—. Estos han vuelto hoy antes de la hora. Tendrían la bodega a tope.

El viejo patrón se giró hacia mí.

—Iñaki era un buen remero. Uno de los mejores de mi época. Y es de los pocos que después continuó vinculado al mar. Montó una empresa de alquiler de piraguas. Trabaja en verano y el resto del año descansa, como habrá podido ver.

—¡Será mentiroso el tío! ¿Y los escolares que vienen en invierno? Como si los críos y sus profesores no dieran guerra…

Goiko se rio por lo bajo. Le divertía hacerlo rabiar.

—¿Has echado en falta alguna piragua últimamente? —preguntó recuperando la seriedad.

—No —sentenció Iñaki sin dudar.

—¿Seguro? —insistió el patrón—. ¿Cuánto hace que no las cuentas?

Iñaki lo observó con preocupación.

—No jodas. ¿Qué sabéis vosotros?

Caminó deprisa hasta un extremo de los muelles y comenzó a contar en voz baja. Allí abajo, un buen número de piraguas aguardaba a que alguien las sacara a pasear. Todas idénticas, de un azul intenso y con los remos guardados en su interior.

—Espera… —Frunció el ceño mientras contaba de nuevo—. ¡No me jodas! Esto es increíble… La gente ya no respeta nada. —Se giró hacia nosotros, rojo de rabia—. Llevo veinte años con este negocio y jamás me habían tocado una piragua. ¡Jamás!

—¿Falta alguna? —pregunté contándolas—. Hay diecisiete.

—Dieciocho tendría que haber —aclaró Iñaki.

—¿Cuántas veces te he dicho que deberías candarlas? —intervino Goiko.

El otro resopló, rascándose la cabeza.

—Alucino, de verdad. Nunca me había pasado algo así. Y lo que más me duele es que me haya sucedido ahora. En verano podría tratarse de cualquiera, pero a estas alturas del año… ¿Acaso no puede uno confiar en sus propios vecinos? Esto está hecho a mala fe, porque me dirás tú para qué quieren una piragua vieja.

Intercambié una mirada con Goiko. Esperaba que no hablara más de la cuenta.

—¿Cuándo fue la última vez que las contaste?

Iñaki las observó con los brazos en jarras.

—No sé… Las veo cada día y no había echado ninguna de menos hasta ahora. Pero tampoco me paro a contarlas. ¿Cómo iba yo a esperar algo así? —Se detuvo y negó con la cabeza—. Tiene que ser cosa de críos. Son unos sinvergüenzas que ya no respetan nada. Aparecerá embarrancada contra cualquier acantilado.

—Ya tiene su piragua —indicó Goiko guiñándome un ojo.

—Un momento… —Iñaki señaló al patrón—. Vosotros sabéis quién ha sido. De lo contrario no estaríais aquí. ¿Quién me la ha robado? No me jodáis, eh. Venga, menos bromas… ¿Quién la tiene?

Goiko abrió la boca, pero lo detuve con la mirada. Cuanto menos supiera de lo ocurrido, mejor.

—Dame unos días —le rogué—. Creo que podré traértela de vuelta.

Iñaki me observó en silencio. En sus ojos se mezclaba la ira con el recelo. Asintió despacio; el trato no terminaba de gustarle, pero no había otro mejor.

66

Era ya de noche cuando la marea me permitió cruzar a la isla. Las olas todavía se acercaban a acariciar el estrecho malecón. Lo besaban, le susurraban que volverían a hacerlo suyo con una nueva pleamar, pero le ofrecían unas horas para dejarse querer por la brisa.

Sua se hizo el remolón cuando lo llamé desde el paso. Prefería seguir corriendo por la playa antes que adentrarse en ese camino húmedo y traicionero donde alguna ola rezagada aún podía empaparnos.

—Venga, chico… Tenemos que ir a ver algo. Esa isla está repleta de piñas para jugar. Ya verás.

El perro solo se movió para dejar en la arena el palo que llevaba en la boca. Bajó las patas delanteras, echó el cuerpo hacia atrás y me ladró, desafiante. Quería que se lo lanzara otra vez.

—Eres un pesado —suspiré, regresando hasta él—. Solo una. Después vienes conmigo.

Se lo tiré tan lejos como pude y salió disparado como un rayo. Era impresionante. El palo aún no había terminado de caer cuando Sua ya regresaba con él en la boca. Lo dejó a mis pies y me miró, expectante.

—No. Te he dicho que era la última vez. Vamos.

No me siguió.

Probé a alejarme, pero cuando me giré desde la mitad del malecón seguía allí, plantado, aferrado a su trofeo.

—Maldito cabezota —mascullé, volviendo sobre mis pasos.

Me recibió dando saltos alrededor del palo. Se sabía vencedor. Esperaba que volviera a poner a prueba mis dotes de lanzador.

En su lugar, le arrebaté su tesoro y eché a andar directo hacia la isla. Esta vez me siguió, saltando a mi lado para tratar de

recuperarlo.

—Para ya… Me harás caer —lo regañé. Comenzaba a arrepentirme de no haberlo dejado en casa.

Cuando llegamos al final del paso mis zapatillas estaban empapadas. Había perdido la cuenta de los charcos en los que Sua me había hecho meter el pie.

—No. Todavía no —le dije levantando el palo por encima de mi cabeza.

Se lo devolví cuando llegamos a lo alto de las escaleras que nos dieron la bienvenida a aquel mundo insular. Y para entonces ya no le interesaba. Había descubierto las piñas que se escondían entre los arbustos.

Llevaba conmigo una linterna potente, suficiente para seguir sin problemas el sendero que trepaba entre los pinos hasta las ruinas del viejo lazareto.

No se veía nada que no fueran las sombras que despertaba el haz de luz. Muretes medio derruidos, árboles solitarios, rocas… Nada quedaba de los edificios que cientos de años atrás acogieran a los apestados. Solo las carreras de Sua, empeñado en cazar piñas, rompían un silencio sepulcral, acompañado por el runrún lejano del mar reclamando su lugar.

Busqué algún sendero oculto que descendiera hacia los acantilados, pero fue en vano. El único camino continuaba por el espinazo alargado de la isla, hasta la plataforma donde Itziar y yo vivimos un idilio de verano tantos años atrás.

Pensé en ella y sentí una punzada de culpa. Desde mi regreso no había tenido ocasión de verla. Tampoco de contarle mis últimos descubrimientos.

—Vamos, Sua. Por allí también hay piñas —lo animé, avanzando hacia la punta de la isla.

Estaba convencido de que en algún rincón aparecería la piragua robada. Quien había matado a Maite había utilizado la isla de Garraitz como base: allí habría aguardado el paso del velero y allí mismo habría abandonado la embarcación antes de regresar a pie a Lekeitio.

El italiano era el que más fácil lo tenía. Nadie se habría sorprendido de verlo deambular por la playa en busca de tesoros. Pero, en realidad, cualquiera podía pasear junto al mar sin levantar sospechas. Más aún en una tarde de niebla como la del asesinato.

El sendero nos llevó al extremo de la isla. Más allá no había nada. Solo la inmensidad del océano.

Barrí los acantilados con la linterna.

—Nada —suspiré desanimado.

Sua se detuvo de pronto. Subió a una roca y ladró a la oscuridad.

Seguí la dirección que me marcaba y sentí cómo los nervios cedían paso a algo cercano a la euforia. Mis sospechas iban bien encaminadas.

Las olas la habían destrozado, pero el color y la forma no dejaban lugar a dudas. Era una de las piraguas que Iñaki guardaba en el puerto.

Cogí el móvil y marqué el número de la inspectora. Se lo debía.

Mientras aguardaba su respuesta pensé en mi madre. Era extraño que no me hubiera felicitado aún. Ella, que a la mínima aprovechaba para enviar alguno de esos fotomontajes horteras con un buenos días o un feliz vuelta al sol.

—Hola, Jon. Feliz cumpleaños —respondió Itziar sin un ápice de entusiasmo. Su voz sonaba enlatada, como a través del manos libres de un coche.

—Zorionak, Itziar, nos ha caído encima un año más... —repliqué en tono cómplice—. ¿Puedes venir a la isla? Quiero enseñarte algo.

—Lo siento, Jon. No estoy para celebraciones y además tampoco me pillas en Lekeitio. Me he cogido el día libre. Necesitaba un poco de aire después de lo de mi hermano.

—¿Tienes novedades de él?

—El juez lo ha dejado en libertad. Con cargos y pendiente de juicio, pero está en la calle. —Su tono de voz sonaba cansado. Una mezcla de hartazgo y decepción.

Me mordí el labio para no contestar. La perspectiva de cruzarme en cualquier momento con su hermano no era la más halagüeña del mundo. Pero no era él quien me había empujado a llamarla.

—He encontrado la piragua —anuncié sin más introducciones.

—¿Qué piragua? ¿Ya estás comenzando por el final? ¿De qué hablas?

Tenía razón. Le expliqué cómo creía que se había cometido el crimen de Maite y el hallazgo que acababa de hacer.

—Muestra eso a Castaños —ordenó—. Basta ya, Jon. Deja esto en manos de profesionales.

—No —respondí sin dudar—. Siento que si no demuestro mi inocencia, nadie lo hará por mí. Castaños cree que fui yo.

—¿Fuiste tú, Jon?

Su pregunta me dejó descolocado. No la esperaba.

—Pues claro que no. Ya lo sabes.

—Ya no estoy para poner la mano en el fuego por nadie —replicó, cansada.

—Sabes que no fui yo. Y que estoy más cerca del asesino que Castaños.

—Entonces no tengas miedo de mostrarle lo que has descubierto. Un inocente no tiene nada que temer. Si realmente quieres que detengan al asesino, comparte todo lo que sepas con la policía.

—Es lo que estoy haciendo contigo.

—Te equivocas. Yo no llevo el caso. Está en manos de la Ertzaintza. —Itziar hizo una pausa, que me hizo albergar la esperanza de que cambiara de idea. Me equivocaba—. Voy a colgar, Jon. Necesito alejarme de todo esto.

—Solo una pregunta más. Por favor.

La inspectora guardó silencio.

—Dime —concedió finalmente.

—Mencionaste que conocías desde niña a Maite Iturri.

—Era mi vecina.

—Eso es. ¿Recuerdas en qué trabajaba en dos mil seis? —pregunté. Era el año en que se produjo la subasta de la casa-torre de Bengolea. La búsqueda de un móvil para el crimen de Maite me había llevado a plantearme que quizá ella también tuviera algo que ver en el tema.

—Diría que en esa época estaba todavía en el ayuntamiento. Maite comenzó en política municipal. Tocó muchos palos como concejala,

pero pasó por Urbanismo y también por Turismo. Eso sí lo recuerdo. Puedes confirmarlo; será público.

—Urbanismo… —murmuré—. Justo lo que me temía.

—Basta ya, Jon —me cortó—. Esto no tiene sentido. Déjalo de una vez. Lo que sea que hayas descubierto, díselo a Castaños.

—Estoy muy cerca, Itziar. Lo sé. —El silencio al otro lado de la línea me hizo temer lo peor—. ¿Itziar? ¿Estás ahí?

Me separé el teléfono de la cara y comprobé que había colgado.

Suspiré, pero no volví a marcar. Lo mínimo era respetar su derecho a apartarse de su trabajo. Y un médico debía saberlo mejor que nadie.

Volví la vista hacia la embarcación destrozada entre las rocas.

Mi hipótesis era correcta. Alguien había atacado a Maite desde una de las piraguas de Iñaki y después la había abandonado allí para regresar a Lekeitio como un simple paseante.

Alguien lo bastante metódico y cuidadoso como para conocer las costumbres y los horarios de todos. Alguien como el dueño del cobertizo que había visitado unas horas antes. Alguien, además, con la destreza necesaria para manejar una piragua y abordar un velero en plena marcha.

Llamé a Sua y comencé a desandar el sendero. Tenía ganas de sentarme en casa a pensar en todo aquello. Los cabos parecían unirse, pero los nudos aún no estaban del todo firmes.

Apenas habíamos dejado atrás el lazareto cuando el perro se detuvo en seco y gruñó, con la mirada clavada en el malecón. A contraluz, recortada contra la arena mojada que reflejaba las farolas del paseo, distinguí una silueta en mitad del paso.

Apagué la linterna y maldije por lo bajo.

Alguien venía hacia la isla.

67

—¡Vamos, madrileño! ¡Sal de tu escondite! ¡Solo quiero hablar!

Ni su voz, cargada de ira, ni el grueso palo que empuñaba parecían confirmar las palabras de Jokin.

Había bebido. La manera en que arrastraba cada sílaba no dejaba lugar a dudas.

Me agazapé tras uno de los muretes y observé que se había detenido en el lugar donde el malecón se fundía con la isla. Sabía lo que hacía. No podíamos salir sin pasar por allí.

Sua no paraba de gruñir.

—Calla. No pasa nada —le susurré acariciándolo con una mano mientras con la otra asía con firmeza su collar.

—Sé que estás aquí y no tengo ninguna prisa. Ya te cansarás —apuntó Jokin encendiéndose un cigarrillo—. A mí nadie me espera. Hasta mi hermana me ha abandonado por tu culpa.

Las gaviotas que dormían en las ramas de los pinos graznaron inquietas. A ellas tampoco les gustaba la visita.

¿Cómo había sabido que estábamos allí? Solo se me ocurrían dos opciones. O nos había seguido o alguien se lo había contado. Pensé en la llamada que había realizado hacía escasos minutos y sentí una punzada de tristeza. Por más que traté de asegurarme a mí mismo que Itziar no me traicionaría así, no logré convencerme de su inocencia.

—La marea no tardará en subir. ¿Estás seguro de que quieres pasarte aquí toda la noche? —Una larga calada ofreció una pausa en su monólogo—. Dan lluvia. Espero que tengas un buen abrigo.

Me puse en pie. No iba a permitirle ganar la partida del miedo.

—¿Qué pasa, Jokin? ¿A qué viene esto? ¿Tengo que llamar a la policía? —pregunté conforme bajaba hacia el malecón.

Me detuve a una distancia prudencial, desde la que poder hablar con él sin arriesgarme a que descargara sobre mí esa especie de garrote.

Sua gruñía sin separarse de mis piernas. Él también era consciente del peligro.

—¿Qué pasa, madrileño? ¿Quién te crees que eres para ir jodiendo la vida a la gente? ¿Qué sabes tú de la mía? ¿Piensas que haber nacido en una familia rica te da derecho a juzgar a quienes nos hemos tenido que partir la cara para salir adelante?

—Mi familia no es rica.

—No, claro. Por eso mismo podéis permitiros una casa en Lekeitio para no pisarla en todo el año.

—Vivo aquí. Igual que tú.

—¿Desde hace cuánto? ¿Unos pocos meses? —me reprochó Jokin —. ¿Cuántos años ha estado cerrada esa casa? No eres diferente de Aresti y los demás.

—¿Es eso una confesión? ¿Los mataste tú?

—Lekeitio es mejor sin gente de esa calaña, preocupados únicamente de sus bolsillos a costa de expulsar a quienes hemos nacido aquí. ¿Quién eres tú, que llegas de fuera, para entrometerte en nuestros problemas?

—Estás enfermo.

—Enfermo está Lekeitio por culpa de quienes venís a echarnos de nuestras casas.

Conocía el argumentario de sobra. Llevaba meses oyéndolo. Incluso estaba de acuerdo con parte de él. Pero Lea nada tenía que ver con el modelo de otros, como Aresti.

—¿Y Lea?

Jokin tiró la colilla al mar y tosió. Una tos húmeda, bronquial, de fumador viejo pese a que aún no lo era.

—No sabes nada, madrileño. No sabes nada… ¿Te has parado a pensar por qué esa zorra vivía tan bien? ¿Has dedicado un maldito segundo a averiguar de dónde salían los dos pisos que heredó de su padre? Él también estaba de mierda hasta las cejas. Estás muy equivocado si crees que Lea Alzaga era un angelito. Salí con ella. Yo sí la conocía. Tú no. Tú no tienes ni puta idea.

Esta vez Jokin logró descolocarme. Abrí la boca para objetar algo, pero tuve que concentrar mis esfuerzos en retener a Sua. Sus gruñidos habían cedido el paso a unos ladridos alimentados por la furia. Parecía entender que hablábamos de su dueña.

—¿Lo ves, madrileño? No sabes nada de este pueblo. Márchate de una vez y déjanos arreglar los asuntos a nuestra manera.

—¿Cuál es esa manera, Jokin? ¿Matar a quien no piensa como tú?

—¡Yo no he matado a nadie! —gritó golpeando el suelo con el palo y viniendo hacia nosotros—. ¡A nadie!

Sua dio un paso atrás y ladró amenazante. Su postura era tensa y defensiva.

—Voy a llamar a la policía, Jokin —anuncié encendiendo el móvil.

Todavía se lo pensó unos instantes, pero finalmente accedió. No quería verse de nuevo en el calabozo.

—Te lo diré una sola vez. —Alzó el garrote a modo de amenaza. No era un *mazzolu*, pero se le parecía bastante. Un arma capaz de segar una vida de un solo golpe certero—. No vuelvas a intentar joderme la vida. Ni se te ocurra volver a meterle a mi hermana el veneno de que soy un asesino. Porque puedo haberme equivocado muchas veces en mi vida, pero jamás he hecho daño a una mosca.

No era eso lo que pensó Lea cuando decidió alejarse de él, pero opté por no abrir la boca. Solo quería que se marchara por donde había llegado. Con su borrachera y su violencia.

—Quedas advertido, madrileño —sentenció dirigiéndome un dedo acusador. Después lanzó el palo al mar y se perdió en la noche.

68

Estaba agotado.

La aparición de Jokin había sido la puntilla para un día que tenía la sensación de que había durado un siglo entero. Y no. Solo hacía unas horas de mi visita al cobertizo de los padres de Amaia.

Me detuve frente a mi casa y, en cuanto introduje la llave en la cerradura, Sua empezó a gruñir. Apoyó las patas delanteras en la puerta y ladró con fuerza.

—¿Qué pasa, muchacho? —pregunté con tono hastiado. Solo me faltaba eso.

Siguió ladrando. Había algo al otro lado de la puerta que no le gustaba.

No podía ser. La cerradura dio dos vueltas; nadie parecía haber entrado. Di un paso atrás y comprobé los postigos. Estaban cerrados, tal como los había dejado antes de salir.

Ajeno a mis comprobaciones, Sua no paraba.

—Es por Jokin, ¿verdad? Nos ha dado un buen susto. No está aquí, no volverá. No te preocupes.

Mis caricias parecieron calmarlo, pero en cuanto empujé la puerta volvió con sus ladridos.

Me estaba asustando. Aquel comportamiento no era normal.

Palpé la pared, sin poner siquiera un pie dentro de casa. Buscaba a tientas el interruptor, decidido a encender la luz y comprobar que todo seguía en su sitio.

Tras varios intentos, di con el botón y, en el mismo instante en que lo pulsé, dos figuras saltaron del sofá con las manos en alto.

—¡Felicidades!

Miré alrededor. Todo estaba adornado con banderines de colores, y dos globos metalizados formaban un treinta y nueve en la pared.

—Ya era hora… Llevamos aquí media tarde —exclamó Lola entre risas.

Ana, mi hermana, también estalló en una carcajada.

—Estáis fatal de la cabeza —protesté con la mano en el corazón—. No me ha dado un infarto de milagro. ¿Cómo se os ocurre?

Sua les ladraba como una fiera. La sorpresa no le había hecho ni pizca de gracia.

—¿Y ese perro? —señaló mi hermana.

—No es mío. Es de… —Dudé unos instantes mientras trataba de calmarlo—. Es de una amiga. Lo tengo conmigo unos días. Mira, Sua: ellas son mi hermana y mi sobrina.

El perro se acercó a ellas y todavía les soltó algún que otro ladrido, pero finalmente pareció aceptarlas e incluso se dejó acariciar.

Ana se echó a mis brazos.

—¿Cómo íbamos a dejarte solo un día como hoy? Tus últimos treinta no se cumplen todos los días. El año que viene serás ya un pureta cuarentón.

El abrazo de Lola fue algo menos efusivo. Pero tampoco era nada nuevo. Llevábamos así dos o tres años. Mi sobrina estaba en esa edad en que las muestras de afecto representan el mismísimo diablo, una flaqueza imperdonable y vergonzante.

—Tu queridísima hermana te ha preparado algo —anunció zafándose de mis brazos para dirigirse a la mesa.

No hacía falta que dijera qué había en ese molde de silicona cuyo contenido permanecía cubierto por un papel de aluminio.

—Su mundialmente famosa tarta de queso —aplaudí mientras la desmoldaban.

Fue un completo desastre. El pastel se desmoronó, esparciéndose por toda la mesa. Tenía un aspecto espantoso.

—¡Nooo! —El gesto de mi hermana me partió el corazón.

—Me parece que el viaje no le ha sentado bien —comentó Lola aguantándose la risa.

Corrí a la cocina.

—No pasa nada. Seguro que está riquísima. Yo quiero probarla.

Ana se interpuso en mi camino.

—No pruebes, Juan. A ver si te va a sentar mal.

—Qué va. Si solo está deconstruida —bromeé regresando con una cucharilla.

Sua aprovechó que estábamos despistados para hundir el hocico en la tarta.

—¡Sal de ahí! —grité lanzándome sobre él.

Para cuando pude apartarlo de la mesa tenía el morro completamente embadurnado de tarta.

—¿Y ahora dónde ponemos las velas? —se rio Lola, que sostenía un tres en una mano y un nueve en la otra.

—No te preocupes. Me doy por felicitado.

—De eso nada —replicó mi hermana—. Mamá está esperando nuestra llamada para verte soplar. Llámala, Lola.

Era extraño que mi madre no estuviera allí con ellas.

—¿Por qué no la habéis traído con vosotras? ¿No ha querido?

—Calla, que todo esto ha sido idea suya, pero hoy cuando hemos ido a buscarla estaba en la cama. Tenía un poco de tos y no se le ha ocurrido nada mejor que hacerse la prueba del covid. —Ana resopló —. Positivo.

—Joder… Con lo hipocondriaca que es.

—Pues eso. No hace falta que te cuente más. Puedes imaginarte el drama que ha montado. Supongo que a esta hora habrá organizado ya su propio funeral.

Me reí sin ganas. Mi madre era probablemente la peor enferma del mundo.

—A ver cómo está —dijo Lola apoyando el móvil en una estantería.

Apenas unos segundos después, apareció en la pantalla, cantando la canción de cumpleaños.

—¡Felicidades, hijo! —exclamó cuando todas prorrumpieron en un aplauso—. Ya estarías extrañado de que no te llamara. Pensarías que me había olvidado de tu cumpleaños por primera vez en mi vida.

—Algo me olía. Tú, que no perdonas ni los buenos días no podías fallar un día así.

—Ya te habrá dicho Ana que estoy enferma.

—Sí, mamá. Me lo ha contado. ¿Qué tal te encuentras?

—Mal. Me ha subido la fiebre. Estoy preocupada.

—¿Cuánto tienes?

—Pues casi treinta y ocho.

—Bueno… Bebe mucha agua y descansa. Un par de días malos y le darás la vuelta.

La vi esbozar una mueca de incredulidad, pero olvidó por un momento su enfermedad para centrarse en mí.

—Estás flaquísimo. ¿Comes algo? ¿Tú cómo lo ves, Ana?

—No tanto, mamá. Está como siempre.

—¡Pues eso! Delgadísimo. Tendría que meterlo en mi casa una temporada. Ya verás qué rápido le iba a hacer ganar peso.

—Que está bien, mamá. —Ana me guiñó el ojo—. Y ya me aseguraré de dejarle la nevera bien llena.

—Eso, eso —aplaudió mi madre desde la distancia.

Lola salió a mi rescate.

—Bueno, abuela. Te cuelgo, que me quedo sin batería —dijo sin esperar a que nos despidiéramos.

—Pobre. La has dejado con la palabra en la boca —señalé.

—Me debes una —me dijo Lola antes de sacarme la lengua—. Se pone muy pesada con lo de la comida. A mí me hace lo mismo.

—¿A que no adivinas quién se va a quedar unos días contigo? —me preguntó su madre.

—¿Os quedáis? ¿En serio?

—Solo Lola. A Pepe le da un mal si no vuelvo. Andamos a tope estos días en el asador. Pero tu sobrina se queda a hacerte compañía.

—¿Y el instituto?

—¡Semana blanca! —celebró Lola—. Estamos de vacas.

—Se ha traído la bici. ¿Podrás acercarla el domingo a Bilbao? Su vuelo sale a las seis de la tarde.

—Las ocho y media —corrigió mi sobrina.

—Pues eso. Las ocho y media.

—Yo te llevo, claro.

—¿Podré dormir en el sofá? —señaló Lola.

—Hay mil camas. Una aquí abajo y otras cinco en las habitaciones del piso de arriba. Puedes elegir.

Mi sobrina se dejó caer sobre los cojines del sofá.

—Porfa… Cuando veníamos con los abuelos siempre me quedaba aquí.

—Ya os aclararéis —indicó mi hermana, sacando del bolsillo un paquete de tabaco—. Voy fuera un momento.

La acompañé y nos detuvimos al borde del acantilado. La luz amiga del faro de Santa Catalina nos saludó y se entretuvo con las crestas blancas de las olas.

—Dame una calada, anda —le pedí cuando se llevó el cigarrillo a los labios.

Me hizo toser. Hacía tiempo que no fumaba. Nunca lo había hecho, en realidad. Algún pitillo ocasional cuando salía de fiesta. Nada más.

Ana suspiró mirando el mar. Después se volvió hacia mí.

—Juan, nos tienes preocupados. ¿Qué ha pasado para que estés metido en semejante lío?

—No es para tanto. Desde fuera el asunto parece más serio —mentí. Si le contaba la verdad me obligaría a regresar a Madrid con ella—. Ya ves que estoy bien. Salgo a pasear al perro, veo ponerse el sol desde el faro…

—Es serio, Juan. Te detienen por allanar el domicilio de un tipo asesinado un día antes y después publican que te has dado a la fuga. Joder… Soy tu hermana. Puedes confiar en mí.

Apreté los labios. ¿Qué podía decirle? ¿De qué servía preocuparla si no iba a poder ayudarme?

—Ha sido todo un malentendido. Ahora ya estoy de vuelta. Solo me había ido unos días a respirar un poco. Yo también comenzaba a agobiarme con todo esto.

Ana apuró el cigarrillo. Después lo apagó en la suela del zapato y se guardó la colilla en la mano para tirarla a la basura.

—No insisto más. Solo quiero que sepas que puedes contar conmigo. Y haz el favor de llamar más a mamá. Te echa de menos.

—Claro —aseguré mientras entrábamos a casa—. ¡Sua! Venga… A cenar.

El perro, que se había alejado en dirección al faro, regresó a la carrera. Se detuvo un momento a olfatear una farola, dejó en ella su rastro y entró por la puerta abierta.

—Dadme un segundo —me excusé dirigiéndome a la cocina. Había olvidado su cena. Abrí una de las latas que había traído de Cerdeña y se la serví en el bol.

Se acercó a olerlo y reculó de inmediato, con la mirada fija en mí.

—Me parece que no le gusta —observó Lola cuando se puso a ladrar al cuenco.

Saqué la lata de la basura y comprobé que era la misma que devoraba feliz en Italia. Tenía otras muchas iguales en el armario. Había dejado la tienda de Ottana sin existencias antes de volver a casa.

—A mí lo que me parece es que el señor es un caprichoso —protesté dirigiéndome a Sua—. Ya puedes comerlo, porque no hay otra cosa. Mañana ya te haré arroz.

Ana se puso de su parte.

—Hazle la cena al pobre perro, anda. Por nosotras que no sea que tenga que comerse una miserable lata. Tiene una pinta horrible eso.

—Tiene razón, tío —añadió Lola arrugando la nariz—. ¿Tú te lo comerías?

Las fulminé con la mirada mientras vaciaba en la basura el bol de la discordia.

—¿Un arrocito con hígado será del agrado del señor marqués?

Sua se lamió el hocico y se sentó en el suelo a esperar.

—¿Sigues corriendo cada mañana por ese sitio tan bonito? —intervino Lola. Se refería al sendero del Lea. Durante mis primeras semanas en Lekeitio les había enviado algún que otro vídeo del amanecer en las marismas—. Yo quiero ir contigo.

Me entretuve removiendo el arroz. ¿Qué podía responderle? ¿Que había dejado de correr? ¿Que habían intentado matarme de un martillazo a orillas del río que aparecía en las fotos? ¿Que alguien estaba decidido a impedir a toda costa que siguiera buscando al asesino que tenía aterrorizado a todo un pueblo?

Sin embargo, me oí a mí mismo decir que sí, que en cuanto se hiciera de día la llevaría a conocer el valle del Lea.

69

Salimos de casa algo más tarde de mi hora habitual. La llovizna que caía desde última hora de la noche me había hecho albergar la esperanza de que Lola se olvidara de correr. Pero en cuanto abrió un ojo, preguntó cuándo íbamos a las marismas.

Habíamos desayunado en familia antes de que mi hermana iniciara el regreso a Madrid. Quería llegar antes del servicio de mediodía.

—*Egun on*, Goiko —saludé cuando llegamos al puente sobre la desembocadura del Lea.

El patrón alzó la mano desde el astillero de ribera.

—Así me gusta. No deje de correr. —Le dedicó a Lola una mirada ladeada—. ¿Se ha buscado compañía?

—Es mi sobrina. Ha venido a pasar unos días conmigo.

Lola agitó la mano con una sonrisa tímida.

—Qué bueno… Y es deportista, además. Eso es lo mejor que puede hacer alguien tan joven. —Goiko señaló el sendero del Lea. Sua nos aguardaba allí. Se había adelantado—. Continuad, vamos. No lo hagáis esperar. El día no está para pararse a charlar.

Nos despedimos del patrón y dejamos atrás el asfalto. Se me hizo un nudo en la garganta cuando la gravilla de la senda protestó bajo mis pies. Aquel lugar había sido importante para mí. Necesitaba recuperarlo, pero mientras el asesino siguiera suelto iba a ser incapaz de volver a sentirlo como propio.

—¡Me encanta! —exclamó Lola en cuanto las marismas comenzaron a dibujarse ante nosotros—. Y qué bien huele.

—Son los eucaliptos —indiqué. Pero no eran solo ellos. También la hierba fresca, el salitre de la pleamar, la tierra mojada. Un perfume imposible de encerrar en un frasco, que olía a naturaleza y a

libertad… y que ahora, para mí, también olía a tensión y a desconfianza.

—Es superbonito —continuó mi sobrina, sacando el móvil para hacer una foto. Lo hizo sin detenerse, con la seguridad de quien ha repetido el gesto miles de veces.

El sirimiri rompía en mil pedazos el espejo de agua que se extendía junto a nosotros. Los juncos y los carrizos asomaban en las orillas. Una garza real alzó el vuelo en la siguiente curva y planeó sobre el estuario hasta posarse muy cerca del palacio de Zubieta.

—Y esto ¿qué es? —Lola se refería a una gran lámina de agua que unos diques de mampostería embalsaban junto al sendero—. No me digas que es la piscina del pueblo.

Me reí.

—Qué va. Es un molino de marea.

—¿Un molino?

—Sí, ven. Te lo enseñaré.

Giré al llegar al arranque del dique y me interné en él. El agua se extendía ahora a ambos lados de nuestra carrera. De un lado, el río; del otro, la balsa que se llenaba con cada pleamar.

Lola lo grabó todo. Sin perder detalle.

—¡Parece que corremos por encima del agua! Me flipa este lugar, tío. Es mucho mejor que en tus fotos.

Llegamos hasta una sencilla construcción que nos cortaba el paso.

—Aquí está el molino. ¿Ves esa rueda metálica? —Señalé las aspas que se atisbaban bajo la superficie—. Es la turbina. Ahora está parada, pero cuando el molinero abre la compuerta, el agua embalsada pasa a través de ella y la hace girar a toda velocidad. Es lo que mueve las muelas que están dentro de la caseta.

Lola se acercó a la ventana y se protegió la cara con las manos para tratar de ver su interior.

—¿Todavía funciona?

—Sí, claro. Ya vendremos a verlo —dije sin tener muy claro cuándo lo ponían en marcha—. Venga, que nos enfriamos.

Mi sobrina todavía hizo unas cuantas fotos más, pero enseguida me alcanzó. Tenía la cara perlada por el sirimiri, pero estaba feliz. Me encantaba verla así. Quizá los abrazos y las muestras de afecto

de quienes habíamos estado siempre ahí la incomodaran, pero su curiosidad era todavía la que la había acompañado durante toda la infancia.

—¿Y siempre llueve? —quiso saber, secándose la cara con la sudadera.

—No. Solo casi siempre —respondí riéndome antes de aclarar que bromeaba. La lluvia era una visitante asidua, pero muchos días daba una tregua y el sol era el único protagonista en el cielo.

Durante unos minutos no volvió a abrir la boca, pero lo miraba todo maravillada.

Sua también parecía encantado. Iba y venía, tan pronto estaba a nuestro lado como se adelantaba. Ese regreso a un lugar que el miedo nos había vetado le estaba sentando bien.

—Ojalá tuviera un sitio así al lado de casa —deseó mi sobrina.

—Puedes venir siempre que quieras.

—Sí, pero echo en falta algo: mis amigos.

—Puedes invitarlos. De uno en uno, eh. No quiero la casa llena de adolescentes malolientes —bromeé.

—¡Oye! ¡Yo no huelo mal! —protestó dándome un empujón—. Ostras… ¿Y todas esas barcas?

—¿Conoces el día de gansos?

—Sí. Estuve con los abuelos cuando era pequeña… ¿Todos esos botes son para la fiesta? ¿Y el resto del año no los utilizan para nada?

—Eso parece —dije sin poder evitar que Jokin y sus pesquerías prohibidas me vinieran a la cabeza.

A Lola le fascinó aquello. Armada de su móvil, grabó las embarcaciones dormidas, una extraña sinfonía de color en un mundo que la lluvia teñía de gris. La oí explicar lo de los gansos y mencionar lo chulo que era todo aquello. Sus amigos no tardarían en saber que estaba disfrutando de su escapada. A ese paso en verano me iba a costar sacarlos de Lekeitio.

—Ya me alcanzarás —dije cuando me giré en busca de Sua y lo vi corriendo más adelante.

Enseguida volvimos a estar los tres juntos.

El perro lideraba la manada, nos abría paso a través de un territorio que conocía bien.

—Era de la chica a la que mataron, ¿verdad? —disparó Lola sin rodeos.

Su pregunta quedó flotando unos instantes entre nosotros, enredada con el sirimiri que congelaba la mañana. Se negaba a disiparse sin respuesta.

—Era suyo, sí —acerté a decir—. Me siguió un día hasta casa y…

—Pues ahora es tuyo, tío. Te ha adoptado. No puedes fallarle. Ya ha sufrido bastante.

Sua se giró hacia mí. Sabía que hablábamos de él. Se había adelantado unos metros, pero esperó a que lo alcanzáramos y continuó trotando tan cerca de mis piernas que temí que me hiciera tropezar.

Lola no añadió nada más. No hacía falta. Sus palabras quedaron ahí, tan difíciles de esquivar como el perro que corría a mi lado.

¿Cómo iba a hacerme cargo de un animal si ni siquiera sabía muy bien qué hacer conmigo? Y, sin embargo, la sola idea de separarme de él me dejaba un hueco extraño en el pecho. Había llegado a mi vida sin pedir permiso, con sus babas en los cristales, sus piñas y sus ínfulas de señorito a la hora de comer. Y, aunque me costaba reconocerlo, no imaginaba seguir adelante sin él.

—¿Fue por aquí? —preguntó mi sobrina apenas unas zancadas más allá. No hacía falta que especificara que se refería a lo de Lea.

—Sí. —No añadí nada más. No quería que aquello empañara sus días en Lekeitio.

Pero su curiosidad adolescente no estaba dispuesta a darme tregua.

—¿Por qué en la tele te ponen de sospechoso?

Me mordí el labio. ¿Qué podía responder?

—Supongo que porque fui yo quien la encontró.

Lola miró alrededor.

—¿Dónde fue exactamente?

—Da igual dónde fue. Prefiero no recordarlo.

—Perdona —se disculpó. Pero apenas habíamos dado unas zancadas más cuando el tema regresó a sus labios—. Mamá dice

que te acusan porque eres de fuera. Que la gente siempre desconfía del diferente.

—Será eso… Pero tú no te preocupes. Ya está todo aclarado.

Me pareció que el sirimiri estaba dando paso a una lluvia más intensa.

—¿Por qué entraste en la casa del señor ese al que habían matado?

Guardé silencio. No quería hablar del tema, pero era consciente de que no hacerlo solo estaba alimentando su curiosidad.

—Pensé que podría encontrar alguna pista —confesé finalmente—. Y no te preocupes más, de verdad. Todo eso no ha sido más que un malentendido.

El esqueleto del viejo hospital nos salió al paso mientras hablábamos.

—¿Y esto? ¡Es guapísimo! —exclamó Lola deteniéndose ante sus dos pisos de ventanas abiertas al cielo—. ¿Has visto qué pasada? Podrían grabar aquí una serie de terror.

Yo solo tenía ojos para el vacío que había dejado la caravana del italiano. Allí estaban las huellas de sus ruedas y el espacio desnudo de hierba donde había estado estacionada. Luca, el hermano del recién nacido por cuyo asesinato señalaron a Grazia Serra… ¿Qué estaba haciendo ese tipo en Lekeitio? ¿Qué tenía que ver con los crímenes? Y, sobre todo, ¿dónde se había metido?

Una punzada de temor me sacudió al pensar en él. Estar allí era un sinsentido.

—Vamos a dar media vuelta, Lola. ¡Sua!

Mi sobrina me observó con gesto extrañado.

—¿Ya? ¿Solo corres hasta aquí? El sendero sigue más allá.

Sabía perfectamente por dónde continuaba el camino. También lo que nos aguardaba más adelante: la ermita de Oibar, el salto de agua, la casa-torre de Bengolea… lugares a los que, de pronto, me parecía una locura asomarme con ella. No quería más preguntas ni riesgos innecesarios. Allí habían tratado de asesinarme y allí vivían mis principales sospechosos.

—Quiero pasar por el centro de salud y se me hará tarde si no volvemos ya.

—¿No estás de vacaciones?

Vacaciones… Eso le había dicho para no contarle que la directora había decidido quitarme de en medio.

Sua también me miraba confuso desde unos metros más allá. ¿Qué era eso de darnos la vuelta tan pronto? Sin embargo, la decisión estaba tomada. No íbamos a dar ni un solo paso más.

70

Nerea se puso en pie al vernos llegar.

—Mira quién viene… ¡Vaya sorpresa! ¿Adónde vas tan bien acompañado?

—Es Lola, mi sobrina. Está de semana blanca y ha venido a pasar unos días.

—Se parece a ti, ¿no? —comentó la administrativa, mirándola con atención—. Tiene tus ojos. ¿Pero dónde os habéis metido? ¡Si estáis empapados!

Me miré de arriba abajo. No le faltaba razón.

—Hemos salido a correr.

—¿Pero tú has visto el tiempo que hace? —se escandalizó Nerea —. Pobre chavala. Vaya vacaciones… Llévala a ver el Guggenheim o de tiendas por Bilbao.

—Que viene de Madrid, Nerea. Allí ya puede ir de compras.

—Tienes razón —admitió la administrativa—. Pues algo habrá mejor que poneros perdidos de agua. Va a volver a casa enferma. ¿Hasta cuándo te quedas?

—Hasta el domingo —contestó Lola. Reservaba su verborrea para casa.

—¿Cuándo ponen en marcha el molino de marea? —pregunté.

Nerea frunció los labios.

—No sé. Yo creo que solo abren en verano. Para los turistas. Y cuando vienen colegios de excursión. ¿Quieres que lo consulte? —ofreció, girándose hacia su ordenador.

—No te preocupes. Ya miraré. Hemos pasado por allí y…

—No pasa nada —dijo Lola—. Me hacía gracia verlo, pero da igual.

Cristina salió de una consulta, empujando el carro de la limpieza.

—¡Jon! ¿Cómo estás? —Su saludo llegó acompañado de un abrazo.

—¿Que cómo está? Pues fatal de la cabeza —se burló Nerea—. ¿Tú crees que hace un buen día para llevarse a su sobrina a correr?

—Qué pobre… Tienes que estar helada. Ven. —Cristina cogió del brazo a Lola—. Tenemos chocolate caliente en la máquina.

—No hace falta. Gracias.

La negativa de mi sobrina no sirvió de nada.

—Claro que sí —zanjó mi compañera llevándosela a la máquina.

—Ya ves cómo me cuidan —le dije a Lola entre risas. Después me giré hacia Nerea y bajé la voz. No quería que mi sobrina me oyera—. Ayer tuve un encontronazo con Jokin y mencionó al padre de Lea. ¿Qué sabes de él? ¿A qué se dedicaba?

La administrativa guardó silencio unos instantes.

—¿No era arquitecto? —pensó en voz alta—. Creo que algo así.

—Jokin insinuó que no era trigo limpio.

—¿Y lo dice él? —exclamó Nerea con una mueca de incredulidad —. Venga, Jon… ¿Cómo le haces caso a ese tío?

Tenía razón, pero Jokin me había hecho plantearme que quizá no lo sabía todo sobre Lea.

De pronto reparé en varios pacientes que aguardaban su turno en mitad del pasillo. Reconocí entre ellos a algunos habituales de mi consulta y me dolió ver cómo bajaban la mirada en lugar de devolverme el saludo.

Al menos mis compañeras no me daban la espalda.

—Hola, Jon —me saludó Mikel, apareciendo desde la sala de curas. Se quitó los guantes de látex y se los guardó en el bolsillo—. ¿Cómo va todo?

—Bien. Creo —respondí encogiéndome de hombros.

—Bien mojado… —observó el enfermero—. ¿Por quién preguntabas?

—Cosas de Jon —se adelantó Nerea, quitándole importancia.

No consiguió desarmar a Mikel.

—¿Hablabais del padre de Lea Alzaga? —Era impresionante. Las paredes oían en el centro de salud… Al ver mi gesto afirmativo, el enfermero resopló y continuó—. Ese estuvo de arquitecto municipal un montón de años. No veáis la guerra que nos dio con la reforma de la casa de mis padres. Era un tiquismiquis.

Mikel se extendió en una narración sobre licencias de obra, informes que había que rehacer una y otra vez y expedientes que parecían no acabarse nunca.

Yo apenas le escuchaba. Me había dado la información que necesitaba.

Arquitecto municipal.

Su firma era clave en la concesión de licencias.

Quizá hubiera intervenido, junto a Maite Iturri como concejala de Urbanismo, en la subasta de la casa-torre de Bengolea.

Una nueva voz llegó por el pasillo en ese momento.

—Hola, Jon. —Era la directora. Sonreía, pero la crispación se colaba en su voz—. ¿Qué haces por aquí?

—La baja… Tendré que entregarla y esas cosas.

—¡Qué va, hombre! Tómatelo con calma. Nosotras nos ocupamos de todo. Tu parte de incapacidad estará bien tramitado en todo momento.

—Bueno, gracias. También me apetecía pasarme a saludaros.

El gesto de mi superiora me dijo que no estaba de acuerdo. Por si quedaban dudas, me apoyó la mano en la espalda y me acompañó a la salida.

—Jon, la gente está con los nervios a flor de piel —apuntó bajando la voz—. Creo que será mejor para ti no dejarte ver por aquí. Al menos en una buena temporada.

Asentí a regañadientes. El mensaje estaba claro.

71

Después de comer dejé a Lola al cuidado de Sua y me dirigí a un lugar mágico del valle del Lea. Una ermita a orillas de un río cantarín, árboles mirándose en la corriente, el rugido lejano de un salto de agua, una cueva habitada por personajes de leyenda… Aquel paraje lo tenía todo para ser el escenario de un maravilloso cuento infantil, con sus hadas y sus gnomos.

Sin embargo, aquel día de febrero Oibar se me antojaba el rincón menos acogedor del mundo. Muy cerca me habían derribado con un alambre trenzado. No lejos habían intentado matarme abriendo la llave del gas. Y entre la niebla de la orilla aún persistía el eco de un canto, el de una mujer que se dirigía a la casa-torre cuyo morador aparecería asesinado pocos días después.

Probé sin éxito a abrir la puerta del templo religioso y busqué alrededor algún lugar donde esperar sin ser visto. Suponía que Amaia no tardaría en aparecer, de regreso de la residencia donde trabajaba, pero quería evitar a toda costa que sus padres me descubrieran en pleno camino de acceso a su caserío.

Necesitaba hablar con ella. Quería que me confirmara lo que en mi mente era una certeza: que su familia había acogido a Grazia Serra tras su marcha de Cerdeña. Ese era el último cabo que me faltaba por amarrar. Y confiaba en poder hacerlo.

Porque Amaia era la niña que la italiana mencionaba en sus cartas. Estaba tan seguro de ello como de que era su padre quien había robado la piragua que había abandonado en la isla tras acabar con la vida de la consejera de Turismo. La embarcación hallada en su cobertizo cantaba a los cuatro vientos que sabía manejarlas con la soltura necesaria para abordar un velero en marcha.

Todavía buscaba un escondrijo cuando el motor de un coche me hizo saltar detrás de un árbol. El crepitar de los neumáticos en la

gravilla no tardó en sumarse a la advertencia. Venía del caserío de Amaia.

Lo oí llegar y también reducir la velocidad.

Traté de hacerme pequeño, invisible, tras el roble desnudo de hojas que había elegido, más por su cercanía que por el grosor exiguo de su tronco.

El coche continuó frenando hasta detenerse casi por completo a solo unos pasos de mí. Llegué a ver al padre de Amaia al volante y temí que me hubiera descubierto.

Oír el vehículo perdiéndose en la distancia poco después solo me insufló una fugaz sensación de tranquilidad. Ese tipo podría regresar en cualquier momento. No podía arriesgarme a quedarme por allí, protegido únicamente por la suerte y unos árboles tacaños en su grosor.

—La cueva —me dije en voz baja.

Me dirigí a la más cercana de sus tres bocas. Se trataba de un acceso estrecho, apenas una grieta oculta entre los fresnos. Desde la distancia se hubiera dicho una simple herida abierta en la ladera. Pero el aire que brotaba de su interior, frío y húmedo, delataba las galerías subterráneas que se extendían bajo tierra.

Quizá entrar en una gruta a solas y sin ningún tipo de equipo de espeleología no fuera la mejor idea del mundo, pero no me lo pensé dos veces. Tampoco pretendía adentrarme más que unos cuantos metros, lo suficiente para poder ocultarme sin perder de vista el camino por el que Amaia tendría que desfilar con su bicicleta antes o después.

El silencio de aquel vientre de roca me impactó. El runrún del Lea, protagonista indiscutible a apenas unos pasos de allí, no lograba colarse hasta el interior. Lo único que se percibía eran las gotas desprendidas del techo, en un proceso que se venía repitiendo desde hacía millones de años.

Nada más.

Ni el canto de las lamias ni los susurros de los que Cristina me había hablado días atrás.

Si algo caracterizaba aquel espacio era la sensación de paz que transmitía. Pese a la negrura de las galerías que se abrían ante mí y

a la corriente gélida que vomitaban sin tregua. Pese a los latidos inquietos de mi corazón y los nervios que me impedían tragar saliva. Pese a todo ello, Okamika, la cueva de las lamias, me inspiró una extraña seguridad.

Mis ojos todavía se acostumbraban a la falta de luz cuando una voz me puso alerta. Era una mujer. Cantaba. No logré entender las palabras, pero aquella cadencia baja y sostenida se acercaba cada vez más.

No me detuve a comprobar de quién se trataba. Mi mente viajó en el acto al día que alguien trató de matarme muy cerca de allí. También entonces oí una cantinela que no pude comprender.

Me deslicé hacia las profundidades de la gruta y solo me detuve cuando aquel mundo negro me devoró por completo.

Desde allí la vi aparecer en la boca de la cueva.

Se giró para comprobar si alguien la seguía. Después se internó unos pasos en la gruta y se agazapó muy cerca de la entrada.

Tuve que parpadear varias veces para aclararme la vista, pero por mucho que repitiera el gesto seguía siendo ella. Sus rasgos no ofrecían la más mínima duda.

No entendía nada.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué estaba ella allí?

Apenas habían transcurrido un par de minutos cuando la misma canción me llegó desde el exterior.

Se trataba de otra voz. Otra mujer. Y se estaba acercando.

La que aguardaba en el interior contestó, sumándose a su canto, ambas voces unidas en un abrazo invisible.

Comprendí que aquello era un lenguaje secreto entre ambas, una señal para posibilitar su encuentro.

Una silueta se dibujó en el acceso a la cueva. La claridad que bañaba parte de sus facciones me permitió reconocerla.

¡Amaia!

Contuve la respiración al ver que quien aguardaba entre las sombras las abandonaba para dirigirse hacia la recién llegada. Y entonces ambas mujeres se fundieron en una sola. Un abrazo, largo y sentido, que cedió el paso al sonido de sus besos. A sus susurros anhelantes. A sus jadeos.

Dos lamias amándose a espaldas de un mundo que les estaba vetado.

Una gota de agua helada se desprendió del techo y se coló en mi espalda, decidida a provocarme un estremecimiento. Le siguió otra y muy pronto algunas más. Era incapaz de moverme. Me sentía el espectador furtivo de un amor prohibido, pero sobre todo el testigo de algo que acababa de ponerlo todo patas arriba.

La confusión zumbaba con saña en mi cabeza, pero poco a poco comencé a intuir lo que aquello significaba.

Tras unos minutos, las vi abandonar su refugio seguro. Un último abrazo en la boca de la cueva, una despedida tan cargada de afecto como de palabras que no llegué a descifrar, y entonces cada una giró en una dirección distinta. Rumbo a unas vidas en las que seguirían fingiendo ser lo que no eran.

72

Solo habían pasado unas horas de mi visita a la cueva de las lamias cuando entré en el club de remo. El vestuario me resultó más frío de lo habitual, igual que la acogida de los pocos remeros con los que me crucé. Las noticias sobre mi detención y los rumores sobre mi supuesta fuga ya habían alcanzado todos los rincones de Lekeitio. No había un lugar por el que pasar sin notar miradas de reojo ni murmullos a la espalda.

—Míralo, el madrileño —dijo con desdén una voz que conocía demasiado bien.

Era Jokin. Estaba sacando la trainera con algunos otros. Al contrario que a mí, no parecía que su detención le hubiera pasado factura en sus relaciones sociales.

Fingí no haberlo oído y me detuve ante la fila de trofeos alineados sobre una repisa. Mejor que fueran ellos quienes bajaran la embarcación al agua. Después del episodio de la isla, cuanto más lejos me mantuviera de Jokin, mejor.

La pared bajo los trofeos estaba cubierta de fotografías y recortes de periódico. El más reciente, de hacía apenas unos meses, celebraba el regreso de la trainera de Lekeitio a la Bandera de la Concha, tras muchos años sin lograr clasificarse para la gran cita del remo en el Cantábrico.

Pero esos eran los buenos, los de la división de honor. Lo nuestro era más un juego que un deporte, por mucho que les pesara a algunos veteranos que pretendían replicar en nuestra trainera la experiencia de sus años en la competición.

El tono amarillento del papel y las esquinas comidas por la carcoma delataban la antigüedad de otras noticias. En algunas reconocí a Goiko. Mucho más joven y sin su gorra, pero con la misma mirada serena.

—¿Ya estamos otra vez con las goteras? —lamentó alguien a mi espalda.

—Díselo a los del ayuntamiento. Si en lugar de poner parches hicieran bien su trabajo, no estaríamos así cada dos por tres.

La conversación de aquellos dos remeros se diluyó de repente en la nada. Uno de los recortes acababa de adueñarse de toda mi atención.

La fotografía que la ilustraba mostraba una piragüista. Su rostro me resultaba familiar. Me acerqué a comprobarlo. No lo necesitaba: el titular, que hablaba de una medalla de bronce en el Campeonato de España, incluía su nombre.

—Vamos, Jon. Te estamos esperando —me llamó Cristina.

Me giré hacia ella. La vi ahí, en el exterior, reforzando su llamada con gestos para que me apresurara.

—¿Eh?

—Venga… Solo faltas tú. ¿Estás bien?

La seguí por la rampa con aquella imagen de Amaia todavía en la retina. La piragua que envejecía en un cobertizo rodeado de plantaciones de kiwis no era de su padre. Era suya. Y no solo era una afición, sino que era experta en su manejo.

—Estás raro. ¿Seguro que no te pasa nada? —me preguntó mi compañera, apoyándome la mano en la espalda.

Sentí que se me erizaba la piel y tuve que hacer un esfuerzo consciente por no apartarme.

—Todo bien. Estaba pensando en mis cosas.

Cristina se rio.

—¡Estás fatal! Necesitas más remo y menos darle a la cabeza.

La trainera nos esperaba en el agua. Los demás ocupaban ya sus puestos. Jokin me dedicó una mueca que era todo menos una bienvenida. Y esta vez no fue el único. Algunos de quienes normalmente me saludaban evitaron cruzar conmigo una simple mirada.

—Ni caso. Ya se les pasará —me susurró Cristina mientras nos dirigíamos a nuestro banco.

Sus palabras no me calmaron. ¿Cómo iban a hacerlo?

El patrón alzó la mano para zanjar los cuchicheos.

—A mí me da igual lo que hagáis cuando no estéis aquí, pero en la trainera somos uno solo. ¿Entendido? Puntualidad y disciplina. Los errores de uno acaban afectando al resto.

Comprendí que el mensaje iba dirigido a mí. Una llamada al orden disfrazada de advertencia general.

Las primeras paladas nos hicieron desfilar entre los pesqueros amarrados. Al salitre se le sumaba un leve olor a fueloil y los toques acres de las redes secándose a la serena. Después el abrazo de los diques dio paso a la inmensidad de un Cantábrico sobre el que la noche había caído sin detenerse a avisar.

Había escampado. El mar estaba en calma y las estrellas brillaban altas. La luna apenas era una pestaña suspendida en el oeste.

—Qué buena noche para remar —comentó Patxi, de pie en la popa.

Hubo comentarios de asentimiento. A mí, en cambio, ver cómo las farolas se hacían cada vez más pequeñas y la oscuridad se adueñaba de todo me anudó el estómago.

Miré a Cristina de reojo. De pronto tenía la impresión de no conocerla.

Mis dedos estrecharon el remo con fuerza. Mis pensamientos navegaban entre la decepción y la traición. ¿Quién era en realidad esa mujer que remaba a mi lado?

—Cristina —dije tratando de no sonar demasiado serio—. Hoy he ido en busca de las lamias. He estado en la cueva.

—Okamika —masculló sin perder el ritmo.

—Un lugar interesante.

Las luces de Lekeitio titilaban cada vez más lejos. De vez en cuando una ola nos robaba su visión y entonces todo era negro.

—Especial —resumió ella. Estaba tensa.

—Sobre todo para ti.

Mi observación la hizo perder el compás. Su remo fue de pronto un verso suelto.

—A ver ahí… Cristina… —le llamó la atención el patrón—. Menos cháchara.

—¿A qué te refieres? No te entiendo —susurró mi compañera en cuanto recobró el ritmo.

—Podías habérmelo contado en lugar de inventarte la historia de las lamias para mantenerme alejado de la cueva. Sabes que conmigo tu secreto está a salvo.

Cristina calló. Vi cómo sus manos se crispaban sobre el remo. Perdió de nuevo el ritmo.

—¡Cuidado! —exclamó Patxi—. ¿A qué venís? Para hablar tenéis el Muga.

Lekeitio había desaparecido casi por completo. Solo lograba atisbar sus luces cuando alguna ola nos elevaba. Estaba muy lejos. Demasiado lejos.

—Hay algo que me gustaría que me aclararas —planteé con un hilo de voz. El miedo me impedía hablar con claridad—. Cuando me atacaron también oí cantar a una mujer.

—No, Jon… No vayas por ahí. No tengo ni idea de quién quiso matarte, pero te aseguro que no fui yo. Y Amaia tampoco.

Todavía no me había quitado de la cabeza la foto de Amaia en el campeonato de piragüismo.

—¿Por qué estás tan segura de que no fue ella?

—Porque la conozco. Llevamos meses juntas —zanjó Cristina.

Un sudor frío comenzó a perlarme la frente al ver que Patxi no daba todavía la orden de virar. ¿Hasta dónde pretendía que llegáramos? ¿A qué esperaba para darla? Era de noche. No tenía sentido alejarse tanto.

—Entonces, Lea y Amaia… —acerté a decir con un hilo de voz.

—Lea no era quien tú crees —me cortó Cristina sin disimular su desagrado.

Esta vez fue mi remo el que chocó contra el de atrás.

—Pero ¿qué os pasa hoy? —exclamó Patxi desde la popa—. ¿Podéis estar al entrenamiento?

Comprender que todavía íbamos a seguir alejándonos del puerto me superó. Sentí que me costaba respirar. Ni siquiera los guiños amigos del faro de Santa Catalina lograron contagiarme una pizca de tranquilidad.

—¡Basta! ¡No puedo! ¡Por favor…!

Oí mis propios gritos sin reconocerlos. Los remos del resto de los tripulantes se sumieron en un perfecto desorden. Unos se

detuvieron, otros siguieron adelante…

La trainera se escoró de manera peligrosa.

Íbamos a volcar en medio del mar, de noche y a una distancia inmensa de la costa…

El pecho se me cerró. Inspiraba, pero no era suficiente. El aire entraba mal, a trompicones.

Era consciente de que se trataba de un ataque de pánico. Los diagnosticaba cada día. Y sin embargo era incapaz de ponerle freno. Mi mente iba más rápido, mucho más, que mis intentos de calmarla.

—¡Tengo que volver! Por favor. ¡Tengo miedo! —rogué soltando el remo.

Patxi alzó la vista al cielo; cuando volvió a mirarme asintió con un gesto sereno que me transmitió calma. Era en momentos así cuando un buen patrón demostraba por qué estaba al frente de la trainera.

—Preparaos para virar a babor. Volvemos a puerto.

Nadie discutió la orden. Los murmullos se apagaron y, de pronto, trece pares de brazos comenzaron a remar rumbo a casa.

73

—Os tenía bien engañados. ¿Qué ve todo el mundo en esos vídeos que colgaba en internet? —preguntó Cristina antes de responderse a sí misma—. Una chica encantadora, con una empatía desbordante por los animales, incapaz de hacer daño a una mosca. —Mi compañera se dio un puñetazo en la palma de la mano—. ¡Ja! Mera apariencia. Como todo en las redes sociales. Un personaje construido por ella para ganar seguidores.

Exhalé despacio. Aún no había logrado sacudirme del todo el miedo que había pasado. Tampoco la vergüenza por el numerito en la trainera. Me había dejado arrastrar por las emociones, empujado hacia un peligro inexistente, fabricado por una mente tramposa. Necesitaba aprender a gestionar ese tipo de situaciones antes de que crecieran hasta convertirse en una bola de nieve capaz de arrasarlo todo.

Patxi se había ofrecido a acompañarme a casa, pero Cristina no tardó en apartarlo. Se bastaba sola; para algo éramos compañeros de trabajo.

Hablaba ella. Yo caminaba en silencio, atento a sus palabras y a los guiños intermitentes que el faro de Santa Catalina nos lanzaba desde el final de la carretera. El Cantábrico se insinuaba a nuestro lado, reclamando una atención que la falta de oleaje le negaba.

—¿Sabes quién era Lea en realidad? —preguntó con una rabia desconocida en ella. Jamás había visto así a Cristina—. Una manipuladora perversa. Todo lo que aprendió de Jokin lo repitió con Amaia. Al verla tan joven e inexperta, Lea disfrutaba intimidándola y menospreciándola. La hacía sentir una mierda. La humillaba por no ser capaz de contarles a sus padres que estaba saliendo con una mujer. Le marcaba ultimátums, le dejaba claro todo el tiempo quién tenía el control.

Pensé en mi encuentro con Amaia junto a la ermita de Oibar. No era esa la impresión que me había dado.

—Yo la vi devastada por la muerte de Lea. Y parecía muy enamorada.

—Las víctimas siempre se resisten a verse como mujeres maltratadas. Pero lo cierto es que Amaia llevaba meses tratando de apartarse de ella, harta de sus presiones, cansada de que le pusiera fechas límite para contar en casa algo que solo ella debía decidir cuándo y cómo hacer. El día que le dijo abiertamente que quería dejarlo, Lea la amenazó con hacer público un vídeo que habían grabado juntas. Ya sabes… —Cristina hizo un gesto explícito con las manos—. Para que veas, la mosquita muerta, la defensora de los animales… Ahí la tienes, empleando un vídeo sexual para poder chantajear a su pareja.

Aquello era un buen móvil para un crimen. Apreté los dientes para no decirlo en voz alta.

—Sé lo que estás pensando —continuó Cristina—. Y por eso Amaia no te contó la verdad. Era consciente de que, si hubiera explicado lo del vídeo, todas las sospechas se habrían vuelto contra ella.

Cuanto más la escuchaba, más dudas me asaltaban.

Aún tenía en la retina el recorte del club de remo. Amaia no solo contaba con un buen motivo para querer silenciar a Lea para siempre; además, era una piragüista experta, y eso podría vincularla al crimen de la consejera de Turismo.

De pronto fui consciente de lo cerca que caminaba del acantilado. Solo un par de pasos me separaban de caer al mar. Un par de pasos o… un empujón.

¿Y si Cristina…?

No. Ella no.

Me lo repetí para mis adentros mientras me cambiaba de lado. Mejor que fuera mi compañera quien avanzara al borde de las rompientes.

¿Es que no iba a poder confiar en nadie?

—¿Por qué no me contaste que estabas con ella?

—Por respeto. Porque Amaia quiere mantenerlo en secreto y yo no voy a forzarla a lo contrario. Yo no soy Lea, Jon. Lo mínimo que

podemos hacer cuando estamos con alguien es admitir a esa persona tal como es, no pretender cambiarla. Amaia y yo somos dos lamias. Las últimas lamias de Okamika. Algún día saldremos de la cueva sin miedo a que nos persigan, pero ese tiempo todavía no ha llegado.

Todo aquello sonaba muy bien, pero había muchas notas discordantes en la melodía.

—Me has dicho que llevas con ella desde hace meses.

—Desde el día de gansos —concretó Cristina—. Nos conocíamos hace mucho, del instituto. Ella estaba en secundaria y yo trabajaba en el comedor. Luego empezamos a coincidir por el pueblo: un saludo, un qué tal… Hasta el día de la fiesta. Me la encontré paseando por aquí, por esta misma carretera. Llorando. Le pregunté qué le pasaba, nos fuimos a ver la puesta de sol al faro y así empezó lo nuestro.

—Hace unos cinco meses —calculé.

Cristina asintió.

—Ya sé que estarás pensando que lo he intentado contigo alguna vez… —se adelantó sin que yo le pidiera ninguna aclaración—. Querer a una persona no significa que no puedas sentir atracción por otras. Nos han enseñado a vivirlo todo como si fuera blanco o negro, y no lo es. No te dejes llevar por eso, Jon. Fluye. Abre tu mente. Mira lo que te acaba de pasar en la trainera. Eso es porque no estás bien contigo mismo. Vives constreñido por las normas que nos imponen para manejarnos a su antojo. Te manipulan.

Habíamos llegado a la puerta de mi casa. Ver luz tras la ventana del salón me alegró. Me encantaba tener a Lola conmigo. A ella y a Sua.

—Gracias por acompañarme —dije volviéndome hacia Cristina. No tenía ganas de seguir hablando. No después de lo que me había contado.

—Dame un abrazo, anda. Y fluye. Verás que la vida es mucho mejor si lo haces.

Sus brazos me estrecharon con una fuerza que no fui capaz de corresponder. Había demasiadas dudas en mi cabeza como para darle un abrazo sincero.

—Te están llamando —señaló mi compañera.

Mi mano temblaba mientras buscaba el móvil en la bolsa de deporte.

Me sorprendió el nombre que mostraba la pantalla.

—Hola, Itziar —contesté mientras me apartaba unos pasos.

La voz de la inspectora había recobrado su fuerza habitual. Ya no era la mujer que necesitaba tiempo por lo de su hermano.

—Jon, lo tenemos. El italiano ya es nuestro.

74

—Y entonces ha echado a correr. Menudo susto me ha dado. Pensaba que lo perdía. No podía alcanzarlo. —Lola no paraba de gesticular mientras me lo explicaba. A su lado, sentado en el suelo y con los ojos fijos en el pedazo de pizza que mi sobrina tenía en la mano, Sua asistía a la narración sin pestañear.

—Es mejor no seguirle. Si lo haces, cree que estás jugando y continúa adelante. Es mejor quedarte quieta y llamarlo. En cuanto ve que lo has dejado solo, regresa a por ti. Es un perro pastor y lo lleva en los genes. Su rebaño tiene que estar unido.

—¿Somos sus ovejas? —preguntó Lola levantando una ceja.

—Algo así —reconocí.

Mi sobrina se terminó la porción de pizza y se quedó mirando la última que quedaba en la bandeja.

—Come, tranquila. Yo no tengo hambre —concedí, empujándola hacia ella.

No me hizo falta repetírselo.

—¿A ti qué tal te ha ido en la trainera? —preguntó con la boca llena—. Tiene que estar guay. Me gustaría probar. Pero de día. ¿Por qué entrenáis de noche?

Buena pregunta… Yo también me la hacía siempre que llegaba al club de remo y veía las farolas encendidas en el muelle.

—Porque todos trabajamos y muchos de mis compañeros no podrían entrenar antes. Dentro de un mes a esa hora será de día, pero en febrero todavía se hace de noche muy pronto.

Lola entrecerró los ojos, pensativa.

—Bueno… Tendrá su gracia lo de salir al mar sin ver nada. Es como una aventura.

—Algo así —murmuré.

Era incapaz de sacudirme de la cabeza la idea de que, mientras nosotros cenábamos, el oficial Castaños estaría tomando declaración al buscador de tesoros.

Lo habían localizado en Elorrio después de que Itziar solicitara la colaboración del resto de las policías locales de Bizkaia. Una patrulla rutinaria había dado con su caravana en el entorno de la necrópolis de Argiñeta. Lo más probable era que hubiera huido de Lekeitio la misma noche en que fui a visitarlo.

Ojalá aquello sirviera de algo. No era muy halagüeño saber que todo dependía ahora del ertzaina que estaba empeñado en señalarme como culpable. Castaños podía atar los cabos, llevarlo ante el juez y conseguir el registro de la caravana, donde quizá se ocultara el arma homicida. O podía dejarlo marchar sin mirar más allá de sus propias certezas.

—Eres igual que mamá —se burló mi sobrina—. Pones cara de que me escuchas, pero pasas de mí.

—¡No! Te estaba escuchando.

—No es verdad. ¿A que no, Sua?

El border collie nos miró sin interés.

—¿Ves? Dice que mientes.

Me reí antes de inventar algo sobre la marcha.

—Me estabas diciendo que hoy se te ha escapado y…

Mi sobrina se cogió la frente con las manos. Fingía estar desesperada, pero se reía.

—¡Eso era hace dos horas! Te estaba diciendo que he visto el tiempo y mañana, por fin, podré salir en bici. Dan sol.

Me obligué a no poner mala cara. La sola mención al ciclismo me hacía revivir con una crudeza terrible el accidente que nos había cambiado la vida a todos. Lola, en cambio, había vuelto a subirse a la bicicleta solo un mes después de aquello. En lugar de cogerle miedo, en lugar de hacernos caso a quienes le decíamos que quizá era mejor dejarlo, se había aferrado con fuerza a su deporte favorito. Decía que tenía que hacerlo por ella, pero también por Sofía. Y por Mónica.

—He buscado una ruta muy chula —aseguró al percibir mi preocupación—. Iré por la costa hasta Elantxobe, de allí a Gernika y

de regreso subiré un puerto que hay entre Aulesti y Martina.

—Markina —corregí.

—¿Con k? Claro, como todo por aquí. Es que vaya nombres… Pues he visto que hay una subida potente. Para probarme un poco las piernas.

—Ten mucho cuidado —le advertí—. Y lleva el móvil. Y también un chubasquero; aquí nunca se sabe.

—No te preocupes por mí, tío. Son carreteras con poco tráfico. De verdad.

Todavía lo estaba diciendo cuando sonó su teléfono.

Fui incapaz de no ver la foto de un chico que mostraba la pantalla. Sacaba la lengua, burlón, y tenía la cara salpicada de gotas de barro.

Lola trató de disimular la sonrisa que se le dibujó mientras se levantaba.

—Ahora vengo —dijo subiendo las escaleras a toda prisa.

No había llegado aún al piso superior cuando contestó la llamada. Su tono de voz me hizo reír. Conmigo no era tan dulce. ¡Con nadie lo era!

Tardó más de un cuarto de hora en regresar. Y cuando lo hizo seguía radiante. Se apoyó en la mesa y me señaló de manera acusadora.

—No se lo digas a mamá —me advirtió muy seria.

—Soy una tumba.

—¿Prometido?

—Claro. No soy ningún chivato.

Una sonrisa iluminó su cara.

—Es supermajo.

—Y ciclista.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú dirás —me reí llevándome el índice a la cabeza—. He visto el casco en la foto.

Lola la buscó en el móvil y me la enseñó.

—Se la saqué cuando llegó a la Bola del Mundo. Pobre. Cómo llovía aquel día —comentó sacudiendo la mano—. ¿A que es guapo?

Sua acudió a mi rescate. Apoyó las patas delanteras en las piernas de Lola. Quizá él también quería ver al ciclista, pero se conformó con

unas caricias.

—Habéis hecho muy buenas migas —indiqué al ver al perro tan a gusto.

—A ratos —reconoció Lola abrazándolo, pero enseguida se lo sacudió de encima—. Puaj… ¡Que no me chupes la cara, pesado!

—Es muy pesado, sí —admití poniéndome en pie para recoger los platos.

Lola bostezó.

—Yo estoy hecha polvo, y es por tu culpa —dijo señalando a Sua —. No sé cuántos kilómetros he hecho persiguiéndote. Media maratón por lo menos… Creo que me voy a ir a dormir.

—Yo también. Recojo un poco esto y me voy a la cama. Ha sido un día muy largo. Creo que voy a dormir como un lirón.

Todavía no imaginaba lo equivocado que estaba.

75

La necrópolis se recortaba entre los robles, bañada únicamente por la luz cálida que brotaba de las ventanas de la caravana. Las estelas, perdidas en el silencio de los lugares olvidados, mostraban extraños símbolos precristianos grabados en su arenisca milenaria. La niebla avanzaba lenta entre las tumbas, las acariciaba con sus dedos fríos y se colaba por sus resquicios.

El italiano no había elegido aquel lugar al azar. Sus propios secretos se fundían con los que dormían en aquel camposanto cuyas raíces se perdían muchos siglos atrás.

De pronto, un latido metálico atravesó el bosque.

Ottana. El carnaval. Lo supe en cuanto lo oí: los bueyes y sus pastores, los cencerros marcando el ritmo.

Sus siluetas danzaron entre las estelas, proyectando sombras llegadas desde la Barbagia hasta aquel rincón perdido en las montañas vascas.

No estaban todos. Faltaba la vieja hilandera.

Les di la espalda y caminé en silencio hasta la caravana. La cortina estaba abierta, igual que aquel día junto al hospital fantasma.

Vi a una chica en la cama. El corazón me dio un respingo al reconocer a Lola. Estaba tratando de comprender cómo había llegado allí cuando una sombra se cernió sobre ella. Negra como un cuervo, con el cabello cubierto por un pañuelo del mismo color.

El mazo que portaba acertó de pleno en la sien de mi sobrina, despertando un alarido gutural que silenció para siempre los cencerros del carnaval.

La acabadora se giró entonces hacia mí. Pero justo cuando su rostro estaba a punto de revelarse, abrí los ojos y solo encontré el techo de mi habitación.

Me senté en la cama, temblando y completamente bañado en un sudor frío. Era extraño: el grito seguía ahí, hiriendo de muerte la noche. Tuve que parpadear varias veces para comprender que era real.

—¡Lola! —exclamé saltando de la cama—. ¡Lola!

Corrí al salón, encendí la luz de un manotazo y la vi en el sofá. Abrazaba sus piernas con fuerza, como si pretendiera hacerse lo más pequeña posible. Y gritaba. Gritaba horrorizada.

—¡Estaba ahí! —Señalaba la ventana.

—¿Quién? ¿Qué pasa? ¿Qué has visto?

Sua también ladraba enloquecido.

—Era… —Lola sacudía la cabeza intentando entender—. Era horrible, tío. ¡Me estaba mirando!

Me dirigí a la puerta y la abrí sin pararme a pensar, armado de un valor que desconocía. No estaba dispuesto a que nadie hiciera daño a mi sobrina. Miré a un lado y a otro. Todo se veía tranquilo. El sonido lejano de un camión de la basura fue el único que se sumó al susurro de un Cantábrico que dormía.

Di un paso hacia las sombras y oí a Lola llamarme, alarmada. No quería que me alejara. Y no lo haría. Solo quería saber quién estaba ahí. Busqué sin éxito a ambos lados de la casa y cuando regresé a la puerta, Sua había salido. Ladraba en dirección al faro. Quizá él fuera capaz de ver algo que mi vista no alcanzaba. Por un momento estuve tentado de ir hacia la torre de luz, pero lo descarté. No tenía sentido correr riesgos.

Además, Lola insistía a gritos en que no la dejara sola.

Regresé al interior maldiciendo por lo bajo que mis padres hubieran elegido aquella casa tan apartada del núcleo urbano. Quizá las tardes de verano tuvieran su punto bucólico al borde del acantilado, pero en momentos como aquel se echaba de menos tener vecinos al alcance de la mano.

Estábamos solos. Completamente solos.

—¿Lo has visto? —me preguntó mi sobrina mientras me aseguraba de dar dos vueltas a la cerradura.

No se había movido del sofá. Sua corrió a su lado y se metió debajo de la manta.

—No he visto a nadie —suspiré.

—Pues te juro que estaba ahí. ¡Me estaba espiando!

Me senté junto a ella y me sorprendió que me abrazara. Mi sobrina adolescente buscando contacto físico… Tenía que estar muy asustada para hacer algo así.

—Lo siento. No tendrías que estar viviendo esta situación —murmuré, pasándole la mano por la espalda.

Era viernes. Faltaban dos días para que Lola regresara a Madrid. Me dije a mí mismo que los pasaría sin dormir si era necesario. Montaría guardia junto a la puerta. No estaba dispuesto a correr el más mínimo riesgo.

—Estaba cantando. No movía la boca, pero cantaba —recordó mi sobrina sin apartarse de mí.

—¿Era una mujer? —le pregunté—. ¿Has podido ver su cara?

Mi sobrina asintió, abrazándome con más fuerza.

—Era horrible, tío. Daba mucho miedo. —Se apartó de mí para mostrarme el rostro. Se llevó las manos a los ojos—. Esto era lo peor. Los tenía hundidos. Vacíos. ¡Sin vida! Y la nariz comenzaba en la frente y le llegaba hasta su boca torcida. La tenía así. —Sus labios se curvaron de manera grotesca en una mueca que fundía tristeza y desagrado.

Sentí un escalofrío. Había visto antes el rostro que Lola describía con todo detalle.

Cogí el móvil y tecleé algo en el buscador. Mostré la imagen a mi sobrina.

—Joder —exclamó llevándose la mano a la boca—. ¡Era exactamente así! ¿Cómo lo has sabido? ¿Quién es esa señora?

Tragué saliva, clavando la mirada en la máscara que llenaba la pantalla. Sus ojos vacíos me devolvían una tristeza antigua, infinita, acentuada por una mueca acusadora.

Era *Sa Filonzana*, la vieja hilandera sarda que decidía vida o muerte.

76

La salida del sol fue una bendición. Lola había dormido el resto de la noche en mi cama y Sua a los pies de ella. Yo no había vuelto a pegar ojo, atento al mínimo ruido, a cualquier sombra que se dibujara al otro lado de la ventana.

Cuando las primeras luces del alba bañaron la habitación con los tonos cálidos de una jornada primaveral, Lola saltó de la cama. Su plan ciclista seguía intacto. El susto de la noche no le había arrebatado las ganas de salir a entrenar. Al contrario, parecía encantada de alejarse de la casa del camino del faro.

Hacía apenas una hora que se había marchado cuando me preparé otra cafetera. Era la segunda y todavía no habían dado las nueve de la mañana. El día prometía hacerse muy largo.

Mientras esperaba a que el café subiera, observé a Sua. Jugaba con una pelota de tenis que había encontrado en algún rincón. De vez en cuando olisqueaba una sudadera que Lola había dejado hecha un guiñapo en el sofá y se quedaba mirando la puerta con la esperanza de que regresara.

—La vas a echar de menos cuando se marche —le dije acariciándolo—. Y no eres el único.

Me acerqué a la ventana con la taza de café entre las manos. Las olas batían con fuerza al otro lado del cristal. El día soleado no se reflejaba en un Cantábrico que se veía especialmente furioso. A pesar de la marejada, los barcos pesqueros se habían hecho a la mar. Había visto sus luces de posición dirigiéndose a sus caladeros durante mi vigilia nocturna.

Apuré el café y cogí de encima de la mesa la noticia que mostraba a Aresti posando con la sentencia judicial que le adjudicaba la casa-torre. La había localizado por internet. Le di la vuelta al folio. Esa cara en blanco me serviría. Quería plasmar sobre el papel todo lo

que tenía. Lo había visto en las películas de policías: la pizarra en medio de la comisaría, las fotos de los sospechosos, los hilos marcando las conexiones de unos con otros… No pretendía llegar a tanto, pero necesitaba organizar toda la información que había conseguido para seguir avanzando.

Mis notas no tardaron en llenar toda la superficie.

Lea Alzaga… La defensora de la naturaleza, la corredora del alba, la embajadora del turismo tranquilo. Sí, pero según Cristina también la mujer cruel, capaz del chantaje más mezquino. Apunté en mayúscula que su padre era el arquitecto municipal cuando la casa-torre de Bengolea fue llevada a subasta. Y, además, era novia, o más bien exnovia, de Amaia.

Maite Iturri era concejala de Urbanismo en Lekeitio el año que la torre fue subastada. Había podido confirmar la coincidencia de fechas en el ayuntamiento. En la actualidad era consejera de Turismo del Gobierno Vasco.

José Ignacio Aresti podría requerir todo un cuaderno para sí solo. Me limité a apuntar lo que parecía tener interés para el caso: propietario de numerosos alojamientos turísticos y adjudicatario de la subasta impugnada por la familia de Amaia.

En el recuadro que reservé a los sospechosos solo aparecían Amaia y sus padres.

¿Y Luca? ¿Debía incluirlo también entre los posibles asesinos? El italiano se había ido de rositas tras la visita del oficial Castaños, pero a mí no me engañaba. Algo tenía que haberlo empujado a dejar su casa en Ottana para mudarse a una miserable caravana a orillas del Lea.

¿Y Cristina? Me dolía planteármelo, pero de pronto tenía la sensación de no conocer a mi compañera. ¿Y si era cómplice de Amaia?

Llené lentamente los pulmones y me recosté en la silla.

Tenía la impresión de encontrarme en un callejón sin salida. Quizá hubiera llegado la hora de tratar de contárselo todo a Castaños y que fuera él quien decidiera cómo continuar.

El móvil vibró sobre la mesa.

Estiré la mano sin interés, pero me animó comprobar que se trataba de Valeria.

Una voz amiga en medio del caos.

—¿Cómo estás? —saludé en italiano.

—¡Hola, Jon! ¿Tienes noticias? —preguntó ella atropelladamente.

Se refería a Luca. La víspera le había escrito para contarle que lo habían encontrado.

—Nada. Lo han dejado libre —resumí. La inspectora me lo había contado a primera hora. El italiano no había puesto obstáculos a que los agentes echaran un vistazo en su caravana. No habían hallado nada sospechoso.

—Pues yo tengo algo —anunció Valeria—. Una carta.

Pensé en su desván y la caja de galletas. La habíamos vaciado. Allí no quedaba nada.

—¿Dónde estaba?

Valeria tardó unos segundos en responder.

—En casa de Luca.

—¿Cómo? —No entendía nada.

—Estoy en Ottana, Jon. Regresé de Cagliari en cuanto me avisaste de que habían encontrado a mi vecino. Se me ocurrió que quizá en su casa podía dar con alguna prueba.

—Dime que no has forzado la puerta —musité cerrando los ojos.

—No, tranquilo. Solo una ventana.

Me llevé la mano a la frente y resoplé. Todo aquello empezaba a rozar la locura: la visitante nocturna, con su máscara sarda, espiando a mi sobrina; Valeria allanando la casa de Luca en Cerdeña; Nerea saltándose una y otra vez la confidencialidad de los pacientes…

Tenía que detener aquella espiral antes de que fuera demasiado tarde.

—La madre de Luca tenía su propia caja de galletas —continuó Valeria—. Grazia también le escribía a ella. La mayoría de las cartas no contaban nada que no supiéramos. Le explicaba que trató por todos los medios de proteger a su bebé y le pedía que la perdonara por no haber sido capaz de impedir que aquella bestia lo asesinara. También le contaba cómo rehízo su vida lejos de Ottana…

—Pero hay algo nuevo en alguna de ellas —comprendí. Estaba impaciente por oírlo.

—¡Exacto! Habla del día que los desahuciaron. Dice que el padre no soportaba haber perdido la casa que había pertenecido a su familia durante generaciones. Grazia escribe que tenía la mirada de quienes ya solo esperan que una mujer como ella acuda a poner fin a su sufrimiento. Y espera, ahora viene lo mejor.

—Sigue —la apremié mientras el auricular me acercaba el crujido del papel.

—Cuenta que lo vio salir de casa al alba, mientras su familia aún dormía. Se dirigía a la playa y llevaba algo consigo. Según Grazia, eran las monedas de oro que el bisabuelo del hombre había traído de las Américas. Estaba convencida de que iba a enterrarlas allí, antes de que el juez se las arrancara también de las manos.

No necesité oír más.

¡Oro! Monedas traídas por un antepasado indiano. Eso era lo que Luca buscaba en la playa. El mapa repleto de anotaciones que guardaba en su caravana marcaba las ubicaciones de su rastreo.

Pero aquellas líneas a las que se refería Valeria no solo explicaban el motivo de la presencia del italiano en Lekeitio. Había algo más en ellas. La mención al juez encendió en mi mente una señal de alarma. La venganza no sería completa sin acabar también con la vida de quien había inclinado la balanza de la Justicia del lado que Amaia, o sus padres, o quizá todos ellos, consideraban una deshonra.

Quienquiera que fuera ese magistrado, corría un grave peligro.

Me despedí precipitadamente de Valeria y di la vuelta al papel con mis notas. Ahí estaba la noticia de la casa-torre. José Ignacio Aresti posaba feliz ante el edificio que se había adjudicado en subasta pública.

El juzgado que se había pronunciado a favor del constructor era el de Gernika.

Busqué su teléfono y lo marqué.

Un mensaje grabado me indicó que eligiera el idioma y después me invitó a esperar con una música de piano que se repetía en bucle cada pocos segundos. Cinco minutos más tarde me saludó una voz de hombre que sonaba desganada.

—Juzgado de Gernika, dígame.

—*Egun on*. Llamo por una consulta.

—Usted dirá.

Le expliqué que necesitaba saber qué juez había dictado la sentencia que desestimó la impugnación de la subasta de la casa-torre de Bengolea. El procedimiento se había seguido en el Juzgado de Primera Instancia número uno.

—Lamento decirle que no puedo proporcionarle esa información. Si quiere, venga por aquí, rellene una instancia y veremos qué podemos hacer —zanjó el funcionario.

—Es muy urgente —objeté, pero antes de que terminara de pronunciar esas tres palabras, aquel tipo me había colgado el teléfono.

Iba a volver a marcar el mismo número cuando se me ocurrió que quizá tuviera otra vía para obtener esa información: mi hermana.

Ella había seguido los pasos de mi padre y estudió Derecho. Incluso llegó a compartir bufete con él. Cuando todo parecía indicar que sería su sucesora, lo dejó. La abogacía no era lo suyo y decidió embarcarse en la aventura de abrir su propio restaurante.

Los contactos, en cualquier caso, debían de seguir ahí.

La llamé con la esperanza de que pudiera echarme una mano.

—¿No tienes el número del procedimiento? —me preguntó cuando le expliqué lo que necesitaba.

—No. Solo tengo la noticia. Ahora mismo te la envío. Espero que sea suficiente.

—Voy a hablar con Marisa, la procuradora con la que solíamos trabajar. No creo que le cueste más de un par de llamadas averiguarlo.

Apenas habían pasado diez minutos cuando recibí su respuesta por WhatsApp.

> *La impugnación de la subasta se resolvió en el Juzgado de Primera Instancia cuyo titular era el magistrado Miguel Olasagasti, actualmente jubilado.*

Le di las gracias y llamé de inmediato a Nerea. A esa hora estaría en el centro de salud y el nombre del juez le bastaría para localizar

su dirección en la base de datos del Servicio Vasco de Salud.

Tenía que alertarlo antes de que fuera demasiado tarde.

77

Era un adosado de dos alturas. Uno de tantos que jalonaban una calle sin encanto ni más vida que los coches que entraban y salían de los garajes. Un vecindario de los que podrían haber estado en las afueras de cualquier ciudad. Solo que aquel disfrutaba de una panorámica envidiable y de un aire limpio como ninguno.

El juez Olasagasti vivía en plena reserva de la biosfera de Urdaibai, un territorio de caseríos aislados y urbanizaciones para clases acomodadas, a medio camino entre Gernika y Mundaka. Un lugar sereno cuya belleza quedaba subrayada esa mañana por un sol radiante que desmentía el frío del termómetro.

Me detuve ante la puerta y miré alrededor. Aparte de la furgoneta de una empresa de instalación de redes de fibra óptica no se percibía movimiento. Tardé un segundo en pulsar el timbre. La luz de la cámara se encendió de inmediato y me obligó a esbozar una sonrisa.

—¿Quién es? —preguntó poco después una voz femenina.

—*Egun on*. Soy Jon Aguirre, médico. ¿Podría hablar con el señor Olasagasti?

Una conversación entrecortada se coló a través del interfono antes de que un zumbido me abriera la puerta.

El matrimonio que acudió a recibirme rondaba los setenta años. En ambos casos bien llevados. Vestían de calle. Él con una camisa que dejaba adivinar una leve curvatura abdominal. Ella, con chaqueta ligera de punto y el pelo corto, bien peinado, sin rastro de raíces canosas.

—¿Pasa algo? ¿Está todo bien? —Fue ella quien habló, aunque el gesto de preocupación era evidente en los dos.

Comprendí que temían que se tratara de alguna mala noticia relacionada con su salud.

—Todo en orden —aclaré rápidamente—. No se preocupen. No vengo como médico. —Me giré hacia la mujer—. ¿Le importa que hable un momento a solas con su marido? Es un tema de trabajo.

La señora me miró con suspicacia.

—Está jubilado —dijo mientras el juez se hacía a un lado y me indicaba que pasara al salón.

Me dirigí al ventanal mientras él cerraba la puerta a nuestra espalda.

La vista era de ensueño. En el centro del estuario, algunos bancos de arena parecían danzar entre los brazos azules de un río que serpenteaba camino del mar. Más allá, trazando una frontera nítida entre el mundo gobernado por las mareas y aquel que vivía ajeno a ellas, se extendían bosques que trepaban hacia las cumbres redondeadas de los montes.

—Hermoso, ¿verdad? Y cambia cada hora. Aquí no hace falta televisor —bromeó el juez.

—Espectacular —admití girándome hacia él.

Era un hombre de gesto amable, con unos ojos que confirmaban la leve sonrisa que se dibujaba con naturalidad en sus labios.

—¿De qué lo conozco? —quiso saber, estudiándome con la mirada.

—No nos conocemos —aclaré—. Gracias por atenderme. No le robaré más que dos minutos.

Mi respuesta no pareció convencerlo. Continuó observándome de ese modo que se mira a alguien que tratas de ubicar en algún rincón de tu memoria.

—Diga.

—¿Recuerda un litigio alrededor de una casa-torre…? —pregunté lanzándome a la piscina.

El hombre me interrumpió con la mano.

—Lo siento, pero me jubilé hace siete años.

—Soy consciente de ello, pero quizá pueda recordar algo. Es importante. El hombre que se hizo con ese inmueble ha sido asesinado.

El rostro del juez se ensombreció.

—José Ignacio Aresti —apuntó señalando con la mirada el diario que descansaba en una butaca—. Recuerdo aquello, sí. La subasta

de un edificio que amenazaba ruina y que fue impugnada por un supuesto heredero que hasta entonces no había reclamado la propiedad. No fue un caso complicado. —De pronto el hombre me señaló y abrió la boca mientras daba un paso atrás—. ¡Es usted! ¡Sabía que lo conocía!

Cerré los ojos. No contaba con que la aparición de mi foto en las noticias fuera a complicar mi visita.

—Yo no he matado a nadie. Se trata de un tremendo error —aclaré mientras el magistrado continuaba apartándose de mí.

—Fuera de esta casa. —Todo rastro de amabilidad había desaparecido de sus facciones para ceder el testigo a una clara expresión de temor.

—No. Escúcheme, por favor. Está usted en peligro. Quien ha matado a Aresti, y también a Lea Alzaga y a Maite Iturri, viene a por usted.

El hombre pareció dudar unos instantes.

—¿Y por qué no está aquí la policía?

—Porque ellos no lo saben. Todo esto tiene que ver con aquella subasta. Es una venganza planeada durante años. Solo le falta usted. El resto de las personas relacionadas con aquello han sido asesinadas.

—¿Y por qué justo ahora? No le creo. ¿Qué sinsentido es este? Márchese ahora mismo de aquí o llamaré a la policía. —Se volvió en busca del teléfono, pero no lo encontró—. ¡Marisol!

—Por favor, escúcheme. Tiene que irse. Al menos hasta que el asesino sea detenido —insistí mientras su mujer irrumpía en el salón.

—¿Qué dice? ¿De qué asesino está hablando? —preguntó la señora corriendo al lado de su marido. Ella también estaba asustada.

—Llama a la policía —le pidió el juez—. Este tipo es peligroso.

—¡No! No llame a nadie. Ya me voy —anuncié apresurándome hacia la puerta—. Hágame caso, de verdad. Salgan de aquí, váyanse lejos. Estoy a punto de dar con el asesino, pero vendrá a por usted. No parará hasta cobrarse su venganza.

—¿Pero de qué está hablando, Miguel? —exclamó la señora, aferrada con fuerza al brazo de su marido.

—¡Fuera! —ordenó el juez—. ¿No ve que la está asustando? ¡Salga ahora mismo de esta casa!

Reculé hacia la puerta con las manos levantadas en signo de paz.

—Hablo en serio. Por favor, hágame caso —repetí por última vez antes de salir—. Váyase. Está a tiempo de salvar su vida.

78

Empujé la puerta del Muga todavía con la vergüenza quemándome las mejillas. Vergüenza y rabia. Ojalá el juez no tuviera que arrepentirse de haber reaccionado así ante mi advertencia. Algo me decía que a la negación propia de toda situación de shock le seguiría en algún momento la fase de aceptación. Y entonces quizá se tomara en serio mis palabras.

Alberto accionó el molinillo en cuanto me vio.

—¿Hoy quieres café? —preguntó alzando la voz para hacerse oír a través del estruendo.

—Hoy sí. Gracias —dije quitándome la cazadora—. ¿Y tu madre? Tiene la pescadería cerrada.

El tabernero aguardó a que el ruido cesara para responder.

—Ayer también. Y está insoportable. No sirve para quedarse en casa. —Estiró la mano para alcanzar un sobre que guardaba entre dos botellas de licor—. Toma, que no se me olvide. Una reliquia que ha encontrado haciendo limpieza. Si vieras cómo lo tiene todo… No hay un cajón en su sitio.

—¿Qué le pasa? ¿Quiere que le eche un vistazo? —planteé señalando la puerta tras la que partían las escaleras que subían a su vivienda—. No llevo encima el fonendo ni nada, pero algo haremos.

—Qué va. No te molestes. —Alberto descartó mi propuesta con una mueca—. Es solo gripe. Como cada invierno. Un par de días en casa y a correr de nuevo.

—Debería vacunarse —comenté a sabiendas de que era una guerra perdida. Lo había intentado meses atrás, cuando se inició la campaña. La negativa de la pescadera fue rotunda.

El tabernero sacudió la cabeza.

—Yo ya se lo planteo, pero es muy cabezota. ¿Qué te voy a decir que no sepas?

Abrí el sobre, que lucía un membrete del Banco Hispano Americano. Era tan viejo como la foto que Lourdes había guardado dentro.

Me reconocí en el acto. Muchos años más joven, pero era yo. Tan flaco y con un bañador tan feo como ridículamente grande. Mis padres debieron de comprarlo con la intención de que me durara varios veranos.

No estaba solo. Se trataba de una foto de familia a bordo de un velero.

Tenía un recuerdo vago de aquella jornada. Navegamos hasta lo que a mí me pareció el medio del océano, a pesar de que seguramente no habrían sido más de un par de millas desde la costa. Y no tuve miedo. Apreté los labios al ser consciente de que la vida me había regalado unos límites que antes no existían para mí. Ojalá ser capaz de regresar a la infancia y borrar los miedos que los años me habían echado encima.

Sentí un ataque de nostalgia al ver a mis padres tan jóvenes. Parecían felices, con la isla que ellos siempre llamaron San Nicolás al fondo y acompañados de sus dos hijos. En sus miradas se percibían todavía las ganas de hacer muchas cosas, de llevar a buen puerto todos esos planes que la vida les hizo ir posponiendo para un futuro que no les concedió tanto tiempo como deseaban.

Me mordí el labio para disimular un rictus de tristeza.

—Es tu hermana, ¿no? —Alberto señalaba a una niña con un flotador a la cintura—. Hace tiempo que no la veo. ¿Qué tal le va? ¿Sigue con el restaurante?

—Estuvo aquí por mi cumpleaños. Está bien. Y el asador les va como un tiro, pero no le preguntes si no quieres que se te queje.

—Los hosteleros, ya sabes —se rio el tabernero.

Mi mirada seguía fija en la fotografía. No estábamos solos. Había otra pareja y había también otra niña.

—¿De quién era el velero? —pregunté.

Alberto cogió la foto y forzó la mirada antes de encogerse de hombros.

—Vosotros no teníais barco, ¿no? Pues sería de esa gente. Amigos de tus padres. ¿No te suenan? Veraneantes, seguramente. Como

vosotros.

Devolví la foto a su sobre y observé que Lourdes había garabateado el nombre de mi madre en él. Después se la enviaría por WhatsApp. Seguro que le gustaría verla.

Me acabé el café en silencio. Alberto se puso a ordenar papeles aprovechando que no había más clientes.

Estaba en ello cuando alguien abrió la puerta.

Era una mujer de treinta y pocos años, con un tatuaje en el cuello y piercings en la nariz y el labio. Portaba al hombro un paquete metalizado de tamaño generoso.

—¡Cestero! —la saludó Alberto saliendo a ayudarla—. Gracias por venir tan rápido. Pensaba que me quedaba sin café. Desde que me pasé al tuyo vendo mucho más y me cuesta calcular cuánto necesito.

—La gente reconoce lo bueno —se rio ella dejando el paquete en la barra—. Nos han acostumbrado a cafés horribles, pero en cuanto probamos uno decente no queremos volver atrás.

—Tómate algo —le ofreció el tabernero mientras sacaba unos billetes de la registradora.

Ella señaló la cafetera.

—¿Me dejas hacerlo a mí? He traído uno de Etiopía que me gustaría que probaras.

—Claro. Pasa —la invitó Alberto antes de dirigirse a mí—. Jon, te invito a un café. Uno bien servido, ya verás. Ane es la tostadora que nos hace esa joya que acabas de tomar y cuando se pone a los mandos de la cafetera hace magia.

—Qué bien… Gracias —dije obligándome a esbozar una sonrisa de cortesía. Otro café era probablemente lo último que necesitaba. ¿Cuántos llevaba ya?

Ella preparó los tres cafés antes de cerrar los ojos y acercarse su taza a la nariz.

—Mmm. Me encanta esta cafetera. Tiene la presión y la temperatura perfectas. Si os fijáis se notan unos matices a fruta madura. Le he dado un tueste muy ligero para que destaquen.

Alberto le dio un trago y el placer se reflejó también en su rostro.

—Yo le encuentro un aroma como a miel. —Se me plantó delante y aguardó a que me lo acabara—. ¿Qué? ¿A que está increíble? En la capital no tenéis de esto, ¿eh?

—Delicioso —agradecí entregándole la taza. En realidad no había notado gran diferencia. Mis papilas gustativas no encontraron esos aromas tan maravillosos de los que hablaban. Para mí era café. Nada más. Y en Madrid había tomado muchos similares. Si algo brotaba como setas en los últimos tiempos eran las cafeterías de especialidad.

—Menuda la que tenéis montada por aquí —comentó Cestero mientras firmaba un albarán—. Si siguiera en activo, hubiera tenido muchos puntos de que me tocara el caso.

—¿En serio? —le preguntó Alberto.

—Claro. Estaba en Investigación Criminal, en la Unidad de Homicidios de Impacto.

—Pues seguro que lo haríais mejor que el oficial Castaños. Es insufrible. —El tabernero me señaló—. A este lo tiene frito.

La expolicía me miró fijamente, entrecerró los ojos y, de pronto, asintió.

—Ya decía yo que tu cara me sonaba. Te he visto en la tele. Tú eres al que detuvieron en casa de Aresti.

—El mismo —admití con un suspiro—. ¿Y por qué no han enviado a los de tu unidad?

La expolicía sacudió la cabeza.

—Ya no está activa. Éramos muy buenos, pero no éramos dóciles, y los que mandan prefieren policías a los que poder manejar a su antojo.

—¿Pero resolvíais los casos? —preguntó Alberto.

—Todos —aseguró Cestero—. Y aun así las zancadillas eran constantes. Por eso me cansé y lo dejé. Ahora soy más feliz. Mis compañeros siguen trabajando, aunque en otras unidades. Lástima que no le haya correspondido a alguno este asunto vuestro, porque son los mejores. —Me dirigió una mirada inquisitiva—. ¿Y por qué entraste a casa de ese tipo?

—Está empeñado en dar con el asesino —se me adelantó Alberto.

Cestero me estudió largamente con la mirada. Tuve la impresión de que sus ojos de gato eran capaces de desnudarme para averiguar si ocultaba algo.

—¿Y qué encontraste?

Saqué del bolsillo mi folio repleto de nombres, flechas y tachones.

—Algunas respuestas.

Le expliqué todo. Alberto se mantuvo a cierta distancia y se fingía distraído, pero saltaba a la vista que no se perdía ni una sílaba. No podía culparlo por ello. Él también sentía curiosidad por lo sucedido, como todos en Lekeitio.

La expolicía cogió el papel y lo observó sin apresurarse. Su dedo índice recorría las líneas que unían unos protagonistas con otros y, de tanto en tanto, asentía con la cabeza.

—¿Y el oficial Castaños qué dice de todo esto? —me preguntó al fin.

—Nada. No quiere saber nada de mí si no es para acusarme.

—Su situación no es fácil —lo excusó Cestero—. No tienes pruebas de nada. Y sin pruebas no se puede señalar a nadie. Sin ellas no hay condena.

—Supongo —admití, contrariado.

Cestero me devolvió el esquema.

—Te sorprendería la cantidad de veces que las hipótesis más lógicas no son las que explican lo ocurrido. Todo lo que me cuentas está muy bien argumentado, pero no te confíes. Puede haber cualquier pequeño detalle, algo que en su momento te pareciera insignificante y que, sin embargo, sea capaz de darle la vuelta a todo.

—Espero que no —mascullé guardando el papel en el bolsillo.

—Pues probablemente ocurrirá. Y cuando suceda no tengas miedo de soltarlo todo y volver a empezar.

La pasión con la que hablaba me fascinó.

—Tenías que ser muy buena policía.

—Lo era, sí. Pero ahora soy la mejor con el café. —Echó un vistazo a su reloj de pulsera y puso cara de sorpresa—. Lo siento, pero tengo que seguir con el reparto.

Abandonó el bar canturreando. Su trabajo la hacía feliz. Eso era evidente.

Era una pena que los mediocres acabaran a menudo imponiendo su modelo sobre el de quienes tenían una verdadera vocación. En el sistema sanitario también lo veía a menudo. Personas desganadas, más preocupadas por medrar y por mantener el esfuerzo bajo mínimos, que acababan frustrando a quienes habíamos llegado a la profesión con ganas de hacerlo bien. Darle la vuelta era, sin duda, una gran asignatura pendiente.

—Ha sido lista y ha sabido reinventarse. Mira qué buen café —me comentó Alberto adivinando mis pensamientos.

Asentí sin ganas. No estaba tan seguro de que se tratara de algo que celebrar.

79

La casa-torre de Bengolea se reflejaba en las aguas del Lea, igual que los robles que la flanqueaban. El canto optimista de un petirrojo se mezclaba con el susurro del río. El sol completaba una estampa casi perfecta, de no ser por el precinto policial que todavía sellaba la puerta.

Me detuve a recuperar el aliento. Había corrido más rápido de lo habitual.

Antes de salir me había cruzado varios wasaps con Lola. Todo iba bien. Se sentía más fuerte de lo esperado y había decidido alargar la ruta sobre la marcha. El puerto de Urkiola la había fascinado y, cuando le escribí por última vez, estaba tomando un Aquarius antes de afrontar el alto de Arrate, en Eibar. Desde allí aún tardaría cerca de una hora en regresar a Lekeitio.

Yo también necesitaba quemar adrenalina. Por eso me calcé las Saucony y salí sin pensar demasiado, con la intención de cansarme hasta quedarme vacío.

No llegué al salto de agua. A la altura de la ermita de Oibar, crucé el puente y seguí remontando el río por la orilla opuesta. Solo un poco más. Lo suficiente para alcanzar la casa-torre.

Estaba agotado, pero a gusto. Esa carrera era exactamente lo que necesitaba.

—¡Sua! —llamé tras girarme alrededor y no verlo. El perro vino a la carrera desde detrás de unos arbustos—. No te vayas lejos. ¿Me oyes?

No tardó un segundo en volver a alejarse.

Me apoyé en un árbol y recorrí el lugar con la mirada. Allí, entre aquellos robles que sabían demasiado, había oído cantar a aquella mujer.

La lamia.

Recordé a Cristina hablando de su relación con Amaia.

«Somos las últimas lamias», había dicho.

No veía motivos para que mi compañera hubiera matado a Maite ni a Aresti. A Lea, desgraciadamente, quizá sí.

Sin embargo, no podía descartar que hubiera sido cómplice de Amaia.

El ataque en la casa-torre me golpeó de nuevo. Cristina sabía que iba a entrar. Me había prestado las llaves y aquel era un lugar apartado, perfecto para actuar sin testigos.

Me mordí el labio hasta hacerme sangre.

Plantearme que Cristina podía haber tratado de matarme me desgarraba por dentro. Nerea y ella, y también Itziar y Lourdes se habían convertido en mi apoyo desde que llegué a Lekeitio. No tenía a nadie más.

Introduje la mano en el bolsillo. Quería volver a echar un vistazo a mis notas, pero me quedé mirando la noticia que ocupaba la otra cara del papel. Aresti posaba sonriente ante la casa-torre. Leí una vez más aquellas líneas. El juzgado de Gernika, la subasta, la impugnación…

De pronto una palabra, una sola, me hizo detenerme en seco y volver a leer desde el comienzo.

No… Aquello tenía que ser un error.

Abrí el buscador en el móvil y tecleé unas cuantas sílabas.

La voz de la expolicía que había conocido en el Muga repicaba en mis oídos: un detalle capaz de darle la vuelta a todo.

El resultado no tardó en desplegarse en forma de mapa. El periodista no estaba equivocado. Era yo quien había cometido el error de dar por hecho que la casa-torre de Bengolea se encontraba en Lekeitio. Para mí todo lo estaba. Sin embargo, los límites la situaban dentro del término municipal de la vecina Gizaburuaga.

Parecía un detalle sin importancia, pero lo cambiaba todo. Arrancaba de cuajo uno de los naipes que sostenían el castillo que había levantado con paciencia.

Amaia, o sus padres, seguían teniendo un móvil para el asesinato de Lea: el más íntimo. Y también para el de Aresti. Maite Iturri, en cambio, no parecía guardar relación alguna con ellos. Como

concejala de Urbanismo en Lekeitio, difícilmente habría intervenido en los motivos que condujeron a la subasta de un edificio situado en un municipio vecino.

—¡Joder! —protesté con todas mis fuerzas. Tenía ganas de llorar de impotencia. Era frustrante. Tanto tiempo construyendo una hipótesis que parecía perfecta y de pronto se derrumbaba.

Sua dejó lo que estaba haciendo y vino hacia mí. Me apoyó las patas delanteras en la cintura y me dio un lametazo en la mano. Era su manera de decirme que estaba conmigo.

El arquitecto municipal y la concejala remando a favor de una subasta que Aresti había ganado… Sonaba tan bien, tan creíble… Casaba perfectamente con el relato de Grazia. En cambio, perdía su sentido por culpa de una simple frontera en un mapa.

Pensé en Cestero, la chica del café. ¿Cuántas veces habría pasado por algo así? ¿En cuántas ocasiones habría tenido que volver a levantar los pilares de una investigación?

—«Y cuando suceda no tengas miedo de soltarlo todo y volver a empezar» —me repetí sus palabras en voz alta.

Tenía que comenzar de nuevo.

Sin embargo, por más vueltas que le daba, todo me conducía a la casa-torre que tenía ante los ojos. Las pistas que Grazia había ido dando sobre su paradero no dejaban margen: el dolor de una familia despojada del hogar que había habitado durante generaciones, la visión del río desde la ventana…

La impotencia cavaba un profundo hoyo bajo mis pies. Había sido un ingenuo por creer que iba a ser capaz de resolver el caso sin poder recurrir a los medios con los que contaba la policía.

Seguí con la vista una libélula que planeaba sobre el Lea. Mi mente viajó con ella río abajo: sobrevolé caseríos y bosques, dejé atrás las ruinas del viejo hospital y alcancé el estuario. Las marismas, el molino de marea, las barcas dormidas…

Sua comenzó a ladrar. Olisqueaba algo en la orilla.

—¿Qué pasa? —le pregunté acercándome.

Hundió el hocico en unas zarzas, pero los pinchos lo hicieron recular.

—¿Qué hay ahí?

Aparté las ramas y vi que se trataba de una carpeta. Sencilla, de cartón marrón y sin gomas. Una como las que poblaban el archivador que había arrojado por la ventana de la casa-torre días atrás. Debía de tratarse de una de ellas. Los ertzainas la habrían pasado por alto cuando inspeccionaron la zona y se llevaron a comisaría todas las demás.

Estaba mojada. Empapada después de días de lluvias. Tanto que al cogerla se rasgó de lado a lado. Difícilmente podría obtener algún tipo de información de aquella masa de papel en la que se habían convertido los documentos que contenía.

Sin embargo, las palabras garabateadas que daban nombre a la carpeta hicieron que el corazón me diera un vuelco.

PALACIO DE ZUBIETA

¡Claro! También el hotel de lujo era propiedad de Aresti. Y desde sus ventanas se disfrutaba de una buena panorámica del cauce del Lea, tal como Grazia narraba en sus cartas.

No perdí el tiempo. Cogí el móvil y busqué en internet noticias que hablaran de sentencias o de autos judiciales relacionados con Zubieta.

Nada.

Las únicas referencias que encontré se referían a la apertura del hotel hacía ya más de veinte años. Nada sobre pleitos ni sobre jueces expulsando de su hogar a ninguna familia.

Marqué el número de Nerea. Quizá pudiera ayudarme. Esta vez no se trataba de saltarse ninguna norma; solo necesitaba que rebuscara en su memoria.

—¡Hola! ¿Qué tal ha ido con el juez? ¿Has podido verlo?

—Sí, pero no ha servido de mucho. Oye, estoy en la casa-torre y…

Me cortó en seco.

—¿Otra vez? Basta ya, Jon. Sal de ahí. No hagas más tonterías.

—No voy a entrar, tranquila. Solo quería preguntarte algo. ¿Sabes si el palacio de Zubieta fue también de la familia de Amaia? —pregunté, aferrándome a la única posibilidad que mantenía en pie mi teoría.

—¿El hotel? —se extrañó la administrativa—. No. Qué más quisieran esos. ¿Sabes que han regresado para ponerme una reclamación por lo del otro día?

—Lo siento.

—No pasa nada, pero espero que al menos todo aquel teatro sirviera para algo. ¿Qué mosca te ha picado ahora con el hotel?

—¿Siempre fue de Aresti?

—Eso ya no lo sé. Creo que sobrevaloras mis capacidades. —Nerea tardó en continuar, seguramente porque buscaba la manera de hacerlo sin herirme—. Jon… Supongo que te das cuenta de que todo esto es un sinsentido. Llevas una semana a vueltas con la casa-torre y ahora, de repente, la olvidas por el hotel. Tienes que parar ya. Déjalo en manos de la policía. Ellos saben lo que hacen.

—Lo tengo, Nerea. Estoy tocándolo con los dedos. Lo sé. No puedo apartarme ahora.

—Esta historia te está haciendo mucho daño, Jon. En lo personal y en el trabajo. No paran de venir pacientes a solicitar el cambio. De verdad, déjalo ya.

Respiré hondo. Era consciente de que mi compañera tenía razón, pero no iba a tirar la toalla. ¡A mí también habían tratado de matarme!

—No voy a rendirme ahora. Y… Nerea… —Me costaba pronunciar las siguientes palabras—. No le cuentes nada a Cristina, por favor.

Esta vez mi compañera tardó tanto en volver a abrir la boca que tuve que comprobar que no se había cortado.

—Espero que te equivoques, Jon —musitó con un hilo de voz.

No supe qué añadir. Me limité a suspirar. Yo también necesitaba estar equivocado. Lo deseaba con toda mi alma.

80

Eran todavía las dos de la madrugada y los párpados me pesaban tanto que tenía la impresión de llevar una semana entera sin dormir. Sentado en una silla del comedor, dirigía miradas fugaces a la puerta, a las ventanas, antes de volver a clavar los ojos en el portátil.

Lola estaba a solo unos metros de mí, en la habitación de la planta baja. Dormía profundamente, protegida por Sua, que se había estirado sobre la alfombra para vigilarla de cerca.

Había regresado eufórica de su particular vuelta ciclista a Euskadi. Durante la cena no había sido capaz de callar un solo segundo. Que si esto, que si lo otro… Me habló hasta de la calidad del asfalto en las carreteras del recorrido. Desbordaba energía. Nadie hubiera dicho que llegaba de meterse una kilometrada entre pecho y espalda.

Me hacía feliz verla tan volcada en su deporte, pero me pesaba demasiado el miedo a que volviera a suceder. En todas partes había conductores inconscientes; bastaba un golpe de mala suerte para toparse con otro energúmeno.

Tecleé una vez más el nombre del hotel y también el de Aresti. Probé sumando diferentes palabras: embargo, subasta, deuda… El resultado fue igual de decepcionante en todas mis búsquedas.

Me levanté para estirar las piernas y me acerqué una vez más a la carpeta hallada por Sua. La había dejado sobre el radiador del cuarto de baño. Era el más potente, pero las hojas seguían sin dejarse leer. Las lluvias insistentes de las últimas semanas habían deshecho el papel. Cada vez que intentaba abrirla, el resultado era desastroso.

Cuando regresé a la mesa me fijé en la foto que Lourdes había encontrado en su casa. Se la había enviado a mi madre. Todavía no

me había respondido, pero estaba seguro de que le haría ilusión recibirla. Y soltaría una lágrima, claro. Siempre había sido muy del drama.

Qué contentos se nos veía. Los veranos en Lekeitio eran lo mejor del año. Los esperábamos con impaciencia desde el mismo momento de nuestro regreso a Madrid.

Navegué entre aquellos recuerdos. Me contagiaron una paz que anhelaba y, por más que luché contra el sueño, fui incapaz de no cerrar los ojos.

Cuando volví a abrirlos, el cielo mostraba los tonos pálidos del alba. Habían pasado horas.

Salté de la silla y corrí a la habitación. Afortunadamente, todo seguía en orden.

Me dirigí a la cocina para prepararme la primera cafetera del día. Sua también se levantó y vino a ver si había alguna maravillosa sorpresa en su bol. Me lanzó una mirada de evidente disgusto al comprobar que estaba vacío y se conformó con un poco de agua. Después bostezó y se fue en busca de su pelota de tenis.

—¿Hace bueno? —se oyó la voz de Lola. Ya había saltado de la cama.

—Sí. Parece que hoy volverá a hacer sol —dije echando un vistazo por la ventana—. El mar también se ve más tranquilo que ayer.

Antes de que pudiera darme cuenta, mi sobrina estaba ya en la cocina.

—¿Qué haces con el maillot puesto? ¿Has dormido con él?

Se rio.

—No, pero no quiero perder tiempo. En mi móvil dan lluvia. Tengo que aprovechar antes de que lleguen las nubes.

—Primero desayuna —le indiqué al ver que no pensaba hacerlo.

—Ya pareces mamá…

—Somos hermanos. En algo se tendrá que notar.

La vi coger un plátano y devorarlo en tres bocados. Los cereales tampoco duraron más de un minuto en la taza.

—¿Has visto mis guantes? —dijo saliendo de la cocina todavía con la boca llena.

—¿Los de la bici? Anoche estaban en el cuarto de baño.

Oí sus pasos apresurados.

—¿Qué hace esto encima del radiador? —preguntó al descubrir la carpeta de Aresti.

—Pues… Ya ves. Se mojó y estoy intentando secarla. Pero me parece que no va a servir de mucho. El papel se ha estropeado.

—No se hace así, tío. ¿Por qué no pruebas con el secador?

—Tampoco quiero quemar los papeles. Son delicados.

—Qué va… Déjame a mí. Soy experta en rescatar mis libros del instituto.

Lola no aguardó mi respuesta. Cogió la carpeta y la dispuso sobre la mesa. Después enchufó el secador y se puso a trabajar.

—Está hecha polvo. ¿Dónde la tenías?

—No te preocupes —dije tratando de quitarle el aparato—. Vete antes de que llueva, anda.

Mi sobrina no cejó en su empeño. Disparaba el aire cálido al tiempo que tiraba suavemente de la tapa de la carpeta. Con suavidad, pero sin detenerse. Y Sua atendía de cerca la operación. A cotilla no lo ganaba nadie.

—Tuya —dijo Lola tras unos minutos—. No he podido hacer gran cosa, pero al menos se abre.

No perdió el tiempo. Para cuando quise recordarle que se llevara un chubasquero, ya se había subido a la bici.

—¡Sua! ¡Ven aquí! —lo llamé al ver que la seguía.

Le costó obedecer, pero terminó regresando.

—No te preocupes, que no se marcha. Luego vuelve —lo animé mientras cerraba la puerta.

Abrí la carpeta. Los papeles seguían apelmazados, fundidos en un bloque único por la humedad. La grapa que sujetaba algunos estaba completamente oxidada.

Aun así, pude descifrar parte de la primera página.

Era un procedimiento judicial. Adjudicaba el palacio de Zubieta a Aresti en pago de la deuda que su propietario mantenía con él. Intenté leer el nombre del deudor, pero apenas era una mancha de tinta, como buena parte del documento.

Lo que sí logré distinguir fue quién había dictado la sentencia.

No era Miguel Olasagasti, el juez al que había visitado la víspera. Se trataba de otro magistrado.

—Serafín Rábago —leí, tragando saliva.

Conocía a aquel hombre. No sabía que hubiera sido juez, pero el nombre era inconfundible. Formaba parte de mi cupo de pacientes. La buena noticia era que no tendría que mover hilos para localizarlo: en una ocasión lo había visitado en su casa.

Cogí las llaves del coche.

Su vida corría un serio peligro.

81

Conducía tan rápido como me permitía la carretera. Sabía que un solo minuto podría resultar fatal.

Serafín Rábago vivía en un caserío restaurado con mimo en una ladera colgada sobre la playa de Karraspio. Recordaba que el desvío estaba en la carretera de Ondarroa, apenas un kilómetro después de cruzar el puente sobre el Lea. Por suerte no había muchas bifurcaciones y lo encontré a la segunda. La primera me llevó hasta la puerta de una bodega de txakoli, que me obligó a dar la vuelta y regresar a la vía principal.

Supe que el segundo desvío era el correcto en cuanto lo tomé. Recordaba aquel camino estrecho que ascendía con fuerza entre parajes que, en otras circunstancias, me habrían contagiado su paz. Ganaba el eucalipto, aunque tampoco faltaban algunos pinares. De cuando en cuando aparecían prados de siega que permitían atisbar la desembocadura del Lea y la isla de Garraitz varada frente a ella.

Detuve el coche ante la puerta sin preocuparme por aparcarlo correctamente. El camino moría allí. No molestaría a nadie que no fuera el propio juez.

Pulsé el timbre y esperé una respuesta que no llegó.

Después de insistir un par de veces, me dirigí a lo que parecía la cochera. El portón también estaba cerrado. Era imposible ver si el vehículo del magistrado se encontraba en el interior.

De pronto recordé algo.

Cristina limpiaba en esa casa.

Fue ella precisamente quien, meses atrás, me había pedido que acudiera a visitarlo. Había encontrado a Serafín en la cama, debilitado por un episodio gripal que no remitía, y se negaba a venir al ambulatorio. Menos mal que insistió, porque la saturación de

oxígeno en sangre estaba bajo mínimos y un solo día más sin atención médica habría resultado fatal.

Cristina…

La lamia.

La compañera en la que ya no confiaba.

Pero ella era el único atajo que se me ocurría en ese momento. Nerea no tendría delante el ordenador de donde lo sacaba todo. Era sábado y no le tocaba guardia.

No me quedaba otra opción. Marqué su número y le pedí el teléfono del juez.

—¿El señor Rábago? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Me dio la impresión de que la limpiadora estaba incómoda.

—Tengo que hablar con él y no me abre la puerta —expliqué sin entrar en detalles.

—Suele pasar temporadas en su pueblo. En Palencia, creo. ¿O era en Burgos?

Aquella información me hizo suspirar aliviado. Ojalá no se encontrara en Lekeitio.

—Necesito su teléfono, Cristina. Es importante.

—En cuanto cuelgue te lo envío. Pero dime qué pasa. Te noto muy raro y me estás asustando.

No iba a explicarle nada más. Solo quería colgar el teléfono y avisar a ese hombre del peligro que corría. Que se quedara donde estuviera: Palencia, Burgos o las playas de la Cochinchina. Tanto daba mientras no regresara a Lekeitio hasta que el asesino estuviera entre rejas.

O la asesina.

—Te contaré cuando pueda —aseguré al ver que mi compañera aguardaba alguna respuesta—. Envíame ese número cuanto antes, por favor.

Cristina se despidió. A regañadientes, pero lo hizo.

El contacto del juez, sin embargo, se hizo de rogar.

—¡Joder, Cristina! ¡Date prisa! —mascullé sin apartar la mirada del móvil.

No entendía a qué esperaba. Solo se trataba de buscar el número en la agenda del teléfono y compartirlo conmigo.

Pasó un minuto.

Pasaron dos…

Aquello comenzaba a darme muy mala espina. Iba a llamarla de nuevo cuando una bolita verde me indicó que había recibido un mensaje suyo. Ahí estaba. Por fin.

No perdí un solo segundo. Pulsé la tecla de llamada y me llevé el aparato a la oreja. Los tonos no tardaron en asomarse al auricular. Ellos también parecían decididos a poner a prueba mis nervios. Se estiraron hasta el infinito sin que hubiera respuesta.

—¡Qué mierda! —protesté con fuerza.

Volví a marcar.

Me acerqué a la puerta de la casa y apoyé la oreja en la madera.

El himno del Athletic de Bilbao me hizo apretar los dientes. Llegaba atenuado por la distancia, pero provenía de algún lugar de esa casa. Probé a colgar y la melodía se extinguió, solo para volver a sonar en cuanto volví a marcar el número de teléfono.

Serafín no estaba en Burgos ni en ningún otro lugar.

Se encontraba ahí dentro. Al menos su móvil no se había movido de casa.

Forcejeé con la puerta para tratar de abrirla.

Era imposible.

Las ventanas de la planta inferior también estaban cerradas. Me giré en busca de algo que pudiera servirme y solo encontré las piedras de tamaño generoso que delimitaban un arriate. Arranqué una de ellas y la descargué contra una ventana. Tuve que repetir el gesto varias veces para que las dos capas de vidrio se partieran en pedazos.

Introduje la mano por el agujero y abrí la ventana. Miré alrededor y, tras asegurarme de que seguía sin haber nadie a la vista, salté al interior. Era el dormitorio principal. La cama estaba deshecha, pero allí no había rastro de Serafín.

El olor fue lo primero que me alertó de que algo no iba bien.

Arrugué la nariz y me dirigí a la puerta de la habitación. Sabía que en cuanto la abriera sería mucho peor. Aun así, una náusea me hizo doblarme sobre mí mismo cuando tiré de la manilla.

Era horrible. Más de lo que esperaba.

Los rayos de sol bañaban el salón a través de un gran ventanal asomado al estuario del Lea. El molino de marea, el astillero de Goiko, las marismas… Y el palacio de Zubieta, por supuesto.

Y allí, sentado en una butaca orejera asomada a aquella panorámica de ensueño, Serafín Rábago había visto irse su vida.

Su estado era espantoso. Apenas se reconocían los rasgos humanos.

Llevaba muerto semanas. Probablemente hubiera sido el primero. Antes que Lea y que todos los demás. Una víctima fácil: un hombre mayor, mermado en su salud y que vivía solo. El asesino lo sabía y por eso lo había elegido como punto de inicio de su espiral de muerte. Un crimen que pasaría desapercibido y le brindaría el tiempo necesario para continuar llevando a cabo una venganza que había dormido en algún rincón durante muchos años.

Tuve que cubrirme la nariz con el jersey para acercarme al cadáver, pero no tenía elección. Tal como suponía, tenía el cráneo fracturado. Había recibido un fuerte golpe en el hueso occipital, igual que el resto de las víctimas.

Pero lo que más me impactó fue ver aquel aparentemente inocente caramelo de goma encajado en su mandíbula.

Contuve una nueva náusea y me dirigí al exterior a grandes zancadas.

Me sentía aturdido, mareado. Apoyado en un madroño que crecía junto a la puerta, marqué el número de Castaños.

—No —me dije en voz alta antes de que sonara la primera señal.

Colgué. No podía permitírmelo.

¿Cómo iba a explicarle que lo había vuelto a hacer?

Esta vez ni siquiera tenía llaves. Había roto una ventana para entrar en un domicilio que no era el mío.

La cabeza me daba vueltas. Sentía el pulso retumbar en mis oídos como un tambor implacable. Necesitaba calmarme para poder pensar.

El móvil comenzó a sonar.

Era mi madre y no era el momento. Le devolvería la llamada cuando pudiera.

Abrí la puerta del coche y me senté al volante. Tenía que salir cuanto antes de aquel lugar. No podía permitir que nadie me viera junto a una nueva víctima o jamás lograría sacudirme el título de sospechoso perfecto.

Traté de recapitular mientras conducía de vuelta a la carretera. Serafín Rábago, el juez que había firmado la sentencia que adjudicaba a Aresti el palacio de Zubieta, había muerto en su butaca. No había señales de forcejeo. Probablemente dormitaba en el momento del crimen. Eso solo podía significar que el asesino había entrado sin levantar sus sospechas. Y lo había hecho porque contaba con llaves de la casa.

Me costó tragar saliva.

Solo se me ocurría una persona.

Otra vez.

82

El teléfono no paraba de sonar. Mi madre podía ser muy insistente, pero tantas llamadas seguidas no era algo habitual.

Quizá se le hubiera complicado la covid.

Detuve el coche en el arcén y contesté, todavía con el olor a muerte aferrado a las fosas nasales.

—Hola, mamá. ¿Qué pasa?

—¡Ya era hora! Me tenías preocupada. ¿Por qué no cogías?

Apreté con fuerza el volante para no responder la primera barbaridad que se me pasara por la cabeza.

¿Porque acababa de descubrir un cadáver medio momificado? ¿Porque estaba huyendo de la casa de un juez al que habían matado de un mazazo en la cabeza? ¿Porque…?

No, mejor callar. Cualquier cosa que dijera solo podría empeorarlo todo.

—Qué bonita la foto que me has enviado. Me ha hecho llorar recordando los buenos tiempos.

Así que era eso. No se trataba de nada urgente. Seis llamadas seguidas para hablar de recuerdos… Mi madre acababa de batir su propio récord.

—No pretendía ponerte triste —dije activando el manos libres y reiniciando la marcha. Quería llegar a casa antes que Lola. No me sentía seguro dejándola sola allí. Ni siquiera a plena luz del día.

—Ya lo sé, hijo. Ya lo sé. Pero ver a tu padre tan joven me ha despertado la nostalgia. ¡Qué contento estaba ese día! Le gustaba tanto el mar… Es la sangre vasca. Por mucho que su familia llevara generaciones en Madrid, a él le corría el Cantábrico por las venas. Igual que a ti.

Me mordí el labio al recordar mi última tarde de remo. Ojalá fuera más evidente esa sangre marinera de la que hablaba.

—Estarás contento de tener a Lola por allí —continuó ella—. Está triste todavía. Lo de su amiga la ha afectado mucho. Pasar unos días contigo le estará viniendo muy bien.

—Menuda sorpresa me dieron cuando entré en casa y las encontré allí —reconocí sin reducir la velocidad—. Y tú, ¿qué tal te encuentras? Te oigo más fuerte.

—No creas. Menuda paliza me está dando. Me cuesta hasta levantarme de la cama. No sé yo cómo acabará esto…

—Toma paracetamol. Y mucha agua.

—¡Ya lo hago! Y tú haz el favor de no saltarte comidas. Me tienes muy preocupada.

Me agotaba esa cantinela. Llevaba oyéndola desde que tenía uso de razón. A mi madre, a mis tías, a mi abuela… Y cuando pensaba que en Lekeitio la perdería de vista, Lourdes se aliaba con ellas para recordármela un día sí y otro también.

—¡Ya está bien, mamá!

—¿Y las ojeras que gastas? El otro día era tu cumpleaños y no quise decirte nada, pero se te ve cansado. Tienes que cuidarte más.

Abrí la boca con intención de seguir protestando, pero no me dio tiempo.

—Qué mal lo pasó esa gente… De tenerlo todo a quedarse sin nada —lamentó cambiando radicalmente de tema.

Odiaba cuando hacía eso, pero era una constante en las conversaciones con mi madre.

—¿De quién hablas?

—Los de la foto… El barquito era de ellos. Eran clientes de tu padre. Una familia muy maja. ¿Sabes el palacio que hay a la orilla del río? El que ahora es un hotel.

—¿Zubieta? —pregunté deteniendo el coche en seco.

—Ese. Ya ves qué maravilla de lugar. Pues era de ellos. Pobres… No sé quién los enredó, pero se metieron en una obra faraónica. Fueron ellos quienes hicieron toda la reforma para convertirlo en hotel. Y resultó que no tenían permiso. Según defendían, el ayuntamiento les había dado el visto bueno, pero a la hora de la verdad no había licencia. Un lío, vaya. Y de los gordos. Se arruinaron. Les quitaron todo.

Me costó articular palabra.

—¿Recuerdas sus nombres? —logré decir.

—¿Genaro? ¿Gerardo? Ay, no sé. Algo así.

—¿Y el apellido?

—Ni idea, hijo.

—¿Y la mujer? ¿Y la niña de la foto? —la apremié—. ¿No sabes cómo se llamaban?

—¿Cómo pretendes que me acuerde de algo así? Han pasado muchos años.

—Es importante. ¿Seguro que no recuerdas nada más de ellos?

—Pregunta a Lourdes. Siempre se acuerda de todo. Pero ya no viven en Lekeitio. Se marcharon a algún otro pueblo. La vergüenza es muy mala, hijo. Oí decir que el padre se suicidó. Pobres... De tenerlo todo a no tener nada. —Mi madre suspiró—. Fíjate que hasta tenían un ama de llaves. ¿Cuánta gente has conocido así? Es que ya te digo que eran gente de dinero. Cocinaba como los ángeles esa mujer. ¿No te acuerdas de una vez que fuimos a comer a su casa? Nos preparó una lasaña que tu hermana y tú no parasteis de repetir que era la mejor del mundo. —Hizo una pausa que enfatizó sus siguientes palabras—. Era italiana.

83

Lourdes no me cogía el teléfono. Su hijo, tampoco.

Si quería hablar con ella, tendría que pasar por el Muga.

Crucé el puente sobre el Lea y me adentré en el casco antiguo hasta detener el coche frente al bar. Algunos clientes de la pescadería de Mila, instalada unos metros más allá, se giraron al verme. Del puesto de Lourdes no había ni rastro. Y ya era el tercer día consecutivo.

Alberto conversaba con un par de habituales cuando entré.

—Acabo de ver que me has llamado —dijo, mostrándome el móvil.

—Te van a multar —me advirtió la clienta del pelo morado desde el taburete del fondo.

—Sí. Ahí no lo dejes ni un minuto o te cascarán doscientos euros —añadió un anciano al que no recordaba haber visto antes.

—A algunos les sobra la pasta —masculló Jokin desde un segundo plano. Leía, o fingía leer, el periódico.

No les presté atención. Me dirigí a Alberto sin rodeos.

—¿Y tu madre?

—Sigue pocha. ¿Café? —ofreció estirando la mano hacia las tazas.

—No. Venía a ver a Lourdes. Hoy tampoco ha abierto la pescadería.

—¿A verla? —preguntó el tabernero antes de negar ostensiblemente—. Qué va. Le he preguntado esta mañana si quiere que le eches un vistazo y dice que no va a molestar a nadie por un catarro tonto.

—Dile que quiero preguntarle por la foto de ayer.

—No va a servir esa excusa. Que es muy cabezota, ya lo sabes.

Me apoyé en la barra para acercarme a él. Bajé la voz.

—No se trata de ninguna excusa. Es importante. Y urgente.

Alberto puso cara de circunstancias.

—A ver qué dice. No le hará ninguna gracia que la veas sin arreglarse —me advirtió dirigiéndose a las escaleras.

Dos de las clientas de Mila asomaron la cabeza por la puerta.

—¿Qué le ha pasado a Lourdes? —preguntó una de ellas.

—Es un catarro sin más. No seáis tan cotillas —soltó Jokin, sin apartar la vista del periódico.

Las mujeres clavaron en mí una mirada cargada de recelo.

—¿Seguro? Entonces, ¿por qué ha venido el doctor a toda prisa?

Me obligué a dibujar una sonrisa tranquilizadora.

—No se preocupen. Lourdes está bien. —O eso quería creer.

Aún permanecieron allí unos segundos, esperando que alguien añadiera algo más. Cuando quedó claro que no habría más explicaciones, se dieron media vuelta y desaparecieron por donde habían llegado.

Apenas se habían marchado cuando la del pelo morado hizo un gesto hacia la puerta.

—Mira. Ya está ahí ese.

—A pagar —se mofó Jokin.

Era un policía local, uno de los compañeros de Itziar. Me estaba poniendo una multa.

—Ya me voy —dije saliendo apresuradamente.

El agente negó con un gesto y continuó rellenando sus papeles.

—En el muelle no se puede estacionar.

Alberto regresó en ese momento.

—Dice que subas.

Me giré hacia el policía y junté el índice con el pulgar.

—Solo un minuto.

—No. Retire ahora mismo el… ¡Oiga!

Subí las escaleras de dos en dos, con sus advertencias aferradas a mis talones.

La pescadera me esperaba en la puerta de su vivienda.

—¿Qué pasa ahí abajo? ¿A qué viene tanto escándalo?

—¡Lourdes! ¿Cómo estás?

—Bien, hijo. La gripe de cada invierno. Nada serio. —Se detuvo y me observó desconfiada—. ¿Te ha llamado Alberto? Mira que le he dicho que te dejara tranquilo.

—No. No ha sido él. Pero déjame echarte un vistazo, anda. No me cuesta nada.

Apoyé la mano en su frente. Tenía fiebre, aunque nada preocupante. La voz le salía ajada, como si se hubiera pasado con la ginebra, y sin maquillaje parecía más mayor. El pelo enmarañado tampoco ayudaba.

Completé el rápido reconocimiento apoyando el oído en su espalda y pidiéndole que respirara hondo. La auscultación era limpia.

—Nada grave, Lourdes. Bebe mucho líquido y no descuides la vitamina C. En un par de días estarás dando guerra otra vez.

—Eso ya lo sabía yo. ¿Ves como no era necesario andar molestándote?

—Tú nunca molestas, Lourdes. —Hice una pausa para cambiar de tema—. Oye, necesito identificar a la familia de la foto. Mi madre dice que eran los dueños de Zubieta.

—Y dice bien. Eran clientes de tu padre. Les llevó el caso del embargo del palacio, pero no hubo suerte. Lo perdieron. La foto es de aquel verano. Fue el último año que os quedasteis en mi casa. Después os mudasteis a la carretera del faro. —Lourdes hizo una pausa para toser—. Llámame malpensada, pero creo que si esta foto se quedó aquí es porque tu padre no quiso llevársela. Le traería malos recuerdos. Debió de ser muy triste para él perder aquel caso porque os habíais hecho amigos de esa gente.

—Necesito ponerles cara en la actualidad. ¿Quiénes son?

—Gerardo falleció. —La pescadera bajó la voz como quien explica algo prohibido—. Apareció en el río con una mochila llena de piedras. Goiko lo encontró. Igual que a la Iturri, qué mala suerte tiene. Y a la madre hace años que no la veo. Se mudaron a Ondarroa. Allí siempre ha habido pisos más baratos.

—¡Jon! —Era la voz de Alberto. Llegaba a la carrera por las escaleras—. ¡Tienes que mover el coche! Ese poli está llamando a la grúa.

—¿Y la niña? ¿No recuerdas su nombre?

Lourdes me miró incrédula.

—Pero, hijo. ¡Trabaja contigo!

84

Cuando detuve el coche frente a mi casa, la multa todavía estaba en el limpiaparabrisas.

Me daban igual tanto el maldito papel como la bronca monumental que me había echado el policía.

Mi mundo entero gritaba de rabia y de dolor.

¿Cómo había estado tan ciego? La había tenido a mi lado desde el primer día. Le había expuesto en bandeja mis avances y le había ofrecido una alfombra roja para que pudiera matarme. O al menos intentarlo.

Y ahora, ¿qué? Era ella quien había sembrado de muerte Lekeitio. Ya no tenía ninguna duda.

—¿Lola? —llamé abriendo la puerta.

El único que corrió a recibirme fue Sua. Mi sobrina no había regresado aún.

No me sorprendió. Lo extraño hubiera sido lo contrario. Apenas habían pasado un par de horas de su marcha. Pero el cielo, antes tan azul, había comenzado a cubrirse de nubes cada vez más compactas. No tardaría en llover.

Le acaricié el lomo a Sua y le revolví el pelo del cuello. Estaba inquieto. Me buscaba una y otra vez.

—Espera. Ahora te hago caso —le dije mientras marcaba el número de Itziar. Se lo debía. Tenía que saberlo antes que nadie.

Había llegado el momento de apartarme. Mi camino terminaba allí. No era policía. No podía presentarme en el domicilio de la asesina y ponerle unas esposas en las muñecas. Eso les correspondía a otros.

En cuanto respondió, se lo conté todo. Desde el motivo que se ocultaba tras los crímenes hasta el vínculo de mi propio padre con aquella familia.

Ella apenas me interrumpió; se limitó a mascullar alguna que otra maldición.

Solo tomó la palabra cuando terminé.

—Quédate en casa y no hagas más tonterías. ¿Me oyes? Te mandaré a alguien para que te proteja. Tu padre fue su abogado, Jon. El abogado que no logró salvarlos. Para alguien como ella, eso es suficiente. Va a por ti. Yo me encargo de localizar a Castaños para explicárselo. Tú cierra a cal y canto y no te muevas de ahí.

Sus últimas palabras llegaron acompañadas del batir de los postigos. El viento sur había rolado a noroeste y la anunciada lluvia comenzaba a caer sobre la costa vasca.

Cogí un impermeable y marqué el número de mi sobrina. Iría a recogerla. Que no diera una sola pedalada en esas condiciones.

—Joder… —murmuré mientras el auricular repetía los tonos de llamada.

Ella también estaba en peligro. Al fin y al cabo, era la nieta del abogado que no había logrado frenar el embargo del palacio.

Seguí marcando su número, una y otra vez, mientras Sua brincaba nervioso a mi alrededor.

—¿Qué te pasa? —pregunté agachándome a su lado.

Ladró con la mirada fija en la puerta de la cochera. Un ladrido angustioso, que alternaba con un grave gruñido.

¿Qué trataba de decirme?

Me acerqué, la abrí y encendí la luz.

De pronto, el mundo se detuvo.

¿Qué hacía ahí la bicicleta de Lola?

Fruncí el ceño y corrí al dormitorio. La cama estaba vacía.

—¿Lola? —grité mientras subía las escaleras de dos en dos.

Arriba tampoco encontré rastro de ella.

Una sensación de vértigo me sacudió con saña.

Volví junto a la bici, apoyé la mano en el sillín y algo pegajoso me obligó a retirarla al instante.

Giré la palma hacia mí y sentí que me quedaba sin aire.

Era un mingorri.

85

Se la había llevado.

No habría hecho falta fuerza. Lola la conocía. Yo mismo se la había presentado en el ambulatorio días atrás. Sabía que se trataba de alguien en quien yo confiaba.

Me dejé caer al suelo, con la espalda apoyada junto a la bicicleta, y abracé a Sua. Tenía que pensar. Deprisa, pero con frialdad.

No podía repetir el error de aquella maldita carretera de la sierra de Guadarrama.

La vida de mi sobrina estaba en juego y no me iba a equivocar.

—Castaños —mascullé.

Sí, lo primero era avisar a la Ertzaintza. Solo ellos podían poner en marcha un gran dispositivo de búsqueda.

Cogí el teléfono y llamé al oficial. Confiaba en que Itziar hubiera tenido tiempo de ponerlo al corriente de mis avances y en que todo resultara sencillo.

No fue así.

—¿Ha decidido confesar? —me saludó su voz tras solo dos tonos.

Apreté los dientes. No lo soportaba.

—Se ha llevado a mi sobrina.

Castaños guardó silencio.

—¿De quién me está hablando?

—De ella. De la asesina.

Otro silencio. Más largo.

Entendí que no sabía nada. Itziar todavía no le había llamado.

Respiré hondo y empecé otra vez. Desde el principio, añadiendo el hallazgo de la bicicleta, el mingorri y la ausencia de Lola.

—Todo esto es culpa suya —me acusó Castaños—. Si no se hubiera inmiscuido en una investigación criminal, hoy su sobrina…

—Oficial —lo interrumpí, incapaz de contener la rabia un segundo más—, cállese y haga su trabajo de una maldita vez.

Mis palabras lo dejaron fuera de juego. No se las esperaba.

—Ni se le ocurra moverse de casa —ordenó tras un incómodo silencio—. Déjenos esto a nosotros.

La siguiente llamada que hice fue a la inspectora. La Policía Local de Lekeitio también tenía que ponerse en marcha.

—La tiene, Itziar. Mi sobrina se ha ido con ella.

Una interferencia se coló en la conversación.

—¿Cómo dices? ¿A quién tiene?

—A mi sobrina. ¡A Lola!

El auricular seguía crujiendo.

—¿A quién? Habla más despacio que no te entiendo. Voy por la carretera de la costa y la cobertura va y viene.

Se lo repetí una vez más.

—¿Has probado a llamarla? —me preguntó cuando por fin me entendió—. Lola no es su objetivo, Jon. Eres tú. Tu sobrina es solo el cebo con el que atraerte a su telaraña. Llámala, intenta averiguar dónde se encuentra y cuéntamelo. No acudas en ningún caso. ¿Me oyes? ¿Lo harás?

Los crujidos en la línea regresaron con intensidad, pero había tenido suficiente. Colgué y me llevé las manos a la cara.

—¡Jodeeer! —grité con todas mis fuerzas.

Sua se sumó a mi desesperación con un aullido.

La policía estaba alertada. Ya solo quedaba contactar con quien se había llevado a Lola.

Tragué saliva y activé el teléfono una vez más.

Todavía no había abierto la lista de contactos cuando la pantalla mostró una llamada entrante.

Era Nerea.

—Dime —saludé sin ceremonias.

—¡Jon! ¡Deprisa! Sé dónde está Cristina. Tiene a tu sobrina —exclamó atropelladamente—. Las he seguido. Ven sin hacer ruido. Solo. Juntos la liberaremos.

—¿Dónde están? —logré preguntar a pesar de la rabia que me oprimía la garganta.

Los graznidos quejosos de una gaviota se adelantaron a las palabras de mi compañera, que sonaron tan claras como concisas.

—Están en el molino de marea.

86

El aguacero había arreciado. Era apenas mediodía, pero la costa vasca parecía sumida en plena noche. Los escasos cuatro o cinco pasos que separaban mi casa del coche bastaron para que me empapara de la cabeza a los pies.

Me dejé caer en el asiento del conductor. Sua trepó al del copiloto.

—Vamos a salvarla —le aseguré arrancando el motor. En realidad, necesitaba oírlo yo.

Conduje a toda velocidad por la carretera del faro. Los limpiaparabrisas barrían el cristal con furia y, aun así, apenas distinguía lo que tenía delante. Las calles de Lekeitio me brindaron una leve tregua, pero la lluvia recuperó su intensidad al llegar a la playa. El viento llegaba del mar, racheado, y me obligaba a coger el volante con firmeza para no perder el rumbo.

Antes de dejar el coche en el puente sobre el Lea, llamé a Itziar. Tenía que decirle a dónde iba.

Solté una maldición cuando una locución me informó de que su teléfono estaba fuera de cobertura. Probé con Castaños. Sabía que me abroncaría por no haber obedecido su orden; por salir de casa e ir tras mi sobrina, pero daba igual. Tenía que avisarlo.

Con él tampoco hubo suerte. La línea comunicaba.

—¡Joder! —grité aferrado al volante.

No perdí más tiempo. Salí disparado hacia el sendero. El astillero de Goiko se veía desierto. El resto del mundo, también.

La lluvia no amedrentó a Sua. Avanzaba a buen ritmo por la senda que tantas jornadas había recorrido con Lea. Yo lo seguía a duras penas. La visibilidad era mínima. Esta vez no era la niebla, como la mañana en que comenzó todo, sino una cortina implacable de agua.

Apenas se distinguían unos metros por delante. El paisaje se desdibujaba bajo el enésimo temporal de un inicio de año que las

agencias meteorológicas calificaban como el peor desde que había registros.

El lodo del camino me hizo resbalar varias veces. Cada vez que caía, Sua retrocedía en mi busca y no retomaba la carrera hasta comprobar que me encontraba bien.

Tenía ganas de llorar de impotencia, pero la rabia me hervía en la sangre. Estaba dispuesto a lo que hiciera falta para salvar a Lola.

La bajamar se hacía notar. El cauce del Lea se había retirado hacia el centro del estuario y solo los diques del molino retenían una amplia lámina de agua junto a la senda.

No había nada más que la lluvia golpeando el estanque de marea y mi propia respiración desbocada. Nada. Ni el aroma de los eucaliptos ni las notas marinas del salitre.

Sua no se detuvo hasta llegar al arranque de uno de aquellos muros de contención. Apenas un par de segundos. Los suficientes para olfatearlo y adentrarse en el dique siguiendo el rastro de Lola.

Fui incapaz de no sentir una punzada de dolor al recordar a mi sobrina en aquel mismo escenario, grabándose feliz mientras corría entre dos aguas. Habían pasado dos días. Solo dos. Y, sin embargo, parecía haber una vida entera entre entonces y ahora.

El edificio del molino fue tomando forma a medida que avanzaba, varado en medio de aquel mundo de lodo y agua, castigado por la lluvia y el viento que barría las marismas.

Sua se paró unos metros antes de alcanzar la construcción y rompió a ladrar en posición de alerta.

Entonces lo vi.

Un bulto oscuro aguardaba junto a la puerta.

Era Nerea.

La capa impermeable le cubría el cuerpo entero. Solo el rostro y algunos mechones empapados asomaban bajo la capucha. El agua le resbalaba por la barbilla.

Mi compañera me hizo un gesto para que me mantuviera en silencio. Después señaló la misma ventana a la que Lola se había asomado dos días atrás.

—¿Dónde está? —pregunté sin perder un instante.

—Están justo aquí. Dentro —dijo bajando la voz—. Asómate con cuidado. Cristina nos da la espalda.

Negué con la cabeza, incapaz de abrir la boca.

—Vamos. Tienes que hacer algo, rápido. Está atada —apremió.

El estruendo de la compuerta abierta se imponía a sus palabras. El agua embalsada buscaba el mar por la abertura del dique y la turbina giraba con violencia bajo el molino.

Me quedé inmóvil. La garra que me oprimía la garganta me impedía hablar. Pasaron unos segundos eternos.

—Basta ya, Nerea. —Me sorprendió mi propio torrente de voz. Sonaba con un aplomo que no sentía—. No voy a caer en tu trampa. Devuélveme a Lola y dejaré que te marches. La policía viene de camino.

La expresión de su rostro se congeló en seco. No contaba con eso.

—¿Qué dices? —preguntó desconcertada—. Es Cristina, Jon. ¡Cristina! Está ahí. Tienes que entrar y salvar a tu sobrina.

Di un paso hacia ella.

—No, Nerea. La asesina eres tú. Nos has engañado a todos, pero ahora ya sé la verdad.

87

—Eres un asesino, Jon. Los has matado tú. A todos.

—¿De qué hablas?

La mano derecha de Nerea emergió del impermeable. Sostenía algo que reconocí en el acto. Era el mazo de madera de olivo. El arma llegada de Cerdeña que había segado ya cuatro vidas en Lekeitio. La misma con la que había estado a punto de matarme aquel día, junto al salto de agua.

—Tu regreso ha sido su sentencia de muerte. Si no estuvieras aquí, nada de esto habría sucedido. Lea estaría viva. Y también Aresti, la Iturri y ese juez viejo.

Mientras hablaba, Nerea abrió de una patada la puerta del molino y pude ver a mi sobrina. Estaba amordazada y atada a una silla.

—¡Lola!

—¡Quieto! —ordenó mi compañera alzando el martillo—. Un solo paso más y acabo con ella. Ya has comprobado que sé hacerlo.

—Suéltala. Es solo una niña. No tiene la culpa de nada.

Nerea me observó con gesto burlón.

—Qué fácil ha sido traerla… Solo he tenido que contarle que había conseguido que nos pusieran en marcha el molino y que tú nos esperabas aquí. Pobrecilla. Tan crédula. Tan ingenua todavía.

Detrás de ella, Lola forcejeaba tratando de liberarse. Su mirada desvelaba un inmenso terror.

—Deja que se vaya —dije uniendo mis muñecas—. Cámbiala por mí.

Nerea me dedicó una mueca cargada de desdén.

—¿Sabes lo peor de todo? Sigues ahí plantado, sin pedirme perdón por el daño que me hiciste. Siempre tan egoísta, Jon… El médico ilustre que llegó de Madrid para salvar nuestro pueblo… Cuando supe que eras tú, pensé que lo primero que harías sería

disculparte. Que confesarías que sentías lo de mi padre y que te avergonzabas de lo que nos habíais hecho.

—¡Pero yo no sabía nada! ¿Por qué no me dijiste quién eras? Hemos compartido secretos cada mañana. ¿Tan difícil era explicarme lo que había pasado entre nuestras familias?

—Entre tú y yo, Jon —matizó Nerea—. Éramos amigos. Y no me digas que no lo recuerdas. Jugábamos a piratas en el velero de mi familia, buscábamos cangrejos en la isla. ¿Y la cabaña en el árbol? Nos escondíamos allí a comer chocolate. Era mi lugar secreto y te lo mostré. También eso me lo quitó tu padre. Maldita sea la hora en que mi familia confió en él.

Sus palabras despertaron un recuerdo borroso. Los tres años que nos separaban bastaban para que su memoria fuera más nítida que la mía. Yo tendría ocho o nueve años; ella, doce, cuando ocurrió todo aquello.

—Yo no sabía nada, Nerea. ¡Era un niño!

Mi compañera desechó el argumento con una risita amarga.

—Fue tan decepcionante tu llegada… —continuó—. Ni siquiera me reconociste al entrar en el ambulatorio. Qué buen trabajo hicieron tu padre y sus amigos… Reescribieron la historia y nos borraron por completo de ella. ¡El mío se suicidó por vuestra culpa! Y Lea y tú os beneficiasteis de ello. Vuestras cómodas vidas llenas de viajes, de experiencias, de trabajos admirados… están levantadas sobre el sufrimiento de mi familia.

Tragué saliva. Sua se había colado en el molino y tiraba con los dientes de las cuerdas que ataban a Lola.

—¿Y los demás? —pregunté. Tenía que seguir atrayendo su atención. Necesitaba ganar tiempo—. ¿Por qué los has matado?

—¿Los demás? —repitió Nerea—. Ya te he dicho que los has matado tú. Regresaste como si nada, convertido en el héroe que no eras. Tu aparición fue el recordatorio de que aquí nunca pasó nada. De que los que nos arruinaron podían volver, levantar la cabeza y seguir adelante.

Traté de abrir la boca, pero ella me lo impidió.

—¿Sabes qué aprendí de Grazia? Que cuando la naturaleza no hace su trabajo, alguien tiene que hacerlo. Este pueblo estaba

enfermo. Una familia en la calle mientras otros brindaban con los bolsillos llenos. —Nerea simuló el golpe del martillo—. Alguien debía extirpar el mal. Por pura compasión.

—No es compasión, Nerea. Es venganza.

—¡Calla! —gritó, negando con la cabeza—. Creísteis que era un plan perfecto. Y casi lo fue. El padre de Lea animó a mi familia a reconvertir en hotel el palacio de Zubieta. Él y esa concejala corrupta nos empujaron a endeudarnos con Aresti. Cuando todo estaba listo, nos negaron la licencia. El arquitecto recibió su recompensa, la concejala lanzó su carrera. Y entonces entró en juego tu padre. Quien debía defendernos se convirtió en nuestro mayor enemigo. Esa casa donde vives, Jon, fue el precio de una traición. ¿Qué se siente al dormir entre sus paredes?

—Lola es inocente. Deja que se marche.

Nerea sacudió la cabeza.

—Si la dejo vivir, nada de esto habrá servido. La sangre que corre por sus venas es la misma que destruyó a mi familia. Ella heredará la casa. También la culpa. Va a pagar por ello. Igual que tú.

De pronto una sombra salió del interior del molino.

Lola había logrado soltarse con la ayuda de Sua, pero todavía tenía las manos ligadas a la espalda con una brida.

Nerea reaccionó de inmediato y la derribó de un empujón.

Mi sobrina cayó al depósito de marea.

—¡Lola! —grité, lanzándome tras ella.

La corriente la arrastraba hacia la compuerta abierta. El agua almacenada por los diques escapaba con violencia hacia la cámara donde la turbina giraba a toda velocidad. La succión era brutal. Si no conseguía apartarla de allí, acabaría triturada en cuestión de segundos.

Alcancé a Lola por la chaqueta. La giré boca arriba y le arranqué la mordaza. Ella tosió con violencia y escupió agua. Apenas podía respirar.

La corriente seguía empujándonos hacia la abertura.

—Con los pies, Lola. ¡Dale con todas tus fuerzas!

La cogí entre mis brazos y me impulsé tan rápido como podía. Sentía la adrenalina latiendo en mi interior.

La voz de la asesina se alzó por encima del caos. No gritaba. Recitaba.

Sus palabras eran incomprensibles, pero tenían una cadencia extrañamente armoniosa, casi hipnótica, impropia de aquel momento.

Reconocí la cantinela.

La había oído antes. En boca de la lamia que merodeaba la casa-torre de Aresti. También aquella mañana, a orillas del Lea, cuando intentó matarme. Aquel idioma que entonces no supe identificar me resultaba ahora evidente.

Era sardo.

No era la dulce melodía de las dos amantes clandestinas de la cueva de Okamika. Se trataba de alguna vieja oración. La misma que Grazia debía de recitar antes de poner fin al sufrimiento de alguien.

Nuestras piernas golpeaban el agua con desesperación, pero la compuerta seguía acercándose. Faltaba muy poco para que nos devorara.

—Más rápido, Lola. ¡Mucho más rápido! ¡Es un sprint!

Sua nos ladraba desde el dique, pero sus ánimos de poco iban a servirnos contra la fuerza del agua.

Cerré los ojos para concentrarme en mis piernas. Las agité enloquecido.

Comenzamos a avanzar en diagonal, centímetro a centímetro, saliendo de la línea directa de la compuerta. No recordaba haber hecho nunca un esfuerzo semejante. Estaba al límite, pero conseguí arrastrar a Lola hasta el dique.

Reuní el último resto de fuerza y estiré el brazo.

Mis dedos rozaron la piedra.

Resbalé.

Volví a intentarlo.

Esta vez logré agarrarme al canto del muro y apoyar la mano con firmeza.

No fui consciente de que volvíamos a estar a merced de Nerea hasta que no descargó el mazo sobre mis dedos. Los oí crujir y creí morir de dolor. Grité con todas mis fuerzas mientras ella se

preparaba para golpear de nuevo. Esta vez su objetivo era la cabeza de Lola.

—¡Nooo! —me oí chillar.

Sua salió de entre las sombras y se lanzó contra el brazo de la asesina. La dentellada la hizo aullar de dolor.

El mazo se le escapó de la mano, cayó al agua y acabó destrozado por la turbina.

Desarmada, Nerea nos dio la espalda y echó a correr por el dique.

Huía.

No llegó lejos.

—¡Alto! ¡Policía! —Itziar le cortó el paso. La apuntaba con su arma.

Compartir con ella mi ubicación para cuando recuperara la cobertura había sido una buena idea.

Nerea levantó las manos. Se rendía.

Sentí un alivio brutal mientras ayudaba a Lola a subir al muro.

—Ya está. Todo ha acabado —le susurré.

Me equivocaba.

La asesina se giró de repente y regresó hacia nosotros.

—¡Detente! —ordenó Itziar, disparando al aire.

No obedeció. En lugar de eso, se lanzó al agua y nadó hacia la compuerta.

Salté tras ella sin pensarlo. Lekeitio no podía permitirse una sola muerte más.

La corriente la arrastraba directa hacia la turbina. La plegaria sarda me llegaba entrecortada por el rugido del agua.

Nadé con todas mis fuerzas y logré atraparla por la pierna.

Su primera reacción fue tratar de soltarse, pero después se volvió hacia mí y se aferró a mi cuello.

—Moriremos juntos —escupió.

Forcejeé, tratando de zafarme, pero la succión nos arrastraba sin remedio. Cada brazada era inútil.

Comprendí que esta vez no habría vuelta atrás.

Estábamos demasiado cerca para evitarlo.

Sentí el tirón definitivo.

La turbina estaba ya ahí, al alcance de la mano.

Cerré los ojos. No quería ver cómo aquellos enormes dientes de hierro me destrozaban.

Me dije en un último aliento que al menos había logrado salvar la vida de Lola.

Y entonces, de repente, el agua dejó de empujar.

El rugido cesó en seco.

Me costó unos segundos comprenderlo. Nerea también me observaba con desconcierto.

Alguien había cerrado la compuerta.

Alcé la vista hacia el molino y vi a Itziar y a Lola en la ventana. Sua estaba entre ellas y supe que, de algún modo, él también sonreía.

88

Tenía que estar en aquel mueble.

No lo había comprobado todavía, pero solo podía estar en él porque allí estaba todo. Un cajón de sastre al que iban a parar todos esos papeles que certifican una vida y que una vez guardados jamás vuelven a consultarse. Desde recibos con membrete de bancos que ya no existen hasta algún que otro catálogo de Ikea con los precios aún en pesetas.

Sí, tenía que estar ahí. Como todo. Pero la sola idea de enfrentarme a la verdad me aterraba.

—¿Cómo vas, Lola? —pregunté asomándome a las escaleras.

Me contestó un ladrido desde el desván. Sua la había acompañado.

—¡Voy! ¿Puedo llevarme también una de estas boyas de cristal?

Me reí. La genética debía de haberla escogido a ella para perpetuar la pasión de mis padres por aquellos cachivaches inútiles. Había subido a escoger una de las miniaturas de faros. Un recuerdo de Lekeitio para poner en su cuarto.

—Coge todo lo que quieras.

Mi mirada regresó al mueble del televisor.

Me mordí el labio. No podía seguir retrasándolo. Era probable que aquello doliera, pero no estaba dispuesto a fingir que no existía.

Abrí el primer cajón y aparté las facturas de electricidad, agua y otros suministros que mis padres guardaban desde la noche de los tiempos. Enterrada bajo todos aquellos papeles y en un sobre grande de color salmón, dormía la escritura de propiedad. Nunca se me había ocurrido leerla. ¿Para qué?

La primera página bastó para confirmar mis temores. No habíamos comprado la casa del camino del faro. No había compraventa, ni préstamo, ni rastro alguno del esfuerzo económico que siempre di

por hecho. El documento que sostenían mis manos era una escritura de donación.

Volví al encabezado, como si una segunda lectura pudiera alterar las palabras. Pero no. Allí estaban los nombres, impresos con la frialdad propia de la tinta notarial. El donante figuraba con toda claridad:

José Ignacio Aresti

Tragué saliva. Parpadeé una vez, dos, intentando convencerme de que tenía que haber una explicación que no fuera el palacio de Zubieta. Pero no la había. Claro que no. La única posible era que mi padre se hubiera dejado sobornar por el constructor para traicionar a su cliente. Para condenar a Nerea y su familia.

La vergüenza y la rabia me quemaban la garganta.

Él y su sentido del honor, de la honradez y de la justicia. Nos había educado a mi hermana y a mí sin separarse jamás de esos conceptos. Se le llenaba la boca con ellos en cualquier situación, ya fuera en el colegio o en una competición deportiva.

Lo recordé en la montaña, cuando me repetía que no buscara el camino fácil, que no había atajo sin trabajo. O en las tardes de regatas, cuando la trainera de Lekeitio perdía y él me hablaba de la nobleza de saber perder y de la vergüenza de ganar haciendo trampas.

Y de pronto todo eso se hacía añicos, como el reflejo de un espejo roto.

Miré a mi alrededor. Aquella casa —mi casa— era el fruto de un engaño. De una traición. La misma en la que habían participado un arquitecto municipal y una concejala al servicio de un empresario sin escrúpulos que había comprado su dignidad. El juez Rábago pudo ser parte de aquello o quizá se había limitado a dictar una sentencia que creyó justa.

Estaba tan absorto en la escritura de propiedad que no oí bajar a Lola.

—Ya estoy. Me llevo dos boyas y un faro. El del cabo Home. Creo que es de Galicia.

—¿No te caben más en la maleta? —bromeé. No me molestaban allí arriba, pero me hacía gracia la idea de inundarle a mi hermana la casa de esos enredos con olor a mar.

—Cuando vuelva en verano me llevaré alguno más. Para que los tengas en un triste desván, mejor estarán en Madrid.

Eché un vistazo al reloj y cogí las llaves del coche.

—Venga, que a este paso perderás el vuelo.

El coche nos esperaba junto a la puerta. La bicicleta estaba ya en el maletero. Desmontada y envuelta en su funda de viaje. Solo faltábamos nosotros.

—Voy a echar de menos esto —admitió mi sobrina recorriendo el mar con una mirada que acabó posándose en el faro de Santa Catalina.

El cielo rojizo del crepúsculo lo envolvía todo en una atmósfera que hubiera hecho las delicias de los cazadores de likes en Instagram. Un mundo perfecto de no haber sido por esa escritura que me había abierto una vía de agua en pleno corazón.

Sua se acercó a Lola en busca de caricias. No se separaba de ella. Era consciente de que se marchaba.

—¿Qué vas a hacer con él? —Mi sobrina lo abrazó y alzó la mirada hacia mí—. Porque tú necesitas alguien que te cuide, tío. Y Sua ha demostrado que sabe hacerlo perfectamente.

Me los quedé mirando. Los dos ahí, observándome a la espera de una respuesta. Respiré hondo y cuando iba a abrir la boca para mascullar la enésima excusa, para decir que era un tipo muy ocupado, que no me veía capaz de cuidar de un perro, solo fui capaz de soltar un suspiro.

No tenía sentido seguir engañándome a mí mismo.

—Sua se queda conmigo. —Me agaché para ponerme a su altura —. Si quiere, claro.

El border collie agitó el rabo y corrió a colmarme de lametazos.

—Para ya… No seas pesado… ¡Que pares! ¿No ves que vas a tirarme?

Demasiado tarde. Para cuando quise darme cuenta, estaba en el suelo, a merced de su entusiasmo desmedido.

Cuando conseguí zafarme de él y ponerme en pie, fue Lola quien me abrazó. Estaba exultante. Saber que cuando regresara en verano Sua seguiría ahí fue la mejor noticia que podía recibir.

Su teléfono se ocupó de poner fin al abrazo.

—Es tu querida hermana. Querrá asegurarse de que no llegamos tarde al aeropuerto… —Se rio mientras se lo llevaba a la oreja—. Hola, mamá. Ya estamos de camino… ¿Qué…? No puede ser… ¿De verdad? —El rostro de Lola se congeló en una mueca de dolor. Tras unos instantes que se me hicieron eternos, se apartó el teléfono y me clavó unos ojos temblorosos—. Lo han detenido, tío. Han encontrado a ese cabrón del coche negro.

Tuve que esperar a que colgara para conocer los detalles. Esa mañana lo había vuelto a hacer. De nuevo en el puerto de Navafría y de nuevo dándose a la fuga tras provocar un accidente con ciclistas, esta vez sin consecuencias fatales. Afortunadamente, su huida se había truncado solo dos curvas después, al salirse de la calzada e impactar contra el quitamiedos.

—Ha admitido que fue él. Dice mamá que tengo que ir mañana a la comisaría a ver si reconozco el coche. Te llamarán a ti también.

Asentí lentamente. Era una buena noticia. La mejor.

La imagen de Mónica regresó a mi mente. No la Mónica sin vida tendida en el asfalto, sino aquella desbordante de vitalidad con la que había compartido los mejores años que recordaba.

—Tío… —Lola me miró directamente a los ojos—. Sé que te tortura lo que pasó aquel día. Yo también echo muchísimo de menos a Sofía, pero no había nada que pudieras hacer. Lo que viví en aquella carretera fue la demostración de amor más bonita que he visto en mi vida. Ojalá algún día alguien me quiera tanto como tú a Mónica. —El faro lanzó el primer destello de la noche. Comenzaba así su rutina de luz y oscuridad, ajeno a todo cuanto ocurría junto a él—. Quiero que sepas que estoy superorgullosa de ti.

Traté de contener las lágrimas, pero la luz del faro se volvió borrosa. Por primera vez en mucho tiempo me sentía en paz conmigo mismo.

Y, a pesar de todo, fui consciente de que todavía me quedaba algo por hacer.

89

Giré la llave en la cerradura.

Dos vueltas. Un doble clac que había oído muchas veces pero que esta vez me sonó diferente. A despedida.

Me senté al volante y me giré hacia Sua. Hacía un buen rato que ocupaba el asiento del copiloto. No quería quedarse atrás.

—¿Preparado?

El maletero del coche estaba lleno a rebosar. El asiento trasero, también.

Todo listo para un viaje al encuentro de la dignidad.

Apenas cinco minutos después aparqué junto a la pescadería de Lourdes.

—¿Ya estás? —preguntó quitándose el delantal—. Mila, échame un vistazo al puesto. Vuelvo en un momento.

—No te preocupes. Puedo hacerlo solo.

—Claro que no. Dame un par de bolsas, anda. Yo te ayudo.

Sua nos siguió escaleras arriba.

—Sabía que acabarías quedándotelo. Hacéis muy buena pareja —comentó la pescadera deteniéndose a hacerle un arrumaco. Después nos guio a través de su casa y empujó una puerta.

—Me encanta —mascullé en cuanto la habitación se desplegó ante mí.

Era tal como la recordaba, pero más pequeña. Mucho más.

—Qué recuerdos, ¿verdad? —Lourdes me apoyó la mano en la espalda.

Un brote inesperado de nostalgia me caló hasta los huesos. Habíamos sido muy felices entre aquellas cuatro paredes. Un lugar sencillo y sin pretensiones, al que soñábamos con regresar verano tras verano. Un lugar donde éramos nosotros, una familia que no necesitaba gran cosa para estar bien. Solo unas camas cerca de la

playa y la certeza de habernos ganado aquellas vacaciones con nuestro esfuerzo.

—Serán solo unas semanas —dije, dejando el equipaje junto al armario—. Mientras encuentro un piso.

—No tengas ninguna prisa, Jon. Esta será siempre tu casa.

Los dos sabíamos que tardaría en marcharme. No era fácil encontrar un lugar donde vivir a un precio razonable. No en Lekeitio.

Quizá tuviera que bajar las escaleras y sumarme a quienes protestaban en el Muga contra la invasión de esos turistas que convertían la vida en algo imposible. Aunque algo me decía que si las maletas desaparecieran del mapa nada cambiaría. Los precios seguirían por las nubes y la vivienda escasearía por cualquier otro motivo.

Lo único que tenía claro era que jamás volvería a pisar la casa del camino del faro. Mi madre seguía creyendo que aquella propiedad había sido una de esas oportunidades que aparecen cuando uno conoce a la gente adecuada. Algún día le explicaría la verdad. Pero esa era una conversación para la que todavía no tenía fuerzas.

Si después de saberlo quería conservarla, sería decisión suya. Yo no pensaba volver a dormir un solo día más en un lugar que lo único que me provocaba era vergüenza.

—Ya sabía yo que ese caserón se te iba a quedar grande —comentó Lourdes mientras me acercaba a la ventana.

Ahí estaban los barcos y la vida portuaria. Tal como lo recordaba.

Los tripulantes de uno de ellos descargaban anchoa bajo el sirimiri. Cajas de un verde chillón que emergían de las bodegas y acababan en el vientre de un camión frigorífico.

Observaba la escena cuando la voz de Alberto me llamó desde la escalera.

—Jon. Aquí hay alguien que pregunta por ti. ¿Puedes bajar?

Cuando llegué al Muga, el tabernero señaló con un gesto hacia la puerta.

Estaba ahí, con sus brazos inflamados por los ejercicios de fuerza. Y también con su calva y su barba pelirroja. No llevaba el uniforme.

—Castaños —saludé, confundido.

—Oficial Castaños —me recordó él antes de tenderme la mano—. ¿Le importa que salgamos?

Se la estreché y lo seguí a la calle.

—Conste que no apruebo lo que hizo —dijo antes de encenderse un cigarrillo—. Es usted médico, no policía, y se puso en peligro de manera irresponsable. Pero de bien nacido es ser agradecido y… Vaya, que… No quiero decir con esto que sin su ayuda no hubiéramos acabado llegando a la misma resolución, aunque…

La sonrisa me brotó sincera, igual que la palmada que le di en el brazo.

—Gracias, oficial.

El policía asintió, aliviado. Acababa de quitarse un peso de encima.

Dio una larga calada con la mirada perdida.

—Nerea actuó sola, movida por el rencor. Una venganza que llevaba mucho tiempo dormida y que, al parecer, fue su llegada la que volvió a poner en marcha. Cuatro crímenes, que debían haber sido cinco con el suyo, doctor. Tiene suerte de poder contarlo.

Así que era eso. Quería compartir conmigo sus avances. O quizá sintiera que me debía alguna explicación.

—Lo tuvo fácil para acceder a las llaves de dos de los domicilios —continuó—. Solo tuvo que buscar en el bolso de su compañera, la de la limpieza, y salir a una ferretería a copiarlas. El juez Rábago fue la víctima más sencilla. Un hombre mayor, solo, sentado en su butaca…

No hacía falta que dijera más. Sabía perfectamente cómo continuaba. Lo había visto con mis propios ojos. Y lo peor era que probablemente ese hombre se hubiera limitado a impartir justicia en base a una defensa tramposa liderada por mi propio padre.

—¿A Aresti también pretendía matarlo en casa? —pregunté. Estaba seguro de que era Nerea quien recitaba aquella oración sarda camino a su casa-torre.

Castaños asintió.

—Su plan consistía en sorprenderlo en la cama. Era muy temprano. Pero su aparición, doctor, cambió sus planes. Le regaló usted a ese hombre cuatro días de vida. Por desgracia, el paseo del empresario hasta el calvario antes de la regata le ofreció a la asesina un escenario favorable.

—Y una puesta en escena que hubiera firmado el propio Hitchcock.

El oficial continuó desgranando algunos pormenores del caso. Nerea había entrado en el domicilio de Aresti para eliminar cualquier documento que relacionara a su familia con él. Papeles antiguos, resoluciones judiciales, rastros de aquel pleito que terminó arrebatándoles la casa y que tenía que evitar a toda costa que llegara a mis manos.

—Y trató en lo posible de hacerlo mirar hacia otro lado cuando se dio cuenta de que se estaba acercando. Especialmente cuando regresó de Cerdeña con el nombre y la historia de una mujer a la que ella conocía demasiado bien.

—Grazia Serra —suspiré.

Castaños apuró el cigarrillo.

—Usted ha sido su verdadero dolor de cabeza, doctor. Y me temo que lo va a seguir siendo, porque le espera una buena temporada entre rejas. Quizá toda una vida.

Sua llegó corriendo desde el interior del Muga. Ladrando al oficial. Mostrándole los dientes.

—Ven aquí, anda. Pórtate bien —le dije rascándole detrás de las orejas.

—¿Piensa quedárselo? —preguntó el policía.

Me encogí de hombros.

—Me temo que es él quien lo ha decidido por mí.

Castaños soltó una risa seca.

—Dos cabezotas juntos. Era de esperar... Haga el favor de no saltarse las normas también en esto. Solicite formalmente la adopción. No me obligue a tener que pedirle los papeles. —Se giró para marcharse, pero se detuvo antes de dar el primer paso—. Gracias, doctor. Y disfrute de Lekeitio. Espero que no tengamos que volver a vernos.

Después abrió el paraguas y se alejó muelle abajo.

90

Había pasado un mes desde mi mudanza al piso de Lourdes cuando mis remos empujaron el bote hacia el centro del estuario. Avanzaba en silencio, con una destreza que me sorprendió a mí mismo, fruto sin duda de tantas tardes de entrenamiento en la trainera.

Los últimos jirones de bruma se resistían a disiparse. Flotaban entre los carrizos y las ramas de unos árboles de ribera que la primavera había teñido de verde.

Sentada en la proa, Valeria sostenía la urna con los restos mortales de Grazia Serra. Castaños y su equipo la habían encontrado durante la inspección de la vivienda que Nerea compartía con su madre en Ondarroa, el mismo piso del que su padre había salido una mañana para arrojarse al Lea con una mochila cargada de piedras y vergüenza.

La guardaban allí por si algún día alguien llegaba desde Cerdeña preguntando por ella.

Era un recipiente sencillo, de acero inoxidable y sin nombres grabados. Una oda al anonimato que había caracterizado la existencia de una mujer que se había visto obligada a silenciar su vida cuando todavía era demasiado joven.

En un momento dado Valeria me indicó que dejara de remar. Alzó la mirada hacia el palacio de Zubieta, desde cuyas ventanas su tía abuela decía ver el río cada mañana, y abrió la urna.

—*Va' in pace, zia* —murmuró, dejando que el viento dispersara las cenizas sobre las marismas.

Quería esparcir parte de ellas en Lekeitio, el lugar que había visto renacer a Grazia. El resto regresaría a Cerdeña para reposar en el panteón familiar.

Planeaba celebrar en Ottana un funeral y un acto de desagravio, al que insistía en invitarme. De no haber sido por mí, defendía, jamás

la hubieran encontrado.

Vi volar en libertad las cenizas, que danzaron con la bruma y se fundieron en un abrazo eterno con las aguas del Lea.

Grazia Serra, la acabadora, había cumplido el paradigma de la longevidad sarda y había fallecido bien entrado el siglo XXI.

Para los pocos que la conocieron, fue siempre Gracia Valcarce, la leonesa. Una muchacha llegada a finales de los años cincuenta desde alguna aldea pobre de los Ancares para servir en el palacio de Zubieta. Eso decía la historia que habían construido para ella. Eso repitieron quienes la protegieron. Y eso acabó siendo verdad para todos los demás.

Ni siquiera el parte de defunción mencionaba su origen italiano. La familia de Nerea la había ayudado a enterrar su verdadera identidad hasta el último día. En el registro constaba apenas lo imprescindible: Gracia Valcarce, de padres desconocidos, natural de lugar no acreditado, fallecida a la edad aproximada de noventa años.

Nada más.

Una vida sin dejar rastro, una muerte sin hacer ruido.

Tras unos minutos en los que solo un mirlo se atrevió a romper el silencio, Valeria se volvió hacia mí.

—¿Y tú, Jon? ¿Cómo estás? Te veo mejor. Más descansado.

—Las aguas van volviendo a su cauce —reconocí—. He recuperado a la mayoría de mis pacientes y ya no me caben en casa más cajas de bombones. Podrías llevarte alguna de recuerdo. Mira, tengo hasta algún paquete de mingorris. ¿Quieres llevárselos al cura de tu pueblo?

Se rio.

—Don Matteo… Creo que se le atragantaría viniendo de ti. Y más cuando le pida una misa para despedir a la tía Grazia. —Su tono trató de seguir siendo jocoso, pero su gesto la traicionó—. Así que estás a gusto aquí… Y yo que pensaba proponerte que te mudaras a Cagliari. Allí también escasean los médicos. Te recibirían con los brazos abiertos.

Comprendí que su propuesta era sincera. Me estaba invitando a subirme al ferry y marcharme a Cerdeña con ella.

—¿Cómo iba a atender a los pacientes con mi pobre italiano?

—¿Pobre? Ya quisieran muchos de mis vecinos hablarlo tan bien como tú. Y a un médico joven y guapo se le perdona todo.

Esta vez fui yo quien se rio. La verdad es que aquello sonaba bien. Sobre todo la posibilidad de estar con ella. Pero necesitaba parar, darle a Lekeitio la oportunidad de convertirse en algo más que un refugio provisional.

—De momento mi casa está aquí. Me vine desde Madrid para empezar de nuevo y no he tenido tiempo de hacerlo. Quiero intentarlo.

—Claro. Te entiendo.

Su mirada decía otra cosa. Aquellos ojos tan intensos no sabían esconder la decepción.

Mientras hablábamos, la corriente del Lea nos fue empujando hacia la desembocadura. Despacio, casi sin que nos diéramos cuenta.

Goiko alzó la mano cuando pasamos junto a su astillero. Era él quien nos había prestado el bote, una embarcación rudimentaria con la que había ensayado antes de atreverse con la trainera en la que llevaba años trabajando.

Le devolví el saludo y el viejo patrón regresó a sus quehaceres. Sua estaba con él. Había preferido quedarse en tierra firme antes que embarcarse.

El río continuó llevándonos hacia el mar y, tras navegar bajo el puente, la playa se abrió ante nosotros.

—La isla que mencionaba Grazia en sus cartas —observó Valeria.

Ahí estaba, sí. San Nicolás, Garraitz, la roca de fuego… El malecón la unía a la playa, que la bajamar había dejado desnuda.

Reconocí la figura que deambulaba por el arenal.

—¿Has visto quién está ahí?

—¿Es Luca? —Valeria forzó la vista. El largo bastón del detector de metales era inconfundible—. ¿Sigue buscando su tesoro?

—Ahí sigue. Y nos hemos hecho amigos. O algo parecido. Solo le faltan esos cuadrantes de allí por explorar. Después comenzará de nuevo.

—¿Crees que encontrará algo?

—No creo que las monedas estén en la playa. No aparecieron durante el registro a la casa de Nerea, pero si su padre las escondió se aseguraría de explicarles dónde estaban. Ella o su madre las recuperarían. Las venderían o las tendrán por ahí ocultas.

—¿Y hasta cuándo pensará seguir buscándolas?

Lo vi agacharse a recoger algo. Lo estudió de cerca y después lo arrojó al mar. Lejos, con fuerza, como quien se deshace de un mal recuerdo.

—No se detendrá. Esa búsqueda da sentido a su vida. El día que no le queden tesoros que perseguir, ¿qué le quedará? ¿Sentarse en un banco a ver pasar las horas? —Pensé en Goiko y su trainera. Su trabajo metódico, sin apresurarse, a sabiendas de que concluir la restauración marcaría el comienzo del fin—. Sin ilusiones, sin sueños que nos muevan, la vida pierde todo su sentido.

Los ojos negros de Valeria me observaban con una mezcla de ternura y tristeza.

—Ojalá algún día tus sueños y los míos coincidan.

No respondí de inmediato. Dejé los remos a un lado y me acerqué a ella.

—También podemos empezar por algo más pequeño —dije apoyándole una mano en la mejilla—. Hoy estamos aquí. En unas semanas estaremos juntos en Ottana. Y después ya se verá. Sé que quiero estar contigo y que voy a hacer lo posible para que pueda ser así.

Valeria esbozó una sonrisa y después me besó.

El bote encalló en la arena. Las aguas someras del Lea nos mecieron despacio.

—Creo que todavía no conoces el palacio de Zubieta —susurró Valeria, sin apartarse del todo.

Negué con la cabeza.

—No he tenido ocasión.

—Pues ya va siendo hora. —Su mirada no dejaba demasiado margen a la duda—. Tengo una habitación esperándonos.

Me reí contra su boca. Después volví a besarla y regresé a los remos. El camino hasta el hotel se me iba a hacer muy largo.

Agradecimientos

Bajamar ha sido mi décima novela. Diez ya… Una cifra redonda que no habría sido posible sin tantos amigos que están ahí desde el primer día.

Son miles de páginas de personajes, de tramas entrecruzadas y también de historias propias que, de un modo u otro, acaban formando parte de las vidas de mis protagonistas.

Mi primera lectora es siempre Maria Pellicer, mi pareja. La más crítica. Aunque tampoco son mucho más benévolos Álvaro Muñoz, Xabier Guruceta ni Nerea Rodríguez Valderrama. Y qué necesaria resulta esa lectura sincera, a veces despiadada, que ayuda a pulir la trama para que llegue redonda a tus manos.

Esta vez me he metido de lleno en la vida sanitaria. Suerte de Nerea, que me ha ayudado a dibujar el día a día tras el mostrador del ambulatorio, y de Iñigo Martín y María Bescós, médicos ambos, claves para dotar de realismo al bueno de Jon.

También he tenido que aprender de perros, ¿verdad, Sua? Y ahí han estado Virginia Senosiain y Carmen Rodríguez Rangel, expertas en malcriar a los suyos. Y no solo de perros, porque Virginia, doctora en Derecho, me ha guiado a través de los procedimientos judiciales que se mencionan en estas páginas. Suerte también que mi amigo Gorka Vicente me ha echado una mano entre las bambalinas de un juzgado.

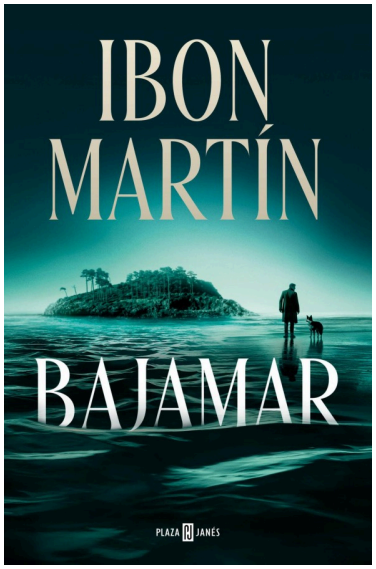
Pero olvidemos por un momento *Bajamar* y regresemos a las diez. Porque quiero dar las gracias a las editoriales que a lo largo de este viaje me han publicado en diferentes idiomas. Gracias a ellas me leen en lugares tan dispares como Holanda, Rusia, Italia, Alemania, Chequia, Francia, Argentina, Serbia y muchos países más. Aunque hay una lengua que me hace especial ilusión: la de mi tierra,

Euskadi. Y eso, sin Elkar, habría sido imposible. Gracias, amigo Joxemari Sors, por poner conmigo la primera piedra de este camino.

Por supuesto, gracias a Plaza & Janés por ocuparse de la versión original. A Virginia Fernández, por poner tanto cariño en la edición de estas historias, y a los maravillosos amigos que conforman su red comercial, tan vital para cantar a los cuatro vientos este *Bajamar* y todos los anteriores.

Y gracias, sobre todo, a ti, amiga lectora, amigo lector. Porque ya sea con Leire, con Cestero o ahora con Jon, sigues aquí, acompañándome novela tras novela. Permíteme que insista: ya son diez. Las hemos recorrido juntos. Gracias de corazón por compartir conmigo este camino.

Hay secretos que quedan al descubierto cuando baja la marea.



Un médico de familia recién llegado a una idílica villa marinera castigada por la especulación inmobiliaria.

Una influencer defensora del turismo sostenible muerta en extrañas circunstancias.

Demasiados intereses en juego.

Ibon Martín (Donostia, 1976) es uno de los grandes referentes del thriller contemporáneo.

Profundo conocedor de los paisajes vascos, encontró en ellos la inspiración perfecta para construir un universo literario inconfundible. Desde la novela histórica *El Valle sin nombre*, pasando por su primera incursión en el thriller con Leire Altuna en «Los crímenes del faro» o su serie policial más reciente, protagonizada por Ane Cestero y la Unidad de Homicidios de Impacto, Ibon Martín ha desarrollado una voz única que mezcla con elegancia todos los tonos del noir: misterios absorbentes, personajes carismáticos, ambientaciones poderosas y suaves. pinceladas de suspense que hunden sus raíces en leyendas antiguas.

Ganador del Premio Paco Camarasa a la mejor novela negra, ha sido traducido a diez lenguas y ha conquistado a más de medio millón de lectores, consolidándose como uno de los nombres imprescindibles del género.



Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Ibon Martín
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Martí Sanchís i Aibar
Imagen de portada: fotocomposición a partir de imágenes de © CollaborationJS / Trevillion Images, © Evelina Kremsdorf / Trevillion Images e iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03675-0

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Bajamar
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48

Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75

Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Ibon Martín
Créditos